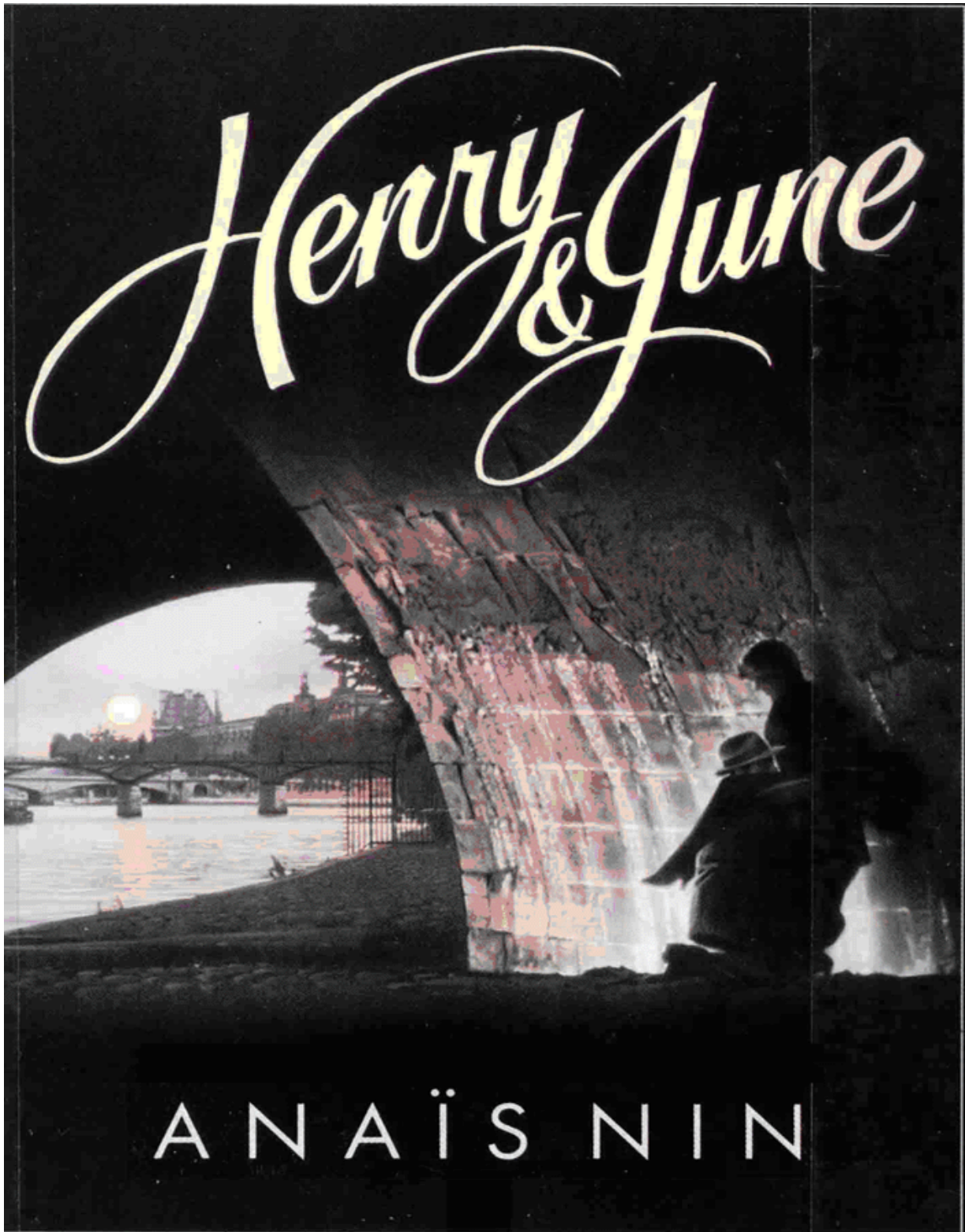


HENRY Y JUNE
ANAÏS NIN



LIBRO dot .com
<http://www.librodot.com>

PREFACIO DEL EDITOR

Anaïs Nin supo muy pronto que iba a ser escritora. A los siete años firmaba sus relatos: «Anaïs Nin, miembro de la Academia Francesa.» En su francés de colegiala escribió numerosos cuentos y obras de teatro que brotaban de forma espontánea de su imaginación sumamente dramática, acentuada por su necesidad de controlar a sus dos hermanos menores. Anaïs descubrió que solamente alcanzaba ese control contándoles historias interminables y dándoles papeles en sus producciones teatrales.

En 1914, a los once años, comenzó el ahora famoso diario como una serie de cartas a su padre, que había abandonado a la familia. Trataba al diario como a un confidente y escribió en él casi cada día de su vida, en francés hasta 1920, y en inglés después. (Los manuscritos, que ocupan unas 35.000 páginas, se hallan en el Departamento de Colecciones Especiales de la Universidad de California, en Los Angeles.) La disciplina de escribir un diario sin lectores ni censura confirió a Anaïs, a lo largo de los años, una habilidad especial para describir sus emociones, que alcanzó en el período de *Henry y June*, iniciado en 1931.

Escribió de forma continua, tanto obras de ficción como en el diario, durante cuarenta y cinco años más. La Anaïs del diario y la Anaïs novelista tenían una relación incómoda. En 1933 escribió en el diario: «Mi libro (una novela) y mi diario se interponen constantemente el uno en el camino del otro. Me es imposible divorciarlos ni reconciliarlos. Sin embargo, soy más leal a mi diario. Incluyo páginas del diario en el libro, pero nunca pongo páginas del libro en el diario, lo cual viene a demostrar una lealtad humana a la autenticidad humana del diario.»

A finales de los años veinte, John Erskine le expresó a Anaïs que su diario contenía lo mejor que había escrito y ella empezó a darle vueltas a la idea de publicar «muchas de sus páginas». En aquel momento hubiera podido publicarse completo, pues no tenía nada que ocultar. Fue a partir de entonces cuando Anaïs elaboró varios planes de publicación: transformar el diario en ficción, presentarlo bajo forma de diario con nombres ficticios, o bien incluir tanto nombres ficticios como reales. Sin embargo en 1932, año en que inició con Henry Miller lo que iba a convertirse en una búsqueda del amor perfecto que se prolongaría a lo largo de toda su vida, se dio cuenta de que no podría publicar el diario tal como lo escribía sin herir a su esposo, Hugh Guiler, así como a otros. Se dedicó, entonces, a publicar sus escritos en ficción.

A mediados de la década de los treinta, tras comprobar que con sus relatos y novelas no obtenía sino un reconocimiento limitado a su círculo, ideó otro método más factible de publicar el diario evitando el riesgo de herir a los demás. Decidió usar los nombres verdaderos pero, eso sí, omitiendo todo lo referente a su vida personal, a su marido y a sus amantes.

Después de leer *Henry y June*, cualquiera que conozca el primer diario publicado (1966) se dará cuenta de que se trataba de un ingeniosísimo recurso. Probablemente, la Anaïs del diario hubiera dado comienzo al texto inicial en su verdadero inicio, en 1914, mas la Anaïs novelista, siempre dominante, decidió empezar en 1931, el período más interesante y dramático, justo cuando acababa de conocer a Henry y June Miller. El presente volumen es un repaso de ese período desde una perspectiva distinta y presenta un material que fue excluido del diario original y que nunca ha sido publicado. Era deseo de Anaïs que se contase toda la historia.

El texto ha sido extraído de los diarios treinta y dos a treinta y seis, titulados «June», «Los poseídos», «Henry», «Apotheosis y caída», y «Diario de una poseída», escritos entre octubre de 1931 y octubre de 1932. Se han elegido los pasajes que se centran en la historia de Anaïs, Henry y June. Se ha excluido en su mayoría el material aparecido en *Diario I (1931-1934)*, aunque algunos fragmentos aparecen repetidos con el fin de que el relato resulte coherente.

Éste fue el período más fecundo de Anaïs en lo que hace referencia al diario. Sólo en 1932, llenó seis cuadernos. En ellos encontramos sus primeras experiencias en el género erótico. La puritana muchacha católica, incapaz de describir en su diario lo que para su mente inocente no eran sino experiencias salaces de modelo, se enfrentaba ahora a la necesidad de registrar el despertar de su pasión. Naturalmente, ésta se vio influida por el estilo y el vocabulario de Henry Miller, pero a la postre prevalece su propia voz y sus escritos reflejan el frenesí emocional y físico de ese trascendental año de su vida. Jamás volvería a ser tan fogosa.

RUPERT POLE. Albacea, Fideicomiso de Anaïs Nin *Los Angeles, California. Febrero, 1986*

PARÍS. OCTUBRE 1931

Mi primo Eduardo llegó ayer a Louveciennes. Charlamos a lo largo de seis horas. Él llegó a la misma conclusión que yo: que necesito una mente mayor, un padre, un hombre más fuerte que yo, un amante que me guíe en el amor, porque todo lo demás es demasiado autocreado. El impulso de crecer y de vivir intensamente es tan imperioso en mí que me es imposible resistirme a él. Trabajaré, amaré a mi marido, pero también me realizaré a mí misma.

Mientras hablábamos, Eduardo empezó a temblar de repente y me tomó la mano. Dijo que yo le pertenecía desde un buen comienzo, que un obstáculo se interponía entre nosotros: su miedo a la impotencia porque, al principio, yo había despertado en él un amor ideal. Le ha afectado enormemente el darse cuenta que los dos buscamos una experiencia que tal vez nos hubiéramos podido proporcionar mutuamente. También a mí me ha parecido extraño. Los hombres que quería no los podía conseguir. Pero estoy decidida a vivir la experiencia en cuando se cruce en mi camino.

—La sensualidad es un secreto poder en mi cuerpo —dije a Eduardo—. Algún día se manifestará, sana y abierta. Espera un poco.

¿O es que el secreto del obstáculo que se interpone entre nosotros no consiste en que su tipo es la mujer corpulenta y rolliza, bien arraigada a la tierra, en tanto que yo seré siempre la virgen-prostituta, el ángel perverso, la mujer siniestra y virtuosa de dos caras?

Hugo llegó a casa tarde durante una semana seguida y yo no di muestras de enfado, tal como me había propuesto. El viernes empezó a preocuparse y dijo:

—¿No te das cuenta de que son las ocho menos veinte, de que he llegado muy tarde? —Los dos nos echamos a reír. No le gustó mi indiferencia.

Por otra parte, nuestras disputas, cuando se producen, parecen más intensas y emocionales. ¿Son nuestras emociones más fuertes ahora que les damos rienda suelta? En nuestras reconciliaciones se da cierta desesperación, una nueva violencia tanto en los enfados como en el amor. No persiste más

que el problema de los celos. Es el único obstáculo a nuestra completa libertad. Ni siquiera puedo hacer mención a mi deseo de ir a un cabaret donde pudiéramos bailar con bailarines profesionales.

Ahora llamo a Hugo mi «pequeño magnate». Tiene un nuevo despacho privado del tamaño de un estudio. El edificio entero que ocupa el Banco es magnífico y estimulante. Muchas veces lo espero en la sala de juntas, donde hay unos murales con vistas aéreas de Nueva York, y siento que la fuerza de esa ciudad alcanza hasta aquí. Ya no me dedico a criticar su trabajo porque ese conflicto lo hunde. Ambos hemos aceptado al banquero genial como una realidad y al artista como una muy vaga posibilidad. Sin embargo, la psicología, que es un pensamiento científico, se ha convertido en eficaz puente entre sus actividades bancarias y mi trabajo de escritora. Dicho puente puede cruzarlo sin excesivos sobresaltos.

Es cierto, como dice Hugo, que yo llevo mis pensamientos y especulaciones al diario y que él sólo es consciente del dolor que puedo causarle cuando ocurre algún incidente. Sin embargo, yo soy *su* diario. Sólo es capaz de pensar en voz alta conmigo o a través mío. El domingo por la mañana empezó a pensar en voz alta acerca de las mismas cosas que yo había consignado en el diario, de la necesidad de orgías o de buscar satisfacción en otras direcciones. Cayó en la cuenta de esa necesidad mientras hablaba. Decía que ojalá pudiera ir al baile de *Quartz Art*. Se quedó tan sorprendido de sí mismo como yo ante la repentina alteración de su expresión, de la relajación de su boca, y de la aparición de unos instintos que nunca hasta entonces habían aflorado a la superficie.

Intelectualmente me lo esperaba, y sin embargo me desmoroné. Sentí un agudo conflicto entre ayudarlo a aceptar su propia naturaleza y preservar nuestro amor. En tanto le pedía perdón por mi debilidad, sollocé. Se mostró tierno y desesperadamente arrepentido; me hizo locas promesas que no acepté. Cuando cesó mi dolor, salimos al jardín.

Le propuse todo tipo de soluciones. Uno era que me dejara marchar a Zurich a estudiar para dejarle temporalmente en libertad. Nos dábamos plena cuenta de que no éramos capaces de hacer frente a nuestras nuevas experiencias ante los ojos del otro. Otra era dejarle vivir en París durante un tiempo: yo me quedaría en Louveciennes y le diría a mi madre que él se encontraba de viaje. Lo único que yo pedía era tiempo y distancia entre nosotros, que me permitieran enfrentarme a la vida a la que nos estábamos lanzando.

Él rehusó. Dijo que en aquel momento no podría soportar mi ausencia. sencillamente, habíamos cometido un error: habíamos progresado con demasiada rapidez. Habíamos provocado problemas que, físicamente, éramos incapaces de afrontar. Él estaba agotado, casi enfermo, y yo también.

Nuestro deseo es disfrutar de nuestra nueva intimidad durante cierto tiempo, vivir enteramente en el presente, posponer todo lo demás. Únicamente nos pedimos tiempo para volver a ser razonables, para aceptarnos a nosotros mismos y a las nuevas condiciones.

—¿El deseo de orgías es una de esas experiencias que es preciso vivir? —pregunté yo a Eduardo—. Y, una vez vividas, ¿se puede seguir adelante, sin volver a sentir idénticos deseos?

—No. —dijo—. Una vida de liberación de los instintos se compone de diferentes estratos. El primero conduce al segundo, el segundo al tercero y así sucesivamente. Al final, se llega a los placeres anormales. No sabía cómo Hugo y yo podíamos preservar nuestro amor en esta liberación de los instintos. Las experiencias físicas, puesto que están faltas de la alegría del amor, requieren de

artilugios y de perversiones para conseguir el placer. El placer anormal anula el gusto por el normal.

Todo esto, Hugo y yo lo sabíamos. Anoche, cuando hablamos, juró que no deseaba a nadie más que a mí. También yo estoy enamorada de él, de modo que vamos a dejar este asunto en un segundo plano. Sin embargo, la amenaza de esos instintos discolos está ahí, en el propio amor que sentimos.

NOVIEMBRE 1931

Nunca hemos sido tan felices ni tan desgraciados. Nuestras peleas son ominosas, tremendas, violentas. Nuestra furia roza el borde de la locura; deseamos la muerte. Tengo el rostro arrasado de lágrimas, las venas de la sien se me hinchan. A Hugo le temblequea la boca. Un sollozo mío lo arroja de repente a mis brazos, entre lloros. Luego me desea físicamente. Lloramos y nos besamos y alcanzamos el orgasmo en el mismo momento. Y un instante después, analizamos y hablamos racionalmente. Se diría la vida de los rusos en *El idiota*. Se trata de histeria. En momentos de calma, pienso en la extravagancia de nuestros sentimientos. El aburrimiento y la paz se han acabado para siempre.

Ayer, en mitad de una pelea, nos preguntamos:

–¿Qué nos está pasando? Nunca nos habíamos dicho cosas tan terribles. – Luego Hugo dijo–: Es nuestra luna de miel y estamos excitados.

–¿Estás seguro de ello? –pregunté yo, incrédula.

–Tal vez no lo parezca –repuso él riendo–, pero así es. Lo que sucede es que estamos desbordados de sentimientos. Nos cuesta trabajo mantener el equilibrio.

Una luna de miel con siete años de retraso, madura, llena de miedo a la vida. Entre pelea y pelea somos intensamente felices. Infierno y paraíso a un tiempo. Somos a la vez libres y esclavos.

En ocasiones parecía que supiésemos que la única atadura que puede unirnos es el frenesí, idéntica intensidad que entre amantes y queridas. Inconscientemente, hemos creado una relación sumamente efervescente dentro de la seguridad y la paz del matrimonio. Lo que hacemos es ampliar el círculo de nuestras penas y placeres dentro del círculo de nuestro hogar y de nuestras personas. Es nuestra defensa contra la intrusión, lo desconocido.

DICIEMBRE 1931

He conocido a Henry Miller.

Vino a comer a casa con Richard Osborn, un abogado a quien tuve que consultar sobre el contrato del libro de D. H. Lawrence.

Al salir él del coche y dirigirse a la puerta, donde yo esperaba, vi a un hombre que encontré agradable. En sus escritos es ostentoso, viril, animal, magnífico. «Un hombre que se emborracha de vida –pensé–. Como yo.»

En mitad de la comida, mientras hablábamos seriamente de libros y Richard se había abandonado a una larga perorata, Henry se echó a reír.

–No es de ti de quien me río, Richard –dijo–, pero no puedo evitarlo. Me importa un comino, ni un comino siquiera, quién tiene razón. Soy demasiado feliz. En este preciso instante me siento feliz con todos los colores que me ro-

dean, y el vino. Es un momento maravilloso, maravilloso. –Poco faltó para que se le saltaran las lágrimas de la risa. Estaba borracho. También yo lo estaba bastante. Tenía calor y me sentía mareada y contenta.

Charlamos durante horas. Henry dijo las cosas más ciertas y profundas que he oído, y tiene una peculiar manera de decir «hmmm» en tanto se adentra en su propio viaje introspectivo.

Antes de conocer a Henry estaba absolutamente dedicada a mi libro sobre D. H. Lawrence. Será publicado por Edward Titus y estoy trabajando con su ayudante, Lawrence Drake.

–¿De dónde es usted? –me preguntó en nuestro primer encuentro.

–Soy mitad española, mitad francesa. Pero me crié en América.

–Desde luego, ha sobrevivido al transplante. –Parece que hable despectivamente, pero yo sé que es una falsa apariencia.

Emprende el trabajo con un tremendo entusiasmo y rapidez. Yo se lo agradezco. Me llama romántica. Me enfado.

–¡Estoy harta de mi propio romanticismo!

Tiene una cabeza interesante: una vívida e intensa expresión en sus ojos negros, cabello negro, piel aceitunada, boca y nariz sensuales, un buen perfil. Se diría español, pero es judío, ruso, según me ha contado. Me resulta enigmático. Parece puro y fácilmente vulnerable. Pongo cuidado al hablar.

Cuando me lleva a su casa a corregir las pruebas, me dice que le parezco interesante. Ignoro por qué. Da la impresión de que posee enorme experiencia, ¿por qué va a sentir interés por una principiante? Hablamos en una especie de esgrima verbal. Trabajamos, no demasiado bien. No me fío de él. Cuando me dirige la palabra con amabilidad, tengo la sensación de que se está aprovechando de mi inexperiencia. Cuando me abraza, tengo la impresión de que se divierte con una muchachita demasiado tensa y ridícula. Cuando él se pone más tenso, desvío la cara de la nueva experiencia de su bigote. Mis manos están frías y húmedas. Le digo con franqueza:

–No deberías flirtear con una mujer que no sabe flirtear.

Encuentra mi seriedad divertida. Me dice:

–Tal vez eres el tipo de mujer que no hiere a los hombres. –Se ha sentido humillado. Creyendo que he dicho «me fastidias», se aparta de un salto como si lo hubiera mordido. No digo yo esas cosas. Es enormemente impetuoso, enormemente fuerte, pero no me fastidia. Respondo al cuarto o quinto beso. Comienzo a sentirme embriagada. Me pongo en pie y digo incoherentemente:

–Me voy. No puedo si no hay amor.

Me hace pequeñas bromas. Me mordisquea las orejas y me besuquea; a mí me gusta su fiereza. Me empuja al sofá, pero consigo zafarme. Soy consciente de su deseo. Me gusta su boca y la fuerza experta de sus brazos, pero su deseo me espanta, me repele. Creo que es porque no lo amo. Me ha excitado pero no lo amo, no lo deseo. En cuanto me doy cuenta de esto (su deseo apunta hacia mí y es como una espada entre nosotros), me libero y me marchó sin herirle en parte alguna.

Creo, bueno, que yo no buscaba más que el placer sin sentimiento. Mas algo me retiene. Hay algo en mí intocado, inalterado, que me gobierna. Será preciso hacer que se mueva si he de moverme plenamente. Voy pensando en esto en el Metro y me pierdo.

Unos pocos días después me encontré con Henry. Estaba esperando que llegara el momento de encontrarme con él, como si tal cosa fuera a resolver al-

go, y así fue. Al verle, pensé: «He aquí un hombre a quien yo podría amar.» No tuve miedo.

Luego leo la novela de Drake y descubro un Drake insospechado: extranjero, desarraigado, fantástico, excéntrico. Un realista exasperado por la realidad.

Al punto su deseo deja de repelerme. Se ha formado un pequeño nexo entre dos cuerpos extraños. Respondo a su imaginación con la mía. Su novela encubre algunos sentimientos. ¿Cómo lo sé? No encajan del todo en la historia. Están allí porque para él resultan naturales. El nombre Lawrence Drake también es postizo.

Hay dos modos de llegar a mí, mediante los besos o la imaginación. Pero existe una jerarquía; los besos por sí solos no bastan. Anoche pensé en esto después de cerrar el libro de Drake. Sabía que tardaría años en olvidar a John [Erskine], porque fue él el primero en agitar la fuente secreta de mi vida.

El libro no contiene cosa alguna del propio Drake, estoy convencida. Odia las partes que me gustan a mí. Lo escribió todo objetivamente, conscientemente, planeando incluso con esmero la fantasía. Aclaremos este punto al comienzo de mi siguiente visita. Muy bien. Comienzo a ver las cosas con mayor claridad. Ahora sé por qué el primer día no me fiaba de él. Sus acciones se hallan desprovistas de sentimiento y de imaginación. Motivadas por meros hábitos de vida, de aprehensión y de análisis. Es un saltamontes. Ahora ha saltado a mi vida. Mi sensación de repugnancia se intensifica. Cuando trata de besar-me, lo evito.

Pero al propio tiempo he de admitir que domina la técnica de besar mejor que cualquier otro que conozca. Sus gestos dan siempre en el blanco, ningún beso yerra. Tiene unas manos diestras. Despierta mi curiosidad por la sensualidad. Siempre me han tentado los placeres desconocidos. Al igual que yo, tiene sentido del olfato. Dejo que me inhale, luego me escabullo. Por último permanezco quieta en el sofá, pero cuando su deseo crece, trato de escapar.. Demasiado tarde. Le digo entonces la verdad: cosas de mujeres. No parece eso disuadirle.

—No te creas que quiero de esa manera mecánica; hay otros modos.

Se incorpora y se descubre el pene. No entiendo qué pretende. Me obliga a arrodillarme. Me lo acerca a la boca. Yo me levanto como si me hubieran propinado un latigazo.

Está furioso.

—Ya te he dicho que hacíamos las cosas de modo distinto. Te había avisado de que era inexperta.

—No me lo creía. Y aún no me lo creo. Es imposible que lo seas, con ese rostro tan refinado y ese apasionamiento. Me estás gastando una broma.

Le escucho; el analista que hay en mí siempre puede más, siempre está de servicio. Empieza a contarme una historia tras otra para demostrarme que no aprecio lo que hacen otras mujeres.

Mentalmente le respondo: «No sabes lo que es la sensualidad. Hugo y yo sí. Está en nosotros, no en tus pervertidas prácticas; está en el sentimiento, la pasión, el amor.»

Prosigue hablando. Yo lo observo con mi «refinado rostro». No siente odio hacia mí porque, por muy repelida que me sienta, por muy enfadada que esté, soy propensa al perdón. Cuando me doy cuenta de que he dejado que se excite, me parece lo más natural dejar que desfogue su deseo entre mis piernas. Se lo permito, porque me produce lástima. Él se da cuenta. Otras mujeres, dice, lo habrían insultado. Comprende que me produzca lástima su ridi-

cula y humillante necesidad física.

Le estaba en deuda; me había revelado un mundo nuevo. Por vez primera comprendí las experiencias anormales contra las que me había prevenido Eduardo. El exotismo y la sensualidad tenían ahora para mí otro significado. Nada había escapado a mis ojos, para recordarlo siempre: Drake mirando el pañuelo mojado, ofreciéndome una toalla, calentando agua en el hornillo de gas.

Le cuento a Hugo casi todo lo que ha pasado, omitiendo mi actividad, extrayendo el significado que para él y para mí tiene. Lo acepta, como algo finalizado para siempre. Pasamos una hora en un amor apasionado, sin rencores, sin mal sabor de boca. Una vez acabado, no ha acabado, nos quedamos quietos, abrazados, arrullados por nuestro amor, por la ternura, una sensualidad de la que participa todo el cuerpo.

Henry tiene imaginación, una percepción animal de la vida, una capacidad extraordinaria de expresión, y el genio más auténtico que he conocido. «Nuestra era tiene necesidad de violencia», escribe. Y él es violencia. Hugo lo admira. Y al mismo tiempo le preocupa. Dice con razón:

–Te enamoras de la mente de la gente. Voy a perderte a manos de Henry.

–No, no, no vas a perderme. –Soy consciente de lo incendiaria que es mi imaginación. Soy ya devota de la obra de Henry, aunque sé diferenciar el cuerpo de la mente. Me encanta su fuerza, su fuerza bruta, destructiva, osada, cártica. En este mismo momento podría escribir un libro sobre su genio. Casi todas las palabras que pronuncia emiten una descarga eléctrica, al hablar de *La edad de Oro* de Buñuel, de Salavin, de Waldo Frank, de Proust, de la película *El ángel azul*, de la gente, del animalismo, de París, de las prostitutas francesas, de las mujeres americanas, de América. Incluso va más avanzado que Joyce. Repudia la forma. Escribe tal como pensamos, en varios niveles a la vez, con una aparente inconexión, un caos aparente.

He terminado un libro nuevo, sólo me falta pulirlo. Hugo lo leyó el domingo y quedó cautivado. Es surrealista, lírico. Henry dice que escribo como un hombre, con tremenda claridad y concisión. Le sorprendió mi libro sobre D. H. Lawrence, aunque no le gusta Lawrence. «Un libro muy inteligente.» Con eso basta. Sabe que ya he dejado atrás a Lawrence. Tengo otro libro en mente.

He transpuesto la sensualidad de Drake a otro tipo de interés. Los hombres necesitan otras cosas, además de un receptor sexual. Necesitan que se les consuele, arrulle, comprenda, ayude, aliente y escuche. Haciendo todo esto con ternura y cariño... bueno, encendió la pipa y me dejó en paz. Lo observaba como si fuera un toro.

Además, dado que es inteligente, comprende que a aquellos que son como yo no se les puede seducir sin ilusión. Y él no puede molestarse en crear ilusiones. Pues muy bien. Está un poco enfadado, pero... escribirá un relato sobre ello. Encuentra gracioso que le diga que sé que no me ama. Pensaba que sería lo bastante infantil para creer que me quería. «Muy lista», dice. Me cuenta sus preocupaciones.

De nuevo la pregunta: ¿Queremos fiestas, orgías? Hugo dice definitivamente no. No quiere correr riesgos. Sería forzar nuestro temperamento. No nos agradan las fiestas, no nos gusta beber, no envidiamos a Henry la vida que lleva. Pero yo protesto: esas cosas no se hacen lúcidamente, hay que embo-

rracharse. Hugo no quiere emborracharse. Tampoco yo. Y no vamos a ir en busca de una puta ni de un hombre. Si se cruza en nuestro camino, inevitablemente, llevaremos a cabo nuestros deseos.

Entretanto vivimos satisfechos con nuestra menor intensidad, porque, naturalmente, la intensidad se ha apagado –tras el reavivamiento de la pasión de Hugo debido a mi relación con John–. Estaba también celoso de Henry y de Drake –se sentía muy desgraciado– pero yo lo he tranquilizado. Se da cuenta de que soy más sensata, que no pienso volver a estrellarme contra una pared.

Creo realmente que si no fuera escritora, si no fuera creadora, experimentadora, hubiera sido una esposa fiel. Valoro mucho la fidelidad. Pero mi temperamento pertenece a la escritora, no a la mujer. Tal división podrá parecer infantil, pero es posible. Quitando la intensidad, el chisporroteo de ideas, queda una mujer que ama la perfección. Y la fidelidad es una de las perfecciones. Ahora lo encuentro tonto y poco inteligente porque tengo planes de más alcance en mente. La perfección es una cosa estática y yo reboso de progreso. La esposa fiel no es más que una fase, un momento, una metamorfosis, una condición.

Quizás hubiera podido encontrar un marido que me amara de manera menos exclusiva, si bien no sería Hugo, y sea Hugo lo que sea, esté hecho de lo que esté hecho, lo amo. Nos comportamos según valores distintos. A cambio de fidelidad, yo le doy mi imaginación, e incluso mi talento, si se quiere. Nunca he estado satisfecha de nuestras cuentas, pero han de mantenerse.

Esta noche, cuando llegue a casa, lo observaré. Superior a todos los hombres que conozco, el hombre perfecto casi. Conmovedoramente perfecto.

Las horas pasadas en los cafés son las únicas que he vivido, aparte de las que paso escribiendo. Mi resentimiento aumenta a causa de la estúpida vida de banquero de Hugo. Cuando regreso a casa, sé que regreso al banquero. Huele a banquero. Lo aborrezco..

Pobre Hugo.

Todo retorna a su sitio tras una charla con Henry que se ha prolongado toda la tarde, esa mezcla de intelecto y emoción que tanto me gusta. Es capaz de dejarse arrastrar por completo. Hablamos sin prestar atención al tiempo hasta que se presentó Hugo y cenamos juntos. Henry hizo una observación sobre la ventruda botella verde del vino y el siseo del húmedo tronco de la chimeña.

Cree que yo debo saber de la vida porque he posado para pintores. La magnitud de mi inocencia la encontraría increíble. ¡Qué tarde he despertado y con qué furor! ¿Qué importa lo que Henry piense de mí? Pronto sabrá exactamente qué soy. Tiene una mente caricaturesca. Me verá caricaturizada.

Dice Hugo con razón que para hacer una caricatura se requiere mucho odio. Henry y mi amigo Natasha [Troubetskoi] tienen mucho odio. Yo no. En mí todo es o bien adoración y pasión, o bien lástima y comprensión. Raramente odio, si bien, cuando lo hago, odio atrocemente. Por ejemplo, ahora odio el Banco y todo lo relacionado con él. Odio también la pintura holandesa, chupar penes, las fiestas y el tiempo frío y lluvioso. Pero estoy más absorbida por el amor.

Me siento absorbida por Henry, que es inseguro, crítico consigo mismo y sincero. Regalarle dinero me produce un placer enorme y egoísta. ¿En qué pienso cuando estoy sentada junto al fuego? En sacar un montón de billetes de

tren para Henry; en comprarle *Albertine disparue*. ¿Que Henry quiere leer *Albertine disparue*? Rápido, no me sentiré feliz hasta que tenga el libro. Soy idiota. A nadie le gusta que le hagan estas cosas, a nadie más que a Eduardo, e incluso él, depende del humor de que esté, prefiere la indiferencia absoluta. Me gustaría darle a Henry un hogar, comida estupenda, una renta. Si fuera rica, no lo sería por mucho tiempo.

Drake ya no me interesa lo más mínimo. Me he alegrado de que no haya venido hoy. Henry me interesa, pero no físicamente. ¿Será posible que esté por fin satisfecha con Hugo? Hoy me ha dolido que se haya ido a Holanda. Me he sentido vieja, distante.

Un rostro de una asombrosa blancura, ojos ardientes. June Mansfield, la esposa de Henry. Mientras venía hacia mí avanzando desde la oscuridad de mi jardín hacia la luz de la entrada, vi por primera vez a la mujer más hermosa de la tierra.

Hace años, cuando trataba de imaginarme la auténtica belleza, me forjé en mi mente una imagen que correspondía exactamente a este tipo de mujer. Incluso había imaginado que sería judía. Hace mucho tiempo que conocía el color de su piel, su perfil, sus dientes.

Su belleza me embargó. Mientras permanecía sentada frente a ella, me di cuenta de que sería capaz de hacer cualquier locura por aquella mujer, lo que me pidiera. Henry se desvaneció. Ella era el color, la brillantez, lo extraño.

Su papel en la vida la tiene absorbida. Sé muy bien por qué: su belleza le acarrea dramas y acontecimientos. Las ideas significan poco. Vi en ella una caricatura de personaje teatral y dramático. Disfraz, actitudes, forma de hablar. Es una actriz soberbia. Sólo eso. No he podido llegar a su interior. Todo cuanto Henry había dicho de ella es cierto.

Al final de la velada, yo era como un hombre, estaba profundamente enamorada de su rostro y de su cuerpo, que prometía tanto, y odiaba el ser que los demás habían creado en ella. Los demás sienten gracias a ella; y gracias a ella, componen poemas; gracias a ella, odian; y otros, como Henry, la aman aunque les pese.

June. Soñé por la noche con ella, soñé que era enormemente pequeña, además de frágil, y la amaba. Amaba la pequeñez que se me había hecho visible al oírla hablar: el desproporcionado orgullo, un orgullo herido. No tiene seguridad, y sí unas ansias insaciables de admiración. Vive del reflejo de sí misma en los ojos de los demás. No se atreve a ser ella misma. June Mansfield no existe. Y ella lo sabe. Cuanto más la aman, más lo sabe. Sabe que hay una mujer muy hermosa que anoche percibió mi inexperiencia y trató de ocultar la profundidad de su saber.

Un rostro de una blancura asombrosa retirándose a la oscuridad del jardín. Al irse, posa para mí. Siento ganas de echar a correr y besar su fantástica belleza, besarla y decir: «Te llevas contigo un reflejo de mí, una parte de mí. Había soñado contigo, deseaba que existieras. Formarás siempre parte de mi vida. Si te amo será porque hemos compartido en algún momento las mismas fantasías, la misma locura, el mismo escenario.

«La única fuerza que te mantiene entera es tu amor por Henry, y es por eso por lo que lo amas. Te causa daño, pero mantiene unidos tu cuerpo y tu alma. Te integra. Te azota y te flagela hasta conferirte entereza. Yo tengo a Hugo.»

Quería volver a verla. Pensaba que a Hugo le encantaría. Me parecía perfectamente natural que le gustara a todo el mundo. Le hablé de ella a Hugo. No noté celos de su parte.

Al surgir nuevamente de la oscuridad, me pareció todavía más hermosa. También más sincera. «La gente siempre es más sincera con Hugo», me dije a mí misma. Me dije también que era porque se encontraba más a gusto. No podía descifrar lo que de ello pensaba Hugo. Ella se dirigió arriba, a nuestra habitación, a dejar el abrigo. Se detuvo un segundo en mitad de las escaleras, donde la luz la hacía realzar sobre el fondo turquesa de la pared. Cabello rubio, tez pálida, demoníacas cejas angulares, una sonrisa cruel con un hoyuelo cautivador. Pérfida, infinitamente deseable, me atraía hacia ella como hacia la muerte.

Abajo, Henry y June formaban una alianza. Nos contaban sus peleas, rupturas, guerras el uno contra el otro. Hugo, que se encuentra incómodo cuando se habla de emociones, trató de limar las asperezas con bromas, serenar la discordia, lo feo, lo espantoso para aligerar sus confidencias. Igual que un francés, afable y razonable, hizo disolverse toda posibilidad de drama. Pudo producirse allí una escena feroz, inhumana, horrible, entre June y Henry, pero Hugo impidió que nos diéramos cuenta de ello.

Luego le hice ver que había impedido que viviéramos, que había hecho que un instante de vida pasara ajeno a él. Me avergonzaba su optimismo, su intento de suavizar las cosas. Lo comprendió. Prometió recordarlo. Sin mí, quedaría totalmente anulado por su costumbre de seguir los convencionalismos.

La cena fue alegre. Tanto Henry como June tenían mucho apetito. Luego fuimos al «Grand Guignol». En el coche June y yo nos sentamos juntas y charlamos en armonía.

—Cuando Henry te describió —dijo—, olvidó las partes más importantes. No eras tú en absoluto. —Lo supo de inmediato; nos habíamos entendido mutuamente, habíamos captado cada una los detalles y matices de la otra.

En el teatro. Cuan difícil es fijarse en Henry cuando ella está allí sentada, resplandeciente, con su rostro como de máscara. Descanso. Ella y yo queremos fumar, Henry y Hugo no. Al salir, menudo revuelo armamos. Le digo:

—Eres la única mujer que ha respondido a las exigencias de mi imaginación.

—Menos mal que me voy —responde—. No tardarán en desenmascaramme.

Ante una mujer carezco de recursos. No sé tratar a las mujeres. ¿Dirá la verdad? No. Me había hablado en el coche de su amiga Jean, la escultora y poetisa.

—Jean tenía un rostro hermosísimo. —Y añade con premura—: No estoy hablando de una mujer corriente. El rostro de Jean, su belleza, era como la de un hombre. —Se detiene—. Las manos de Jean eran preciosas, muy flexibles de tanto manejar el barro. Tenía los dedos afilados. —¿Qué es este enfado que siento al oír las alabanzas que de las manos de Jean hace June? ¿Celos? Y su insistencia en que su vida ha estado llena de hombres y no sabe cómo actuar delante de una mujer. ¡Mentirosa!

Mirándome intensamente, dice:

—Pensaba que tenías los ojos azules. Son extraños y hermosos, grises y dorados, con esas pestañas largas y negras. Eres la mujer más grácil que he conocido. Cuando andas te deslizas.

Hablamos de los colores que nos gustan. Ella siempre viste de negro y viole-

ta. Volvemos corriendo a nuestros asientos. Se vuelve constantemente hacia mí en lugar de hacia Hugo. Al salir del teatro la cojo del brazo. Entonces ella pone su mano sobre la mía; las entrelazamos.

–En Montparnasse, el otro día, me dolió oír tu nombre –dice–. No quisiera que ningún hombre de poca monta tuviese que ver con tu vida. Me siento... protectora.

En el café advierto cenizas bajo la piel de su rostro. Desintegración. Siento una terrible ansiedad. Siento ganas de abrazarla. Noto cómo retrocede hacia la muerte y yo estoy dispuesta a acoger la muerte para seguirla, para abrazarla. Se muere ante mis ojos. Su belleza provocadora y sombría se apaga. Su extraña, masculina fuerza.

No distingo el sentido de sus palabras. Me fascinan sus ojos y su boca, esa boca descolorida, mal pintada. ¿Sabe que me siento inmóvil y prendida, perdida en ella?

Se estremece de frío bajo la ligera capa de terciopelo.

–¿Quieres que comamos juntas antes de que te vayas? –le pregunto.

Le alegra marcharse. Henry la ama de modo imperfecto, brutal. Ha herido su orgullo deseando lo contrario de lo que es ella: mujeres feas, vulgares, pasivas. No soporta su positivismo, su fuerza. Ahora odio a Henry, intensamente. Odio a los hombres que temen la fuerza de las mujeres. Probablemente Jean amaba su fuerza, su poder destructivo. Porque June es destrucción.

Mi fuerza, según me dice Hugo más tarde, cuando descubro que no aguanta a June, es suave, indirecta, delicada, insinuante, creativa, tierna, femenina. La de ella es como de hombre. Hugo me dice que tiene un cuello masculino, una voz masculina y manos toscas. ¿Es que no me he dado cuenta? No, no me he dado cuenta, o, si me doy cuenta, no me importa. Hugo admite que está celoso. Desde el primer momento se han tenido antipatía.

–¿Es que piensa que con su sensibilidad y sutileza femeninas puede amar algo de ti que yo no haya amado?

Es cierto. Hugo ha sido infinitamente tierno conmigo, pero en tanto él habla de June yo pienso en nuestras manos entrelazadas. Ella no alcanza el centro sexual mismo de mí ser que alcanzan los hombres; no se acerca. Entonces, ¿qué es lo que despierta en mí? He deseado poseerla como si un hombre fuera, pero he querido también que me amara con los ojos, con las manos, con los sentidos que sólo poseen las mujeres. Es una penetración suave y sutil.

Odio a Henry por atreverse a herir su enorme y vano orgullo. La superioridad de June provoca el rechazo, e incluso un sentimiento de venganza, en Henry. Pone sus ojos en la sumisa y ordinaria Emilia, la criada. Su ofensa me hace amar a June.

La amo por lo que se ha atrevido a ser, por su dureza, su crueldad, su egoísmo, su perversidad, su demoníaca fuerza destructora. Me aplastaría sin la menor vacilación. Se trata de una personalidad llevada al límite. Adoro el valor con que hiere y estoy dispuesta a sacrificarme a él. Sumará mi ser al suyo. Será June más todo lo que yo contengo.

ENERO 1932

June y yo quedamos de vernos en el «American Express». Sabía que llegaría tarde y no me importaba. Yo llegué antes de la hora, casi enferma de tensión.

La iba a ver, a plena luz del día, emerger de la multitud. ¿Sería posible? Temía encontrarme allí, igual que me había encontrado en otros sitios, observando a una multitud a sabiendas de que no iba a aparecer ninguna June porque ésta era producto de mi imaginación. Parecíame poco menos que imposible que llegara por aquellas calles, que cruzara aquel bulevar, surgiera de entre un puñado de gente oscura y sin rostro, e hiciera su entrada allí. Qué alegría contemplar cómo la muchedumbre pasa apresurada, mientras ella avanza, resplandeciente, increíble, con paso firme y largo, hacia mí. Le cojo la cálida mano. Va a buscar el correo. ¿No advierte el empleado del «American Express» lo maravillosa que es? Seguro que nunca nadie como ella ha ido a buscar el correo. ¿Ha habido nunca una mujer que llevara unos zapatos raídos, un vestido negro raído, una capa raída azul oscuro y un sombrero violeta viejo como ella los lleva?

Soy incapaz de comer en su presencia. Pero exteriormente conservo la calma, con esa serenidad oriental de porte que tan engañosa resulta. Ella bebe y fuma. En cierto sentido está bastante loca, sujeta a miedos y manías. Su charla, mayormente inconsciente, resultaría reveladora para un analista, pero yo no sé analizarla. Casi todo son mentiras. El contenido de su imaginación, para ella, es real. Pero, ¿qué es lo que está construyendo con tan sumo cuidado?

Un engrandecimiento de su personalidad, un fortalecimiento y una glorificación. En la evidente y envolvente calidez de mi admiración se crece. Parece destructiva y desvalida a la vez. Quiero protegerla. ¡Menuda broma! Proteger yo a aquella cuyo poder es infinito. Su poder es tan grande que la creo cuando me dice que su destructividad no es intencionada. ¿Ha intentado destruirme? No, entró en mi casa y yo me sentí dispuesta a soportar cualquier dolor que quisiera infligirme. Si hay deliberación, ésta es posterior, cuando se da cuenta de su poder y empieza a pensar cómo puede hacer uso de él. Creo que su maldad potencial no es intencionada. Incluso a ella misma la desconcierta.

La he acogido ahora como uno de los seres dignos de piedad y de protección. Se ve involucrada en perversidades y tragedias que se le escapan. Por fin caigo en la cuenta de su debilidad. Su vida está llena de fantasías. Quiero obligarla a volver a la realidad. Quiero ejercer violencia sobre ella. Yo, que me encuentro envuelta en sueños, en actos sólo a medias vividos, me siento poseída de un furioso propósito: aferrar las evasivas manos de June, con suprema firmeza, y llevarla a la habitación de un hotel y hacer su sueño y el mío realidad, un sueño al que ha evitado enfrentarse toda su vida.

He ido a ver a Eduardo, tensa y destrozada después de las tres horas pasadas con June. Se ha dado cuenta de su debilidad y me ha instado a recurrir a mi fuerza.

Me costaba pensar de forma clara por qué en el taxi me había cogido la mano. No me avergonzaba de mi adoración, de mi humildad. Su gesto no era sincero. Creo que no es capaz de amar.

Dice que quiere que le dé el vestido rosa que llevaba la primera noche que me vio. Cuando le digo que me gustaría hacerle un regalo de despedida, dice que quiere el perfume que aspiró en mi casa, para poder evocar los recuerdos. Y necesita zapatos, medias, guantes y ropa interior. ¿Sentimentalismo? ¿Romanticismo? Si habla en serio... ¿Por qué dudo de ella? Acaso sea que es muy sensible y la gente hipersensible es falsa cuando los demás dudan de ellos? vacilan. Y dan la impresión de ser insinceros. Pero yo quiero creerla.

Por otra parte, tampoco tiene tanta importancia que me ame. No es su papel. Yo estoy rebosante de amor hacia ella. Y al mismo tiempo siento que me estoy muriendo. Nuestro amor sería la muerte. El abrazo de las imaginaciones.

Cuando le refiero a Hugo las historias que me ha contado June, dice que son muy vulgares. No sé.

Eduardo ha venido a pasar dos días aquí, endemoniado analista, y me hace tomar conciencia de la crisis por la que estoy pasando. Quiero ver a June. Quiero ver el cuerpo de June. No he osado mirar su cuerpo. Sé que es hermoso.

Las preguntas de Eduardo me vuelven loca. Quiere hacerme ver, sin piedad alguna, cómo me he humillado. Yo no me he extendido sobre los éxitos que podrían glorificarme. Me obliga a recordar que mi padre me pegaba, que el primer recuerdo que conservo de él es una humillación. Me dijo que estaba fea después de pasar el tifus. Había adelgazado y me habían cortado el cabello.

¿Qué me ha hecho enfermar ahora? June. June y su siniestra atracción. Ha tomado drogas; ha amado a una mujer; cuando cuenta historia usa un lenguaje vulgar. Sin embargo, ha mantenido ese increíble, trasnochado y sensible sentimentalismo: «Dame el perfume que olí en tu casa. Mientras subía, a oscuras, la pendiente que conduce a tu casa, estaba en éxtasis.»

—¿Crees de verdad que soy lesbiana? —le pregunto a Eduardo—. ¿Crees que es serio? ¿No puede tratarse de una reacción contra la experiencia que tuve con Drake?

No está seguro.

Hugo decide pronunciarse y afirma que considera accidental todo lo ajeno a nuestro amor, fases, curiosidades pasionales. Busca seguridad en la vida. Me alegro de que la encuentre. Le digo que tiene razón.

Finalmente, Eduardo me dice que no soy lesbiana porque no odio a los hombres, antes al contrario. Anoche soñé que deseaba a Eduardo, no a June. La noche precedente, al soñar con June, me encontraba en lo más alto de un rascacielos y tenía que bajar por la fachada usando una estrechísima escalera de incendios. Estaba aterrorizada. Me era imposible.

Vino a Louveciennes el lunes. Se lo pregunté con crueldad, igual que Henry.

—¿Eres lesbiana? ¿Has hecho frente a tus impulsos intelectualmente?

—Jean era en exceso masculina. He hecho frente a mis sentimientos, soy plenamente consciente de ellos, pero no he encontrado a nadie con quien quisiera compartirlos, hasta el momento —me respondió con toda calma. Y cambió de tema—: Me encanta tu manera de vestir. Este vestido... este color rosa, la falda pasada de moda, la chaquetita negra de terciopelo, el cuello de encaje, el lazo encima del pecho... es perfecto, absolutamente perfecto. También me gusta cómo te cubres. Hay muy poca desnudez, solamente el cuello. Y me encanta el anillo de turquesa, y el coral.

Le temblaban las manos; toda ella estaba estremecida. Yo me avergonzaba de mi brutalidad. Me encontraba nerviosísima. Me dijo que en el restaurante había sentido ganas de verme los pies pero que no podía mirarlos. Yo le dije que tenía miedo de mirar su cuerpo. Hablamos entrecortadamente. Contempló mis pies, calzados con unas sandalias y los encontró preciosos.

—¿Te gustan estas sandalias? —le pregunté. Su respuesta fue que siempre le habían gustado las sandalias y las había llevado mientras había tenido dinero para comprarlas. Yo le dije —Ven a mi habitación y pruébate el otro par

que tengo.

Se las probó, sentada en mi cama. Le venían pequeñas. Vi que llevaba medias de algodón y me dolió ver a June con medias de algodón. Le mostré la capa negra, que le pareció muy bonita. Le dije que se la probara y así pude contemplar la belleza de su cuerpo, su plenitud y pesadez, y me perturbó.

No entendía por qué me encontraba tan incómoda, tan asustada, por qué era tan tímida. Le dije que le haría una capa como la mía. Le toqué el brazo una vez. Ella lo apartó. ¿Acaso la asusté? ¿Podía haber alguien más sensible y temeroso que yo? Me parecía imposible. En ese momento yo no tenía miedo, sino unos enormes deseos de tocarla.

Al sentarse en el sofá de abajo, la abertura de su vestido dejaba al descubierto el nacimiento de sus pechos; sentí deseos de besarla allí. Yo me hallaba muy turbada y temblorosa. Comenzaba a tomar conciencia de su sensibilidad y miedo a sus propios sentimientos. Hablaba, mas yo sabía que lo hacía para impedir una conversación interior más profunda, las cosas que no podíamos decir.

Al día siguiente nos encontramos en el «American Express». Vino vestida con el traje sastre porque le había dicho que me gustaba.

Había dicho que nada quería de mí salvo el perfume que usaba y mi pañuelo granate, pero insistí en que me dejara comprarle unas sandalias.

Le dije primero que se fuera al lavabo. Abrí el bolso y saqué un par de medias finas.

–Póntelas –le supliqué. Me obedeció. Entre tanto abrí un frasco de perfume–. Ponte un poquito.

El empleado estaba allí, mirándonos, esperando la propina, No me importaba. June llevaba un agujero en la manga.

Yo estaba contentísima y June exultante. Hablábamos a la vez. –Anoche quería llamarte. Quería mandarte un telegrama –dijo June. Quería decirme que, en el tren, se había sentido desdichada, que lamentaba su torpeza, su nerviosismo, su charla sin sentido. Quería decir tantas cosas.

Nuestro miedo a desagradar, a decepcionar a la otra eran idénticos. Por la noche había ido al café como drogada, sin poder pensar en nada que no fuera en mí. Las voces de la gente le llegaban lejanas. Estaba exaltada. No podía dormir. ¿Qué le había hecho? Había mantenido siempre la seriedad, podía hablar siempre debidamente, la gente nunca la perturbaba.

Cuando me di cuenta de lo que me estaba revelando, poco faltó para que me volviera loca de alegría. Entonces, ¿me quería? ¡June! Estaba sentada junto a mí en el restaurante, pequeña, tímida, angelical, medrosa. Decía algo y luego pedía perdón por su estupidez. Yo no podía más.

–Las dos hemos perdido la cabeza –le dije–, pero a veces cuando más cosas revelamos de nosotros mismos menos somos nosotros mismos. Yo ya no intento pensar. Cuando estoy contigo me es imposible. Tú eres como yo, esperando que se presente el momento perfecto, aunque nada de lo que se ha imaginado durante demasiado tiempo puede llegar a ser perfecto en un sentido terrenal. Ninguna de las dos puede decir exactamente lo apropiado. Estamos emocionadas, pues vivamos la emoción. Es tan hermoso, tan hermoso. Te quiero, June.

Y, sin saber qué decir más, extendí sobre el banco, entre nosotras, el pañuelo granate que ella quería, mis pendientes de coral, mi anillo de turquesa, que me había regalado Hugo y del cual me costaba desprenderme, pero lo que yo

quería extender ante la belleza y la increíble humildad de June era sangre.

Fuimos a la zapatería. La mujeruca que nos atendió no soportaba nuestra ostensible felicidad. Yo le cogía la mano a June con firmeza. Me hice con la tienda. Yo era el hombre. Era firme, dura y terca con las dependientas. Cuando comentaron que June tenía los pies muy anchos, las reprendí. June no entendía el francés, pero notaba que eran antipáticas.

—Cuando la gente es antipática contigo, siento deseos de arrodillarme ante ti. Elegimos las sandalias. No quiso nada más, nada que no fuera simbólico o representativo de mí. Todo lo que yo llevaba lo llevaría ella, a pesar de que nunca había querido imitar a nadie.

Mientras andábamos juntas por las calles, los cuerpos próximos, cogidas del brazo, las manos entrelazadas, me era imposible hablar. En nuestro andar nos sentíamos por encima del mundo, por encima de la realidad, como en éxtasis. Al oler mi pañuelo, me inhalaba a mí. Cuando yo vestía su belleza, la poseía.

—Cuántas cosas no haría contigo —dijo—. Contigo tomaría opio.

June, que no acepta un regalo que no posea un significado simbólico; June, que se dedica a lavar ropa para comprarse un poco de perfume; June, que no teme la pobreza ni la tosquedad, y que no es susceptible a ella, así como tampoco a la embriaguez de sus amigos; June, que juzga, escoge y descarta a la gente con severidad, que sabe, cuando se pone a contar sus interminables anécdotas, que son formas de escapatoria, de mantenerse en secreto detrás de esa profusa charla. Secretamente es mía.

Hugo comienza a comprender. La realidad existe sólo entre él y yo, en nuestro amor. Todo lo demás, son sueños. Nuestro amor está claro. Puedo ser fiel. Por la noche me sentí terriblemente feliz.

Pero debo besarla, debo besarla.

Anoche, de haber ella querido, me hubiera sentado en el suelo, con la cabeza sobre sus rodillas. Mas no quiso. Sin embargo, en la estación, mientras esperamos el tren, me suplica que le dé la mano. Yo pronuncio su nombre. Estamos de pie, una junto a la otra, con los rostros casi pegados. Le sonrió en tanto se aleja el tren. Me vuelvo.

El jefe de estación quiere venderme números para una rifa benéfica. Los compro y se los regalo deseándole suerte. Se beneficia de mis deseos de regalarle cosas a June, a quien no se le puede regalar cosa alguna.

Hablamos un lenguaje secreto, de tonos bajos, tonos altos, matices, abstracciones, símbolos. Luego regresamos a Hugo y a Henry, llenas de una incandescencia que los asusta a los dos. Henry está incómodo. Hugo triste. ¿Qué es esta poderosa magia a que nos entregamos, June y yo, cuando estamos juntas? ¡Prodigio! ¡Prodigio! Es ella quien la trae.

Anoche, después de June, llena de June, ver a Hugo leyendo el periódico y oírle hablar de trusts y de un día provechoso se me hacía insoportable. Él lo comprendía —es capaz de comprender—, mas le era imposible compartirlo, hacer suya la incandescencia. Me hacía bromas. Estaba ocurrente. Estaba adorable y cariñoso, pero yo no podía regresar.

Así pues, permanecí tumbada en el sofá, fumando y pensando en June. En la estación me había desvanecido.

La intensidad nos está destrozando a las dos. Ella se pone contenta de marcharse. Es menos condescendiente que yo. Lo que quiere es escapar de lo que le ofrece vida. No le gusta mi poder, mientras que a mí me agrada some-

terme a ella.

Hoy nos hemos visto media hora para hablar del futuro de Henry y me ha pedido que le cuidara; luego me ha regalado la pulsera de plata con la piedra de ojo de gato, teniendo tan pocas posesiones como tiene. Al principio la he rechazado, pero luego la alegría de llevar su pulsera, una parte de ella, me ha embargado. La llevo como un símbolo. Para mí es preciosa.

Hugo la ha visto y ha dicho que no le gustaba. Quería quitármela, para hacerme enfadar. Yo la he agarrado con todas mis fuerzas mientras él me estrujaba las manos y he dejado que me hiciera daño. June tenía miedo de que Henry me pusiera en contra suya. ¿Qué es lo que teme?

–Tenemos un secreto fantástico –le dije–. Yo sólo sé de ti lo que conozco a través de mí misma. Fe. ¿Qué significa para mí lo que Henry sepa?

Luego me encontré casualmente a Henry en el Banco. Me he dado cuenta de que me odiaba y me ha extrañado. June había dicho que se sentía incómodo e intranquilo porque tiene más celos de las mujeres que de los hombres. June, inevitablemente, siembra locura. Henry, que me consideraba una persona «poco común», ahora me odia. Hugo, que odia muy pocas veces, la odia a ella. Hoy me ha dicho que cuando habla con Henry de mí trata de ser lo más natural y directa para no dar a entender nada desacostumbrado.

–A Anaïs le aburría su vida, por eso nos acogió –le dijo. A mí me ha parecido cruel. Es lo único desagradable que le he oído decir.

Hugo y yo nos entregamos totalmente el uno al otro. No podemos estar el uno sin el otro, no soportamos la discordia, la guerra, el alejamiento, no podemos dar paseos solos, no nos gusta viajar sin el otro. Nos hemos entregado a pesar de nuestro individualismo, de nuestra aversión a la intimidad. Nuestro amor ha absorbido nuestro egocentrismo. Nuestro amor es nuestro ego.

No creo que Henry y June hayan conseguido lo mismo, porque tanto el individualismo del uno como el del otro son demasiado fuertes. Así que están en guerra; el amor es un conflicto; han de desconfiar uno del otro.

June quiere volverse a Nueva York y hacer algo debidamente, estar guapa para mí, satisfacerme. Tiene miedo de decepcionarme.

Hemos comido juntas en un restaurante tenuemente iluminado en el que nos encontrábamos envueltas por una intimidad aterciopelada. Nos hemos quitado los sombreros. Hemos bebido champán. June ha rechazado la comida toda dulce o insípida. Podría vivir de pomelos, ostras y champán.

Hemos estado hablando mediante abstracciones medio articuladas que únicamente nosotras comprendíamos. Me ha revelado que ha eludido todos los intentos de Henry de explicarla de forma lógica, de comprenderla.

Estaba allí sentada, embriagada de champán, hablando del hachís y de sus efectos:

–Yo he experimentado esos estados sin necesidad de hachís –dije yo–. No necesito las drogas. Todo eso lo tengo en mí misma. –Al oír esto se enfadó un tanto. No se daba cuenta de que yo alcanzaba esos estados sin dañarme la mente. Mi mente no debe morir porque soy escritora. Soy el poeta que necesita ver. No soy únicamente el poeta capaz de embriagarse con la belleza de June.

Fue culpa suya que yo empezase a advertir la incoherencia de sus relatos, de sus pueriles mentiras. Su falta de concordancia y de lógica dejaba huecos, y al tratar de hacer encajar las piezas, me he formado un juicio, juicio que ella siempre teme, del que quiere escapar. Vive sin lógica. En cuanto uno trata de

coordinar a June, June se pierde. Debe de haberle sucedido enormidad de veces. Es como un borracho que se delata.

Estábamos hablando de perfumes, sus sustancias, sus mezclas y lo que significaban, y dejó caer sin darle importancia:

—El sábado, al dejarte, compré un perfume para Ray. —(Ray es una chica de la que ya me había hablado.) En ese momento no pensé en nada, pero me fijé en el nombre del perfume, que era muy caro.

Continuamos hablando. A ella le impresionan mis ojos tanto como a mí su rostro. Le dije que su pulsera se aferraba a mi muñeca como si sus propios dedos fueran, sujetándome en bárbara esclavitud. Desea que mi capa rodee su cuerpo.

Después de la comida dimos un paseo. Tenía que sacar el pasaje para Nueva York. Primero cogimos un taxi para su hotel. Sacó una marioneta, el conde Bruga, hecha por Jean. Tenía el cabello y las pestañas color violeta, ojos de prostituta, nariz de Polichinela, una boca suelta y depravada, mejillas demarcadas, una barbilla desafiante, agresiva, manos de asesino, piernas de madera, un sombrero español y una chaqueta de terciopelo negro. Había estado en un escenario.

June lo sentó en el suelo del taxi, frente a nosotros. Yo me reí de él.

Entramos en varias compañías marítimas. June no tenía dinero suficiente ni siquiera para un pasaje de tercera y trataba de conseguir que le hicieran descuento. La vi inclinarse sobre el mostrador, con el rostro entre las manos, suplicando, para que los hombres que se encontraban detrás la devoraran con los ojos, descaradamente. Y ella, suave, persuasiva, les sonreía en secreto. Yo la observaba suplicar. El conde Bruga me miraba de soslayo. Nada más que yo era consciente de los celos que tenía de aquellos hombres, no de su humillación.

Al salir le dije a June que le daría el dinero que necesitaba, que era más de lo que yo podía permitirme dar, mucho más.

Entramos en otra compañía marítima en tanto June terminaba un absurdo cuento de hadas antes de llevar a cabo la gestión. El hombre del mostrador se quedó embobado, paralizado por su rostro y su dulce y sumisa manera de hablarle, de pagar y de firmar. Yo me hallaba junto a ella y le oí preguntar:

—¿Quiere tomar una copa conmigo mañana?

June le estrechó la mano.

—¿A las tres?

—No. A las seis. —Le sonrió como me sonrío a mí. Luego, mientras salíamos, se apresuró a justificarse—: Ha sido muy amable conmigo, me ha ayudado mucho. Me será muy útil. No podía negarme. No pienso ir, pero no podía decir que no.

—Ahora que te has comprometido, tienes que ir —le dije disgustada, pero luego el prosaísmo y la estupidez de esta afirmación me dieron náuseas. Cogí a June del brazo y dije, próxima a las lágrimas—: No lo soporto, no lo soporto. —Estaba enfadada a causa de algo indefinido. Pensé en la prostituta, honrada porque a cambio de dinero entrega su cuerpo. June no entregaría nunca su cuerpo. Pero es capaz de suplicar de una manera que para mí sería imposible, de prometer como yo no podría prometer, a no ser que pensara cumplir mi promesa.

¡June! Se había hecho pedazos en mi sueño. Ella lo sabía. Me cogió la mano y me la apretó contra su cálido pecho; seguimos andando, con mi mano en su pecho. Iba casi desnuda debajo del vestido. Tal vez lo hacía inconsciente-

mente, como para calmar a un niño enfurruñado. Y hablaba de cosas que nada tenían que ver.

–¿Preferirías que le hubiera dicho que no, bruscamente? A veces, soy brusca, ya lo sabes, pero me resultaba imposible delante de ti. No quería ofenderlo. Había sido muy amable. –Como no sabía por qué estaba enfadada, no dije nada. No se trataba de aceptar o rechazar una copa. Había que remontarse al origen de la necesidad de recibir ayuda de aquel hombre. Entonces recordé algo que había dicho: «Por mal que me vayan las cosas, siempre encuentro a alguien que me invite a champán.» Naturalmente, era una mujer que acumulaba unas enormes deudas que no pensaba pagar, porque luego se enorgullecía de su inviolabilidad sexual. Una buscadora de oro. Orgullo en la posesión de su propio cuerpo, aunque no excesivo para humillarse poniendo ojos de prostituta por encima de un mostrador de una compañía marítima.

Me estaba contando que Henry y ella se habían peleado por culpa de la mantequilla. No tenían dinero y...

–¿Que no teníais dinero? El sábado te di cuatrocientos francos, para que comierais Henry y tú. Y estamos a lunes.

–Teníamos que pagar unas deudas...

Pensé que se refería a la habitación del hotel. Pero entonces, de repente, me acordé del perfume, que cuesta doscientos francos. ¿Por qué no me lo había dicho? «El sábado compré perfume y medias.» Cuando insinuó que todavía tenían que pagar el alquiler, no me miraba. Entonces recordé una cosa más que había dicho. «La gente me dice que si tuviera en mis manos una fortuna, me la liquidaría en un día y sin que nadie se enterara. Gasto el dinero sin darme cuenta.»

Aquella era la otra cara de la fantasía de June. Paseamos por las calles y toda la ternura de su corazón no pudo calmar el dolor. Me fui a casa y me acurrugué en los brazos de Hugo.

–He vuelto –le dije, y se puso muy contento.

Pero ayer, a las cuatro, mientras la esperaba en el «American Express», el portero me dijo:

–Ha venido esta mañana su amiga y se ha despedido de mí como si no pensara regresar.

–Pero habíamos quedado de encontrarnos aquí. –Si no volvía a ver a June acercarse a mí... imposible. Era como la muerte. ¿Qué importaba todo lo que había pensado el día anterior? Carecía de ética, era irresponsable... ella era así. Y yo no cambiaría su manera de ser. Mi orgullo para con los asuntos financieros era aristocrático. Era demasiado escrupulosa y orgullosa. Yo no cambiaría nada en June que fuera básico y estuviera en la raíz de su fantástica personalidad. Ella era la única para la que no existían trabas. Yo era un ser encadenado, ético, pese a mi intelecto amoral. Yo no hubiera dejado que Henry pasara hambre. La aceptaba totalmente. No trataría de cambiarla... Si pasara al menos conmigo una hora más...

Me había vestido para ella de forma ritual, con un disfraz que me alejaba de las demás personas, un disfraz que simbolizaba mi individualismo y que solamente ella comprendería. Turbante negro, vestido rosa con cuerpo y cuello de encaje negro, abrigo rosa con cuello Medici. Por la calle había causado sensación, y me encontraba más sola que nunca porque la reacción había sido en parte hostil, de burla.

Entonces llegó June, toda de terciopelo negro, capa negra y sombrero con

plumas, más pálida e incandescente que nunca, y traía consigo al conde Bruga, como yo le había pedido. La maravilla de su rostro y de su sonrisa, los tristes ojos...

La llevé a un salón de té ruso. Los rusos cantaban los mismos sentimientos que experimentábamos nosotras. June se preguntaba si realmente la emoción de sus voces y de su interpretación sería auténtica. Probablemente no sentían la emoción que sentíamos June y yo.

Champán y caviar con June. Es la única manera de saber lo qué es el champán y lo qué es el caviar. Son June, voces rusas y June.

Gente fea, sin imaginación, muerta, nos rodea. Nosotras no la vemos. Yo miro a June, vestida de terciopelo negro. June precipitándose hacia la muerte. Henry no puede precipitarse con ella porque él lucha por la vida. Pero June y yo juntas no nos retenemos. La sigo. Y me produce una intensa alegría acompañarla, ceder a la disolución de la imaginación, a sus extrañas experiencias, a nuestros juegos con el conde Bruga, que se inclina ante el mundo con el sauce llorón de su cabellera violeta.

Todo ha terminado. En la calle, June dice con pesar:

–Quería abrazarte y acariciarte. –La meto en un taxi. Ella está allí sentada, a punto de dejarme y yo permanezco de pie sufriendo un suplicio.

–Quiero besarte –le digo.

–Quiero besarte –dice June y me ofrece la boca. La beso durante un buen rato.

Al irse, no tenía yo ganas más que de dormir muchos días seguidos, pero tenía que enfrentarme todavía a una cosa más: a mi relación con Henry. Lo invitamos a Louveciennes. Quería ofrecerle paz y una casa tranquila, pero, naturalmente, sabía que hablaría de June.

Dimos largos paseos para apaciguar nuestra intranquilidad y hablamos. Ambos compartimos la misma obsesión por comprender a June. No está celoso de mí porque dice que yo extraje cosas maravillosas de ella, que era la primera vez que June se sentía vinculada a una mujer que valiera la pena. Parecía que esperaba que yo ejerciera alguna influencia en su vida.

Cuando vio que yo comprendía a June y que estaba dispuesta a ser sincera con él, hablamos con libertad. Hubo, sin embargo, un momento en que me detuve, vacilante, preguntándome si me mostraría siendo desleal con June. Entonces Henry observó que, si bien en el caso de June había que dejar de lado la verdad, era la única base posible para cualquier intercambio entre nosotros.

Ambos sentimos la necesidad de que nuestras dos mentes se aliaran, igual que nuestras lógicas divergentes, para comprender el problema de June. Henry la ama a ella y en todo momento a ella. También desea poseer a June, el personaje, la poderosa heroína de ficción. En su amor por ella ha tenido que soportar tantos tormentos que el amante se ha refugiado en el escritor. Ha escrito un libro feroz y resplandeciente sobre June y Jean.

Cuestionaba el lesbianismo. Se sorprendió de oírme decir ciertas cosas que había dicho June, porque a mí me creía.

–Al fin y al cabo, si alguna explicación hay del misterio es ésta: el amor entre mujeres es un refugio y un escape hacia la armonía. En el amor entre hombre y mujer hay resistencia y conflicto, dos mujeres no se juzgan mutuamente, no se embrutecen mutuamente, no buscan nada que ridiculizar. Se rinden al sentimentalismo, a la comprensión mutua, al romanticismo. Ese amor

es la muerte, lo admito.

Anoche estuve despierta hasta la una leyendo la novela de Henry, *Moloch*, mientras él leía la mía. La suya era arrolladora, la obra de un gigante. No sabía cómo decirle lo mucho que me había impresionado. Y aquel gigante estaba allí sentado y leyendo en silencio mi insignificante libro, lleno de comprensión y de entusiasmo, hablando de su habilidad, de su sutileza, de su voluptuosidad, exclamándose tras ciertos pasajes, y criticando también. ¡Qué fuerza posee!

Yo le he dado lo único que June no podía ofrecerle: honradez. Estoy dispuesta a admitir lo que un ego superdesarrollado no sería capaz de admitir: que June es un personaje aterrador y estimulante que convierte a todas las restantes mujeres en seres insípidos, que yo viviría su vida si no fuera por mi compasión y mi conciencia, que tal vez destruya al Henry hombre, pero que el Henry escritor se enriquece más con estos sufrimientos que con la paz. Por otra parte, a mí me es imposible destruir a Hugo, porque no tiene nada más. Pero, al igual que June, soy capaz de perversiones delicadas. Amar a un solo hombre o a una sola mujer es encerrarse.

Mi conflicto va a ser mayor que el de June porque ella no está vigilada por ninguna mente. Eso lo hacen otros, y ella niega todo lo que dicen o escriben. Yo tengo una mente mayor que todo el resto de mi ser, una conciencia inexorable.

Eduardo me dice que debería ir a psicoanalizarme, pero a mí me parece demasiado sencillo. Quiero llevar a cabo mis propios descubrimientos.

No necesito drogas ni estimulantes artificiales. Sin embargo quiero experimentar esas mismas cosas con June, penetrar en la maldad que me atrae. Busco la vida, y las experiencias que deseo; se me niegan porque tengo en mí una fuerza que las neutraliza. Conozco a June, la seudoprostituta, y se vuelve pura. Esa pureza enloquece a Henry; es una pureza exterior e interior que resulta pavorosa, tal vez como la vi una tarde en el extremo del diván, transparente, sobrenatural.

Henry me habla sobre su extrema vulgaridad. Conozco su falta de orgullo. La vulgaridad proporciona el placer de profanar. Pero June no es un demonio. Es la vida el demonio que la posee y su coito es violento porque su voracidad de vida es enorme; ha de probar los sabores más amargos.

Tras la visita de Henry empecé a recorrer la casa como una fiera enjaulada y dije a Hugo que tenía que marcharme. Hubo protestas.

—No estás enferma, tan sólo cansada.

Pero, como siempre, Hugo comprendió, consintió. La casa me agobiaba. No podía ver a nadie, ni escribir, ni siquiera descansar.

El domingo Hugo me sacó a dar un paseo. Encontramos unas madrigueras de conejo muy grandes y profundas. Jugando, incitó a nuestro perro *Banquo* a meter el hocico, a excavar. Yo sentía una horrible opresión, como si me hubiera metido en un agujero y me estuviera asfixiando. Recordé muchos sueños que había tenido en los que me obligaban a arrastrarme boca abajo, como una serpiente, a través de túneles y orificios demasiado estrechos para mí, y el último siempre era más estrecho que los demás, de modo que mi angustia era tan intensa que me despertaba. Me planté delante de la conejera y le grité a Hugo que lo dejara. Mi furia lo desconcertó. No era sino un juego, y

con el perro.

Ahora que la sensación de ahogo había cristalizado, estaba decidida a marcharme. Por la noche, abrazada a Hugo, mi decisión se tambaleó. Pero hice todos los preparativos, descuidadamente, cosa rara en mí. No me importaba mi apariencia ni mi ropa. Me marché apresuradamente. A encontrarme a mí misma. A encontrar a Hugo en mí.

Sonloup, Suiza. Le escribo a Hugo: «Créeme, cuando hablo de vivir de acuerdo con los instintos, no es más que humo. Hay muchos instintos que deben ser reprimidos porque están descompuestos, podridos. Henry se equivoca al despreciar a D. H. Lawrence por hundirse en una miseria innecesaria. Lo primero que harían June y Henry sería iniciarnos en la pobreza, el hambre, los harapos, simplemente para compartir sus sufrimientos. Esa es la mejor manera de disfrutar de la vida: dejar que te fustigue. Conquistando la miseria creamos una independencia futura consistente en ser como ellos nunca sabrán. Cuando te retires del Banco, cariño, conoceremos una libertad que ellos no han conocido jamás. Estoy un poco harta de este revolcarse en el dolor típicamente ruso. El dolor es para superarlo, no para revolcarse en él.

»He venido a recuperar la fuerza y lo estoy consiguiendo ya. Estoy luchando. Esta mañana he visto las siluetas jóvenes, altas y gruesas de los esquidores, con sus pesadas botas, y sus andares lentos y conquistadores, fueron como una inyección de energía. La derrota no es más que una fase para mí. Debo conquistar, vivir.

Perdóname por lo que te hago sufrir. Al menos no serán sufrimientos inútiles.»

Permanezco en la cama, medio dormida, haciéndome la muerta. Esta fortaleza de calma que levanto contra la invasión de ideas, contra la fiebre es como el plumón. Duermo envuelta en plumón y las ideas intentan abrirse paso hacia mí, insistentemente. Yo quiero comprender, despacio. Y empiezo: June, has destruido la realidad. Tus mentiras no son mentiras para ti, son situaciones que quieres vivir. Has hecho mayores esfuerzos que ninguno de nosotros para realizar tus ilusiones. Cuando le dijiste a tu marido que había muerto tu madre, que no conociste a tu padre, que eras hija ilegítima, es porque querías partir de cero, comenzar sin raíces, zambullirte en la invención...

Pretendo iluminar el caos de June no con la mente directa de un hombre sino con toda la destreza y rodeos propios de una mujer.

«A June se le saltaban las lágrimas al hablar de tu generosidad», dijo Henry, y me di cuenta de que la amaba por ello. En su novela está claro que la generosidad de June no iba dirigida hacia él –lo torturaba constantemente– sino hacia Jean, porque estaba obsesionada con Jean. Y, ¿qué le hace a Henry? Lo humilla, le hace pasar hambre, atenta contra su salud, lo atormenta... y él se enriquece; escribe el libro.

Herir y ser consciente de que se hiere, saber que es una necesidad, lo encuentro intolerable. No tengo la valentía de June. Lucho por evitarle a Hugo toda humillación. No atropello sus sentimientos Solamente dos veces en toda mi vida la pasión ha sido más fuerte que la compasión.

Una tía mía le enseñó a nuestra cocinera a hacer un *soufflé* de zanahorias, y la cocinera se lo enseñó a nuestra criada, Emilia. Emilia lo incluye en cada comida festiva. Se lo sirvió a Henry y June. Estaban ya hipnotizados por la singularidad de Louveciennes, los colores, mi peculiar manera de vestir, mi

extranjería, el olor a jazmines, las hogueras que alimentaba no con troncos sino con raíces de árboles, que se dirían monstruos. El *soufflé* pasaba por un plato exótico, y se lo comieron como se come uno el caviar. También comieron puré de patatas aligerado con un huevo batido. Henry, que es profundamente burgués, empezó a sentirse incómodo, como si no le hubieran dado de comer como es debido. El bistec era auténtico y jugoso, pero estaba cortado en forma de círculo y seguro que no lo reconoció. June se sentía extasiada. Henry, al tener más confianza con nosotros, se atrevió a preguntarnos si siempre comíamos así, preocupado por nuestra salud. Le contamos el origen del *soufflé* y nos reímos. June lo hubiera envuelto en una nube de misterio para siempre.

Una mañana de la temporada que Henry pasó entre nosotros, después del hambre, las comidas baratas y el desaliño de mostrador de bar, traté de servirle un buen desayuno. Bajé y encendí la chimenea. En una bandeja verde, Emilia trajo café caliente, leche humeante, huevos pasados por agua, pan, galletas y mantequilla de la más fresca. Henry se sentó junto al fuego tras la mesa laqueada. Lo único que se le ocurrió decir fue que añoraba la taberna de la esquina, el mostrador de zinc, el cafeticho verdoso y la leche llena de nata.

No me ofendí. Pensé que carecía de capacidad para apreciar lo que se sale de lo corriente, nada más. Yo puedo ir a parar al lodazal un centenar de veces, pero en cada ocasión saldría a flote y recuperaría el buen café en una bandeja laqueada junto al fuego. Volvería cada vez a las medias de seda y el perfume. El lujo no es para mí una necesidad, pero las cosas hermosas y buenas sí.

June es una cuentista. Nunca deja de contar cosas intrascendentes de su vida. Al principio traté de buscarles un nexo de unión, pero acabé rindiéndome al caos. No sabía entonces que, como las historias de Albertine para Proust, cada una era una clave secreta de algún suceso de su vida imposible de esclarecer. Muchas de esas historias aparecen en la novela de Henry. No teme repetirse. Está drogada con sus propios romances. Yo me inclino humildemente ante esta fantástica criatura y abandono mi proceso mental.

Anoche el llanto febril de un niño no me dejó dormir en el hotel y mis pensamientos parecían una máquina de máxima potencia. Acabé agotada. Por la mañana una horrible *femme de chambre* (doncella) ha entrado a correr las cortinas. Un hombre con una mata de pelo rojizo alrededor del rostro barría las alfombras del -vestíbulo. Llamé a Hugo para suplicarle que viniera antes de lo que había prometido. Por carta estaba tierno y triste, pero por teléfono se mostró razonable.

–Iré de inmediato si estás enferma.

–Déjalo –dije yo–. Me marcharé el jueves. No lo aguanto más.

Un cuarto de hora después me llamó –se había dado cuenta de lo angustiada que estaba– para decirme que llegaría el viernes en lugar del sábado por la mañana. Yo sentía una- repentina, desesperada y aterradora necesidad de Hugo. Hubiera hecho cualquier cosa. Estaba sentada en la cama, temblando. «Estoy enferma –pensé–. Mi mente no ejerce plenamente el control.»

Hice un tremendo esfuerzo por escribirle a Hugo una carta serena y clara con el fin de tranquilizarlo. Había hecho el mismo esfuerzo para serenarme al venir aquí a Suiza. Hugo lo comprendió. Me había escrito «... lo bien que sé con

qué ardiente intensidad vives. Tú has experimentado ya muchas vidas y has compartido varias conmigo, vidas plenas y ricas, del nacimiento a la muerte, y es natural que tengas períodos de descanso entre una y otra.

«¿Te das cuenta de que eres una fuerza vital, para no hablar de ti sino en abstracto? Tengo la impresión de que soy una máquina que ha perdido el motor. Tú representas todo lo que es vital, vivo, se mueve, sube, vuela, planea...»

June pone firmes objeciones al franco sensualismo de Henry. El suyo es mucho más intrincado. Además, él representa el bien para ella. Se aferra desesperadamente a eso. Tiene miedo de que se eche a perder su talento. Todos los instintos de Henry son buenos, no en el nauseabundo sentido cristiano sino en el simple sentido humanó. Ni siquiera la ferocidad de sus escritos es monstruosa ni intelectual sino humana. Pero June no es humana. Sólo tiene dos fuertes sentimientos humanos: su amor por Henry y su tremenda y abnegada generosidad. El resto es fantástico, perverso, despiadado.

Lleva a cabo unos cálculos demoníacos para que Henry y yo contemplemos con temor reverente su monstruosidad, que nos enriquece más que la compasión de otros, el comedido amor de otros, la abnegación de otros. Yo no pienso hacerla pedazos como ha hecho Henry. La amaré. La enriqueceré. La inmortalizaré.

Henry me manda una carta desesperada desde Dijon. Dostoievski en Siberia, sólo que Siberia era mucho más interesante, por lo que dice Henry. Le mando un telegrama: «Dimite y vuelve a Versailles.» Le mando dinero. Pienso en él la mayor parte del día.

Pero no permitiría que Henry me tocara. Trato de descubrir la razón exacta y sólo la encuentro *en* su propio lenguaje. «No quiero que sólo se me meen encima.»

¿Haces esas cosas, June? ¿O es que Henry caricaturiza tus deseos? ¿Te hallas medio hundida en deseos tan complejos, oscuros y tremendos que los burdeles de Henry parecen casi risibles? Él cuenta con que yo entenderé, porque yo, como él, soy escritora. He de saber. Debe estar claro para mí. Para su sorpresa, le digo exactamente lo que tú dices: «No es lo mismo.» Hay un mundo eternamente cerrado para él, el mundo que contiene nuestras conversaciones abstractas, nuestros besos, nuestros éxtasis.

Advierte con intranquilidad que “hay cierto aspecto de ti que no ha captado, todo cuando no está en su novela. Te le escurres entre los dedos”.

Qué riqueza la de Hugo. Su capacidad de amar, de perdonar, de dar, de comprender. Dios mío, qué afortunada soy.

Mañana por la noche estaré en casa. Ha acabado ya la vida de hotel y la soledad nocturna.

FEBRERO 1932

Louveciennes. Regresé a un amante suave y ardoroso. Llevo conmigo encima preciosas y gruesas cartas de Henry. Avalanchas. He clavado en la pared de mi estudio los dos grandes pliegos de palabras de Henry, escogidos, y un mapa panorámico de su vida, destinado a una novela aún no escrita. Cubriré

las paredes de palabras. Será *la chambre des mots* (la habitación de las palabras).

Mientras estaba fuera, Hugo encontró los diarios que trataban de John Erskine y los leyó, en una última punzada de curiosidad. No había nada en ellos que no supiera, pero sufrió. Lo volvería a vivir todo, sí, y Hugo lo sabe.

También mientras me encontraba fuera, buscó mi ropa interior de encaje negro, la besó, encontró el olor a mí y lo inhaló alborozado.

En el tren, camino de Suiza, se produjo un incidente gracioso. Para no tranquilizar a Hugo, no me había pintado los ojos, me había maquillado muy poco, me había pintado apenas los labios y no me había arreglado las uñas. Estaba contenta de mi negligencia. Tampoco me había vestido con esmero y llevaba un traje viejo de terciopelo negro que me encanta y que está raído en los codos. Me sentía como June. Mi perro *Ruby* estaba sentado a mi vera y por tanto tenía el abrigo y la chaqueta de terciopelo llenos de pelos blancos. Un italiano que durante el viaje lo había intentado todo para llamar mi atención, finalmente, desesperado, se me acercó y me ofreció un cepillo. Me hizo gracia y me reí. Al terminar de cepillar (con el cepillo lleno de pelos blancos) le di las gracias. Él dijo con nerviosismo:

—¿Quisiera tomar un café conmigo?

Le dije que no y pensé qué hubiera pasado de haberme pintado los ojos.

Hugo dice que mi carta a Henry es la cosa más resbaladiza que ha visto. Empezó honesta y francamente. Parezco todo lo contrario de June, pero al final soy igual de resbaladiza. Cree que perturbaré a Henry y alteraré su estilo durante un tiempo, su fuerza bruta, sus «mierdas y jodiendas» en los que tan seguro se encontraba.

Cuando le escribí a Henry me sentía tan agradecida por su plenitud y exuberancia que quería brindarle todo lo que albergaba mi mente. Empecé con sumo ímpetu, con franqueza, pero a medida que me acercaba a la ofrenda final, a la ofrenda de *mi* June y de mis pensamientos acerca de ella, me sentía cada vez más reticente. Recurrí a filigranas y evasivas para despertar su interés, en tanto me guardaba la preciosa revelación.

Me siento ante una carta o ante el diario con afán de honradez, pero acaso sea la mayor mentirosa de todos, mayor incluso que June, que Albertine, por afectar sinceridad.

Su nombre verdadero era Heinrich, lo prefiero. Es alemán. A mí me parece eslavo, pero tiene el sentimentalismo y el romanticismo alemanes para con las mujeres. El sexo para él es *amor*. Su mórbida imaginación es alemana. Ama la fealdad. No le molesta el olor a orina ni a col. Le encantan las palabras soeces, el argot, las prostitutas, los barrios bajos, la suciedad y la dureza.

Escribe las cartas que me dirige en el reverso de «notas» desechadas: cincuenta maneras de decir «borracho», información sobre venenos, nombres de libros, fragmentos de conversaciones. O listas como ésta: «Ir al 'Café des Mariniers', en el muelle, cerca del puente de la Exposición, junto a los Campos Elíseos —especie de pensión para marineros—. Comer *bouillabaisse*, 'Caveau des Oubliettes Rouges', 'Le Paradis', rué Pigalle —zona peligrosa, carteristas, apaches, etcétera. Bar de Fred Payne, 14 rué de Pigalle (ver galería de arte abajo, cita de chicas del espectáculo inglesas y americanas), «Café de la Régence», 261 rué St. Honoré (Napoleón y Robespierre jugaban al ajedrez allí;

ver su mesa)

Las cartas de Henry me producen una sensación de plenitud que pocas veces alcanzo. Siento un gran placer en contestarlas, pero su volumen me agobia. Apenas acabo de contestar una ya me ha escrito otra. Comentarios sobre Proust, descripciones, estados de ánimo, su propia vida, su infatigable sexualidad, su inmediata entrada en acción. Demasiada acción para mi mente. Sin digerir. No es de extrañar que Proust lo maraville. No es de extrañar que yo observe su vida y me dé cuenta de que la mía nunca se parecerá a la de él, porque la mía la retiene el pensamiento.

A Henry: «Anoche leí tu novela. Algunos pasajes eran *éblouis-sants* (deslumbrantes), asombrosamente hermosos, en especial la descripción del sueño, la descripción de la noche de jazz con Valeska, toda la última parte, cuando la vida con Blanche llega al climax... Hay otras cosas sin gracia, sin vida, de un realismo vulgar, fotográficas. Y otras cosas –la amante mayor, Cora, e incluso Naomi– todavía no han adquirido pleno desarrollo. Hay precipitación, descuido por la prisa. Eso ya lo has dejado atrás. Tu obra ha tenido que seguirle el paso a tu vida, y a causa de tu animal vitalidad, has vivido demasiado...

«Tengo la extraña sensación de saber con seguridad lo que deberías eliminar, exactamente del mismo modo que tú sabías lo que había que quitar de mi libro. Me parece que merece la pena desbrozar la novela. ¿Me permites hacerlo?»

A Henry: «Por favor, Henry, comprende que me he revelado contra mi propia mente, que cuando vivo, vivo por impulsos, emociones, por arranques. June lo comprendió. Mi mente no existía cuando andábamos alocadamente por París, ajenas a la gente, al tiempo, al espacio, a los demás. No existía cuando leí por primera vez a Dostoievski en la habitación del hotel y me reí y lloré a la vez sin poder dormir y sin saber dónde estaba. Pero después, comprendeme, hago un tremendo esfuerzo para recuperarme, para no volver a hundirme, para no continuar sufriendo ni consumiéndome. ¿Por qué he de hacer ese esfuerzo? Porque tengo miedo de ser *exactamente* como June. Siento repulsión por el caos completo. Quiero ser capaz de vivir con June en la locura total, pero también quiero ser capaz de comprender después, de captar lo que he vivido.

«Tu pides cosas contradictorias e imposibles. Quieres saber qué sueños, qué impulsos, qué deseos tiene June. No lo sabrás nunca, al menos por ella. No, no puede decírtelo. Pero, ¿te das cuenta del placer que me produjo el decirle cuáles eran nuestros sentimientos, en ese lenguaje especial? Porque yo no siempre me limito a vivir, a seguir mis fantasías; salgo a respirar, a comprender. Dejé a June deslumbrada porque cuando nos sentábamos juntas la magia del momento no me embriagaba; la vivía con la conciencia del poeta, no la conciencia de los psicoanalistas en busca de fórmulas muertas. Llegamos hasta el límite con nuestras dos imaginaciones. Y tú golpeas con la *ca-beza*, el muro de nuestro mundo, y quieres que rasgue todos los velos. Quieres que sensaciones delicadas, profundas, vagas, oscuras, voluptuosas, se conviertan por la fuerza en algo que tú puedas asir. No se lo pides a Dostoievski. Das gracias a Dios por el caos viviente. ¿Por qué, entonces quieres saber más de June?»

June carece de ideas, de fantasías propias. Se las proporcionan otros, a quienes inspira su ser. Hugo dice disgustado que es una caja vacía y que yo

soy una caja llena. Pero, ¿para qué quieres las ideas, las fantasías, el contenido, si la caja es hermosa e inspiradora? A mí, June, la caja vacía, me inspira. Pensar en ella durante el día, me eleva por encima de la vida corriente. El mundo nunca ha estado tan vacío para mí desde que la conozco. June aporta la carne hermosa e incandescente, la voz fulgurante, los ojos abismales, los gestos narcotizados, la presencia, el cuerpo, la imagen encarnada de nuestras imaginaciones. ¿Qué somos nosotros? Nada más que los creadores. Ella es.

Un día sí y otro no recibo carta de Henry. Le respondo inmediatamente. Le he regalado mi máquina de escribir y ahora escribo a mano. Pienso en él día y noche.

Sueño con una vida suplementaria que algún día voy a llevar, con la que tal vez llene otro diario especial. Anoche, después de leer la novela de Henry, no podía conciliar el sueño. Eran las doce. Hugo dormía. A mí me apetecía levantarme e ir al estudio para escribirle a Henry sobre su primera novela, pero hubiera despertado a Hugo. Tenía que abrir dos puertas, y crujen. Hugo estaba agotado cuando se acostó. Me quedé muy quieta tratando de dormirme mientras las frases surcaban mi mente como un ciclón. Pensé que al despertar las recordaría. Pero no me acordaba ni siquiera de la mitad. Si Hugo no hubiera tenido que ir a trabajar lo hubiera despertado, y podría haber dormido a la mañana siguiente. El trabajo, el Banco echa a perder toda nuestra vida. Tengo que sacarlo de allí. Y para eso tengo que trabajar en mi novela, corregirla, cosa que no me gusta nada porque otro libro bulle en mi mente, el libro de June.

El conflicto entre estar «poseída» y mi devoción por Hugo se está haciendo intolerable. Lo amaré con todas mis fuerzas, pero a mi manera. ¿Me es imposible crecer en una sola dirección?

Esta noche estoy contentísima porque Henry se encuentra aquí de nuevo. La impresión es la misma de siempre: uno se siente imbuido del peso y el vigor de su obra, y entonces se acerca a ti con esa suavidad: voz suave, que se apaga, gestos suaves, manos blancas, finas y suaves –y uno se rinde a su infatigable curiosidad y a su romanticismo para con las mujeres.

Descripción de Henry de la casa de Henry Street (a donde June llevó a Jean a vivir con ellos):

Las camas sin hacer en todo el día; con frecuencia se subían a ellas con los zapatos puestos; las sábanas revueltas. Usaban camisas sucias como toallas. Raramente se lavaba la ropa. Los lavabos embozados. Lavaban los platos en la bañera, que estaba grasienta y ennegrecida. El cuarto de baño como una nevera. Despedazaban los muebles para echarlos al fuego. Las cortinas siempre corridas, los cristales no se limpiaban jamás, ambiente sepulcral. El suelo siempre cubierto de yeso blanco, de herramientas, pinturas, libros, colillas, basura, platos sucios, cazuelas. Jean iba todo el día en mono. June siempre estaba medio desnuda y quejándose del frío.

¿Qué tiene todo eso que ver conmigo? Es una faceta de June que no conoceré jamás. Y la otra, la que me pertenece, está llena de magia y resplandece de belleza y finura. Estos detalles únicamente vienen a demostrar que todas las cosas tienen dos caras, yo misma tengo dos caras, ahora estoy ansiosa de vida abyecta, de animalidad.

A Henry: «Dices: "Gide posee entendimiento, Dostoievski tiene lo otro, y es lo que tiene Dostoievski lo que importa de verdad." Tanto para ti como para mí el momento más sublime, la más intensa alegría no la alcanzamos cuando son nuestras mentes las que dominan sino cuando éstas quedan anuladas, y ambas quedan anuladas de la misma manera, mediante el amor. June ha anulado nuestras mentes...

«Dime una cosa. Posees sensibilidad para lo macabro. Tu imaginación se ve atraída por ciertas imágenes siniestras. ¿Le dijiste a Bertha que vivir con June es como arrastrar un cadáver? ¿De veras te molestan las neurosis y enfermedades de June o simplemente maldices lo que te esclaviza?»

Estoy llevando a cabo una tremenda lucha por conservar a Henry, a quien no quiero perder, y para mantener la relación entre June y yo un precioso secreto.

Ayer, en el café, me arrancó trocitos de nuestra historia. Me dolió y me enfureció. Al llegar a casa le escribí una larga carta llena de rabia. Si le enseñara esa carta a June, la perdería. Henry no puede hacer que la ame menos, pero sí puede atormentarme haciendo que aparezca más irreal, más desinteresada, demostrando que June no existe, que sólo existe una imagen, inventada por nosotros, por la mente de Henry, y por mi poesía. Habló de influencias sobre ella. La influencia de Jean, la mujer de Nueva York. Fue una tortura. Luego dijo: «Me desconciertas.» A lo que yo no dije nada. ¿Me va a odiar ahora? Cuando nos conocimos estaba tan cariñoso y contento en mi presencia. Todo su cuerpo estaba pendiente de mí. Nos inclinamos ansiosos sobre el libro que le había llevado. Ambos exultantes. Incluso se le olvidó tomarse el café.

Me siento atrapada entre la belleza de June y el genio de Henry. De manera distinta, me entrego a los dos, una parte de mí para cada uno. Pero amo a June con locura, fuera de toda razón. Henry me da vida. June me da muerte. He de escoger y no puedo. Ofrecer a Henry todos los sentimientos que he experimentado respecto a June es exactamente como entregarme a él en cuerpo y alma.

A Henry: «Tal vez no te has dado cuenta, pero hoy por vez primera me has hecho despertar de un sueño. Todas tus notas, tus historias sobre June nunca me hicieron daño. Nada me hizo daño hasta que tocaste la fuente de mi terror: June y la influencia de Jean. Cuando recuerdo de qué modo hablaba y sentía a través de ella, lo cargada que está de riquezas ajenas, de todos los que aman su belleza, me entra terror. Hasta el conde Braga era una creación de Jean. Cuando estábamos juntas, June me dijo: "Tú inventarás lo que hagamos juntas." Yo estaba dispuesta a darle todo lo que he inventado y creado en mi vida, desde mi casa, mis trajes y mis joyas hasta mis escritos, mis imaginaciones, mi vida. Hubiera trabajado sólo para ella.

«Compréndeme. La adoro. Acepto todo lo que es, pero debe *ser*. Sólo me sublevo si no hay June (como escribí la noche en que la conocí). No me vayas a decir que no hay más June que la June física. No me lo digas porque tú has de saberlo. Tú has vivido con ella.

»Nunca hasta hoy había temido lo que nuestras dos mentes fueran a descubrir juntas. Pero qué veneno destilabas, quizás el mismo veneno que hay en ti. ¿Temes tú lo mismo? ¿Te sientes perseguido y a la vez eludido, como por

una creación de tu propio cerebro? ¿Es el miedo a una ilusión contra lo que luchas con crudas palabras? Dime que es algo más que una bella imagen. A veces, cuando hablamos, tengo la impresión de que tratamos de convencerlos de su realidad. Es irreal incluso para nosotros, incluso para ti que la has poseído, y para mí, a quien ha besado.»

Hugo lee uno de los antiguos diarios, del período de John Erskine, Boulevard Suchet, y casi se pone a llorar de pena por mí, al darse cuenta de que vivía en la casa de los muertos. No conseguí resucitarlo hasta que casi me perdió por John y el suicidio.

Más cartas de Henry, fragmentos de su libro mientras lo escribe, notas escritas escuchando a Debussy y Ravel, en el reverso de los menús de los diminutos restaurantes de barrio pobre que frecuenta. Un torrente de realismo. Demasiado en proporción con la imaginación, que cada vez es menor. No sacrifica ni un momento de su vida al trabajo. Siempre tiene prisa y escribe del trabajo y a la postre nunca se dedica a ello, escribe más cartas que libros, investiga más que crea. Sin embargo, la forma de su último libro discursivo, una cadena de asociaciones, reminiscencias, es muy buena. Ha asimilado a Proust, menos la poesía y la música.

Me he sumergido en la obscenidad, la suciedad y su mundo de «mierdas, coños, pollas, hijos de puta, entrepiernas y putas» y estoy volviendo ya a emerger de él. El concierto sinfónico de hoy ha confirmado mi distanciamiento. Una y otra vez he atravesado las regiones del realismo y las he encontrado áridas. Y una vez más regreso a la poesía. Le escribo a June. Es casi imposible. No encuentro las palabras. Hago un esfuerzo violento de imaginación para llegar a ella, a la imagen que de ella tengo. Al llegar a casa, me dice Emilia: «Hay una carta para la *señorita*. Corro al piso de arriba con la esperanza de que sea de Henry.

Quiero ser un poeta fuerte, tan fuerte como Henry y John en su realismo. Quiero combatirlos, invadirlos y aniquilarlos. Lo que me deslumbra de Henry y lo que me atrae son los destellos de imaginación, los destellos de agudeza, los destellos de sueños. Fugitivos. Y la profundidad. Quítale el realista alemán, el hombre que «pinta la mierda», como Wambly Bald le dice, y te queda un vigoroso imaginista. En ocasiones es capaz de decir las cosas más profundas o delicadas. Mas su dulzura es peligrosa, porque cuando escribe no lo hace con amor, sino para caricaturizar, para atacar, para ridiculizar, para destruir, para rebelarse. Siempre está en contra de algo. La ira lo incita. Yo siempre estoy a favor de algo. La ira me envenena. Yo amo, amo, amo.

En ciertos momentos recuerdo alguna palabra suya y de repente siento cómo se enciende la mujer sensual, como con una violenta caricia. Y pronuncio la palabra para mis adentros, llena de alegría. Es en esos instantes cuando vive mi verdadero cuerpo.

Ayer pasé un día tenso e inquietante con Eduardo, que resucita el pasado. Él fue el primer hombre a quien amé. Era débil, sexualmente. A mí me dolía su debilidad, ahora lo sé. Ese dolor está enterrado, pero volvió a manifestarse cuando nos encontramos hace dos años. Y volvió a ser enterrado.

Yo siempre he tenido elementos masculinos en mí, siempre he sabido lo que quiero, pero hasta John Erskine no amé a ningún hombre fuerte; amé a hombres débiles, timoratos, excesivamente delicados. La vaguedad, la indecisión, el amor etéreo de Eduardo, y el amor medroso de Hugo me atormenta-

ron y me confundieron. Actué delicadamente pero al igual que un hombre. Hubiera sido más femenino sentirme satisfecha con la pasión de otros admiradores, pero yo insistí en los que había elegido, en una fineza que encontraba en los hombres más débiles que yo. Mi propia audacia como mujer me perjudicó mucho. De ser hombre, hubiera estado satisfecho de tener lo que deseaba.

Ahora Hugo es fuerte, pero me temo que sea demasiado tarde. Lo masculino que hay en mí ha avanzado demasiado. Ahora, aunque Eduardo quisiera vivir conmigo (y ayer se sentía atormentado por unos celos impotentes), no podríamos hacerlo porque creativamente soy más fuerte que él y no lo soportaría. He descubierto el placer de dar un rumbo masculino a mi vida al hacerle la corte a June. También he descubierto la terrible alegría de la muerte, de la desintegración.

Anoche, sentada junto al fuego con Hugo, me puse a llorar, de nuevo la mujer se dividió en una mujer-hombre, suplicando que, gracias a un milagro, gracias a la gran fuerza humana de los poetas, se salvara. Mas la fuerza animal que satisface a una mujer se encuentra en los hombres brutales, en los realistas como Henry, y de él no quiero amor. Prefiero avanzar y elegir a mi June, libremente, como un hombre. Pero mi cuerpo morirá, porque tengo un cuerpo sensual, un cuerpo vivo, y no hay vida en el amor entre mujeres. Sólo Hugo me retiene, todavía, con su idolatría, su cálido amor humano, su madurez, pues él es el mayor de todos nosotros.

Quiero escribirle a June de una manera tan maravillosa que no puedo escribir. Qué carta más patética:

«No puedo creer que no vayas a venir más hacia mí desde la oscuridad del jardín. A veces aguardo donde solíamos encontrarnos, esperando sentir de nuevo la alegría de verte salir de entre la muchedumbre para acercarte a mí, tú tan distinta y única.

«Después que te fuiste la casa me agobiaba. Quería estar sola con mi imagen de ti...

»He alquilado un estudio en París, pequeño y retemblante, pienso escaparme allí al menos unas horas al día. Pero, ¿en qué consiste esta otra vida que deseo llevar contigo? A veces, June, tengo que imaginar que estás ahí. Tengo la sensación de que quiero ser tú. Antes nunca había querido ser nadie más que yo. Ahora quiero fundirme en ti, estar tan cerca de ti que mi propio ser desaparezca. Soy feliz cuando me pongo el vestido negro de terciopelo porque es viejo y está raído en los codos.

»Cuando miro tu rostro, quisiera dejarme llevar y compartir tu locura, que llevo dentro de mí como un secreto y no puedo seguir disimulando. Siento una aguda y pavorosa alegría. Es la alegría que se siente cuando se ha aceptado la muerte y la desintegración, una alegría más terrible y más profunda que la alegría de vivir, de crear.»

MARZO 1932

Ayer, en el «Café de la Rotonde», Henry me dijo que me había escrito una carta y que la había roto porque era una carta loca. Una carta de amor. Le escuché en silencio, sin sorpresa. Lo había intuido. Hay mucho cariño entre nosotros. Pero yo sigo impertérrita. En lo hondo. Temo a este hombre, como si en él tuviera que enfrentarme a todas las realidades que me aterran. Su físico

sensual me afecta. Su ferocidad, envuelta en dulzura, su brusca seriedad, su mente política y pletórica. Estoy un tanto hipnotizada. Observo sus manos blancas, suaves y finas, su cabeza, que parece hartamente pesada para su cuerpo, la frente a punto de estallar, una cabeza temblorosa que guarda tantas cosas que amo y que odio, que quiero y que temo. Mi amor por June me paraliza. Siento cariño hacia este hombre, que puede convertirse en dos seres distintos. Quiere cogerme la mano y yo finjo que no me doy cuenta. Hago un rápido ademán.

Quisiera que su amor muriese. Lo que he soñado, sentirme deseada por un nombre así, ahora lo rechazo. Ha llegado el momento de hundirse en la sensualidad, sin amor ni dramatismo, y no puedo.

Interpreta mal tantas cosas: mi sonrisa cuando refiere que June al principio luchaba contra todas las ideas de él de forma violenta y luego las hacía suyas y las expresaba como si fueran propias. «Nos sucede a todos», dice mirándome agresivamente, como si mi sonrisa hubiera sido de desdén. Creo que busca pelea. Después de la violencia, la amargura, la brutalidad, la crueldad que ha conocido, mi calma lo molesta. Considera que cambio, como un camaleón, de color en el Café y tal vez pierdo el color en mi casa. Yo no encajo en su vida.

Su vida: el mundo del hampa, Careo, violencia, crueldad, monstruosidad, búsqueda de oro, corrupción. Leo sus notas ávidamente y con horror. Durante un año, a medias en soledad, mi imaginación ha tenido tiempo de crecer sin medida. Por la noche, enfebrecida, las palabras de Henry me oprimen. Su violenta y agresiva masculinidad me persigue. Noto el sabor de esa violencia en mi boca, en las entrañas. Aplastada contra la tierra con el hombre encima de mí, poseída hasta que siento ganas de gritar.

En el «Café Viking», Henry dice que descubrió mi verdadera naturaleza una noche en que bailé sola la rumba durante unos minutos. Aún recuerda un pasaje de mi novela, quiere que le deje el manuscrito para volverlo a leer. Dice que es lo más hermoso que ha leído últimamente. Declara ver fantásticas posibilidades en mí: la primera impresión al verme en la puerta de mi casa – «preciosa»– y luego sentada en el gran sillón negro «como una reina». Quiere destruir la «ilusión» de mi gran honradez.

Le leo lo que he escrito sobre sus notas. Dice que sólo yo podía escribir así, con imaginativa intensidad, porque no había vivido lo que escribía, que vivir mata la imaginación y la intensidad, como le ocurre a él.

Nota a Henry con tinta violeta en papel plateado: «La mujer estará eternamente sentada en el gran sillón negro. Yo seré la única mujer que nunca será tuya. Vivir con exceso ahoga la imaginación. No viviremos, solamente escribiremos y hablaremos para hendir las velas.»

Los escritores le hacen el amor a lo que sea. Henry se adapta a mi imagen y trata de ser más sutil, se vuelve más poético. Dice que imagina a June diciéndole: «No me importaría que amaras a Anaïs porque es Anaïs.»

Influye en sus imaginaciones. Ése es el mayor poder que existe.

He visto el romanticismo sobrevivir al realismo. He visto a los hombres olvidar a las mujeres hermosas que han poseído, olvidar a las prostitutas y recordar a la primera mujer que idolatraron. a la mujer que no fue nunca suya. La mujer que despertó en ellos el romanticismo es la que los retiene. Veo ese anhelo tenaz en Eduardo. Hugo nunca se curará de mí. Henry no podrá volver a amar jamás después de amar a June.

Al hablar de ella, Henry dice:

–Tienes una manera encantadora de decir las cosas.

–A lo mejor es una manera de esquivar la realidad.

Me dice exactamente lo mismo que escribí hace un tiempo: Me someto a la vida y luego busco explicaciones hermosas para mi acción. Hago que la pieza encaje en el tejido creativo.

–June y tú queríais embalsamarme –le digo.

–Porque pareces enormemente frágil.

Sueño con una nueva fidelidad, con estímulos por parte de otros, una vida imaginativa y mi cuerpo sólo para Hugo.

Miento. Ese día, en el café, sentada con Henry viendo cómo le temblaba la mano y escuchando sus palabras, me sentí emocionada. Fue una locura leerle mis notas, pero él me incitó; era una locura beber y responder a sus preguntas mientras lo miraba a la cara, como nunca me había atrevido a mirar a ningún hombre. No nos tocamos. Ambos nos asomábamos al abismo.

Él habló de «la gran amabilidad de Hugo, pero es un niño, un niño». La mente de Henry es más madura, por supuesto. También yo estoy siempre esperando a Hugo, pero me adelanto, a veces pérfidamente, con la mente madura. Trato de excluir mi cuerpo, pero me han atrapado. Cuando llego a casa me libero y le escribo una nota.

Entre tanto leo su carta de amor diez o quince veces, y, aunque no crea en su amor ni en el mío, la pesadilla de la otra noche me sustenta. Estoy poseída.

«Ten cuidado –dijo Hugo– de no quedar atrapada en tus imaginaciones. Instilas chispas en otros, los cargas con tus ilusiones y cuando estallan en luminosidades, te conviertes en objeto de un engaño.»

Damos un paseo por el bosque. Juega con *Banquo*. Lee junto a mí. Su intuición le dice: sé amable, sé dulce, sé ciego. Conmigo es el método más hábil y efectivo. Es la manera de torturarme, de ganarme. Y pienso en Henry en todo momento, caóticamente, temiendo la segunda carta.

Me encuentro con Henry en el oscuro y cavernoso «Viking». No ha recibido mi nota. Me ha traído otra carta de amor. Casi me grita «Ahora estás disfrazada. ¡Sé real! Tus palabras, lo que escribiste el otro día. Entonces eras real.» Lo niego. Luego dice humildemente: «¡Ya lo sabía! Sabía que era demasiado presuntuoso por mi parte aspirar a ti. Soy un campesino, Anaïs. Sólo las putas me aprecian.»

Ello le hace expresarse con las palabras que quiere oír. Discutimos ligeramente. Recordamos el principio: empezamos con la mente. «¿De veras? ¿Pero de veras?», dice Henry tembloroso. Y de pronto se inclina hacia mí y me sume en un beso interminable. Yo no quiero que el beso termine.

–Ven a mi habitación –dice.

Qué rígido es el velo que me envuelve y Henry trata de desgarrar, mi temor a la realidad. Nos encaminamos hacia su habitación y dejo de sentir el suelo, pero siento su cuerpo contra el mío.

–Mira la alfombra de las escaleras, está raída –dice; y yo no la veo, sólo percibo la ascensión. Tiene mi nota en las manos.

–Léela –le digo al pie de la escalera– y me iré. –Pero le sigo.

No veo su habitación. Cuando me abraza mi cuerpo se derrite. La ternura de sus manos, la inesperada penetración, hasta lo más hondo de mi ser pero sin violencia. Qué extraño y suave poder.

Él también exclama:

–Todo es tan irreal, tan repentino.

Y veo otro Henry, o quizás el mismo Henry que entró aquel día en mi casa. Hablamos como yo deseaba que habláramos, de forma fácil y con sinceridad. Estoy en su cama cubierta con su abrigo. Me observa.

–¿Esperabas... más brutalidad?

Sus montañas de palabras, de notas, de citas se desmoronan. Me sorprende. Desconocía a este hombre. No estábamos enamorados de la obra del otro. Pero, ¿de qué estamos enamorados? No soporto ver la foto de June en la repisa de la chimenea. Incluso en fotografía, misteriosamente, nos posee a los dos.

Le escribo unas notas extravagantes a Henry. Hoy no nos podemos ver. Es un día vacío. Estoy atrapada. ¿Y él? ¿Qué siente él? Estoy invadida, lo pierdo todo, mi mente vacila, sólo percibo sensaciones.

Hay momentos del día en que no creo en el amor de Henry, en que siento que June nos domina a los dos y me digo a mí misma: «Esta mañana despertará y se dará cuenta de que no ama a nadie más que a June.» Hay momentos en que creo, con locura, que vamos a vivir algo nuevo. Henry y yo, al margen del mundo de June.

¿Cómo ha impuesto la verdad en mí? Estaba yo a punto de despegar de la prisión de mis imaginaciones, pero él me lleva a su habitación y vivimos un sueño, no una realidad. Me coloca donde quiere colocarme. Incienso. Adoración. Ilusión. Y el resto de su vida queda borrado. Surge con un alma nueva. Es la poción de los sueños de los cuentos de hadas. Las entrañas me arden y él apenas si lo advierte. Nuestros gestos son humanos pero hay un hechizo en la habitación. Es el rostro de June. Recuerdo, con gran dolor, una nota de él: «El momento más desenfrenado de toda la vida: June, de rodillas en la calle.» ¿Estoy celosa de Henry o de June?

Me pide que nos volvamos a ver. Cuando espero sentada en el sillón de su habitación, se arrodilla para besarme, es más extraño que todos mis pensamientos. Con su experiencia me domina. También domina con su mente, silenciándome a mí. Me susurra lo que ha de hacer mi cuerpo. Obedezco y nacen en mí nuevos instintos. Se ha apoderado de mí. Un hombre tan humano; y yo, de repente, descaradamente natural. Me maravilla estar allí, en su cama de hierro, con mi ropa interior negra rendida y pisoteada. Y mi impenetrable secreto desvelado por un hombre que se llama a sí mismo «el último hombre de la tierra».

Para nosotros, escribir no es un arte, sino como respirar. Después de nuestro primer encuentro respiré unas notas, acentos de agradecimiento, admisiones humanas. Henry estaba aún aturdido y yo exhalaba una irreprimible alegría. Pero la segunda vez no hubo palabras. Mi alegría era impalpable y aterradora. Crecía dentro de mí mientras andaba por las calles.

Transpira, resplandece. No puedo ocultarla. Soy una mujer. Un hombre me ha sometido. Qué alegría cuando una mujer encuentra a un hombre al que puede someterse, la alegría de la femineidad que se expande en unos fuertes brazos.

Hugo me mira mientras estamos sentados junto al fuego. Hablo con ebriedad, brillantemente.

–Nunca te había visto tan bella –me dice–. Nunca había sentido tu fuerza con tanta intensidad. ¿Qué es esta nueva confianza que hay en ti?

Me desea, igual que la otra vez, después de la visita de John. Mi conciencia muere en ese momento. Hugo cae sobre mí e instintivamente obedezco los

susurros de Henry. Rodeo a Hugo con las piernas y él exclama extasiado: –Cariño, cariño, ¿qué haces? Me estás volviendo loco. Nunca había sentido tanto placer.

Le engaño, hago trampas, sin embargo el mundo no se hunde en nieblas color de azufre. Triunfa la locura. Ya no puedo recomponer mis mosaicos. Río y lloro.

Después de un concierto, Hugo y yo nos marchamos juntos, igual que dos amantes, dijo él. Fue el día siguiente en que Henry y yo reconocimos ciertos sentimientos en el «Viking». Hugo estaba muy atento, muy tierno. Para él eran vacaciones. Estábamos cenando en un restaurante de Montparnasse. Yo me había inventado un pretexto para pasar por casa de un amigo a recoger la primera carta de amor de Henry. La llevaba en el billetero. En ella estaba pensando cuando Hugo me dijo:

–¿Quieres ostras? Toma ostras esta noche. Es una noche especial. Cada vez que salgo contigo me siento como si saliera con mi amante. Tú eres mi amante. Te quiero más que nunca.

Quiero leer la carta de Henry. Me excuso y me voy al servicio a leerla. No es muy elocuente y ello me emociona. No sé qué más siento. Regreso a la mesa, estoy aturdida. Aquí es donde nos encontramos con Henry a su regreso de Dijon y donde me di cuenta de que sentía alegría de que hubiera vuelto.

En otra ocasión, Hugo y yo vamos al teatro. Pienso en Henry. Hugo lo sabe y demuestra la misma tierna incomodidad, el deseo de creer, y yo lo tranquilizo. Él mismo me había dado el recado de que llamara a Henry a las ocho y media.

Antes de entrar al teatro, vamos a un café y Hugo me ayuda a buscar el número de teléfono del despacho de Henry. Hago bromas sobre lo que va a oír. Henry y yo no decimos gran cosa: «¿Has recibido mi carta?» «Sí.» «¿Has recibido tú mi nota?» «No.»

Luego del teatro paso mala noche. Hugo se levanta de madrugada a traerme un remedio, una pastilla para dormir.

–¿Qué te pasa? –pregunta–. ¿Qué es lo que sientes? –Me ofrece el refugio de sus brazos.

La primera vez que regreso de la habitación de Henry, turbada, me resulta difícil hablar animadamente, como siempre.

Hugo se sienta, coge su diario y escribe afanosamente sobre mí, sobre el «arte», y dice que todo cuanto yo hago es correcto. Mientras me lo lee, me desangro. Antes de terminar empieza a sollozar. No sabe por qué. Me arrodillo ante él.

–¿Qué te sucede, cariño? ¿Qué te sucede? –Y digo esta cosa tan terrible–: ¿Es que tienes alguna intuición? Mas él, dada su fe y la lentitud de sus sentidos, no lo entiende. Cree que Henry no me estimula más que imaginativamente, como escritor. Y como esto es lo que cree, él también se sienta a escribir con el fin de cortejarme.

–Eso demuestra juventud por tu parte –deseo gritar–; es como la fe de un niño. Dios mío, qué vieja soy; soy la última *mujer* de la tierra. Soy consciente de una monstruosa paradoja: entregándome, aprendo a amar más a Hugo. Viviendo como lo hago, preservo nuestro amor de la amargura y de la muerte. Lo cierto es que éste es el único modo en que puedo vivir: en dos direcciones. Necesito de dos vidas. Soy dos seres. Cuando torno a Hugo por la noche, a la

paz y el calor del hogar, lo hago con una profunda satisfacción, como si ésta fuera la única situación posible para mí. Traigo a Hugo una mujer entera, liberada de todas las demoníacas fiebres, curada del tósigo de la inquietud y la curiosidad que antes amenazaban nuestro matrimonio, curada por medio de la acción. Nuestro amor vive porque yo vivo. Yo lo mantengo y alimento. Le soy leal, a mi manera, que no es la suya. Si alguna vez lee estas líneas, debe creermelo. Escribo con serenidad, lúcidamente, mientras espero que llegue a casa, como una espera al amante elegido, al amante eterno.

Henry toma notas sobre mí. Registra todo cuanto digo. Los dos registramos, pero con sensores distintos. La vida de los escritores es otra vida.

Me siento en su cama, con el vestido rosa extendido en torno, fumando, y, mientras me observa, dice que nunca me arrastrará a su vida, a los sitios de los que me ha hablado, que para mí todos los adornos de Louveciennes resultan convenientes y apropiados, que he de tenerlos.

—No podrías vivir de otro modo. Yo contemplo su sórdida habitación y exclamo:

—Creo que es cierto. Si me hicieras meterme en esta habitación, pobre, volvería a comenzar desde un principio.

Al día siguiente le escribo una de las notas más humanas que ha recibido nunca: nada de intelecto, sólo palabras sobre su voz, su risa, sus manos.

Y él me escribe: «Anais, al recibir tu nota esta noche me he quedado pasmado. Nunca podré expresar nada que esté a la altura de esas palabras. La victoria es tuya, me has hecho guardar silencio, quiero decir en lo que toca a expresar estas cosas por escrito. No sabes cuan maravillado me siento de tu capacidad para sentirte absorbida rápidamente y luego volverte y arrojar las lanzas, dar en el clavo, penetrarlo, envolverlo con tu intelecto. La experiencia me dejó aturdido; sentí una particular exaltación, un arranque de vitalidad y luego de lasitud, de vacío, de extrañeza, de incredulidad, todo, todo.

De regreso a casa me fijé en el viento primaveral, todo habíase vuelto suave y aromático, el aire me lamía el rostro, me era imposible engullir lo suficiente. Y hasta que he recibido tu nota estaba atemorizado. Miedo tenía de que lo negaras todo. Pero mientras leía —leía muy despacio porque cada palabra era una revelación para mí— pensaba en tu cara sonriente, en esa especie de alegría tuya inocente, algo que siempre había buscado en ti pero que nunca había encontrado. A veces empezaba de ese modo, en Louveciennes, pero luego la mente se interponía de pronto y veía los graves ojos redondos y los labios fruncidos, que casi me atemorizaban, o que, en cualquier caso, me intimidaban.

»Me haces dichosísimo abrazándome indiviso, dejándome ser el artista, como si dijéramos, sin renunciar al hombre, al animal, al amante hambriento e insaciable. Ninguna mujer me ha concedido todos los privilegios que necesito, y tú, tú cantas tan alegremente, tan descaradamente, incluso con una risa, sí, me invitas a seguir adelante, a ser yo mismo, a atreverme a cualquier cosa. Por eso te adoro. En eso eres verdaderamente regia, una mujer extraordinaria. ¡Qué mujer! Ahora me río para mí mismo cuando pienso en ti; no le temo a tu femineidad. Y eso que estabas ardiente. Recuerdo vividamente tu vestido, su color y textura, su voluptuosidad y aire espacioso, precisamente el que te hubiera pedido que te pusieras de haber podido prever el momento.

«Date cuenta de que tú preveías lo que he escrito hoy; me refiero a lo que has dicho de la caricatura, del odio, etc.

»Podría seguir escribiéndote durante toda la noche. Te veo permanentemente ante mis ojos, con la cabeza gacha y las largas pestañas descansando en las mejillas. Y me siento muy humilde. Ignoro por qué me has elegido, siento extrañeza. Tengo la impresión de que desde el momento en que abriste la puerta y extendiste la mano, sonriente, fui acogido, fui tuyo. June sintió lo mismo. Dijo inmediatamente que estabas enamorada de mí, o yo de ti. Pero yo no sabía que era amor. Te hablaba con entusiasmo, sin reservas. Y entonces June te conoció y se enamoró de ti.»

Henry juega con la idea de la santidad. Yo pienso en los tonos de órgano de voz y en las expresiones y reconocimientos que obtengo de él. Y pienso en su capacidad para sentir temor reverencial, que es lo mismo que decir para sentir la divinidad. Tras haberme comportado con total naturalidad, con absoluta femineidad, y haberme levantado de la cama para ir a buscarle un cigarrillo, para servirle champán, para peinarme, para vestirme, dice:

–Todavía no me siento natural contigo.

Hay algunos momentos en que vive en silencio, casi fríamente. Se ausenta del presente. Luego, cuando escribe, se templea, empieza a dramatizar y a arder.

Nuestros asaltos: él en su lenguaje, yo en el mío. Yo nunca uso sus palabras. Creo que mi registro es más inconsciente, más instintivo. No se muestra en la superficie, y sin embargo, no sé, él se daba cuenta, como del peso de mis ojos. Lo resbaladizo de mi mente contra su dirección inexorable. Mi creencia en la magia frente a sus densas notas realistas. La alegría cuando sí percibe la magia: «Parece que tus ojos esperen milagros.» ¿Los llevará él a cabo?

Escribe notas como: «Anaïs, peine verde con cabello negro. Carmín indeleble. Gargantilla bárbara. Rompible. Frágil.»

La segunda tarde, me esperó en el café y yo lo esperé en su habitación, por culpa de un malentendido. El mucamo estaba limpiando su habitación. Me pidió que esperara en la habitación de enfrente, una muy pequeña y desastrosa. Me senté en una silla sencilla, sin ningún adorno, pero vino el mucamo con otra silla tapizada de terciopelo rojo. «Es más apropiada para usted», dijo. Me emocionó. Tenía la impresión de que Henry me ofrecía sillas tapizadas de terciopelo. Esperé contenta. Luego me cansé un poco y me fui a esperar a la habitación de Henry. Abrí una carpeta titulada «Notas de Dijon». La primera página era una carta dirigida a mí que no había recibido. Entonces entró y, cuando le dije «no creo en tu amor», me hizo callar.

Ese día me sentí humilde ante su fuerza. Una carne tan poderosa o más que la mente. Una victoria suya. Me abrazaba con una especie de miedo.

–Pareces muy frágil. Tengo miedo de romperte.

Y yo me sentía pequeña en su cama, desnuda, con el tintineo de las joyas. Pero él notó la fuerza que hay en mi interior que arde al contacto de su piel.

Piensa en ello, Henry, cuando tienes mi frágil cuerpo en los brazos, un cuerpo que apenas percibes porque te encuentras acostumbrado a la carne abundante, pero percibes los movimientos del placer cual si fueran las ondulaciones de una sinfonía, no la pesadez estática de la arcilla, sino su balanceo en tus brazos. No me quebrarás. Me estás moldeando como un escultor. El fauno ha de convertirse en mujer.

–Henry, te lo juro, me hace feliz confesarte la verdad. Algún día, después de otra victoria tuya, responderé a cualquier pregunta que me hagas.

—Sí, lo sé —dijo Henry—, no lo dudo. No me falta paciencia. Esperaré. Lo que hubiera podido encontrar ridículo sólo me pareció humano: Henry de rodillas buscando mis ligas de seda negra, que se habían caído detrás de la cama. Su admiración al ver la gargantilla de doce francos: «Qué cosa tan fina y original.»

Cuando lo vi desnudo me pareció indefenso y despertó mi ternura.

Luego estaba lánguido y yo alegre. Incluso hablamos del oficio.

—A mí me gusta tener la mesa ordenada antes de empezar —dijo Henry—, que sólo haya notas a mi alrededor, muchas notas.

—¿De veras? —dije yo con vehemencia, como si fuera una afirmación interesantísima. El oficio. Placer al hablar de técnicas.

Supongo, Henry, que te resientes del esfuerzo realizado para obtener revelaciones completas acerca de ti y de June, franqueza inexorable pero obtenida dolorosamente. Tienes momentos de reserva, de tener la impresión de estar violando intimidades secretas, la vida secreta de tu propio ser y del de otros.

Hay momentos en que estoy dispuesta a ayudarte en aras de nuestra común pasión objetiva por la verdad. Pero duele, Henry, duele. Trato de ser honesta en el diario, día a día. En cierto sentido tienes razón en lo que dices de mi honestidad. Un esfuerzo con las acostumbradas retractaciones humanas o femeninas. Retractarse no es femenino, ni masculino, ni una treta. Es un terror previo a la destrucción total. ¿Morirá lo que analizamos inexorablemente? ¿Morirá June? ¿Morirá nuestro amor, repentina, instantáneamente si lo caricaturizas? Henry, un conocimiento excesivo entraña peligro. Tú tienes pasión por el conocimiento absoluto. Por eso la gente te odiará.

Y a veces creo que tu implacable análisis de June se deja algo en el tintero, que es lo que tú sientes por ella más allá del conocimiento, o a pesar del conocimiento. A veces te veo sollozar por lo que has destruido, veo que quieres detenerte y simplemente adorar; y te detienes, y un momento después vuelves a ello con un bisturí, como un cirujano.

¿Qué harás cuando hayas desvelado todo lo que hay que saber de June? La verdad. La buscas ferozmente. Destruyes y sufres. De un extraño modo, no estoy contigo, estoy en contra tuya. Estamos destinados a tener dos verdades. Te amo y lucho contra ti. Y tú, lo mismo. Seremos más fuertes por ello, cada uno de nosotros, más fuertes con nuestro amor y nuestro odio. Cuando caricaturizas, te adueñas y destrozas, te odio. Quiero responderte no con una débil o estúpida poesía sino con una maravilla tan fuerte como tu realidad. Quiero luchar contra tu bisturí de cirujano con todas las fuerzas ocultas y mágicas del mundo.

Quiero combatirte y someterme a ti, porque como mujer adoro tu valentía, adoro el dolor que engendra, adoro la lucha que libras en tu interior, que únicamente yo comprendo plenamente, adoro tu aterradora sinceridad, adoro tu fuerza. Tienes razón. El mundo ha de ser caricaturizado, pero también sé cuánto puedes amar lo que caricaturizas. ¡Cuánta pasión hay en ti! Eso es lo que percibo en ti. No percibo el sabio, el descubridor, el observador. Cuando estoy contigo, es la sangre lo que siento.

En esta ocasión no vas a despertar del éxtasis de nuestros encuentros para revelar solamente los momentos ridículos. No. En esta ocasión no, porque mientras vivimos juntos, mientras observas cómo mi indeleble carmín borra la forma de mi boca y se extiende como la sangre después de una operación (me besaste en la boca y desapareció, se perdió la forma como en una acuarela, los colores se corrieron), mientras lo haces, yo me apodero de la magia que pasa velozmente (la magia, oh, la magia de estar debajo de ti), y te la en-

trego, la respiro a tu alrededor. Tómalala. Me siento pródiga con mis sentimientos cuando me amas, sentimientos sin embotar, nuevos, Henry, no perdidos en el parecido con otros momentos, tan nuestros, tuyos, míos, tú y yo juntos, no cualquier hombre y otra mujer juntos.

Qué hay más conmovedoramente real que tu habitación. La cama de hierro, la almohada dura, el único vaso. Y todo centellea como los fuegos artificiales del Cuatro de Julio merced a mi felicidad, la suave felicidad inflamada de las entrañas que tú enardeces. La habitación rebosa de la incandescencia que has vertido en mí. La habitación explotará cuando me sienta junto a tu cama y me hables. No oigo tus palabras, tu voz reverbera contra mi cuerpo como otro tipo de caricia, como otro tipo de penetración. No tengo poder sobre tu voz. Pasa directamente de ti a mí. Aunque me tapara los oídos, hallaría la manera de penetrar en mi sangre y avivarla.

Soy impermeable al sordo ataque visual de las cosas. Veo tu camisa caqui colgada de un gancho. Es tuya y te veo con ella, tú, vestido de un color que detesto. Mas te veo a ti, no la camisa caqui. Algo se revuelve en mi interior cuando la miro, y es sin duda tu yo humano. Es una visión de tu yo humano demostrándome una sorprendente delicadeza. Es tu camisa caqui, y tú eres el hombre que constituye ahora el eje de mi mundo. Yo giro alrededor de la riqueza de tu ser.

–Acércate a mí, acércate. Te prometo que será muy hermoso.

Y cumples tu promesa.

Escucha, no creo que sea yo sola la que cree que estamos viviendo algo nuevo porque sea algo nuevo para mí. No veo en tus escritos ninguno de los sentimientos que me has demostrado, ni ninguna de las frases que has usado. Al leer tus escritos, me pregunté: «¿Cuál de los episodios vamos a repetir?» Tú tienes tu propia visión y yo la mía, y se han entremezclado. Si a veces veo el mundo tal como tú lo ves (amo las putas porque son las putas de Henry), tú lo verás en otras como yo.

A Henry el investigador le doy enigmáticas respuestas.

Mientras me vestía, me estaba riendo de mi ropa interior, que gustaba a June, quien siempre va desnuda debajo del vestido.

–Es española –dije.

–Cuando dices eso, lo que se me ocurre pensar es cómo sabía June que llevabas esa ropa interior –comentó Henry.

–No creas que trato de hacerlo más inocente de lo que era, pero tampoco te obsesiones con ideas como ésta o nunca alcanzarás la verdad.

No ha descubierto la voluptuosidad del conocimiento a medias, de la posesión a medias, de asomarse al borde peligrosamente, sin buscar un climax determinado.

Tanto Henry como June han destruido la lógica y la unidad de mi vida. Eso es bueno, porque las normas no son vida. Ahora vivo. No creo estructuras.

Lo que se me escapa es la realidad de ser hombre. Cuando la imaginación y las emociones de una mujer sobrepasan los límites normales, a veces se siente dominada por sentimientos que es incapaz de expresar. Quiero poseer a June. Me identifico con los hombres que pueden penetrarla. Pero yo carezco de ese poder. Puedo ofrecerle el placer de mi amor, mas no el supremo coito. ¡Qué tormento!

Y las cartas de Henry: «... terriblemente, terriblemente vivo, afligido, absolu-

tamente consciente de que te necesito... He de verte. Te veo brillante y maravillosa y al mismo tiempo le he escrito a June y me siento desgarrado, pero tú lo entenderás, debes entenderlo. Anaïs, no te apartes de mí. Me envuelves como una llama brillante. Anaïs, por Dios, si supieras lo que siento en este momento.

«Quiero conocerte mejor. Te quiero. Te quise cuando viniste a sentarte en mi cama –esa segunda tarde fue toda como una cálida neblina– y de nuevo oigo cómo pronuncias mi nombre, con ese extraño acento tuyo. Despiertas en mí tal mezcla de sentimientos que no sé cómo acercarme a ti. Ven a mí, aproxímate a mí. Será de lo más hermoso, te lo prometo. No sabes cuánto me gusta tu franqueza, es casi humildad. Sería incapaz de oponerme a ella. Esta noche he pensado que debería estar casado con una mujer como tú. O ¿es que el amor, al principio, inspira siempre esos pensamientos? No temo que quieras herirme. Veo que tú también posees fuerza, de distinto orden, más escurridiza. No, no te romperás. Dije muchas tonterías sobre tu fragilidad. Siempre he sentido un poco de vergüenza, pero la última vez menos. Acabará desapareciendo toda. Tienes un sentido del humor delicioso; lo adoro. Quiero verte reír siempre. Te lo mereces. He pensado en sitios a donde deberíamos ir juntos, sitios oscuros, aquí y allí, en París, por el simple hecho de decir "aquí vine con Anaïs", "aquí comimos, bailamos o nos emborrachamos juntos". ¡Ay, verte borracha alguna vez, qué privilegio! Casi me da miedo de proponértelo; pero Anaïs, cuando pienso cómo te aprietas contra mí, cuan ansiosamente abres las piernas y qué húmeda estás, Dios, me vuelvo loco de pensar en cómo serías cuando todo se disuelve.

«Ayer pensé en ti, en cómo ciñes las piernas en torno a mí, de pie, en cómo se tambalea la habitación, en cómo caigo sobre ti en la oscuridad sin saber nada. Y me estremecí y gemí de placer. Pienso que si he de pasar todo el fin de semana sin verte, resultará intolerable.

«Si es preciso, iré a Versalles el domingo –lo que sea, pero he de verte. No temas tratarme con frialdad. Me bastará con estar cerca de ti, con mirarte admirado. Te quiero, eso es todo.»

Hugo y yo estamos en el coche, camino de una elegante velada. Canto hasta que se diría que mis canciones conducen el coche. Hincho el pecho e imito el arrullo de las palomas. La *rrrrrrrrrr* francesa. Hugo se ríe. Luego, con un marqués y una marquesa, salimos del teatro, y las putas nos rodean, muy próximas. La marquesa aprieta los labios. Pienso que son las putas de Henry y siento afecto, cordialidad hacia ellas.

Una noche le propongo a Hugo que vayamos a una «exposición» juntos, únicamente para ver.

–¿Quieres? –le digo, aunque mentalmente me encuentro lista para vivir, no para ver. Él expresa curiosidad, entusiasmo.

–Sí, sí.

Llamamos a Henry para pedir información. Sugirió la rué Brondel 32. De camino, Hugo vacila, pero yo me río a su lado y lo insto a seguir adelante. El taxi nos deja en una callejuela. Nos habíamos olvidado del número, pero veo «32» en rojo sobre una puerta. Siento que hemos estado de pie en un trampolín y hemos saltado. Y ahora estamos en el teatro. Somos diferentes.

Empujo una puerta de vaivén. Debía entrar yo primero a negociar el precio, pero cuando veo que no es una casa sino un bar lleno de gente y mujeres desnudas, salgo a llamar a Hugo y entramos juntos.

Ruido. Luces cegadoras. Muchas mujeres nos rodean, nos llaman, tratan de atraer nuestra atención. La *patronne* nos conduce a una mesa. Las mujeres siguen gritando y apuntándonos. Hemos de elegir. Hugo sonrío, perplejo. Yo les echo una ojeada. Elijo a una muy vivaracha, gorda y tosca de aspecto español y luego me aparto del grupo que grita hacia el final de la hilera para llamar a una mujer que no había hecho esfuerzo alguno para llamar mi atención, pequeña, femenina, casi tímida. Se sientan ante nosotros.

La pequeña es dulce y sumisa. Hablamos con suma educación. Nos estudiamos las uñas. Comentan lo poco usual de mi esmalte nacarado. Le digo a Hugo que mire con cuidado si he elegido bien. Lo hace y dice que no lo podía haber hecho mejor. Miramos cómo bailan las mujeres. Yo sólo veo de forma fragmentaria, intensamente. Algunos lugares se hallan totalmente en blanco para mí. Veo grandes caderas y nalgas, así como pechos caídos, multitud de cuerpos, todos a un tiempo. Pensábamos que habría un hombre en el espectáculo.

—No —dijo la *patronne*—, pero las dos chicas les divertirán. Tendrán ocasión de verlo todo. —En tal caso no sería la noche de Hugo, pero lo acepta todo. Tratamos el precio. Las mujeres sonrían. Suponen que tienen que hacerme los honores porque les he pedido posturas lesbianas.

Para mí todo resulta extraño y para ellas conocido. Sólo me siento cómoda porque son personas que necesitan cosas, por quien uno puede hacer cosas. Les ofrezco todos los cigarrillos. Ojalá tuviera un centenar de paquetes. Ojalá tuviera mucho dinero. Subimos al piso de arriba. Me gusta mirar el andar de las mujeres desnudas.

La habitación se halla iluminada, y la cama es baja y amplia. Las mujeres se sienten contentas y se lavan a sí mismas. El gusto de las cosas debe de perderse con tanto automatismo. Observamos cómo la mujer robusta se ata un pene, una cosa rosada, una caricatura. Y adoptan posturas, sin inmutarse, profesionalmente. Amor árabe, español, parisino, amor cuando no se dispone de dinero para pagar la habitación de un hotel, amor en un taxi, amor cuando uno de los participantes está adormecido...

Hugo y yo las contemplamos y nos reímos de sus ocurrencias. No aprendemos nada nuevo. Todo resulta irreal, hasta que les pido que hagan posturas lesbianas.

A la pequeña le encanta, lo prefiere al contacto heterosexual. La corpulenta me revela un secreto lugar del cuerpo de la mujer, una fuente de nuevo placer, que en alguna ocasión había sentido pero nunca de forma definida, el puntito de la abertura de los labios de la mujer, justo lo que el hombre pasa por alto. Allí la más grandota trabaja con la lengua. La pequeña cierra los ojos, gime y tiembla de éxtasis. Hugo y yo nos inclinamos sobre ellas, atraídos por el momento de goce de la pequeña, que ofrece a nuestros ojos su cuerpo conquistado y estremecido. Hugo está agitado. Ya no soy más mujer; soy hombre. Alcanzo el centro del ser de June. Me doy cuenta de lo que Henry siente y le digo: —¿Quieres a la mujer? Pues tómala. Te juro que no me importa, cariño.

—En este momento no podría hacerlo con nadie —responde.

La pequeña yace inmóvil. En seguida se levantan haciendo bromas y pasa el momento. ¿Quiero...? Me desabrochan la chaqueta; digo que no, no quiero nada.

Imposible tocarlas. Nada más que un minuto de belleza, la pequeña jadeante, acariciando con las manos la cabeza de la otra.

Ese momento despertó en mi sangre otro deseo. De haber estado un poco

más loca... Pero la habitación era demasiado sucia para nosotros. Salimos. Turbados. Alegres. Exaltados.

Fuimos a bailar al «Bal Nègre». Un temor se había esfumado. Henry se había liberado. Habíamos comprendido los sentimientos del otro. Juntos. Cogidos del brazo. Una generosidad mutua.

Yo no estaba celosa de la mujer que Hugo había deseado. Pero Hugo pensó: «¿Y si hubiera habido un hombre?» No lo sabemos aún. Lo único que sabemos es que la noche transcurrió satisfactoriamente. Pude brindarle a Hugo una parte de la alegría que me embargaba.

Y al llegar a casa, adoró mi cuerpo porque era más hermoso que lo que había visto y nos hundimos juntos en la sensualidad y nos dimos cuenta de una cosa. Estamos dando muerte a nuestros fantasmas.

Fui al «Viking» a encontrarme con Eduardo. Nos hemos hecho confidencias mutuamente: él sobre una mujer de su pensión; yo sobre Henry. Una suave luz nos ilumina. Eduardo teme ser excluido de mi vida.

–No –le dije–, hay sitio suficiente. Quiero a Hugo más que nunca, quiero a Henry y a June, y también te quiero a ti, si quieres. –Sonríe.

–Te leeré las cartas de Henry –le dije, porque le preocupaba mi «imaginación». («Tal vez Henry no es nada», pensaba.) Y mientras le leía, me detuvo. No lo soportaba.

Me habla del psicoanálisis, lo cual demuestra cómo me quiere, cómo me ve ahora. El amor de Henry crea una aureola a mi alrededor. Estoy segura ante la timidez de Eduardo. Observo cómo se me acerca, buscando intimidad, un roce de mi mano, de mi rodilla. Observo cómo se vuelve humano. Hace mucho tiempo, por este momento hubiera dado yo qué sé, pero ha quedado todo muy atrás.

–Antes de marcharnos –dice–, quiero... –Y empieza a besarme.

–Sea, Eduardo –murmuro, sumisa. Es un beso precioso. Estoy medio emocionada, medio sometida. Pero no lleva adelante su deseo. No quería la medida completa. Lo tenía ya. Nos fuimos de allí. Cogimos un taxi. Él estaba turbado por la alegría de haberme tocado.

–¡Imposible! –exclama–. ¡Por fin! Pero para mí significa más que para ti.

Eso es cierto, yo sólo estoy emocionada porque me había acostumbrado a besar aquella hermosa boca.

¡Mira lo que he hecho! Mira el espectáculo del tormento de Eduardo. Mi hermoso Eduardo, Keats y Shelley, poemas y crocos... tantas horas de mirarlo a los lípidos ojos verdes y ver reflejos de hombres y prostitutas. Durante quince años su rostro, su mente, su imaginación estaban vueltas hacia mí, mas su cuerpo estaba muerto. Su cuerpo ahora está vivo. Pronuncia mi nombre en un gemido.

–¿Cuándo volveré a verte? He de verte mañana. –Besos, en los ojos, en el cuello. Parece que el mundo se ha vuelto loco. «Mañana todo se calmará», pensé. Pero mañana, como no espero nada, la locura de Eduardo retorna, y siento, por primera vez, el *destino*, una necesidad imperiosa de resolución psicológica. Vamos andando a plena luz del día a un hotel que conoce, subimos las escaleras alegremente, entramos en una habitación amarilla. Le pido que corra las cortinas, Estamos cansados de sueños, de imaginaciones, de tragedia, de literatura.

Paga la habitación abajo. Le digo a la mujer:

–Treinta francos es mucho para nosotros. La próxima vez, ¿no podría dejárnosla un poquito más barato?

En la calle nos echamos a reír: ¡la próxima vez!

Se ha obrado el milagro. Vamos andando, expandidos. Estamos enormemente hambrientos. Vamos al «Viking» y nos zampamos cuatro grandes bocadillos (hubo una época en que yo era incapaz de tragar en presencia de Eduardo).

–¡Cuánto te debo! –exclama. Y en mi corazón respondo: «Cuánto le debes a Henry.»

No puedo evitar hoy tener la impresión de que una parte de mí se ha hecho a un lado y me observa maravillada. Lanzada a la vida sin experiencia, inocente, siento que algo me ha salvado. Me siento igual a la vida. Como las escenas de una obra de teatro excepcional. Henry me ha guiado. No. Esperaba. Me observaba. Soy yo la que me movía, soy yo la que actuaba. He hecho cosas inesperadas, sorprendentes para mí misma... aquel momento al que se refiere Henry, cuando me senté al borde de la cama. Acababa de peinarme de pie ante el espejo. Él estaba en la cama y dijo:

–Todavía no estoy cómodo contigo.

Impulsivamente, de prisa, me aproximé a la cama, me senté cerca de él, acerqué mi rostro al suyo. Se me cayó el abrigo, y los tirantes de la camisola, y en el gesto, en lo que dije, había algo que denotaba tal entrega, tal sumisión, tal humanidad, que Henry era incapaz de hablar.

Siento que cuando Henry me habla o me escribe busca otro lenguaje. Percibo cómo rechaza la palabra que primero le viene a los labios y elige otra, más sutil. A veces tengo la impresión de que lo he arrastrado a un mundo intrincado, a un nuevo país, y no anda como John, con paso firme, sino con una conciencia que percibí en él desde el primer día. Se mueve dentro de las sinfonías de Proust, de las insinuaciones de Gide, de los enigmas de opio de Cocteau, de los silencios de Valéry; se mueve hacia la sugestión, los espacios; hacia las iluminaciones de Rimbaud. Y yo ando con él. Esta noche lo amo por la hermosa manera en que me ha puesto en contacto con la tierra.

Mientras continúo, no puedo y no debo desmoronarme. No quiero pedirle a Hugo ni una noche libre. Ello despierta sentimientos nuevos y profundos en Henry.

–¿Te alegras –pregunta Eduardo– de que quiera escribir, trabajar, de que esté exaltado en lugar de deprimido?

–Sí.

–La verdadera prueba llegará cuando quieras hacer uso de tu poder sobre los hombres destructiva y cruelmente. –¿Llegará ese momento?

Le hablo a Hugo de mi diario *imaginario* de una mujer poseída, lo cual lo reafirma en su creencia de que todo es falso menos nuestro amor.

–Pero, ¿cómo sabes que no existe ese diario? ¿Cómo sabes que no te miento?

–Es posible que me mientas –dice.

–Tienes una mente muy dócil.

–Dame realidades que combatir. Mi imaginación lo estropea todo. –Le dejo leer la carta que le he escrito a June y él se siente aliviado. Las mejores mentiras son las verdades a medias. Yo le digo verdades a medias.

Domingo. Hugo se va a jugar al golf. Yo me visto ritualmente y comparo la

alegría de vestirme para Henry con la tristeza de vestirme para unos banqueros y magnates del teléfono idiotas.

Luego, una habitación pequeña y oscura, destartalada, como un nicho profundo. Inmediatamente, la riqueza de la voz y la boca de Henry. La sensación de hundirme en sangre caliente. Y él rendido a mi calor y humedad. Penetración lenta, con pausas y filigranas, que me deja sin aliento de placer. No tengo palabras que lo describan; es algo nuevo para mí.

La primera vez que Henry me hizo el amor, me di cuenta de una cosa terrible, que Hugo, sexualmente, era en exceso grande para mí, por eso mi placer no ha sido nunca puro, siempre había algo de dolor. ¿Ha sido ésa la clave de mi insatisfacción? Tiemblo al escribirlo. No quiero ahondar en ello, en sus consecuencias, en mi apetito. Mi apetito no es anormal. Con Henry estoy satisfecha. Llegamos a un climax, hablamos, comemos y bebemos, y antes de marcharnos me inunda. Nunca había conocido tal plenitud. Ya no es Henry; y yo soy simplemente mujer. Desaparece la conciencia de la separación de seres. Regreso a Hugo apaciguada y alegre; lo cual se le contagia a él.

–Nunca había sido tan feliz contigo –dice. Es como si hubiera dejado de devorarlo, de exigirle. No es de extrañar que me comporte con humildad ante mi gigante, Henry. Y él es humilde ante mí.

–Anaïs, lo que ocurre es que nunca había amado a una mujer con capacidad intelectual. Todas las demás eran inferiores a mí. A ti te considero un igual. – Y él también parece rebosar alegría, una alegría que no ha conocido con June.

La última tarde en la habitación de la pensión de Henry fue para mí como un horno de frenesí. Antes sólo experimentaba el frenesí de la mente y de la imaginación; ahora es el de la sangre. Sagrada integridad. Salgo aturdida a la suave noche primaveral y pienso: «Ahora no me importaría morir.»

Henry ha despertado mis verdaderos instintos y ya no estoy incómoda, hambrienta, fuera de lugar en el mundo. He encontrado mi sitio. Lo amo y, sin embargo, no soy ciega a los elementos discordantes que hay en nosotros y de los cuales, con el tiempo, derivará nuestro divorcio. Yo sólo siento el presente. El presente es rico y tremendo. Como dice Henry: «Todo es bueno, bueno.»

Son las diez y media. Hugo ha ido a un banquete y lo estoy esperando. Se tranquiliza confiando en mi mente. Piensa que mi mente mantiene el control. No sabe de qué locuras soy capaz. Voy a guardarme esta historia para cuando sea mayor, cuando él también haya liberado sus instintos. Contarle ahora la verdad sobre mí lo mataría. Su desarrollo es más lento por naturaleza. A los cuarenta años sabrá lo que yo sé ahora. Entre tanto sentirá y asimilará las cosas sin dolor.

Hugo siempre me preocupa, como si fuera un hijo mío. Y ello se debe a que es a quien más quiero. Ojalá tuviera diez años más.

La última vez, Henry me preguntó:

–¿He sido menos brutal, menos apasionado de lo que esperabas? Acaso lo que he escrito te había hecho esperar más?

Quedé asombrada. Le recordé que casi las primeras palabras que le escribí después de nuestro encuentro fueron: «La montaña de palabras se ha derrumbado, la literatura se ha desmoronado.» Quería decir con ello que habían comenzado los sentimientos verdaderos, y que el intenso sensualismo de sus escritos era una cosa y nuestra sensualidad era otra, una cosa real.

Ni siquiera Henry, con la vida de aventuras que ha llevado, tiene plena confianza en sí mismo. No es de extrañar que Eduardo y yo, que somos tiernísimos, carezcamos de ella en un grado trágico. Fue esa delicada confianza la que alimentamos en nuestro último encuentro Eduardo y yo, tratando de compensarnos por el dolor que nos habíamos infringido involuntariamente, tratando de perfeccionar y reajustar el curso de un extraño destino. Sólo nos acostamos juntos porque era lo que debíamos haber hecho en un comienzo.

Mi amiga Natasha me recrimina constantemente por mi absurda actitud. ¿Por qué cortinas para Henry? ¿Por qué zapatos para June? «¿Y tú? ¿Y tú?» No comprende lo mimada que estoy. Henry me ofrece el mundo. June me dio locura. Dios mío, qué agradecida me siento por haber encontrado dos seres a quien amar, que son generosos conmigo de un modo que me es imposible explicar a Natasha. ¿Puedo explicarle que Henry me regala sus acuarelas y June su única pulsera? Y más.

En el «Viking» le digo a Eduardo delicadamente que no deberíamos continuar, que tengo la impresión de que la experiencia no debe continuar; no fue más que una falsificación del pasado. Resultó maravillosa, pero no hay polaridad de sangres entre nosotros.

Eduardo está dolido. Su terror fundamental de no ser capaz de retenerme se ha hecho realidad. ¿Por qué no esperamos a que se hubiera curado completamente? ¿Curado? ¿Qué significa eso? ¿Madurez, virilidad, entereza, poder para conquistarme? Yo ya sé que no podrá conquistarme, nunca. Lo mantengo en secreto. Oh, cuánta pena me produce ver su preciosa cabeza gacha, su tormento. El hecho de que esté al corriente de mi relación con Henry se interpone entre nosotros. Me suplica:

—Ven a nuestra habitación, una vez más sólo, únicamente para estar solos. Ten fe en mis sentimientos.

—No debemos. Hemos de mantenernos fieles al momento que vivimos.

No tenía ningún deseo de ir. Premoniciones. Pero él quiere dejar claro el asunto.

Nuestra habitación estaba gris, y fría. Llovía. He tratado de librarme de la desolación que me invadía. Si alguna vez he fingido en la vida, ha sido hoy. No me sentía excitada, pero no lo he admitido. Él ha percibido la insatisfacción y hemos revivido páginas de los libros de Lawrence. Por primera vez las he comprendido, quizá mejor que el propio Lawrence, porque él describía solamente los sentimientos masculinos.

Y ¿qué siente Eduardo? Siente más por mí que por ninguna otra mujer; ha sido su mayor acercamiento a la plenitud, a la virilidad.

No podía hundirlo. He proseguido con palabras dulces:

—No fuerces la vida. Deja que las cosas crezcan lentamente. No sufras.

Pero ahora lo sabe.

Todo esto fue como una pesadilla para mí. Me gritaban en vez de a Henry. Hoy lo he visto. Estaba con su amigo Fred Perlés, el hombre afable y delicado de ojos poéticos. Fred me cae bien, aunque me siento más próxima a Henry, tan próxima que no podía ni dirigirle la mirada. Estábamos sentados en la cocina del piso que tienen ahora en Clichy. Henry se encontraba radiante. Cuando he dicho que tenía que irme, después de charlar durante largo rato, Henry me ha llevado a su habitación y ha empezado a besarme, estando Fred tan cerca, Fred, el hombre aristocrático y sensible, probablemente ofendido.

–No puedo permitir que te vayas –ha dicho Henry. Cerraremos la puerta. Me he entregado a ese momento con frenesí. Creo que me estoy volviendo loca porque los sentimientos que ha despertado en mí me persiguen, me poseen en todo momento, y anhelo más y más de Henry.

Vuelvo a casa. Hugo está leyendo el periódico. La ternura, la pequeñez, la falta de color de todo ello. Pero tengo a Henry, y pienso en lo que ha dicho, de forma vehemente, mientras alcanzaba el orgasmo. Pienso que nunca había sido tan natural como ahora, nunca había vivido de acuerdo con mis verdaderos instintos. Hoy no me ha importado que Fred fuera testigo de mi locura. Quería enfrentarme al mundo, gritarle: «Amo a Henry.»

No sé por qué razón confío tanto en él, por qué quiero ofrecerle todo esta noche: la verdad, mi diario, mi vida. Inclusive he pensado que ojalá June anunciara de repente su llegada para sentir el dolor que me produciría la pérdida de Henry.

He ido a que me dieran un masaje. La masajista era pequeña y bonita. Llevaba un traje de baño. Al inclinarse sobre mí, le he visto los pechos, pequeños, pero llenos. He sentido sus manos sobre mi cuerpo, su boca cerca de la mía. Ha habido un momento en que tenía las piernas junto a mi cabeza. Hubiera podido besárselas fácilmente. Yo me encontraba muy excitada. Inmediatamente me he dado cuenta de que se trataba de un deseo frustrado. Lo que podía hacer no me parecía suficientemente satisfactorio. ¿La besaba? Tenía la sensación de que no era lesbiana. Me sentiría humillada. Pasó el momento. Pero ¡qué media hora de exquisita tortura! ¡Qué tortura desear ser hombre! Me he sorprendido a mí misma, consciente de la naturaleza de los sentimientos que experimento por June. Y ayer mismo criticaba la depravación de lo que Hugo y yo llamamos sexo colectivo, despersonalizado, indiscriminado, que ahora comprendo.

A Henry: «Han comenzado las persecuciones; todos están apenados, afligidos, de que tenga que defender a D. H. Lawrence. Me miran con tristeza. Yo espero con impaciencia el día en que pueda defender tu obra como tú defendiste a Buñuel.

»Me alegro de no haberme sonrojado ante Fred. Ese día fue el punto culminante de mi amor, Henry. Quería gritar: "Hoy amo a Henry". A lo mejor tú preferirías que hubiera fingido normalidad, no lo sé. Escíbeme. Necesito tus cartas, como una afirmación humana de la realidad. Un hombre que conozco quiere asustarme. Cuando hablo de ti, dice: "No es capaz de apreciarte." Está equivocado.»

A Henry: «Es extraño, Henry. Antes, en cuanto regresaba a casa de cualquier parte, me sentaba a escribir en el diario. Ahora quiero escribirte a ti, hablar contigo. Nuestras "citas" son tan poco naturales, tan espaciadas, cuando tengo, como esta noche, una desesperada necesidad de verte. Le he sugerido a Hugo, disimuladamente, que podíamos salir contigo mañana por la noche, pero no ha querido escucharme.

»Me encanta cuando dices: "Todo lo que ocurre es bueno." Yo digo: "Todo lo que ocurre es maravilloso." Para mí todo es sinfónico y vivir me excita; Dios mío, Henry, sólo en ti he encontrado el mismo exaltado entusiasmo, el mismo hervir de la sangre, la misma plenitud. Antes, casi pensaba que me pasaba algo. Parecía como si todo el mundo tuviera echado el freno. Y cuando siento

que se enardece tu excitación por la vida, junto a la mía, se me va la cabeza. ¿Qué haremos, Henry, la noche que Hugo se vaya a Lyon? Hoy me hubiera gustado coserte las cortinas en tu casa mientras me hablabas.

«¿Crees que somos felices juntos porque sentimos que "vamos a alguna parte", en tanto que con June tenías la impresión de que te adentrabas en una oscuridad, un misterio, una maraña mayor?»

Me he encontrado con Henry en la estación gris y la sangre se me ha alterado de inmediato; he reconocido los mismos sentimientos en él. Me ha dicho que apenas podía dirigirse a la estación porque se lo impedía el deseo que sentía de mí. Me he negado a ir a su piso porque estaba Fred y he sugerido el «Hotel Anjou», donde me llevó Eduardo. He visto la sospecha en sus ojos y me ha gustado. Hemos ido al hotel. Quería que hablara yo con la recepcionista. Le he pedido la habitación número tres. Me ha dicho que eran treinta francos.

—Nos la dejará por veinticinco —le he dicho, y he cogido la llave del casillero. He empezado a subir las escaleras. Henry me ha detenido a medio camino para besarme. Una vez en la habitación, me ha dicho con esa cálida risa suya:

—Anaïs, eres un demonio. —Yo no digo nada. Está tan ansioso que ni tiempo tengo de desvestirme.

Y aquí tropiezo, a causa de la inexperiencia, cegada por la intensidad y el salvajismo de esas horas. Recuerdo solamente su voracidad, su energía, el descubrimiento por su parte de mis n,-----gas, que encuentra bonitas, y, ¡ay!, el fluir de la miel, el paroxismo de la alegría, horas y horas de coito. ¡Igualdad! Las profundidades que ansiaba, la oscuridad, la finalidad, la absolución. La parte inferior de mi ser es alcanzada por un cuerpo que subyuga al mío, que inunda el mío, que retuerce su inflamada lengua dentro de mí con fuerza.

—Dime, dime lo que sientes —grita.

Y no puedo. Tengo sangre en los ojos, en la cabeza. Las palabras se ahogan. Quiero gritar como una salvaje, sin palabras, gritos inarticulados, sin sentido, procedentes del fundamento más primitivo de mi ser, manando de mis entrañas como la miel.

Alegría lacrimosa, que me deja sin arte, sin palabras, conquistada, silenciada.

Dios mío, he conocido el día, las horas de femenina sumisión, tamaña entrega de mí misma que no puede quedar ya nada más que entregar.

Pero miento. Lo adorno. Mis palabras no son lo suficientemente profundas, ni lo suficientemente salvajes. Disfrazan, ocultan. No descansaré hasta haber relatado mi descenso a una sensualidad que era tan oscura, tan magnífica, tan salvaje como mis momentos de creación mística han sido deslumbrantes, extáticos, exaltados.

Antes de encontrarnos aquel día, me había escrito: «Lo único que puedo decir es que estoy loco por ti. He tratado de escribir una carta y no he podido. Espero con impaciencia el momento de verte. El martes está muy lejos. Y no sólo el martes, ¿cuándo te quedarás a pasar la noche?, ¿cuándo podré tenerte durante un período largo de tiempo? Para mí es un tormento verte tan sólo unas horas y luego entregarte. Cuando te veo, todo cuanto quiero decir se desvanece. El tiempo es precioso y las palabras contingentes. Pero tú me haces feliz porque *puedo* hablarte. Me gusta tu luminosidad, tus preparativos para el vuelo, tus piernas poderosas, el calor que guardas entre ellas. Sí,

Anaïs, quiero desenmascararte. Soy demasiado galante contigo. Quisiera mirarte larga y ardientemente, levantarte el vestido, hacerte mimos, examinarte. ¿Sabes que apenas te he mirado? Estás rodeada aún de una aureola demasiado sagrada. No sé cómo decirte lo que siento. Vivo en una perpetua esperanza. Llegas y el tiempo se esfuma como un sueño. Hasta que te has marchado no me doy perfecta cuenta de tu presencia. Y entonces es demasiado tarde. Me aturdes. Intento imaginarme tu vida en Louveciennes y no puedo. ¿Tu libro? También eso me parece irreal. Sólo cuando vienes y te miro, la imagen se hace clara. Pero te marchas tan de prisa que no sé qué pensar. Sí, veo la leyenda de Poushkin claramente. Te veo en mi mente sentada en ese trono, rodeado el cuello de joyas, sandalias, grandes anillos, las uñas pintadas, una extraña voz española, viviendo una especie de mentira que no es tal sino un cuento de hadas. Es una pequeña Anaïs bebida. Me digo a mí mismo: "Ésta es la primera mujer con quien puedo ser absolutamente sincero." Recuerdo que dijiste: "Podrías engañarme; no me daría cuenta." Cuando ando por los bulevares pienso en eso y me es imposible engañarte; sin embargo, me gustaría. Quiero decir que no puedo ser absolutamente leal, no está dentro de lo que soy capaz. Me gustan las mujeres, o la vida, demasiado... No sé cuál de las dos cosas. Pero ríe, Anaïs. Me encantaría oírte reír. Eres la única mujer que tiene un sentido de la alegría, una sabia tolerancia; no, es más, parece que me instas a que te traicione. Por eso te amo. Y ¿qué es lo que te lleva a hacer eso, el amor? Es hermoso amar y ser libre al mismo tiempo.

»No sé lo que espero de ti, pero es algo parecido a un milagro. Te voy a exigir todo, hasta lo imposible, porque me animas a ello. Eres realmente fuerte. Me gusta incluso tu engaño, tu traición. Me parece aristocrático. (¿Suenan inapropiada la palabra aristocrático en mi boca?)

»Sí, Anaïs, pensaba en cómo traicionarte, mas no puedo. Te deseo. Quiero desnudarte, vulgarizarte un poco... no sé, ay, lo que me digo. Estoy un poco bebido porque tú no te encuentras aquí. Me gustaría dar una palmada y *voilà*, ¡Anaïs! Quiero que seas mía, usarte, follarte, enseñarte cosas. No, no siento aprecio por ti, ¡no lo permita Dios! Tal vez quiera hasta humillarte un poco, ¿por qué? ¿por qué? ¿Por qué no me arrodillo ante ti y te adoro? No puedo, te amo alegremente. ¿Te gusta eso? Y querida Anaïs, soy tantas cosas. Ves solamente las cosas buenas ahora, o al menos eso es lo que me haces creer. Quiero tenerte al menos un día entero conmigo. Quiero ir a sitios contigo, poseerte. No sabes lo insaciable que soy, ni lo miserable. Además de egoísta.

»Me he portado bien contigo. Pero te advierto, no soy ningún ángel. Pienso principalmente que estoy un poco borracho. Me voy a la cama; resulta demasiado doloroso permanecer despierto. Soy insaciable. Te pediré que hagas lo imposible. No sé lo qué es. Probablemente tú me lo dirás. Eres más rápida que yo. Me encanta tu coño, Anaïs, me vuelve loco. Y tu manera de pronunciar mi nombre. ¡Dios mío, parece irreal! Escucha, estoy muy ebrio. No sopor- to estar aquí solo. Te necesito. ¿Puedo decírtelo todo? Puedo, ¿verdad? Ven en seguida y fóllame. Descarga conmigo. Rodéame con las piernas. Calientame.»

Tuve la impresión de que estaba leyendo sus sentimientos más inconscientes. Sentí que la vida entera me abrazaba, en esas palabras. Sentí un supremo desafío para con mi adoración de la vida y sentí deseos de abandonarme, de entregarme a la vida plena, que es Henry. ¡Qué de sensaciones nuevas

despierta en mí, qué nuevos tormentos, nuevos temores y nueva valentía! No he tenido ninguna carta de él desde nuestro día. Sintió un tremendo alivio, satisfacción, fatiga, justamente igual que yo.

¿Y luego?

Vino ayer a Louveciennes. Un Henry nuevo, o más bien el Henry que se esconde detrás del Henry conocido, el Henry que hay más allá de lo que ha escrito, más allá del conocimiento directo, mi Henry, el hombre a quien ahora amo tremendamente, demasiado, peligrosamente.

Estaba muy serio. Había recibido una carta de June, a lápiz, irregular, absurda, infantil, enternecedora, simple, expresión de su amor por él. «Esa carta lo borra todo.» Sentí que había llegado el momento de desprenderme de mi June, de darle a mi June, «porque –dije– así la amarás más. Es una June muy hermosa. Otras veces he tenido la impresión de que te reirías de mi retrato, te burlarías de su ingenuidad. Hoy sé que no lo harás.»

Le leí todo cuanto había escrito en mi diario sobre June. ¿Qué ocurre? Está muy emocionado, turbado. Cree. «Así es cómo yo debería haber escrito sobre June. Lo demás resulta incompleto, superficial. Tú la has captado, Anaïs.» Pero espera. Ha dejado la dulzura, la ternura fuera de su trabajo, no ha escrito sino del odio, de la violencia. Yo únicamente he incluido lo que él ha dejado fuera. Sin embargo no lo ha omitido porque no lo sienta, no lo sepa, o no lo comprenda (como piensa June), sino porque es más difícil de expresar. Sus escritos hasta ahora sólo han nacido de la violencia, le han sido arrancados, los golpes le han hecho gemir y maldecir. Y ahora se halla en reposo y yo confío en él plenamente, en el Henry sensible, profundo. Está ganado.

–Ese amor es maravilloso, Anaïs –dice–. Ni lo odio ni lo desprecio. Me doy cuenta de lo que os aportáis, la una a la otra. Lo veo perfectamente. Lee, lee, esto es una revelación para mí.

Leo y tiemblo, hasta nuestro beso. Lo comprende perfectamente.

–Anaïs –dice de repente–, acabo de darme cuenta de que lo que yo te doy es burdo y simple, comparado con eso. Me doy cuenta de que cuando June regrese...

–No sabes lo que tú me has dado –le interrumpo–. No es ni burdo ni simple. Hoy, por ejemplo... –me ahogo ante tantos sentimientos enredados. Quisiera decirle cuánto me has dado. Nos oprime idéntico temor–. Ahora ves a una June hermosa.

–No, ¡la odio!

–¿Que la odias?

–Sí, la odio –dice Henry–, porque por tus notas advierto que somos víctimas tuyas, que te ha engañado, que sus mentiras sólo tienen un objetivo, destructivo y pernicioso. Solapadamente, pretende deformarme ante tus ojos, y a ti ante los míos. Si June regresa, nos enfrentará. Me da miedo.

–Entre nosotros existe algo, Henry, una unión que June no puede comprender ni asimilar.

–La mente –murmuró.

–Por eso nos odiará, sí, y luchará con sus propias armas.

–Y sus armas son los embustes.

Ambos somos plenamente conscientes del poder que sobre nosotros tiene, de los nuevos lazos que nos unen.

–Si tuviera medios para hacer que June volviera, ¿querrías que lo hiciese? –le pregunté.

Henry se sobresaltó y se acercó vacilante hacia mí.

–No me lo preguntes, Anaïs, no me lo preguntes.

Un día estábamos hablando de su obra.

–Seguramente, tú no podrías escribir aquí en Louveciennes –dije yo–. Es demasiado apacible, nada te estimularía.

–Simplemente escribiría de otra manera –dijo pensando en Proust, cuyo tratamiento de Albertine lo obsesiona.

Qué lejos estamos de su carta de borracho. Ayer estaba cautivador; era plenamente dueño de sí mismo. ¡Qué absorbente! June raras veces confiaba en él. ¿Negaría de repente todos sus sentimientos?

–Tal vez todo lo que he escrito resulta falso –dije bromeando–, lo de June y lo mío. Tal vez es hipocresía.

–¡No! ¡No! –Lo sabía. Pasiones reales, amores reales, impulsos reales.

–Por vez primera encuentro belleza en ello –dice Henry.

Temo no haber sido lo suficiente honesta. Me asombra la emoción de Henry.

–¿Acaso no soy el Idiota? –pregunto.

–No, tú ves, ves precisamente más –dice Henry–. Lo que tú ves, está ahí. Sí. –Mientras habla, reflexiona. A veces repite una frase para disponer de tiempo de reflexionar. Todo lo que pasa detrás de esa firme frente me fascina.

La extravagancia del lenguaje de Dostoievski nos ha liberado a los dos. Ahora que vivimos con el mismo fervor, la misma temperatura, la misma extravagancia, me siento arrobada. Esto es vida, el habla, éstas son las emociones que me pertenecen. Respiro libremente ahora. Estoy en casa. Soy yo misma.

Después de estar con Henry, me he encontrado con Eduardo.

–Te quiero, Anaïs. Dame otra oportunidad. Me perteneces. Cuánto he sufrido esta tarde, sabiendo que estabas con Henry. Hasta ahora no había conocido los celos; y son tan fuertes ahora que me están matando. –Su rostro está tan pálido que produce miedo. Siempre sonrío, como yo. Ahora no puede. Todavía no me he acostumbrado a contemplar la desdicha provocada por mí; o mejor, provocada a Eduardo. Me disgusta. Sin embargo, en el fondo, soy fría. Estoy ahí sentada, viendo el rostro de Eduardo desfigurado por el dolor y no siento otra cosa más que pena–. ¿Vienes conmigo?

–No. –Recurro a todas las excusas que no pueden ofenderlo.

Le digo todo menos que amo a Henry.

Finalmente, me salgo con la mía. Le permito que me acompañe en taxi a la estación para encontrarme con Hugo. Le permito que me bese. Le prometo ir a verlo el lunes. Soy débil, pero no quiero fastidiarle la vida, dejarlo tullido, privarle de su recién nacida confianza en sí mismo. Aún sobrevive el suficiente de mi antiguo amor hacia él para ello. Le he avisado de que podía destruirle, aunque odio destruir, y de que había encontrado a un hombre a quien no podía destruir, que él era el hombre perfecto para mí. He tratado de lograr que me odiara, pero ha dicho:

–Te quiero, Anaïs.

Y el horóscopo dice que somos complementarios.

Lo importante es la respuesta a la vida. June y Henry responden extravagantemente, como yo. Hugo es más moderado, más apático. Hoy ha salido de su moderación para descubrir *Los demonios*. Le he hecho poner por escrito sus pensamientos, pues eran maravillosos. Sus mejores momentos son muy profundos.

Él representa la verdad. Es Shatov, capaz de amar y de tener fe. Pero, ¿qué

soy yo? Ese viernes, en que yo nací en los brazos de tres hombres, ¿qué era yo?

A Eduardo: «Escucha, *cousin chéri*, te escribo en el tren, camino de casa. Tiemblo de dolor al pensar en esta mañana. El día me ha parecido tan pesado que me era imposible respirar... Has dado muestras de una hermosa actividad, vida, emoción, fuerza. Para mí es una tragedia que estés en el momento más sublime cuando más te quiero, si bien no sensualmente, sensualmente no. Estamos destinados a que nuestros sentimientos no coincidan nunca. Ahora es Henry el dueño de mi cuerpo. *Cousin chéri*, he tratado hoy por última vez de dirigir mi vida de acuerdo con un ideal. Mi ideal era esperarte toda la vida, y he esperado demasiado; en la actualidad vivo según el instinto y la corriente me lleva a Henry. Perdóname. No es que tú no tengas fuerza para retenerme. ¿Dirías que antes no me amabas porque era menos susceptible de ser amada? No. Sería igualmente falso decir que te faltaba fuerza como decir que yo he cambiado. La vida no es una cosa racional; sino una locura y está llena de dolor. Hoy no he visto a Henry ni lo veré mañana. Brindo estos dos días a la memoria de nuestras horas. Sé fatalista, sí, como yo lo soy hoy, pero no abrigues pensamientos oscuros ni amargos como que he jugado contigo por vanidad. Oh, Eduardo, *querido*, acepto el dolor que se origina no de esos motivos sino de las fuentes reales –el verdadero dolor por lo traicionero de la vida, que nos hiere a los dos de distinto modo. No busques el *por qué*, no hay por qué en el amor, ni razones, ni explicaciones, ni soluciones.»

He llegado a casa y me he derrumbado en el sofá; me costaba respirar. En respuesta a la súplica de Eduardo, me he encontrado con él esta mañana temprano. Había pasado dos días celoso de Henry, consciente de que él, el narcisista, era por fin poseído por otro. «Cuánto bien hace abrirse. Llevo dos días pensando continuamente en ti, durmiendo mal, soñando que te pegaba fuerte, tan fuerte que se te caía la cabeza y yo la llevaba en brazos. Anaïs, voy a tenerte conmigo todo el día. Me lo prometiste. Todo el día.» Lo que más deseo es salir corriendo del café. Se lo digo. Sus súplicas, dulzura e intensidad despiertan vagamente mi antiguo amor y compasión, el amor de Richmond Hill, con sus vagas esperanzas, la vieja costumbre de pensar «claro que quiero a Eduardo».

Temo que vuelva a encerrarse en el narcisismo porque se sienta incapaz de soportar el dolor: «¡Pensar que he llegado a adorar tus huesos, Anaïs!» Me siento ligeramente conmovida; sin embargo, lo que más deseo es escapar de él. No sé por qué lo obedezco, lo sigo.

Me siento dolida mientras leo *Albertine disparue* porque hay pasajes subrayados por Henry y Albertine es June. Se traslucen todas las amplificaciones de sus celos, sus dudas, su ternura, sus arrepentimientos, su horror, su pasión, y a mí me invaden unos celos ardientes de June. De momento, este amor, que había estado tan equilibrado entre Henry y June que no sentía celos en absoluto, se decanta hacia Henry, y me siento torturada y temerosa. Sin embargo, anoche soñé con June. Había regresado de repente. Nos encerramos en una habitación. Hugo, Henry y otras personas esperaban a que nos vistiéramos para cenar juntos. Yo deseaba a June. Le supliqué que se desnudara. Prenda por prenda, descubrí su cuerpo, con exclamaciones de admiración, pero en la pesadilla veía sus defectos, extrañas deformaciones. Con todo, seguía siendo absolutamente deseable. Le supliqué que me dejara

mirar entre sus piernas. Las abrió, las levantó y vi carne cubierta de un espeso vello negro, como de hombre, pero en el mismo extremo de la carne era blanco como la nieve. Lo que me horrorizaba era que se movía frenéticamente y que sus labios se abrían y cerraban con rapidez como la boca de un pececillo de estanque al comer. Yo la observaba con fascinación y repugnancia; luego me lancé sobre ella y dije: «Déjame que te ponga la lengua ahí.» Me dejó aunque no parecía satisfecha mientras la lamía. Estaba fría e inquieta. De pronto se incorporó, me empujó y se inclinó sobre mí; en tanto se colocaba encima sentí que me tocaba un pene. Le pregunté y me respondió triunfante: «Sí, tengo uno pequeñito; ¿no te alegras?» «Pero, ¿cómo se lo ocultas a Henry?», pregunté. Sonrió pérfidamente. Durante todo el sueño reinaba una sensación de gran desorden de movimientos torpes, de que todo llegaba demasiado tarde, de que el mundo entero esperaba, inquieto y derrotado.

Y, sin embargo, estoy celosa de todo el sufrimiento que Henry experimenta con ella. Siento que me estoy hundiendo y alejando de todo saber y comprensión, que mis instintos aúllan como animales salvajes. Cuando recuerdo las tardes pasadas junto con Henry en el «Hotel Anjou», sufro. Dos tardes grabadas en mi cuerpo y en mi mente.

Ayer, al regresar a casa luego de estar con Eduardo, me refugié en los brazos de Hugo. Estaba llena de sentimientos de angustia respecto de Eduardo y de anhelo respecto de Henry, y al mismo tiempo, en brazos de Henry, besándole simplemente la boca y el cuello, me embargó un sentimiento tan dulce y profundo que aniquiló la oscuridad y bajeza de la vida. Me sentía como si un leproso fuera y su fuerza tan poderosa que me curara instantáneamente con un beso. Anoche lo amé con una sinceridad que rebasa todos los climas que me hace anhelar mi fiebre. Proust ha escrito que la felicidad se halla desprovista de fiebre. Anoche conocí la felicidad y la identifiqué, y honestamente he de decir que solamente Hugo me la ha proporcionado, y que corre invicta por las convulsiones de mi cuerpo y de mi mente enfebrecidos.

Ahora que estoy viviendo el período más pletórico de mi vida, la salud torna a traicionarme. Todos los médicos dicen lo mismo: no tengo enfermedad alguna, lo que me pasa no es nada más que una debilidad general, falta de vigor. El corazón apenas me late, tengo frío, me canso en seguida. Hoy me he sentido agotada con Henry. Los momentos que hemos pasado en la cocina de Clichy, con Fred, han sido preciosos. Desayunaban a las dos. Los libros apilados, los que quieren que lea y el que les he llevado. Luego Henry y yo hemos ido a su habitación. Ha cerrado la puerta y la conversación se ha transformado en caricias, en un coito experto, agudo y penetrante.

La conversación versa sobre Proust y provoca esta confesión por parte de Henry:

—Para ser completamente honesto conmigo mismo he de decir que me gusta estar lejos de June. Es entonces cuando disfruto más de ella. Cuando está aquí me siento mórbido, oprimido, desesperado. Contigo... tú eres *ligera*. Estoy saciado de experiencias y dolor. Tal vez te atormento. No lo sé. ¿Te atormento?

No puedo responderlo muy bien, aunque para mí está claro que él es oscuridad. Y ¿por qué? ¿Por los instintos que ha despertado en mí? La palabra «saciedad» me aterró. Fue como la primera gota de veneno vertida en mí. Contra su saciedad, opongo yo mi temerosa frescura, lo que de nuevo hay en mí, que proporciona intensidad a lo que para él puede tener menos valor. Esa prime-

ra gota de veneno, vertida de un modo tan accidental, fue como una premonición de la muerte. No sé por qué hendedura se filtrará de repente nuestro amor para desaparecer.

Henry, hoy estoy triste por los momentos que me estoy perdiendo, esos momentos en que hablas con Fred hasta el amanecer, cuando estás elocuente, brillante, violento o exultante. Y me entristeció que te perdieras un momento maravilloso de mí. Anoche estaba sentada junto al hogar hablando como raras veces lo hago, dejando a Hugo pasmado, sintiéndome inmensa y sorprendentemente rica, contando historias y exponiendo ideas que te hubieran divertido. Hablaba de mentiras, de diferentes clases de mentiras, las mentiras especiales que cuento por motivos específicos, para embellecer la vida. Una vez que Eduardo se puso demasiado analítico le conté el cuento de un amante ruso imaginario. Se quedó embelesado. Y con ello le transmití la necesidad de locura, la falta de riqueza de emociones que tiene, porque es impotente emocionalmente. Cuando estoy angustiada, desconcertada, perdida, me invento que conozco a un viejo sabio con el que converso. Le hablo a todo el mundo de él, cómo es, lo que ha dicho, el efecto que tiene sobre mí (alguien en quien apoyarme un momento), y al final del día siento que la experiencia vivida con el viejo sabio me ha fortalecido, y estoy tan satisfecha como si todo fuera cierto. También me he inventado amigos cuando, los que tenía, no me satisfacían. Y disfruto muchísimo de mis experiencias. Me llenan, me enriquecen. Labor de bordado.

Hoy me he encontrado con Fred, y mientras andamos juntos hacia Trinité sale el sol de detrás de una nube cargada de lluvia y nos ciega. Empiezo a recitar un fragmento de un escrito suyo sobre una mañana soleada en el mercado y se emociona. Me ha dicho que le hago bien a Henry, que le doy cosas que June no podría darle. Y, sin embargo, admite que Henry se halla totalmente a merced de June cuando ella está aquí. June es más fuerte. Yo cada vez quiero más a Henry que a June.

Fred se maravilla de que Henry sea capaz de amar a dos mujeres a la vez. «Es un hombre grande –ha dicho–. Hay mucho espacio en él, mucho amor. Si yo te amara a ti, me sería imposible amar a ninguna otra mujer.» Y yo pensaba: «Yo soy como Henry. Puedo amar a Hugo, a Henry y a June.»

Henry, comprendo que nos quiera a June y a mí. La una no excluye a la otra. Pero es posible que June no piense de igual modo, y desde luego tú no comprendiste que June te quisiera a ti y a Jean. No, tú exiges una elección.

Vamos a probar todo lo que podemos ofrecernos mutuamente. Antes de que June venga nos acostaremos juntos todo lo posible. Sí, nuestra felicidad está en peligro, pero vamos a devorarla de prisa, a fondo: Me siento agradecida por cada día de felicidad.

Carta a June: «Esta mañana me he despertado con un profundo y desesperado deseo de ti. Tengo unos sueños extraños. Unas veces eres pequeña, suave y dócil en mis brazos, otras poderosa y dominante, y llevas la iniciativa. Humilde e indomable a la vez. June, ¿qué eres tú? Sé que escribiste a Henry una carta de amor y me dolió. Al menos he encontrado un motivo de alegría y es poder hablar abiertamente de ti con Henry. Lo hice porque sabía que te querría más. Le di *mí* June, el retrato tuyo que escribí los días que pasamos juntas... Ahora puedo decir a Henry: «Amo a June.» Y él no combate nuestros sentimientos, no los aborrece. Está emocionado. ¿Y tú, June? ¿Có-

mo he de interpretar que no me hayas escrito...? ¿Soy acaso un sueño para ti? ¿No soy real y cálida? ¿Qué nuevos amores, qué nuevos éxtasis, qué nuevos impulsos te mueven ahora? Ya sé que no te gusta escribir. No te pido cartas extensas, sino sólo unas palabras, lo que sientas. ¿Has apetecido alguna vez volver a estar aquí en mi casa, en mi habitación? ¿Lamentas que estuviéramos tan absorbidas? ¿Alguna vez sientes deseos de volver a vivir esas horas de manera distinta, con mayor confianza? No me atrevo a escribirlo todo, June, como si temiera que fueses a correr al piso de abajo para escapar de mí, como hiciste aquel día, o casi.

«Te mando el libro que escribí sobre Lawrence y la capa. Te quiero, June, y ya sabes con qué intensidad, con qué desesperación. Bien sabes que nadie puede decir ni hacer nada que haga temblar mi amor. Te he hecho mía, entera. No debes tener miedo de ser desenmascarada, solamente amada.»

A Fred: «Si quieres ser bueno conmigo no vuelvas a hablar mal de June. Hoy me he dado cuenta de que con la defensa que haces de mí lo único que consigues es que June penetre más en mi ser. ¿Sabes cómo me he dado cuenta de ello? Ayer te escuché, ¿lo recuerdas?, con una especie de gratitud. No dije gran cosa en favor de June. Pero esta mañana le he escrito una carta de amor, movida por un instinto desinteresado de protección, como si me castigara a mí misma por haber escuchado unos elogios de mí que disminuían el valor de June. Y Henry, lo sé, piensa lo mismo y actúa de la misma manera. Pero comprendo todo lo que has dicho, sientes y eres, y te aprecio por ello, inmensamente.»

Eduardo le ha dicho al doctor Allendy, su psicoanalista: No sé si Anaïs me amaba o no, si me ha engañado a mí o a sí misma sobre sus sentimientos.

–Lo amaba a usted –dijo Allendy–, lo demuestra la preocupación que siente por usted.

–Pero usted no la conoce –declaró Eduardo–. No conoce la magnitud de la compasión que es capaz de sentir por los demás, su capacidad de sacrificio.

A mí, Eduardo me ha dicho:

–¿Qué pasó, Anaïs? ¿Qué es lo que intuiste en el momento de pedirme que te dejara? ¿De qué te diste cuenta?

–Tal como decía en mi carta, fue tomar conciencia de la importancia que tenía que me conquistaras para proporcionarte a ti mismo la confianza que te faltaba, un despertar del viejo amor que malinterpretamos... –Ay, qué voluble soy.

También él racionaliza, como autodefensa.

–Entonces, también tú tienes una sensación de incesto. –La debilidad de su confianza («si conquistó a Anaïs, lo habré conquistado todo») es lamentable. Yo actué pensando en sus necesidades. No obedecí mis instintos, mi imperativa seguridad de que únicamente deseo a Henry. Mas cuando pienso que he hecho el bien y que he sido absolutamente justa, parece que he hecho el mal, de una manera sutil y traicionera. Le he sugerido a Eduardo una duda sobre su pasión, que el psicoanálisis ha fomentado y ha estimulado artificialmente. La manipulación científica de las emociones. Por primera vez, me opongo al análisis. A lo mejor sí ayudó a Eduardo a tomar conciencia de su pasión, pero no le hace más fuerte. Tengo la impresión de que es algo efímero, extraído dolorosamente, una fina esencia obtenida mediante prensado de unas hierbas.

Veo ciertas similitudes entre Henry y yo en lo que se refiere a relaciones humanas. Veo nuestra capacidad para soportar el dolor cuando amamos, nuestras naturalezas fácilmente engañadas, nuestro deseo de creer en June, nuestra inmediata salida en defensa suya ante el odio de los demás. Habla de pegarle a June, pero sería incapaz. No es más que el cumplimiento de un deseo, dominar lo que lo domina a él. En *Buba de Montparnasse* se dice que una mujer se somete al hombre que le pega porque éste es como un gobierno fuerte que también puede protegerla. Pero los golpes de Henry serían vanos porque no es un protector de mujeres. Se ha dejado proteger. June ha trabajado para él como un hombre, por eso puede decir: «Lo he querido como a un niño.» Sí, y ello disminuye su pasión. Henry le ha permitido percibir su propia fuerza. Y esto es imposible cambiarlo, porque está grabado en ambos. Toda su vida Henry afirmará su masculinidad reflejando la destrucción y el odio en su trabajo; cada vez que aparezca June, le hará una inclinación de cabeza. Ahora sólo el odio lo mueve. «La vida es asquerosa, asquerosa», grita. Y con estas palabras me besa y me despierta, a mí que llevo cien años durmiendo, con alucinaciones que cuelgan cual cortinas de tela de araña sobre mi lecho. Pero el hombre que se inclina sobre mi cama es blando. Y no escribe nada nunca de esos momentos. Ni siquiera trata de arrancar las telas de araña. ¿Cómo voy a convencerme de que el mundo es asqueroso? «No soy ningún ángel. Sólo me has visto en mis mejores momentos, pero espera...» Soñaba con leerle todo esto a Henry, todo lo que he escrito sobre él. Y luego me he reído porque me imaginaba a Henry diciendo: «Qué extraño. ¿Por qué hay tanto agradecimiento en ti?» No supe por qué hasta que leí lo que Fred había escrito sobre Henry: «Pobre Henry, me das lástima. Careces de gratitud porque careces de amor. Para agradecer primero has de saber amar.» Las palabras de Fred añadidas a las mías referentes al odio de Henry me dolieron. ¿Creo o no creo en ellas? ¿Explican la profunda estupefacción que sentía, al leer su novela, ante el salvajismo de sus ataques a Béatrice, su primera esposa? Al mismo tiempo pensó que era yo la que estaba equivocada, que la gente ha de luchar y de odiarse, y que el odio es bueno. Pero yo daba el amor por sentado; el amor puede incluir el odio.

Últimamente tengo constantes lapsus y digo «John» en lugar de «Henry» cuando hablo con Hugo. No se parecen en absoluto y no comprendo cómo puedo asociarlos mentalmente.

–Escucha –le digo a Henry–, no me excluyas de tu libro por delicadeza. Inclúyeme. Luego ya veremos lo que pasa. Espero mucho.

–Pero entre tanto –dice Henry– es Fred el que ha escrito tres maravillosas páginas sobre ti. Se deshace en elogios de ti, te adora. Estoy celoso de esas tres páginas. Ojalá las hubiera escrito yo.

–Las escribirás –le dije con confianza.

–Por ejemplo, tus manos. Nunca me había fijado en ellas.

Fred les da mucha importancia. Déjame mirarlas. ¿Son de verdad tan hermosas? Sí, ya lo creo. –Me echo a reír.

–Tal vez tú aprecias otras cosas.

–¿El qué?

–La calidez, por ejemplo. –Sonríó, pero las palabras de Henry han abierto numerosas laceraciones diminutas.

–Cuando Fred me oye hablar de June, dice que no te amo.

Sin embargo, no me deja. Me llama en sus cartas. Sus brazos, sus caricias y

sus coitos son voraces. Dice, conmigo, que por mucho que pensemos (citando a Proust, o a Fred, o a mí) no dejaremos de vivir. Y ¿qué es vivir? El momento en que llama a la puerta de Natasha (está fuera y me ha dejado su casa) y me desea en seguida. El momento en que me dice que ya no piensa en las putas. Yo soy justa y fiel a June en cada palabra que pronuncio sobre ella, como una idiota. ¿Cómo voy a engañarme sobre el alcance del amor de Henry cuando comprendo y comparto lo que siente por June?

Duerme en mis brazos, estamos soldados, su pene aún se encuentra dentro de mí. Es un momento de paz verdadera, de seguridad. Abro los ojos, pero no pienso. Una de mis manos reposa sobre su cabello canoso. La otra está abierta sobre su muslo. «Oh, Anaïs, había dicho-, estás tan ardiente, tan ardiente, que no puedo esperar. He de entrar en ti de prisa, de prisa.»

¿Es siempre tan importante cómo le aman a uno? ¿Es tan imperativo que te amen absolutamente o intensamente? ¿Diría Fred que soy capaz de amar porque amo a los demás más que a mí misma? ¿O es Hugo el que ama cuando va tres veces a buscarme a la estación porque se me han escapado tres trenes? ¿O es Fred, con su nebulosa, poética y delicada comprensión? ¿O amo más cuando le digo a Henry: «Los destructores no siempre destruyen. June no te ha destruido. En el fondo eres escritor. Y el escritor está vivo?»

–Henry, dile a Fred que podemos ir a buscar las cortinas mañana.

–Yo también voy –dijo Henry repentinamente celoso.

–Pero sabes que Fred quiere verme a mí, hablar conmigo. –Los celos de Henry me complacieron–. Dile que podemos encontrarnos en el mismo sitio de la última vez.

–A eso de las cuatro.

–No, a las tres. –Pensé que la última vez que nos habíamos visto no habíamos tenido tiempo suficiente. El rostro de Henry es impenetrable. Nunca descubro en él ningún signo de lo que siente.

Sí, hay transiciones, cuando está acalorado y excitado, o serio y enmendado, u observador e introspectivo. Los azules ojos son analíticos, como los de un científico, o están húmedos de sentimiento. Cuando están húmedos me emocio hasta la punta de los pies porque recuerdo un relato de su infancia. Sus padres (su padre era sastre) se lo llevaban en las salidas que hacían los domingos, de visita, y arrastraban al niño todo el día y hasta altas horas de la noche. Iban a casa de sus amigos a jugar a cartas y fumar. El humo se hacía cada vez más denso y a Henry le dolían los ojos. Lo acostaban en la cama de al lado de la sala de estar con toallas húmedas sobre los ojos inflamados.

Ahora se le cansan los ojos de leer las pruebas del periódico; me gustaría liberarlo de ello, pero no puedo.

Anoche no podía dormir. Me imaginaba que estaba de nuevo en casa de Natasha con Henry. Quería revivir el momento en que se corrió en mi interior estando de pie. Me enseñó a rodearlo con las piernas. Esas prácticas son tan nuevas para mí que me dejan perpleja. Después estalla el placer de los sentidos porque ha liberado una nueva clase de deseo.

–Anaïs, te siento, siento tu calor hasta los pies.

Para él también es como un rayo. Siempre le asombra mi calidez.

No obstante, muchas veces, la pasividad del papel de la mujer me oprime, me sofoca. Más que esperar el placer de él, me gustaría tomarlo, actuar salvaje-

mente. ¿Es eso lo que me empuja al lesbianismo? Me aterra. ¿Fingen, pues, las mujeres? ¿Se acerca June a Henry cuando lo desea? ¿Lo monta? ¿Lo espera? Él guía mis inexpertas manos. Estar con él es como un incendio forestal. Enciende y excita nuevos puntos de mi cuerpo. Es un incendiario. Lo dejo en una fiebre inextinguible.

Acabo de apartarme de la ventana abierta de mi habitación, donde me había apostado para inspirar profundamente el sol, las campanillas, el azafrán, las primulas, el gorjeo de las palomas, los trinos de los pájaros, la procesión entera de vientos suaves y olores frescos, de colores débiles y cielos de tacto de pétalo, los viejos árboles nudosos marrón grisáceo, las proyecciones verticales de las ramas jóvenes, la parda tierra húmeda, las raíces desgarradas. Es todo tan sabroso que se me abre la boca y lo que percibo es el sabor de la lengua de Henry, y huelo su aliento mientras duerme, envuelto en mis brazos.

Esperaba encontrarme con Fred, pero es Henry el que se presenta a la cita. Fred está trabajando. Abro unos ojos como platos al ver a Henry, el hombre que ayer durmió en mis brazos, y me acometen unos pensamientos estremecedores. Veo el sombrero manchado y el agujero que tiene en el abrigo. Otro día me hubiera conmovido, pero hoy me doy cuenta de que es pobreza voluntaria, calculada, intencional, nacida del desdén hacia la burguesa que sujeta el bolso con firmeza. Habla maravillosamente de Samuel Putman y Eugene Jolas, de su trabajo, de mi trabajo y del de Fred. Pero luego lo alcanzan los efectos del «Pernod» y me cuenta que anoche estaban sentados en un café con Fred después del trabajo, que le hablaron las putas, que Fred lo miró muy severamente porque aquella tarde había estado conmigo y no debía hablar con aquellas mujeres, y además eran feas. «Pero Fred se equivoca – digo, para sorpresa de Henry–, las putas me complementan. Comprendo el alivio que debe de sentir un hombre al acercarse a una mujer que no le va a exigir nada de sus emociones ni sentimientos.» Y Henry añade: «No hace falta escribirles cartas.» Mientras me río se da cuenta de que lo comprendo totalmente. Incluso comprendo su preferencia por los cuerpos a lo Renoir. *Voilà*. Sin embargo, conservo la imagen de un Fred indignado que me adora. Y Henry dice: «Eso es lo más cerca que he estado de serte infiel.»

No sé si deseo la fidelidad de Henry, porque estoy empezando a darme cuenta que hoy me fatiga incluso la propia palabra «amor». Amar o no amar. Fred dice que Henry no me ama. Yo comprendo la necesidad de alivio de las complicaciones, y lo deseo para mí misma, pero las mujeres no pueden alcanzar tal estado; Las mujeres son románticas.

Supongamos que no deseo el amor de Henry. Supongamos que le digo: «Mira, somos dos adultos. Estoy harta de fantasías y de emociones. No me nombres la palabra "amor". Hablemos todo lo que nos venga en gana y tengamos relaciones sexuales solamente cuando queramos. Deja el amor al margen de esto.» Son todos muy serios. En este momento me siento vieja, cínica. Y también estoy harta de exigencias. Hoy, durante una hora, me he sentido desprovista de todo sentimentalismo. En un momento podría destruir toda la leyenda, de principio a fin, destruirlo todo, todo menos lo fundamental: mi pasión por June y mi adoración de Hugo.

Es posible que mi intelecto me esté haciendo otra jugarreta. ¿Es esto el sentido de la realidad? ¿Dónde están los sentimientos de ayer y de esta mañana? ¿Y mi intuición de que vendría Henry a la cita en lugar de Fred? Y, ¿qué tiene

todo esto que ver con que Henry estuviera borracho, y yo, que no me di cuenta, le leyera lo que había escrito sobre su poder para «quebrarme»? Naturalmente, no entendió nada, nadando como estaba en el «Pernod» color de azufre.

Lo burlesco de ello me dolió.

–¿Cómo es Fred cuando está borracho? –le pregunté.

–Alegre, sí, pero siempre un poco desdenoso con las putas. Y ellas se dan cuenta.

–Mientras que tú te vuelves más amistoso.

–Sí, les hablo como un carretero.

Todo esto no me producía placer alguno. Lo que me produce es un frío y un vacío interior. Le gasté una broma y le dije que un día le mandaría un telegrama que dijera: «No nos volveremos a ver porque no me amas.» Mientras volvía a casa, pensaba: «Mañana no nos veremos. O, si nos vemos, no volveremos a acostarnos. Mañana le diré a Henry que no se moleste con el amor. Pero ¿y el resto?»

Hugo ha dicho esta noche que tengo el rostro resplandeciente. No puedo evitar sonreír. Deberíamos celebrar un banquete. Henry me ha hecho perder la seriedad. No soportaba sus cambios de humor, de mendigo a dios, de sátiro a poeta, de loco a realista.

Cuando me ataca, mi maldita comprensión evita que me eche a llorar o que le devuelva el golpe. Contra lo que comprendo, como lo de Henry y las putas, no puedo luchar. Lo que comprendo, lo acepto inmediatamente.

Henry tiene un mundo tan propio que no me sorprendería que quisiera robar, matar o violar. Hasta ahora lo he comprendido todo.

Ayer, en la cita, vi por primera vez a un Henry malévolo. Había venido más para disgustar a Fred que para verme a mí. Se traicionó cuando dijo: «Fred está trabajando. Cómo debe de fastidiarle.» Yo no quería escoger las cortinas sin Fred, pero Henry insistió en elegir las. No sé si fueron imaginaciones mías o no, pero me pareció que estaba exultante de insensibilidad. «Me produce el mismo placer hacer el mal...», dijo Stavrogin. Para mí es un placer desconocido. Pensaba enviarle a Henry un telegrama, mientras estaba con Fred, que dijera: «Te amo.» Pero ahora querría ir a ver a Fred para aliviarle del dolor. El placer de Henry me resultó alarmante. «Antes me gustaba pedirle dinero a cierto hombre y luego con la mitad del dinero que me dejaba mandar un telegrama.» Cuando de las nieblas de la bebida surgen historias como ésta, lo veo envuelto en una aureola de maldad, un secreto gusto por la crueldad. June comprando perfume para Jean mientras Henry se moría de hambre, o complaciéndose en ocultar una botella de Madeira añejo en la maleta mientras Henry y sus amigos, sin un real, se morían de ganas de beber algo. Lo que más me asombra no es el hecho en sí sino el placer que lo acompaña. Henry se vio impulsado a atormentar a Fred. June lo lleva todo mucho más lejos que él, descaradamente, como cuando se revolcó con Jean en casa de los padres de Henry. Este amor a la crueldad los une indisolublemente. Ambos se complacerían en humillarme, en destruirme.

El pasado es como un peso insoportable, como una maldición, la fuente de todos los movimientos que hago, de todas las palabras que pronuncio. En ciertos momentos, el pasado me superó y Henry retrocede a la irrealidad. Una terrible reserva, una pureza artificial me envuelve, y me aísla completamente del mundo. Hoy soy la *jeune fille* de Richmond Hill, que escribe en una

mesa de un blanco marfileño sobre insignificancias.

No temo a Dios, y sin embargo el miedo no me deja dormir por las noches, el miedo al demonio. Si creo en el demonio, he de creer en Dios. Y si el mal me resulta aborrecible, he de ser una santa.

Henry, sálvame de la beatificación, de los horrores de la estática perfección. Precipítame al infierno.

Ver a Eduardo ayer cristalizó mi estremecimiento mental. Escuché sus explicaciones de mis sentimientos. Parecen muy plausibles. De repente me he vuelto fría con Henry porque he sido testigo de la crueldad con que trata a Fred. La crueldad ha protagonizado el gran conflicto de mi vida. Vi crueldad en mi infancia –la crueldad de mi padre para con mi madre y sus sádicos castigos de mis hermanos y de mí– y la compasión que sentía por mi madre alcanzaba la histeria cuando mi padre y ella se peleaban, actos que luego me paralizaban. Crecí con tal incapacidad para la crueldad que se convierte en debilidad.

Al ver un pequeño aspecto de ella en Henry me di cuenta de las demás crueldades que comete. Y, lo que es más, Fred despertó en mí toda la reserva, y me llenó de recuerdos de mi infancia, que es lo que Eduardo califica de regresión, volver a un estadio infantil, lo cual podría impedir que avanzara hacia la madurez.

Yo quería confiar en alguien, incluso dejarme guiar. Eduardo dijo que había llegado el momento de hacerme psicoanalizar. Hacía tiempo que lo esperaba. Él podía ayudarme a hablar de las cosas, pero sólo el doctor Allendy podía ser el guía, un *padre* (a Eduardo le encanta tentarme con la figura del padre). ¿Por qué insistí en hacer de Eduardo mi psicoanalista? No logré con ello más que posponer la verdadera tarea.

–Es posible que me guste mirarte con admiración –dije.

–¿En lugar de la otra relación que desprecias?

La charla me pareció sumamente efectiva. Tenía ya ganas de cantar. Hugo estaba en una reunión de trabajo. Eduardo continuó analizando. Estaba extraordinariamente guapo. Durante toda la cena me sentí turbada por su frente y sus ojos, su perfil, su boca, su expresión astuta –la perversa satisfacción de contemplar interiormente sus secretos. Su enorme hermosura la asimilé después, al desearme, aunque la recibí como uno inspira aire para respirar, o traga un copo de nieve, o toma el sol. Mi risa le hizo perder la seriedad. Le hablé del encanto de su rostro y de sus ojos verdes. Lo deseé y lo hice mío, un amante ocasional. Pero un mal psicoanalista, bromeé, porque le hizo el amor a su paciente.

Mientras subía al piso de arriba a peinarme, sabía que al día siguiente correría a ver a Henry. Lo único que hace para combatir mis fantasmas es empujarme contra la pared de su habitación y besarme, decirme en un susurro lo que desea mi cuerpo hoy, qué gestos, qué actitudes. Yo obedezco y disfruto de él hasta el frenesí. Salvamos a toda prisa fantasmagóricos obstáculos. Ahora sé por qué he amado a Henry. Hasta Fred, antes de dejarnos, parecía menos trágico, y le confesé a Henry que no deseaba un amor perfecto de él, que sabía que estaba cansado de todo eso, igual que yo, que sentía un acceso de sensatez y de humor y que nada podía detener nuestra relación hasta que quisiéramos hacer de nuevo el amor. Por primera vez, creo que comprendo lo que es el placer. Y me alegro de haberme reído tanto anoche, de haber cantado esta mañana y de acercarme irresistiblemente a Henry. (Eduardo todavía estaba aquí cuando me he marchado, con el paquete de las cortinas de Henry.)

Justo antes de esto, mi hermano Joaquín y Eduardo estaban hablando de Henry, en mi presencia. (Joaquín ha leído mi diario.) Piensan que Henry es una fuerza destructiva que me ha elegido a mí, la más creativa de las fuerzas, para poner a prueba su poder, que yo he sucumbido a la magia de toneladas de literatura (es cierto que me encanta la literatura), que me salvaré –se me ha olvidado cómo, pero a pesar de mí misma.

Y mientras estaba allí tumbada, contenta ya porque había decidido que tendría a mi Henry hoy, sonreía.

En la primera página de un precioso cuaderno de tapas color violeta que me ha regalado Eduardo, con una inscripción ya he escrito el nombre de Henry. No quiero ningún doctor Allendy No quiero ningún análisis paralizante. Sólo vivir.

ABRIL 1932

Cuando Henry oye la hermosa, vibrante, leal y conmovedora voz de Hugo por teléfono, se enfada por la amoralidad de las mujeres, de todas las mujeres, de las mujeres como yo. Él practica todas las deslealtades, todas las traiciones, pero la infidelidad de una mujer le duele. Y yo estoy muy incómoda cuando se encuentra de ese humor porque me siento fiel al vínculo existente entre Hugo y yo. Nada de lo que vivo fuera del círculo de nuestro amor lo altera ni lo disminuye. Al contrario, lo amo más porque lo amo sin hipocresía. Pero la paradoja me atormenta profundamente. No es cosa de menospreciar el que no sea más perfecta que Hugo ni más parecida a él, pero ello no es sino la otra cara de mi ser.

Henry comprendería que lo abandonara por consideración hacia Hugo, mas hacerlo demostraría hipocresía por mi parte. Sin embargo, una cosa si es cierta: si un día me viera obligada a elegir entre Hugo y Henry, escogería a Hugo sin dudarlo. La libertad que me he dado en nombre de Hugo, como un regalo suyo, no hace sino acrecer la riqueza y la potencia de mi amor por él. La amoralidad, o una moralidad más complicada, tiene como finalidad la lealtad suprema y pasa por alto la inmediata y literal. Comparto con Henry una ira, no provocada por las imperfecciones de las mujeres, sino por lo asqueroso que es vivir, cosa que quizás este libro proclama con mayor fuerza que todas las maldiciones de Henry.

Henry me amenazó con emborracharme totalmente, lo cual sólo sucedió al leer las empolvadas y cristalizadas cartas de Fred a Céline. Nuestra charla se quiebra y salpica como un caleidoscopio. Cuando Henry se va a la cocina, Fred y yo hablamos como si hubiéramos tendido un puente de fortaleza a fortaleza y no pudiéramos retener nada. Las palabras, como una procesión, atraviesan a toda prisa un puente que generalmente está levantado y que incluso se ha oxidado a causa del amor a la soledad. Y ahí está Henry, en constante comunicación con el mundo, como si estuviera eternamente sentado a la cabecera de un gigantesco banquete.

En la pequeña cocina, sin movernos, casi nos tocamos los tres. Henry se movió para ponerme una mano en el hombro y besarme y Fred apartó los ojos para no verlo. Yo me sentía doblegada por los dos tipos de amor: la calidez de Henry, su voz, sus manos, su boca; y los sentimientos de Fred hacia mí, que

alcanzaban una región más delicada. En tanto Henry me besaba, quería extender la mano hacia Fred y tener ambos amores.

Henry rebosaba generosidad universal.

–Te ofrezco a Anaïs, Fred. Ya ves cómo soy. Quiero que todo el mundo ame a Anaïs. Es maravillosa.

–Es demasiado maravillosa –dijo Fred–. No te la mereces.

–Eres una avispa –exclamó Henry, el gigante herido.

–Además –agregó Fred–, no me has entregado a Anaïs. Yo tengo mi propia Anaïs, distinta de la tuya. La he hecho mía sin pedíroslo a ninguno de los dos. Quédate toda la noche, Anaïs. Te necesitamos.

–Sí, sí –exclamó Henry.

Tomo asiento como un ídolo y es Fred el que critica al gigante porque no me adora.

–Maldita sea, Anaïs –dijo Henry–, no te adoro pero te amo. Creo que puedo darte tanto como Eduardo, por ejemplo. No podría hacerte daño. Cuando te veo ahí sentada, tan frágil, sé que no te haré daño.

–No quiero que me adoren –dice el ídolo–. Me das... bueno, lo que me das es preferible a la adoración.

A Fred le tiembla la mano cuando me ofrece un vaso de vino. El vino excita el centro de mi ser, que vibra. Henry sale un momento. Fred y yo permanecemos en silencio. Es Fred el que ha dicho: «No, no me gustan los grandes banquetes. Me encantan las cenas como ésta, para dos o tres.» Volvemos a quedarnos callados, me siento decaída. Regresa Henry y le pide a Fred que nos deje. Apenas acaba de cerrar la puerta tras de sí, cuando Henry y yo estamos ya saboreando la carne el uno del otro. Caemos juntos en nuestro mundo salvaje. Me muerde. Me hace crujir los huesos. Me hace tumbarme con las piernas bien abiertas y hurga en mí. Nuestro deseo se hace febril. Nuestros cuerpos están convulsos.

–Oh, Anaïs –dice–, no sé cómo lo has aprendido, pero sabes follar, sabes follar. No lo había dicho nunca, con tanta fuerza, pero escucha, te quiero con locura. Te has apoderado de mí, te has apoderado de mí. Estoy loco por ti.

Entonces, algo de lo que digo despierta en él la duda.

–No es el sexo, ¿verdad? Me quieres, ¿no?

La primera mentira. Las bocas en contacto, los alientos mezclados; yo, con su pene mojado y caliente en mi interior, digo que lo amo.

Pero mientras lo digo sé que no es cierto. Su cuerpo excita el mío, responde al mío. Cuando pienso en él, siento deseos de abrir las piernas.

Ahora está dormido en mis brazos, profundamente dormido. Oigo un acordeón. Es domingo por la noche, en Clichy. Pienso en *Bubu de Montparnasse*, en habitaciones de hotel, en cómo Henry me empuja la pierna hacia arriba, en cómo le gustan mis nalgas. En este momento no soy yo, el vagabundo. El acordeón hincha mi corazón, la blanca sangre de Henry me ha colmado. Está dormido en mis brazos y yo no lo amo.

Creo que dije a Fred que no amaba a Henry cuando estábamos sentados allí en silencio. Le dije que me gustaba su naturaleza visionaria, sus alucinaciones. Henry tiene poder para follar, para invadir, para maldecir, para agrandar y vitalizar, para destruir y crear sufrimiento. Es el demonio que hay en él lo que admiro, el indestructible idealista, el masoquista que ha encontrado la manera de infligirse dolor a sí mismo, porque le duelen sus traiciones, su crudeza. Me emociona cuando es humilde ante algo como mi casa. «Ya sé que

soy un patán y que no sé comportarme en una casa como ésta, por lo tanto finjo despreciarla, pero me encanta. Me encanta su belleza y su finura. Es tan acogedora que cuando entro siento que me elevo en los brazos de una Ceres, estoy fascinado.»

—Anoche no podía dormirme y pensé que hay un amor más grande y más maravilloso que follar. —Había estado enfermo unos días y no habíamos hecho el amor sino dormido abrazados.

Yo me sentía a punto de estallar en mi frágil concha. Tenía los pechos hinchados y pesados. Mas no estaba triste. «Querido —pensé—, me siento tan plétorica esta noche, pero es debido también a ti. No sólo por mí.

Ahora te miento cada día, mas te doy los placeres que a mí me dan. Cuanto más tomo para mí, mayor es mi amor por ti. Cuanto más me niegue a mí misma, más pobre seré para ti, querido. No hay tragedia alguna si eres capaz de seguirme en esa ecuación. Hay ecuaciones más evidentes. Una sería: Te amo y por lo tanto renuncio al mundo y vivo para ti. Tendrías a una monja postrada ante ti, envenenada por exigencias a las que no podrías dar cumplimiento y que acabarían matándose. Pero mírame esta noche. Vamos a casa juntos. He conocido el placer, pero no te excluyo. Ven a mi dilatado cuerpo y pruébalo. Soy portadora de vida. Y lo sabes. No puedes verme desnuda sin desearme. Mi carne te parece inocente y propiedad tuya. Podrías besarme donde Henry me ha mordido y encontrar placer en ello. Nuestro amor es inalterable. Simplemente saberlo te haría daño. Acaso sea un demonio, por ser capaz de pasar de los brazos de Henry a los tuyos, pero la fidelidad literal carece para mí de significado. Me es imposible vivir así. Lo que es una tragedia es que vivamos tan juntos sin que tú seas capaz de percibirlo, que sean posibles estos secretos, que únicamente sepas lo que yo quiera decirte, que no haya rastro en mi cuerpo de lo que vivo. Pero mentir también es vivir, como miento yo.»

La presencia de Fred me reprime, como si mis propios ojos observaran cómo me extiende hasta esferas a las que debería renunciar. Con Fred podría vivir algo delicado e intrincado. Pero no quiero vivir conmigo misma. Me alejo de mí misma volando. Sin embargo, no deforme mi verdadera naturaleza sino manifestando la sensualidad que de mí existe. Henry responde a una fuerza que poseo a la que nadie había respondido. Su vitalidad sexual armoniza con la mía. Cuando empecé a tomar clases de baile, ansiaba un Henry. Era un Henry lo que buscaba, erróneamente, en John.

Mis pensamientos, como la goma elástica, se estiran hasta alcanzar el significado más tenso. Con Henry uno no se habla hasta lo más profundo de las cosas. No se trata de ningún Proust, dilatando y alargando. Está en movimiento. Vive a arrebatos. Y son los arrebatos lo que me gusta de Henry. Tras un arrebato puedo estar un día entero sentada y navegar en mi barcaza por las sensaciones que ha dispersado con prodigalidad.

Eduardo dice que nunca me he entregado totalmente, pero me parece imposible cuando veo cómo me someto a la nobleza y perfección de Hugo, al sensualismo de Henry, a la belleza del propio Eduardo. La otra noche, en el concierto, me quedé paralizada ante él. Ha aprendido a no sonreír, y yo también debo aprender. El color de su piel me atrae. Tiene la palidez dorada de los españoles con un brillo nórdico, un matiz rosado bajo el tono tostado. Y el color de sus ojos, ese verde cambiante, insoportablemente frío. Son la boca y

los orificios de la nariz lo que prometen. Pero nuevamente nos veo a Eduardo y a mí andando por el mundo y entrechocando las cabezas. Sólo nuestras cabezas se encuentran y chocan. No tendría nada más. Me gusta su mente, que es un santuario, enormemente rica, con continuos sondeos y análisis. Aparentemente carece de voluntad porque obedece al inconsciente, y, como Lawrence, no siempre sabe por qué.

Henry ha percibido lo que ni Hugo ni Eduardo han captado. Yo estaba tumada en la cama y ha dicho:

–Parece que siempre estás adoptando poses, casi a lo oriental.

Exige palabras fuertes de mí cuando folla, y no puedo dárselas. No puedo decirle lo que siento. Me enseña gestos nuevos, prolongaciones, variaciones.

Eduardo me preguntó el otro día si me gustaría probar la manera de June: zambullirme en una absoluta negación de los escrúpulos, mentir (principalmente a uno mismo), deformar la propia naturaleza para no permitir que aparezca ningún impedimento, como mi incapacidad para la crueldad. Ayer, en pleno paroxismo del placer sexual, no podía morderlo, como él quería.

Eduardo tiene miedo de mi diario. Teme un auto de acusación y que yo no haya comprendido. Se lo confesó a su psicoanalista.

Soy consciente de todo lo que no incluyo: las lagunas, especialmente los sueños, las alucinaciones. También omito las mentiras, una desesperada necesidad de embellecer, por eso no las anoto. El diario es por lo tanto una mentira. Lo que es excluido del diario es también excluido de mi mente. En el momento de escribir salgo en busca de la belleza. El resto lo aparto del diario, de mi cuerpo. Me gustaría regresar, como un detective, y recoger lo que se ha desprendido de mí. Por ejemplo, la terrible y divina credulidad de Hugo. Pienso en lo que podía haber notado. La vez que regresé de la habitación de Hugo y me lavé, podía haber visto las gotitas de agua que cayeron al suelo; manchas en mi ropa interior; carmín borrado con mis pañuelos. Podía haberle extrañado que le dijera: «¿Por qué no pruebas a correrme dos veces?» (como hace Henry); mi excesiva fatiga; mis ojeras.

Mantengo el diario muy en secreto, pero cuántas veces no he escrito en él sentada a sus pies junto a la chimenea, y no ha tratado de leer por encima de mi hombro. Cuando Eduardo le dijo que se tumbara, cerrara los ojos y respondiera a palabras como «amor», «gato», «nieve» y «celos», sus reacciones fueron lentísimas y vagas. Sólo «celos» provocó una respuesta inmediata. Parece que se niega a registrar, a analizar. Eso es bueno. Es autoprotección. Es la base de la extraña libertad que tengo pese a sus fuertes celos. No quiere ver. Ello me da tanta pena que a veces me vuelvo loca. Me gustaría que me castigara, me pegara, me encerrara. Me aliviaría.

Voy a ver al doctor Allendy para hablar de Eduardo. Veo a un hombre guapo y sano, con unos ojos claros, despiertos, de vidente. Tengo la mente alerta, esperando que diga algo dogmático, formulista. Quiero que lo diga porque así será otro hombre en el que no me puedo apoyar, y tendré que continuar conquistándome sola.

Primero hablamos de Eduardo, de que había ganado en fortaleza. Allendy se alegraba de que yo hubiera observado una notable diferencia. Pero llegamos a un punto difícil.

–¿Sabe usted –preguntó Allendy– que ha sido la mujer más importante de su

vida? Eduardo estaba obsesionado con usted. Usted es su imagen. La ha visto como madre, hermana y mujer inalcanzable. Conquistarla significa conquistarse a sí mismo, a sus neurosis.

—Sí, lo sé. Quiero que se cure. No quiero privarlo de su recién nacida confianza diciéndole que no lo amo sensualmente.

—¿Cómo lo ama?

—Siempre me he sentido ligada a él idealmente. Y ahora también, pero sensualmente no. Hay otro hombre, un hombre más animal, que me retiene con fuerza.

Le hablo un poco de Henry. Le sorprende que divida mis amores así. Me pregunta cuáles fueron mis verdaderos sentimientos sobre mi experiencia con Eduardo.

—Estuve totalmente pasiva —dije—. No sentí placer alguno. Y temo que se dé cuenta y se culpe por ello. Será peor que nunca, peor que si ahora digo: «Oye, amo a Henry y por lo tanto no te puedo amar a ti.» Porque si continúa se convierte en una especie de competición, como si permitiera la rivalidad y la comparación y luego lo abandonara. A mí me parece más peligroso. Pero —pregunto riendo—, ¿saben los hombres si le producen placer a una mujer o no?

El doctor Allendy se ríe también.

—El ochenta por ciento no llegan nunca a saberlo. Algunos son sensibles, pero la mayoría son vanidosos y quieren creer que lo saben, y otros no tienen ni idea. (Recordé la pregunta que me hizo Henry en el hotel: «¿Te satisfago?»)

—En lugar de proseguir la comedia sexual —digo—, ¿no sería mejor decirle que estoy enferma, neurótica, que me pasa algo?

—Y puede ser que así sea —dice Allendy—. Hay algo extraño en el modo en que divide sus amores. Es como si le faltara confianza.

Ha tocado un punto sensible. Unos minutos antes había cometido un error, cuando yo hablaba de la separación entre el amor animal y el ideal. Había sacado enseguida la banal conclusión de que en la pubertad debí de presenciar algún aspecto brutal del amor que me repugnara y me hiciera volverme hacia lo etéreo. Pero ahora se aproxima a la verdad: falta de confianza. Mi padre no quería tener una niña. Dijo que era fea. Cuando escribía o dibujaba algo no creía que fuera obra mía. No recuerdo ninguna caricia ni cumplido procedente de él, excepto cuando estuve a punto de morir a los nueve años. Siempre se producían escenas, golpes, sus duros ojos azules caían sobre mí. Recuerdo la poco natural alegría que sentí cuando mi padre me escribió una nota aquí a París, que empezaba: «*Ma jolie.*» (linda). No le quiero. Yo sufría con mi madre. Recuerdo nuestra llegada a Arcachon, donde él estaba de vacaciones, después de mi enfermedad. Su rostro demostraba que no nos quería allí. Lo que iba dirigido a mi madre yo lo asumía como propio. Sin embargo, sentí un dolor histórico cuando nos abandonó. Y durante toda la época escolar de Nueva York lo añoraba. Siempre temía su dureza y frialdad. No obstante, en París lo repudié. Fui yo la severa y poco sentimental.

—Así —dijo Allendy—, se encerró en sí misma y se hizo independiente. En lugar de entregarse por completo, confiadamente, a un solo amor, busca muchos amores. Incluso busca la crueldad de hombres mayores, como si no pudiera disfrutar del amor sin dolor. Y no está segura...

—Sólo del amor de mi esposo.

—Pero necesita más de uno.

–El de él siempre y el de un hombre mayor.

Me asombró que la confianza de un niño, una vez resquebrajada y destruida, tenga semejantes repercusiones en toda una vida. El insuficiente amor de mi padre y su abandono permanecen indelebles. ¿Por qué no lo han borrado todos los amores que he inspirado desde entonces?

Eduardo quería que el doctor Allendy y yo habláramos por ver lo que escribiría después. Y estoy dispuesta, aunque con mis propias condiciones. Es decir, voy a verlo con poca frecuencia, lo cual me da tiempo para asimilar el material y trabajar movida por la inspiración, y también me hace menos dependiente. Sin embargo, ayer, cuando dijo «parece muy equilibrada y no creo que me necesite», de repente sentí una gran inquietud ante la posibilidad de volver a quedarme sola. Mi trabajo me estabiliza, me valgo de mis sufrimientos, pero me gustaría confiar a un ser humano lo que le confío al diario. Siempre hay algo imposible en mis relaciones. Con Eduardo no puedo hablar de Henry. Sólo puedo hablar de mi enfermedad. Con Henry no puedo hablar de análisis. No es analista, es escritor épico, un Dostoievski inconsciente. Con Fred puedo ser surrealista, aunque no la mujer que escribió un estudio sobre Lawrence.

–Ha actuado de una manera maravillosa con Eduardo en todo esto –dijo Allendy–, como actuarían pocas mujeres, porque, en general, las mujeres consideran al hombre como a un enemigo, y se alegran cuando tienen oportunidad de humillarlo o destruirlo.

Joaquín dice que, cuando leyó mi diario, se dio cuenta de que Henry me daba algo más que una experiencia sensual; que respondía a necesidades que Hugo no era capaz de satisfacer. Todavía piensa que con Henry echo a perder mi personalidad, que me entrego a experiencias que no son verdaderamente propias de mi naturaleza.

También Allendy ha empezado a dar a entender que no es normal que ame a Henry, y que la causa de que lo ame ha de ser extirpada. En ese punto me vuelvo ferozmente contra la ciencia y siento una gran lealtad hacia mis instintos.

El psicoanálisis puede obligarme a ser más veraz. He adquirido ya conciencia de algunos sentimientos, como el miedo a ser herida. Cuando me llama Henry, estoy pendiente de cada inflexión de su voz. Si está trabajando en el periódico, si hay alguien con él, o si parece superficial, me inquieto inmediatamente.

Hoy Henry se ha dicho al despertar:

–¡Al infierno las mujeres angelicales o literarias!

Me ha dicho que desde el domingo me ha escrito dos cartas que me esperan en casa de Natasha y estoy entusiasmada. Desprecio mi propia exagerada sensibilidad, que requiere tanta reiteración para conservar la seguridad, pero que asimismo me hace muy consciente de la sensibilidad de otras personas. El gran amor de Hugo debería haberme proporcionado confianza, y mis continuas ansias de ser amada y comprendida son desde luego anormales.

Es posible que reafirme mi confianza tratando de conquistar a hombres mayores. ¿O es que cortejo el dolor? ¿Qué es lo que siento cuando veo los fríos ojos azules de Henry mirándome? (Mi padre tenía unos glaciales ojos azules.) Quiero que se derritan de deseo por mí.

Hay una gran tensión ahora entre Fred y yo; no soportamos la mirada el uno del otro. Ha escrito unas cosas tan exactas de mí, tan penetrantes que me siento invadida en los más secretos recintos de mi ser. Me aterró asimismo lo que escribió de Henry, como si se hubiera acercado demasiado a mis propios miedos y dudas. Escribe ocultamente. Después de leer esas páginas, apenas podía hablar. Entre tanto, él leía mi diario, y dijo: «No deberías dejarme leer esto, Anaïs.» Le pregunté por qué. Pareció sorprendido. Bajó la cabeza; le temblaba la boca. Para mí es como un fantasma. ¿Por qué estaba tan sorprendido? ¿Revelé la similitud, el reconocimiento? Él es una parte de mí. Podría comprender mi vida entera. Pondría todos los diarios en sus manos. No le tengo miedo. Es muy tierno conmigo.

Henry me habla de una manera muy hermosa, fría y sabiamente. Me dice «te quiero» mientras me abraza, y yo le digo: «No te creo.» Se da cuenta de que estoy de un humor diabólico. Insiste: «¿Me amas?» Yo respondo con vaguedades. Cuando estamos sensualmente unidos me parece imposible que nuestra unión sea tan sólo física. Cuando despierto del delirio y hablamos con calma, me sorprende que hable de nuestro amor tan seriamente.

—El domingo por la noche, cuando te fuiste, dormí un poco; luego fui a dar un paseo y me sentía muy feliz, Anaïs, más feliz que nunca. Me di cuenta de una terrible realidad: que no quiero que regrese June. Te necesito terriblemente... absolutamente. En ciertos momentos pienso incluso que si regresara June y me decepcionara y dejara de importarme, casi me alegraría. El domingo por la noche, sentí deseos de enviarle un cablegrama diciéndole que ya no la quería.

Pero mi buen juicio evitó que lo creyera. Y él lo sabe, porque añadió: «En manos de June soy débil, Anaïs. Si, cuando regrese, actúa exactamente como ella quiere, no debes sentir que te decepciono o te fallo.» Esto me sorprende porque me parece que cuando me lancé a mi pasión, con característica intensidad, y percibí la inestabilidad, la tragedia de la situación, retrocedí y minusvaloré la importancia de nuestra relación. Agoté mi capacidad para la tragedia con John Erskine. Entonces sufrí hasta el límite. No sé si podré volver a sufrir tanto, y me parece que los sentimientos de Henry son similares. Quiero disfrutar del presente profunda e irreflexivamente. Henry inclinándose sobre mí, deseoso, la lengua de Henry entre mis piernas, el vigoroso y torrencial carácter dominante de Henry.

—Tú eres la única mujer a quien puedo ser fiel. Quiero protegerte.

Cuando veo la fotografía de June en el cuarto de Henry, odio a June porque en este momento amo a Henry, Odio a June y, sin embargo, sé que también estoy en su poder, y que cuando regrese...

—Lo que siento contigo, que no siento con June, es que más allá del amor somos amigos. June y yo no somos amigos.

No se puede escapar a la propia naturaleza, aunque Henry dijo ayer: «En tu bondad hay fisuras.» Fisuras. Qué alivio. Fisuras. Quizá me escape por ellas. Algún tipo de perversidad me aparta del papel que estoy obligada a representar. Siempre imaginando otro papel. Nunca estática.

Cuando Henry muestra deseos de leer mi diario, me echo a temblar. Sé que sospecha que lo traiciono constantemente. Me gustaría, pero no puedo. Desde que se ha acercado a mí, he practicado instintivamente la fidelidad de las putas: no obtengo placer más que con él. Lo que más temo es que Hugo me desee el mismo día, lo cual ocurre frecuentemente. Anoche estaba ardiente,

extático; y yo obediente y falsa. Simulación del placer. Para él fue una noche excepcional. Su placer fue tremendo.

Cuando parece que estoy rebosante, y detrás de todos los placeres sensuales existentes, ¿es eso cierto? Si me sintiera atraída por una mujer de la calle o por algún hombre con el que hubiera bailado, ¿podría realmente satisfacer mi deseo? ¿Hay deseo? La próxima vez que esa sensación se apodere de mí, no me resistiré a ella. He de saberlo.

Esta noche me he rendido a un anhelo de Henry. Lo deseo a él y deseo a June. Es June la que me aniquilará, la que se llevara a Henry, la que me odiará. Quiero estar en los brazos de Henry. Quiero que June me encuentre allí; será la única vez que sufrirá. Luego será Henry el que sufrirá, a manos de ella. Quiero escribirle y suplicarle que vuelva, porque la amo, porque quiero cederle a Henry como el mejor regalo que le puedo hacer.

Hugo me desnuda cada noche como si fuera la primera vez y yo una mujer nueva para él. Mis sentimientos son un caos que no puedo aclarar, que no puedo ordenar. Mis sueños no me dicen nada aparte de que me aterra ser conducida otra vez al borde del suicidio.

Uno no se cura simplemente viviendo y amando, o yo estaría curada. A veces Hugo me cura. Hoy hemos dado un paseo por el campo, por debajo de los cerezos, y nos hemos sentado en la hierba, al sol, hablando como dos amantes muy jóvenes. Henry me cura, me levanta en sus vitales brazos, en sus brazos de gigante. Y así, algunos días creo que estoy curada.

Hugo ha salido de viaje y me ha besado desesperada y apenadamente. Estoy rodeada de signos de él, pequeñas cosas que marcan sus hábitos, sus defectos, su divina bondad: una carta que se ha olvidado de mandar, su gastada ropa interior (nunca se compra nada), sus notas sobre el trabajo que tiene que hacer, una pelota de golf –lo cual me recuerda lo que dijo ayer: «Ni siquiera el golf me produce placer porque prefiero estar contigo. Es parte de mi maldito trabajo»– un cepillo de dientes, una botellita de brillantina, un cigarrillo a medio fumar, su traje, sus zapatos. Apenas lo he besado al despedirnos, e inmediatamente después de cerrarse la verja verde, le digo a Emilia: «Limpia el vestido rosa y lávame la ropa interior de encaje. A lo mejor voy a pasar unos días a casa de una amiga.»

No olvidé anoche ser tan buena con Eduardo que debo de haber engordado al menos sesenta centímetros. Y la misma noche quería fundirme en el cuerpo de Hugo, ser aprisionada en sus brazos, en su bondad. En tales momentos la pasión y la fiebre carecen de importancia. No soporto a Hugo celoso, pero está seguro de mi amor. «Nunca te he querido tanto –dice–, nunca he sido tan feliz contigo. Tú eres mi vida entera.» Y yo sé que lo amo todo cuanto puedo amar, que es el único que me posee eternamente. Sin embargo, llevo tres días imaginándome la vida con Henry en Clichy. «Mándame un telegrama cada día, por favor», le digo a Hugo. Y tal vez no esté en casa para leerlos.

He huido. Mi pijama, mi peine, mis polvos y mi perfume están en el cuarto de Henry. Lo encuentro tan sumamente profundo que me siento aturdida.

Vamos andando a la Place de Clichy, a ritmo. Me hace tomar conciencia de la calle, de la gente, de la realidad. Ando como una sonámbula, él sin embargo está oliendo la calle, observando, con los ojos bien abiertos. Me muestra a la

puta de la pata de palo de cerca del palacio de Gaumont. No sabe lo que es vivir en un mundo donde el único personaje distinto es uno mismo, como Eduardo y yo. Nos sentamos en varios cafés y hablamos de la vida y de la muerte y del sentido de Lawrence.

«Si Lawrence hubiera vivido...», dice Henry... Sí, ya conozco el final de la frase. Lo hubiera amado. El me hubiera amado a mí. Henry se imagina el cambio de aspecto de mi estudio. Las fotografías de John, los libros de John. La fotografía de Lawrence, los libros de Lawrence. Las acuarelas de Henry y los manuscritos de Henry. Henry y yo nos quedamos un momento sentados reflexionando irónicamente el espectáculo de nuestra vida.

Eduardo ha dicho que ni la obra ni la vida de Henry tienen ninguna estructura. Exactamente. Si la tuvieran sería un analista. Si fuera un analista, no sería una fuerza viviente y caótica.

Cuando le hablo a Henry de John Erskine, le sorprende mi carácter sacrílego. John, el hombre reverenciado por Hugo. «Puede parecer sacrílego; sin embargo, mira qué natural es: yo amaba en John lo que lo unía a Hugo», dije en voz baja.

Estábamos sentados en la cocina de Clichy a las dos de la madrugada con Fred, comiendo, bebiendo y fumando mucho. Henry tuvo que levantarse y lavarse los ojos con agua fría, los ojos irritados del chiquillo alemán. Me resultó intolerable y dije: «Henry, vamos a beber por que dejes de trabajar para el periódico. No volverás porque lo digo yo.»

Fred pareció ofendido. Se hundió en un humor sombrío. Le dimos las buenas noches y nos fuimos al cuarto de Henry.

Disfrutábamos estando juntos, desnudándonos, hablando, colocando la ropa en la silla. Henry admiraba mi pijama rojo de seda que no acababa de encajar en aquella sencilla habitación, sobre la áspera manta.

Al día siguiente descubrimos que Fred no había dormido allí. «No te lo tomes demasiado en serio», dijo Henry. Desayunamos juntos a las cinco de la tarde. Luego yo cosí las cortinas grises y Henry clavó las galerías. Más tarde. Henry preparó una sabrosa cena; bebimos «Anjou» y estábamos muy contentos. A primeras horas de la mañana regresé a Louveciennes.

Cuando volví a Clichy, Fred estaba en casa y muy triste. Cenamos pero en silencio y yo me sentía desdichada. Fred abandonó su estado de ánimo para complacerme y dijo: «Vamos a hacer algo. ¿Por qué no vamos a Louveciennes?»

Allá vamos.

Siento que la magia de mi propia casa me arrulla. Estamos sentados junto al fuego. Éste es el momento en que la casa desprende un encanto y el fuego se mezcla en los nervios. Yo me siento completa, como si formara parte de un mural. Su admiración y amor me resultan muy agradables. Desaparece el sentido del secreto. Abro las cajas metálicas y les enseño mis primeros diarios. Fred coge el primero y empieza a llorar y a reír con él. Le he dado a Henry el diario rojo que trata de él, cosa que no he hecho con nadie. Leo por encima de su hombro.

Henry y yo esperamos el tren en un andén muy alto. La lluvia ha lavado los árboles. La tierra desprende esencias como una mujer a la que un hombre haya arado y sembrado. Nuestros cuerpos se acercan.

En ese momento no pienso que June y yo habíamos estado así, apretadas la una contra la otra. Ahora me acuerdo porque ayer, por primera vez, me hirió,

aunque estaba ya preparada para su sarcasmo y sus burlas. Sabía que le encantaba buscar defectos por todo lo que había escrito de June. Estábamos leyendo el diario rojo. Llegó al pasaje en que explicaba que Fred había dicho que yo era hermosa. «Lo ves –dijo Henry–, Fred piensa que eres guapa. Yo no. Lo que pienso es que tienes mucho encanto, eso sí.» Estaba sentada junto a él. Lo miré perpleja y luego, rápidamente, apoyé la cabeza en un almohadón y me eché a llorar. Cuando llevó la mano a mi rostro y notó las lágrimas, se sorprendió. «Oh, Anaïs, no se me había ocurrido que podrías tomártelo mal. Me odio por haberlo dicho con tanta crueldad. Pero recuerda que te he dicho también que no pienso que June sea hermosa. Las mujeres más poderosas no son las más bellas. Pero pensar que te he hecho llorar, cuando es lo último que quería hacerte a *tí*.»

Estaba sentado ahora frente a mí y yo me hallaba hundida en almohadones con el cabello revuelto y los ojos inundados de lágrimas. En ese momento recordé lo que pensaban de mí los pintores, y se lo dije. Y de repente le *di un puntapié*. Un zarpazo, como un gato, dijo él. Terminado el incidente, que le divirtió mucho, nos sentimos más próximos, hasta que yo dije en broma, en el tren –pues me estaba diciendo que el primer día que me había visto le había parecido hermosa, pero luego había empezado a pensar que no lo era porque Fred insistía tanto en ello; y también por June–: «Tienes mal gusto.»

Todas las cosas maravillosas que me había dicho sobre el diario palidieron. Mi confianza se tambaleó. No me servía de nada pensar que la belleza es una cosa relativa y que cada hombre tiene una respuesta individual a ella. No era natural sentirme tan dolida. Sin embargo, asumí el dolor y dije: «Voy a soportarlo. Voy a vivir con él hasta que se apague. No me importa en absoluto.»

Durante unas horas hice alarde de coraje, hasta que aquella noche, mientras nos desnudábamos, Henry dijo: «Quiero mirar cómo te desnudas. No te he mirado nunca.» Me senté en su cama y me embargó una sensación de timidez. Hice algo para apartar su atención de mí y me metí corriendo en la cama. Tenía ganas de llorar. Unos instantes antes había dicho: «Tengo la impresión de que soy un hombre muy feo. No me gusta mirarme al espejo.» Encontré algo poco comprometedor que decir. Le dije qué me gustaba de él. Lo que no le dije fue: «Estos días necesito la belleza de Eduardo más que nunca.»

A las tres y media del día siguiente me encontraba en la sala de Allendy; lo necesitaba muchísimo.

Fui a ver a Henry y estaba trabajando. Me recibió con un beso de alegría. Nos pusimos a trabajar juntos. Yo me senté ante una mesa que había junto a la suya y me dediqué a revisar fragmentos que debía incluir en mi libro. Verlo escribir me daba fuerzas. Cuando le entró el apetito, me ofrecí para preparar la cena. «Déjame hacer de esposa del genio.» Y me fui a la cocina con mi majestuoso vestido rosa.

La voz de Henry me da ánimos. Recuerdo cuando dijo: «Cuando escriba sobre ti, tendré que tratarte como a un ángel, no puedo situarte en una cama.»

–Pero no me comporto como un ángel Ya lo sabes.

–Sí, lo sé, lo sé. Estos últimos días me has dejado agotado. Eres un ángel sexual, pero sigues siendo un ángel. Tu sensualidad no me convence.

–Esto me lo pagarás –dije–. De ahora en adelante me comportaré como un ángel.

Dos horas después, Fred se ha ido a trabajar y Henry me besa en la cocina. Yo quiero jugar a resistirme, pero hasta un beso en el cuello me hace derre-

tirme. Le digo que no, pero pone las manos entre mis piernas. Me embiste como un toro.

Cuando nos quedamos en silencio, sigo amándolo, las manos, las muñecas, el cuello, la boca, el calor de su cuerpo y los repentinos saltos de su mente. Luego nos sentamos a comer y charlar de June y de Dostoievski mientras canta el gallo. Que Henry y yo podamos sentarnos y hablar de nuestro amor por June, sobre sus momentos grandiosos, es para mí la mayor de las victorias.

Las largas y tranquilas horas que paso con Henry son las más poderosas. Cuando se sienta a trabajar se sume en un pensativo silencio, interrumpido por alguna risita. Hay en él algo de gnomo, de sátiro y de erudito alemán. En la frente tiene unas protuberancias duras que parece que vayan a estallar. De pronto su cuerpo adquiere un aspecto frágil, encorvado.

Mientras está ahí sentado, tengo la sensación de que veo su mente igual que su cuerpo, y es laberíntica, fértil, sensible. Estoy rebosante de adoración por todo lo que contiene su cabeza y por los impulsos que se manifiestan en arrebatos.

Está en la cama, con el cuerpo curvado contra mi espalda, el brazo alrededor de mi pecho. Y en la circunferencia de mi soledad, sé que he hallado un momento de absoluto amor. Su grandeza colma las heridas y las cierra, silencia los deseos. Está dormido. Cómo lo amo. Me siento como un río desbordado.

—Anais, anoche cuando llegué a casa pensé que estabas aquí porque olí tu perfume. Te eché de menos. Me di cuenta de que mientras estabas aquí no te había dicho lo maravilloso que era tenerte conmigo. Yo nunca digo esas cosas. Mira, hay un cajón lleno de cosas tuyas, medias. Quiero que dejes el rastro de tu perfume por toda la casa.

Creo que me ama con ternura, con sentimentalismo. Es June la que le inspira pasión. Yo estoy ahí para escoger sus pensamientos, sus meditaciones, sus recuerdos, sus confidencias. Yo sostengo a Henry el escritor y él me entrega su otro amor.

Ahora, sola en Louveciennes, todavía percibo la huella de su cuerpo dormido contra el mío. Ojalá hoy fuera el último día. Siempre deseo que el momento culminante sea el último. June puede regresar y soplar como el simún. A Henry lo atormentará y a mí me hipnotizará.

Aquí, en mi diario, quedarán las cosas que ha dicho Henry. Las recibo como joyas, incienso y perfume. Las palabras de Henry van cayendo y yo las recojo con tal cuidado que me olvido de hablar. Soy la esclava que lo abanica con plumas de pavo real. Habla de Dios, de Dostoievski y de la delicadeza de la obra de Fred. Hace una distinción entre esa delicadeza y su estilo dramático, sensacional, poderoso. Es capaz de decir con humildad: «Fred tiene una delicadeza de la que yo carezco, erudición, la calidad de un Anatole France.»

Pensando en esto, mientras paseamos por un bulevar, siento deseos de besar al hombre cuya pasión corre como la lava por un frío mundo intelectual. Quiero abandonar mi vida, mi hogar, mi seguridad, mi trabajo, para vivir con él, para trabajar para él, para ser su prostituta, cualquier cosa, incluso para ser herida fatalmente por él.

Muy entrada la noche me habla de un libro que no he leído, *Hill of Dreams*, de Arthur Machen. Escucho con el alma. «Te hablo casi paternalmente», me dice con suavidad.

En ese momento sé que soy mitad mujer, mitad niña, que una parte de mí

oculta a una niña a quien le encanta que la sorprendan, que le enseñen, que la dirijan. Cuando escucho, soy una niña, y Henry se vuelve paternal. La persistente imagen de un erudito, de un padre literario, se reafirma, y la mujer se torna de nuevo pequeña. Recuerdo otras frases como: «No te haría daño, a ti no.» Su desacostumbrada delicadeza para conmigo, su protección. Me siento traicionada. Turbada por la maravilla de la obra de Henry, me he convertido en una niña. Me imagino a otro hombre diciéndome: «No puedo hacerte el amor. No eres una mujer. Eres una niña.»

Despierto de unos sueños de sensualidad suprema y, movida por la ira, quiero dominar, trabajar como un hombre, mantener a Henry, conseguir que publiquen su libro. Más que nunca deseo follar y que me follen, para afirmar a la mujer sensual. Henry me dijo un día: «Oye, creo que podrías tener diez amantes y satisfacerlos a todos. Eres insaciable.» Y otro día: «Tu sensualidad no me convence.»

¡Ha visto a la niña!

Malévola, irritante. Huyo de Clichy y creo que me llevo el secreto. Abrigo la esperanza de que Henry no lo haya comprendido completamente. Me da miedo el pavoroso análisis de sus ojos. Dejo su cama y huyo mientras duerme. Me voy corriendo a casa y me duermo, profundamente, durante varias horas. He de estrangular a la niña. Mañana me encontraré con Henry, me enfrentaré a él como una mujer.

Esto hubiera quedado como un incidente vago y carente de significado. Mas ahora, con el psicoanálisis, adquiere suma importancia. El análisis me produce la impresión de estar masturbándome en lugar de follando. Estar con Henry es vivir, fluir, sufrir, incluso. No me gusta estar con Allendy y apretar unos dedos secos en los secretos de mi cuerpo.

Cuando hablo un poco del miedo a ser cruel con Eduardo, me dice lo mismo que digo yo: «Uno hace uso de sus propias debilidades. Se puede obtener algo de ellas.» Y eso es lo que he hecho. Sin embargo, no veo nada bueno en mi infantil admiración hacia los hombres mayores, mi adoración por John y por Henry. No veo en ella nada más que interferencia en el progreso de la madurez, la abdicación de mi propia personalidad. Como dice Henry: «Es muy bonito verte dormir. Te quedas donde te han puesto, como una muñeca. Ni siquiera durmiendo te repantingas y ocupas demasiado espacio.»

Las preguntas de Allendy chisporrotean en mi mente:

—¿Qué le pareció nuestra primera charla?

—Me pareció que lo necesitaba, que no quería que me dejaran sola para pensar en mi vida.

—Usted amaba a su padre con devoción, de forma anormal, y odiaba la razón sexual que lo llevó a abandonarles. Ello puede haber provocado en usted cierto sentimiento oscuro contra el sexo. Tal sentimiento se afianza en su inconsciente en la escena que tuvo con John. Lo indujo a una especie de castidad.

—Entonces ¿por qué me sentía tan desdichada, tan desesperada, cuando ocurrió? ¿Y por qué lo amé durante dos años?

—A lo mejor lo amó más a causa de lo ocurrido.

—Pero desde entonces lo he despreciado por su falta de pasión impulsiva.

—La ambivalente necesidad de un hombre dominante, de ser conquistada por él y de ser superior a él. En realidad lo amaba por que no la dominaba, porque era superior a él en lo relativo a la pasión.

—No, porque ahora he encontrado a un hombre que me ha conquistado y soy muy feliz.

Allendy me hace preguntas sobre Henry. Al final observa que lo domino socialmente. Y también observa que he decidido colocarme en la posición de rival de una mujer que sé que vencerá, buscando por tanto mi propio dolor; que he amado a hombres más débiles que yo y he sufrido por ello. Y al mismo tiempo le tengo mucho miedo al dolor, lo cual me hace dividir mis amores de modo que cada uno me sirva de refugio frente a otro. Ambivalencia. Quiero amar a un hombre más fuerte y no puedo.

Dice que tengo una sensación de inferioridad que se debe a mi fragilidad física de niña. Me parecía que los hombres sólo amaban a las mujeres sanas y gordas. Eduardo me hablaba de las rellenitas cubanas. La primera chica por quien Hugo se había sentido atraído era gorda. Todo el mundo hacía comentarios sobre mi delgadez, y mi madre sacaba a relucir el proverbio español: «Los huesos son para los perros.» Cuando me marché a La Habana, dudaba de que le gustara a nadie porque estaba delgada. Este tema dura aún hasta el momento actual en que Henry me ofendió con su admiración por el cuerpo de Natasha porque le pareció opulento.

Allendy: ¿Sabía que a veces la sensación de inferioridad sexual se debe a la conciencia de la propia frigidez?

Es cierto que yo era bastante indiferente al sexo hasta los dieciocho o diecinueve años, e incluso entonces era tremendamente romántica pero no estaba sexualmente despierta por completo. «Sin embargo, ¡después! «Si fuera frígida, ¿me preocuparía tanto el sexo?»

Allendy: «Con más razón.»

Silencio. Pienso que con el tremendo placer que me ha proporcionado Henry todavía no he sentido un orgasmo real. Mi respuesta no parece conducir a un verdadero climax sino que queda diseminada en un espasmo menos concentrado, más difuso. Algunas veces he sentido orgasmos con Hugo, y cuando me masturbo, pero tal vez ello se deba a que a Hugo le gusta que cierre las piernas y Henry quiere que las abra tanto. Pero esto no se lo digo a Allendy. De mis sueños entresaca mi constante deseo de ser castigada, humillada o abandonada. Sueño con un Hugo cruel, un temeroso Eduardo o un John impotente.

—Ello se debe a un sentimiento de culpa por haber querido demasiado a su padre. Estoy seguro de que después quiso mucho más a su madre.

—Es cierto, la quería muchísimo.

—Y ahora busca el castigo. Y goza sufriendo porque le recuerda los sufrimientos que le hizo pasar su padre. En uno de sus sueños, cuando el hombre la fuerza, usted lo odia.

Me siento oprimida, como si sus preguntas fueran embestidas. Tengo una gran necesidad de él. Sin embargo, el análisis no me ayuda. El dolor que produce vivir no es nada comparado con el que produce este minucioso análisis.

Allendy me pide que me relaje y que le diga lo que pasa por mi mente. Pero lo que pasa por mi mente es el análisis de mi vida. Allendy: «Está tratando de identificarse conmigo, hacer mi trabajo. ¿No ha sentido deseos de superar a los hombres en su trabajo? ¿Humillarlos con su éxito?»

—En absoluto. Ayudo constantemente a los hombres en su trabajo, hago sacrificios por ellos. —Los aliento, admiro, aplaudo. No, Allendy se equivoca de medio a medio.

—A lo mejor es una de esas mujeres que son amigas y no enemigas de los hombres —dice.

—Más que eso. Mi sueño original era estar casada con un genio y servirlo, no serlo yo. Cuando escribí el libro sobre Lawrence, quería que Eduardo colaborara conmigo. Aun ahora sé que él hubiera escrito uno mejor, pero soy yo la que tengo la energía necesaria, la voluntad.

Allendy: «Ya conoce el complejo de Diana, la mujer que le envidia al hombre su poder sexual.»

—Sí, lo he sentido, sexualmente. Me hubiera gustado ser capaz de poseer a June y a otras mujeres hermosas.

Hay ideas que Allendy abandona, como si percibiera mi susceptibilidad. Cada vez que toca mi falta de confianza, sufro. Sufro cuando toca mi potencia sexual, mi salud, o mi sensación de soledad, porque no puedo confiar plenamente en ningún hombre.

Me recuesto y siento una oleada de dolor, de desespero. Allendy me ha herido. Lloro. También lloro de vergüenza, de autocompasión. Me siento débil. No quiero que me vea llorar y me vuelvo. Luego me pongo de pie y le hago frente. Tiene unos ojos muy dulces. Quiero que me considere una mujer superior. Quiero que me admire. Me gusta cuando dice: «Usted ha sufrido mucho.»

Cuando me marcho me siento como en un sueño, relajada, cálida, como si hubiera atravesado regiones fantásticas. Eduardo dice que soy como una gallina sentada encima de sus huevos.

Allendy: «¿Qué es exactamente lo que la disgustó la última vez?»

—Me pareció que algunas de las cosas que decía eran ciertas.

Me gustaría hablarle francamente de los días que he pasado con Henry. Después de Henry, el análisis me resulta repugnante. Empiezo con docilidad pero luego siento una creciente resistencia. Admito ante Allendy que no lo odio sino que me ha gustado, de una manera femenina, que me haya hecho llorar. «Ha demostrado ser más fuerte que yo. Me gusta.»

Sin embargo, a medida que transcurre el tiempo empiezo a sentir que está provocando dificultades que yo hubiera podido superar fácilmente, que reavivara mis miedos y mis dudas. Por eso lo odio. Mientras lee mis sueños observa que están escritos con una franqueza más que masculina. Descubro que está sondeando los elementos masculinos que hay en mí. ¿Amo a Henry por que me identifico con él y con su amor y posesión de June? No, es falso. Pienso en la noche en que Henry me enseñó a ponerme encima suyo y cómo me desagradó. Estaba más contenta debajo, pasivamente. Pienso en mi incertidumbre respecto a las mujeres, en que no estoy segura del papel que quiero desempeñar. En un sueño era June la que tenía un pene. Y al mismo tiempo admito ante Allendy que he imaginado que como lesbiana podría llevar una vida más libre porque elegiría a una mujer, la protegería, trabajaría para ella, la amaría por su belleza y ella podría amarme como se ama a un hombre, por su talento, por sus hazañas, por su carácter. (Recordaba a Stephen en *The Well of Loneliness*, que no era guapo, que tenía incluso cicatrices de guerra, pero Mery lo amaba.) Ello constituiría un alivio del tormento de la falta de confianza en mis poderes femeninos. Eliminaría toda la preocupación por la belleza, la salud o la potencia sexual. Me daría confianza porque todo dependería de mi talento, inventiva y habilidad artística, en los cuales confío.

Al mismo tiempo me di cuenta de que Henry me amaba por estas cosas y yo me estaba acostumbrando. Henry otorga menos importancia a mis encantos físicos. Podría curarme sola. En realidad no lo necesito, Allendy.

Cada vez que me pide que cierre los ojos, me relaje y hable, prosigo mi propio análisis. Me digo a mí misma: «Me dice poco que no sepa ya.» Pero no es cierto, porque me ha aclarado la idea de la culpabilidad. De repente comprendí por qué tanto Henry como yo le escribimos cartas de amor a June cuando nos estábamos enamorando el uno del otro. También ha sacado a la luz la idea del castigo. Me llevo a Hugo a la rué Blondel y lo incito a la infidelidad para castigarme por mis propias infidelidades. Glorifico a June para castigarme por haberla traicionado.

Eludo las siguientes preguntas de Allendy. Da golpes de ciego. No encuentra nada concreto. Sugiere muchas hipótesis. También intenta descubrir lo que siento hacia él y yo le hablo de mi interés por sus libros. Tengo la picardía de advertir que espera que me interese por él, y no me gusta seguir el juego sabiendo que es un juego. Sin embargo, mi interés es sincero. También le digo que no me importa ya si me admira o no. Y ello es una victoria sobre mí misma.

Me humilla confesarle mis dudas. Por eso hoy lo odiaba. Cuando estaba ante él, lista para marcharme, he pensado: «En este momento tengo menos confianza en mí misma que nunca. Es intolerable.»

Con qué alegría me entregué a Henry al día siguiente.

La casa está dormida. Los perros guardan silencio. Siento el peso de la soledad. Ojalá estuviera en el piso de Henry, por lo menos podría secar los platos que lava él. Veo su chaleco, desabrochado, porque el traje viejo que le han dado le viene pequeño. Veo la raída solapa bajo la cual me encanta deslizar la mano, la corbata con la que juego mientras me habla. Veo el cabello rubio sobre el cuello. Veo la expresión que tiene cuando baja el cubo de la basura, furtivo, medio avergonzado. Avergonzado también de su amor al orden, que lo obliga a lavar los platos, a recoger la cocina. «June se oponía a esto –dice–; le parecía poco romántico.» Recuerdo haber leído en las notas de Henry el regío desorden que le gustaba a ella. No sé qué decir. Los dos personajes están en mí: la mujer que actúa como Henry y la mujer que sueña con actuar como June. Una vaga ternura me empuja hacia Henry, que lava los platos con tanta seriedad. No puedo burlarme de él. Lo ayudo. Pero mi imaginación está fuera de la cocina. Sólo me gusta la cocina porque Henry está allí. Incluso he llegado a desear que Hugo estuviera fuera más tiempo para vivir en Clichy. Es la primera vez que deseo nada semejante.

–He exagerado la crueldad y la maldad de June –dice Henry–, porque me interesaba el mal. Ése es precisamente el problema, que en realidad no hay personas malas en el mundo. June no es mala. Fred tiene razón. June trata desesperadamente de serlo. Fue una de las primeras cosas que me dijo la noche que la conocí. Quería que pensara que era una mujer fatal. El mal me inspira. Me preocupa, igual que a Dostoievsky.

Los sacrificios que hizo June por Henry, ¿eran sacrificios o eran cosas que hacía para realzar su personalidad? Soy yo la que lo pregunto. No lleva a cabo ningún sacrificio oscuro. Pero ostentosos sí. Dramáticos. Yo he hecho sacrificios oscuros, ya fueran pequeños o grandes. Pero prefiero la prostitución de June, la búsqueda de oro, la comedia. Entre tanto, Henry puede morir de hambre. Ella le sirve de forma imprevisible y fantástica o no le sirve. Trató de convencer a Henry de que dejara el trabajo. Quería trabajar para él. (Secretamente, he contemplado la posibilidad de la prostitución, y decir que se-

ría por Henry no constituiría más que una justificación.) Así pues, June ha encontrado una magnífica justificación. Ha hecho sacrificios heroicos por Henry. Y todo ello ha contribuido a forjar su personalidad.

—¿Por qué eres tan brutal en sus defectos? —le pregunto a Henry—. Y ¿por qué no escribes más sobre su magnificencia?

—Eso es lo que June dice. No hace más que repetir: «Se te ha olvidado esto, se te olvidado lo otro. No te acuerdas más que de lo malo.» Lo cierto es, Anaïs, que lo bueno lo doy por sentado. Espero que todo el mundo sea bueno. Es el mal lo que me fascina.

Recuerdo un pequeño esfuerzo por llevar a la realidad una de mis fantasías. Una tarde regresé a casa de Henry con el ánimo soliviantado después que se hubiera burlado de mí. Le dije que al día siguiente iba a salir con una mujer. En la Gare St. Lazare había visto a una puta con la que me apetecía muchísimo hablar y me imaginé que salía con ella. Entrando atropelladamente en casa de Henry, como hubiera hecho June, podía haber provocado un curioso incidente cuyo relato le hubiera gustado escuchar más tarde. Pero enseguida me di cuenta de que estaba escribiendo, que se encontraba de un humor grave. Le estaba importunando. Esperaba que me sentara con él y le ayudara a organizar el libro. Mi estado de ánimo se evaporó. Llegué incluso a sentirme arrepentida.

June le hubiera interrumpido, le hubiera empujado a acumular nuevas experiencias, sin esperar a digerirlas, hubiera actuado con la brillantez de un sino en movimiento. Y Henry hubiera renegado y luego habría dicho: «June es un personaje interesante.»

Así pues, me marché a Louveciennes y me acosté.

Al día siguiente, cuando Henry me preguntó qué había hecho la noche anterior, no tenía nada que contestarle. Adopté una expresión extraña y él pensó que ya se enteraría cuando leyera el diario.

Me pregunto qué piensa después de haber leído todo el diario rojo. No dijo gran cosa mientras leía, pero de vez en cuando sacudía la cabeza o se reía. Sí dijo que era muy franco y que las descripciones de las sensaciones sensuales eran increíblemente fuertes. No me había andado con rodeos. Lo había dibujado bien, halagándolo pero sin apartarme de la verdad. Lo que decía de June era todo cierto. Esperaba algo similar a mi relación con Eduardo. El sueño en que aparecía June, así como otras páginas, lo excitaban sexualmente.

—Está claro que eres una narcisista. Ésa es la razón de ser del diario. Escribir un diario es una enfermedad. Pero está bien. Es muy interesante. No conozco a ninguna mujer que escriba con tanta franqueza.

Protesté porque pensaba que narcisista es aquel que sólo se ama a sí mismo, y me parecía...

Era narcisismo de todos modos, dijo Henry. Sin embargo, tengo la impresión de que le gustó el diario. Sí me hizo bromas sobre Fred y dijo que temía que me entregara a él como me había entregado a Eduardo, por compasión, y estaba celoso. Al confesarlo, me besó.

Cuando regresa Hugo, tengo la sensación de que es un hijo pequeño. Me siento vieja, abatida pero tierna y alegre. Descanso en el lecho carnal de una enorme fatiga. Lo que me llevo de Henry es enorme.

Si me duermo es porque la carga es excesiva. Duermo porque una hora pasada con Henry contiene cinco años de mi vida, y una frase, una caricia, res-

ponde a mis necesidades de un centenar de noches. Cuando le oigo reír, digo: «He oído a Rabelais.» Y devoro su risa como si fuera pan y vino.

En lugar de maldecir, está retoñando, cubriendo todos los espacios que quedaron vacíos en las sensacionales zancadas que daba con June. Descansa del tormento, del veneno, del drama, de la locura. Y me dice, en un tono que no había oído nunca en su boca, como para grabarlo: «Te amo.»

Me duermo en sus brazos y olvidamos terminar la segunda fusión. Él se duerme con los dedos hundidos en la miel. Para dormir así, debo de haber hallado el fin del dolor.

Camino por las calles con paso firme. En el mundo sólo hay dos mujeres: June y yo.

Anais: «Hoy, francamente, lo odio a usted. Estoy en contra suya.»

Allendy: «Pero, ¿por qué?»

—Tengo la impresión de que me ha despojado de la poca confianza en mí misma que tenía. Me siento humillada por haberme confesado con usted, yo que raramente me confieso.

—¿Tiene miedo de que la quieran menos?

—Sí, casi con toda seguridad. Me protejo en una especie de caparazón. Quiero que me amen.

Le cuento que había actuado como una niña con Henry, llevada por mi admiración. Que había tenido miedo de que ello lo desensualizara.

Allendy: «Al contrario, a los hombres les encanta percibir la importancia que usted les otorga.»

—Inmediatamente me imaginé que me amaría menos.

Allendy se sorprendió de la magnitud de mi falta de confianza.

—Para un analista, naturalmente, está muy claro, incluso en su apariencia.

—¿En mi apariencia?

—Sí, me di cuenta de inmediato de que se comporta seductoramente. Sólo las personas inseguras actúan así.

Nos echamos a reír.

Le dije que me había imaginado que veía a mi padre en el recital de danza que había dado en París, si bien con toda seguridad en ese momento se encontraba en San Juan de Luz. Me produjo una gran impresión.

—Usted deseaba que estuviera allí. Deseaba deslumbrarlo. Y al mismo tiempo tenía miedo. Pero como, desde que era pequeña, quería seducir a su padre y no lo lograba, ha desarrollado también un fuerte sentido de culpa. Quiere deslumbrar físicamente, pero, cuando lo logra, algo la detiene. Me ha dicho que desde entonces no ha vuelto a bailar.

—No. Incluso he sentido un fuerte rechazo. También se debió a la mala salud.

—Sin duda, si alcanzara el éxito en literatura, la abandonaría también para castigarse a sí misma.

Otras mujeres de talento pero feas están satisfechas de sí mismas, tienen confianza, se comportan con seguridad, y yo, que tengo talento y soy atractiva, al menos eso me dice Allendy, lloro porque no me parezco a June y no inspiro pasiones.

Trato de explicárselo. Me he colocado en la peor posición por querer a Henry y compartirlo con una June que es mi mayor rival. Me expongo a un golpe mortal porque estoy segura de que Henry elegirá a June (igual que yo la elegiría si fuera hombre). También sé que si June regresa, no me elegirá a mí frente a Henry. De modo que en ambos casos sólo puedo perder. Y éste es el riesgo que corro. Todo me empuja a ello. (Allendy me dice que es masoquis-

mo.) Vuelvo a buscar el dolor. Si ahora dejara a Henry, por voluntad propia, sólo sería para sufrir menos.

Siento dos impulsos: uno masoquista y resignado, el otro de escapar. Ansío encontrar a un hombre que me salve de Henry y de esta situación. Allendy escucha y medita sobre ello.

Una noche, en la cocina de Henry –él y yo solos– hablamos hasta quedarnos vacíos. Él saca el tema del diario rojo, me dice qué defectos he de procurar evitar y luego me dice:

–¿Sabes lo que me extraña? Cuando hablas de Hugo, dices cosas maravillosas, pero al mismo tiempo son poco convincentes. No dices nada que merezca tu admiración o amor. Parece forzado.

Inmediatamente me siento incómoda, como si fuera Allendy el que me interroga.

–No es cosa mía hacerte preguntas, Anaïs –prosigue Henry–, pero escucha, no es nada personal. Yo aprecio a Hugo. Creo que está bien. Sólo intento comprender tu vida. Me imagino que te casaste con él cuando tu carácter no estaba del todo formado, o por no contrariar a tu madre o a tu hermano.

–No, no, no fue por eso. Lo amaba. Por mi madre o mi hermano me hubiera casado en La Habana, en sociedad, por todo lo alto, pero no podía.

–El día que Hugo y yo nos fuimos a dar un paseo traté de comprenderlo. Lo cierto es que si en Louveciennes lo hubiera visto sólo a él, hubiera ido una sola vez, hubiera dicho «es un buen hombre» y me hubiera olvidado.

–Hugo es poco comunicativo –dije–. Se tarda tiempo en conocerlo. –Y durante todo ese rato, mi vieja, secreta e inmensa insatisfacción fluye como un veneno y no hago más que decir tonterías tales como que el Banco lo domina y que durante las vacaciones es muy distinto. Henry reniega.

–Es evidente que tú eres superior a él. –Siempre la misma frase odiosa; la misma que pronunció también John.

–Sólo en inteligencia –digo yo.

–En todo. Y, oye, Anaïs, respóndeme. ¿No estarás haciendo un sacrificio? No eres feliz, ¿verdad? ¿No sientes a veces deseos de escapar de Hugo?

No puedo responder. Bajo la cabeza y me echo a llorar. Henry se acerca a mí.

–Mi vida es un desastre –digo–. Estás tratando de hacerme admitir una cosa que ni yo misma reconozco, como has visto en el diario. Has percibido cuánto *quiero* amar a Hugo y en qué sentido lo amo. Tengo constantes visiones de cómo hubiera sido aquí, contigo, por ejemplo. Me he sentido muy satisfecha, Henry.

–Pero ahora –dice Henry– sólo conmigo florecerías con tanta rapidez que pronto agotarías todo lo que yo puedo darte y pasarías a otro. Lo que tu vida puede llegar a ser no tiene límites. He visto que eres capaz de nadar en una pasión, en una gran vida. Escucha, si fuera otro el que hiciera las cosas que has hecho tú, diría que son disparates, pero, por una razón o por otra, en ti parecen correctas. Este diario, por ejemplo, está lleno de riqueza. Tú dices que mi vida es rica, pero tan sólo está llena de acontecimientos, incidentes, experiencias, personas. Lo que de verdad es rico son estas páginas que se basan en tan escaso material.

–Pero piensa en lo que haría con más material –declaro yo–. Piensa en lo que dijiste de mi novela, que el tema [la fidelidad] era un anacronismo. Eso me dolió. Fue como una crítica de toda mi vida. Sin embargo, no me veo capaz de cometer un delito, y herir a Hugo sería un delito. Además, él me ama co-

mo no me ha amado nadie.

–No le has dado a nadie más una oportunidad real.

Recuerdo todo esto mientras Hugo trabaja en el jardín. Vivir con él ahora me produce la sensación de que me encuentro en el mismo estado que a los veinte años. ¿Es culpa suya, de esa frescura juvenil de nuestra vida en común? Dios mío, ¿puedo preguntar sobre Hugo lo que Henry pregunta sobre June? Él la ha colmado. ¿He colmado yo a Hugo? La gente ha dicho que en él no hay nada que no sea mío. Tiene una enorme capacidad de anularse a sí mismo, de amar. Ello me conmueve. Incluso anoche habló de su incapacidad para relacionarse con otras personas, dijo que yo era la única de quien se sentía próximo, con quien era feliz. Esta mañana, en el jardín, se hallaba arrobado. Quería que yo estuviera allí, cerca de él. Me ha dado amor. Y ¿qué más?

En él amo el pasado. Pero todo lo demás ha desaparecido.

Después de hacerle a Henry semejantes revelaciones sobre mi vida, me sentí desesperada. Era como si fuera una criminal, hubiera estado en la cárcel y por fin me hallara libre y dispuesta a trabajar mucho y honradamente. Pero en cuanto la gente descubre tu pasado no quieren darte trabajo y suponen que volverás a actuar como un criminal.

He roto conmigo misma, con mis sacrificios y mi compasión, con lo que me encadena. Voy a empezar de nuevo. Quiero pasión, placer, ruido, embriaguez y todas las maldades. Pero mi pasado asoma inexorablemente, como un tatuaje. He de formar un nuevo caparazón, vestir nuevos disfraces.

Mientras espero a Hugo en el coche, escribo en una caja de cerillas (en el regreso de las «Sultanes» hay un buen espacio rosado).

Hugo ha descubierto que no he hablado con el jardinero sobre el jardín, ni con el albañil sobre la grieta del estanque, no he hecho las cuentas, ni he pasado por la modista para probarme el traje de noche, he roto la rutina.

Una noche me llama Natasha –yo he dicho que me quedaba a dormir en su estudio– y me pregunta: «¿Qué has hecho estos últimos diez días?» No puedo responder porque Hugo me oiría. «¿Por qué te ha llamado Natasha?», pregunta él.

Luego, en la cama, Hugo lee. Mientras escribo ante sus propios ojos, no supone que mis palabras son de lo más traicioneras. Pienso de él lo peor que he pensado nunca.

Hoy, mientras trabajábamos en el jardín, he tenido la sensación de que me encontraba de nuevo en Richmond Hill, envuelta en libros y éxtasis; Hugo pasaba por allí con la esperanza de verme, aunque fuera de refilón. Dios mío, hoy, durante un momento, me he sentido enamorada de él, con el alma y el cuerpo virginal de esos primeros días. Una parte de mi ser ha crecido inmensamente, sin apartarme del amor juvenil, de un recuerdo. Y ahora la mujer que yace desnuda en la vasta cama observa a su amor juvenil inclinarse sobre ella y no lo desea.

Desde aquella charla que mantuve con Henry en la cual admití más de lo que había admitido ante mí misma, mi vida ha cambiado y se ha deformado. La inquietud que antes era vaga y anónima ha adquirido una claridad intolerable. Y precisamente va a clavarse en el centro de la estructura más perfecta y más firme, el matrimonio. Cuando eso se tambalea, toda la vida se desmorona. Mi amor por Hugo se ha vuelto fraternal. Contemplo casi con horror este

cambio, que no ha sido repentino sino que ha aflorado a la superficie lentamente. Yo había cerrado los ojos a todas las señales. Lo que más temía era admitir que no deseaba la pasión de Hugo. Contaba con la facilidad para repartir mi cuerpo. Pero no es así. Nunca lo ha sido. Cuando corrí hacia Henry, le entregué todo a Henry. Tengo miedo porque me he dado cuenta del alcance de mi encarcelamiento. Hugo me ha secuestrado, ha fomentado mi amor a la soledad. Ahora lamento todos esos años en que no me daba más que su amor y yo buscaba el resto en mí misma. Años de penuria, años peligrosos. Debería romper con toda mi vida y no puedo. Mi vida no es tan importante como la de Hugo, y Henry no me necesita porque tiene a June. Sin embargo, la parte de mí que ha crecido fuera y más allá del alcance de Hugo seguirá adelante.

MAYO 1932

No había visto nunca con tanta claridad como esta noche que escribir el diario es un vicio, una enfermedad. Llegué a casa a las siete y media, agotada después de pasar una espléndida noche con Henry y tres horas con Eduardo. No había tenido fuerzas para regresar a Henry. Cené y fumé un rato en un estado de ensueño. Me retiré a mi habitación como en volandas y tuve la sensación de encontrarme encerrada, de caer en mí misma. Saqué el diario del último escondite, debajo del tocador, y lo lancé sobre la cama. Tenía la impresión de que así era cómo un fumador de opio preparaba la pipa. El diario, cual un fragmento de mí misma, comparte mis duplicidades. ¿Dónde está mi tremenda fatiga? De vez en cuando, dejo de escribir y me embarga un profundo letargo. Pero un demoníaco impulso me empuja a continuar.

Confío en Allendy. Hablo con profusión sobre mi infancia, cito frases fácilmente interpretables de mis primeros diarios sobre mi padre; ahora es inteligible mi pasión por él, así como mi sentido de culpa. Creía que no merecía nada.

Hablamos de cuestiones financieras y le digo que si no voy más a menudo es por el precio de las visitas. No sólo reduce la tarifa a la mitad sino que me propone que le pague trabajando para él. Me siento halagada.

Hablamos de circunstancias físicas. Estoy demasiado delgada. Unos kilos más me darían seguridad. ¿Añadirá Allendy medicamentos al tratamiento psíquico? Confiesa mi temor de que tengo los pechos pequeños, quizá porque tengo elementos masculinos y la mitad de mi cuerpo es por lo tanto adolescente.

Allendy: ¿No los tiene desarrollados en absoluto?

—No es eso. —Puesto que hablando avanzamos con dificultad, le digo—: Usted es médico; se los voy a enseñar. —Y así lo hago. Él se ríe de mis temores.

—Perfectamente femeninos; pequeños pero bien formados; una figura preciosa. Unos kilos más no le irían mal, no. —Qué desproporcionada era mi auto-crítica.

Ha observado que mi personalidad es poco natural. Como si estuviera envuelta en una neblina, en un velo. Para mí no es ninguna novedad, aparte de que no sabía que era tan evidente. Por ejemplo, mis dos voces, que últimamente se manifiestan de forma bastante abierta: una, según Fred, es como la de una niña antes de la Primera Comunión, tímida, apagada; la otra es firme, profunda. Ésta aparece cuando tengo mucha confianza.

Allendy piensa que he creado una personalidad totalmente, artificial, como un escudo. Me oculto. He construido una manera de ser seductora, afable, alegre, y me escondo tras ella.

Le había pedido que me ayudara físicamente. ¿Fue una acción sincera enseñarle los pechos? ¿Deseaba poner a prueba mis encantos con él? ¿Acaso no me agradó que me hiciera cumplidos?, ¿que demostrara más interés por mí? ¿Es Allendy o Henry el que me está curando?

El nuevo amor de Henry me tiene en un estado de arrobamiento que no había conocido hasta ahora. Él deseaba guardar las distancias. No quería estar a mi merced. No quería que lo añadiera a la «lista» de mis amantes. No quería que fuera nada serio. ¡Y ahora! Quiere ser mi esposo, tenerme constantemente; escribe cartas de amor a la niña que fui a los once años, que lo ha conmovido profundamente. Quiere protegerme y darme cosas.

—No creía posible que una cosita tan frágil tuviera tanto poder. ¿He dicho alguna vez que no eras hermosa? ¡Cómo he podido decirlo! ¡Eres hermosa! ¡Eres hermosa! —ahora, cuando me besa, no me siento cohibida.

Ahora soy capaz de morderlo cuando estamos en la cama.

—Nos devoramos mutuamente, como dos salvajes —dijo.

Estoy perdiendo el miedo a dejarme ver desnuda. Me ama *a mí*. Nos reímos de que me esté engordando. Me ha hecho cambiar de peinado porque no le gustaba el severo estilo español. Me lo he retirado de la cara elevándolo por encima de las orejas. Tengo la sensación de que se me lleva el viento. Parezco más joven. No trato de ser una *femme fatale*. No sirve de nada. Siento que me quieren por mí misma, por mi interior, por cada una de las palabras que escribo, por mis timideces, mis penas, mis luchas, mis defectos, mi debilidad. Yo amo a Henry del mismo modo. Ni siquiera soy capaz de odiar que corra hacia otras mujeres. Pese a su amor por mí, está interesado en conocer a Natasha y a Mona Paiva, la bailarina. Tiene una curiosidad diabólica por la gente. Jamás había conocido a un hombre con tantas facetas, con tal variedad.

Un día de verano como hoy y una noche con Henry, no pido nada más.

Henry me enseña las primeras páginas de su nuevo libro, *Black Spring*. Ha comprendido mi novela y ha escrito una fantástica parodia, incitado en parte por los celos y la rabia, porque la otra mañana, cuando me marchaba, Fred me llamó desde su habitación y quiso besarme. Yo no se lo permití, pero Henry oyó el silencio y se imaginó la escena y mi infidelidad. Las páginas me han entusiasmado, su perfección, su finura y agudeza, así como el tono fantástico. También hay en ellas poesía, y una secreta ternura. Ha hecho un hueco especial en su interior para mí.

Esperaba que yo hubiera escrito al menos diez páginas sobre la noche que pasamos hablando hasta el amanecer. Pero algo le ha ocurrido a la mujer del cuaderno. He vuelto a casa y me he sumergido en mi disfrute de él como en un cálido día de verano. El diario pasa a segundo plano. Henry está por delante de todo. Si no tuviera a June, lo abandonaría todo para vivir con él. Cada uno de sus distintos aspectos me absorbe: el Henry que corrige mi novela con sorprendente atención, con interés, con sarcasmo, con admiración, con plena comprensión; el Henry inseguro, extraordinariamente modesto; Henry, el demonio que me sonsaca y toma diabólicas notas; el Henry que oculta sus sentimientos a Fred y demuestra conmigo una tremenda ternura. Anoche, en la cama, medio dormido, todavía seguía murmurando: «Eres tan maravillosa que no ha nacido el hombre que te merezca.»

Me ha vuelto más sincera conmigo misma, y luego me dice:

–Tú me das tanto, tanto, y yo no te doy nada.

A él también le falta confianza. Se encuentra incómodo en ciertas situaciones sociales, sólo con que sean mínimamente *chic*. No está seguro de mi amor. Cree que soy extremadamente sensual y que por lo tanto podría fácilmente dejarlo por otro hombre, y a éste por otro. Yo me río. Sí, claro que me encantaría que me follaran cinco veces al día, pero tendría que estar enamorada. Desde luego, eso es una desventaja, un inconveniente. Y sólo puedo amar a un hombre. «Quiero que yo sea el último –dice Henry–. Me encanta que seas promiscua. Cuando te interesaste por Montparnasse me preocupaste muchísimo. –Y empieza a besarme–. Me has conquistado, Anaïs.» A veces tiene unas caricias juguetonas, casi infantiles. Nos frotamos la nariz, me muerde las pestañas o me pasa el dedo por el borde de la cara. Entonces veo un Henry que me recuerda a un gnomo, pequeño, tierno.

Fred está seguro de que Henry me está haciendo daño. Pero eso ya no es posible. Ni siquiera su infidelidad me hace daño. Además, necesito menos ternura. Henry me está endureciendo. Cuando descubro que no le gusta mi perfume porque es demasiado delicado, al principio me siento un poco confundida. A Fred le encanta «Mit-souko», pero a Henry le gustan los perfumes acres, fuertes. Siempre busca la afirmación, la fuerza.

Es como pedirme que me cambie de peinado porque le gusta ver algo salvaje en el cabello. Cuando pronuncia la palabra «salvaje» respondo como si la esperara. Cabello salvaje. Me pasa las manos robustas y firmes por el cabello. Cuando dormimos tiene mi cabello en la boca. Y cuando entrelazo las manos detrás de la cabeza y me levanto el pelo al estilo griego, exclama: «Así es como me gusta.»

En Clichy me encuentro como en mi casa. Hugo no me es necesario. Yo sólo le apporto la fatiga de las noches sin dormir, una alegre fatiga. De madrugada, cuando salgo de puntillas del piso de Henry, los obreros de Clichy ya están despiertos. Me llevo el diario rojo, pero no es más que una costumbre, porque no hay en él ningún secreto; Henry ha leído todos los diarios (éste todavía no). También me llevo unas páginas del libro de Fred, delicadas como una acuarela, o unas páginas del de Henry, que son como un volcán.

El esquema de mi vida se ha hecho añicos. Los jirones cuelgan a mi alrededor. De todo esto saldrán grandes cosas. Adivino la fermentación. El tren que me lleva a Louveciennes hace que en mi mente se agiten las frases como los dados en el cubilete.

El diario pierde solidez porque era producto de una íntima relación conmigo misma. Ahora se ve constantemente interrumpido por la voz de Henry, por una mano suya que se posa en mi rodilla.

Louveciennes es como un cofre, forrado de pétalos, tallado, dorado, con las paredes de hojas nuevas, de flores, de senderos bien rastrillados, de letreritos con los nombres de las flores, de árboles viejos, de hiedra canescente y de muérdago. Lo llenaré con Henry. Mientras asciende la cuesta, lo recuerdo grave, ensimismado, mirando a las bailarinas. Al llamar al timbre pienso en una de las graciosas correcciones que le ha hecho a mi libro. Una vez en mi habitación me quito la ropa interior manchada. Recuerdo frases suyas que saborearé durante la noche. Todavía guardo en la boca el sabor de su pene. Me arde la oreja a causa de sus mordiscos. Quiero llenar el mundo de Henry,

de sus diabólicas notas, plagios, distorsiones, caricaturas, absurdos, mentiras, profundidades. También el diario estará lleno de Henry. Sin embargo, le he dicho que había matado al diario. Se había burlado de él y yo acababa de descubrir el placer vegetativo. Estaba tumbada en la cama después de comer, con el vestido rosa arrugado y manchado. El diario era una enfermedad. Estaba curada. No había escrito en tres días. Ni siquiera había escrito nada de la intensa noche de charla, cuando oímos los pájaros, miramos por la ventana de la cocina y vimos el amanecer. Me había perdido muchísimos amaneceres. Lo único que me importaba era estar allí tumbada con Henry. No volvería a escribir en el diario. Entonces dejó de burlarse. «Oh, no, qué lástima –dijo–. El diario no debe morir. Lo echaría de menos.»

No murió. No encuentro otra manera de amar a mi Henry que llenar páginas de él cuando no está aquí para que lo acaricie y lo muerda. Esta mañana, cuando lo he dejado, estaba dormido. Me apetecía muchísimo besarlo. Estaba desesperada mientras llenaba sin hacer ruido la maleta negra. Hugo llegará dentro de cuatro horas.

Henry ha dicho que en mi novela era curioso observar la diferencia existente entre la Anaïs que habla con Hugo y la que habla con John. Con Hugo tengo un comportamiento juvenil, ingenuo, casi religioso. Con John demuestro madurez y agilidad mental. Eso mismo ocurre ahora. A Hugo le doy explicaciones idealistas de mis actos, porque eso es lo que él quiere. Precisamente lo contrario de lo que le doy a Henry. Henry dice que después de leer mi libro no puede volver a estar seguro de mí. Su espíritu mundano le ayuda a captar toda revelación inconsciente, toda implicación. Creo que el libro ofendería a Hugo, mientras que Henry considera que a fin de cuentas, lo he ensalzado. Y es cierto. Henry me ayudó incluso a eliminar unos pasajes en que debilitaba el carácter de Hugo. Pero no volveré nunca a escribir nada de Hugo porque lo que escribo para él y sobre él es hipócrita y poco maduro. Escribo sobre él como se escribe sobre Dios, con una fe tradicional. Valoro mucho sus cualidades, pero no me inspiran. Todo eso ha terminado. Y al abandonar mi constante esfuerzo por exaltar el amor que siento por Hugo, también abandono los últimos vestigios de mi inmadurez.

Recuerdo la tarde en que, después de leer mi diario de infancia, Henry vino a Louveciennes esperando encontrar a una niña de once años. Todavía estaba emocionado por lo que había leído. Pero mi picardía borró a la niñita y muy pronto estuvo excitado y empezó a decir locuras y a follarme. Yo deseaba triunfar sobre la niña. Me negaba a ponerme sentimental, a retroceder. Era como un duelo. La mujer que hay en mí es fuerte. Y Henry dijo que estaba embriagado de mirarme. Yo le dije que como marido no lo quería (por qué, no lo sé). Me reí de su apasionamiento. Y un instante después de que se marchara ya quería que volviera para amarlo ferozmente. Su seriedad y sentimentalismo germanos me habían conmovido más de lo que deseaba admitir. ¡Heinrich! Me encantan sus preguntas instigadas por los celos, sus cínicas sospechas, su curiosidad. Las calles de París, los cafés y las putas le pertenecen. La literatura moderna también le pertenece, escribe mejor que nadie. Toda potencia, desde el azote del viento hasta una revolución, le pertenece. También me encantan sus defectos. Uno de ellos es la manía de buscar siempre las imperfecciones, una demoníaca costumbre de contradecir. Pero, puesto que nos comprendemos tan bien, ¿importa que no sea capaz de concebir que discutamos en serio por nada? Cuando me lo imagino hablando de

June, veo a un hombre muy dolido. El que tengo en los brazos no es nada peligroso para mí porque me necesita. Incluso dice: «Es extraño, Anaïs, pero contigo me siento relajado. La mayoría de las mujeres me producen tirantez y tensión. Por eso me encuentro en unas condiciones óptimas.» Yo le proporciono una sensación de absoluta intimidad, como si fuera su esposa.

Hugo está en la cama junto a mí y yo sigo escribiendo sobre Henry. Imaginarme a Henry sentado solo en la cocina de Clichy me resulta intolerable. Sin embargo, estos días Hugo ha crecido. Los dos nos reímos por ello. Ahora que ambos estamos libres de temores, vivimos de modo más fácil. Él ha estado de viaje con un hombre del Banco, un hombre sencillo y alegre. Han bebido juntos, se han contado historietas obscenas y han ido a bailar a salas de fiestas. Por fin Hugo se ha relacionado con hombres. Y le ha gustado. Yo le digo: «Ve-te. Haz muchos viajes. Los dos lo necesitamos. Juntos no estamos satisfechos. No nos satisfacemos mutuamente.»

Pienso en Fred observando los sacrilegios de Henry contra el buen gusto: encender una cerilla en la suela del zapato, echar sal en el *páié* de *foie gras*, beber vinos no adecuados, comer chucrut. Y a mí todo eso me encanta.

Ayer Henry recibió un telegrama de June: «Te echo de menos. Hemos de vernos pronto.» Henry está enfadado. «No quiero que venga June a torturarme a mí y a herirte a ti, Anaïs. Te quiero. No deseo perderte. El otro día, en cuanto te fuiste empecé a echarte de menos. "Echar de menos" no es la expresión exacta; "anhelarte" resulta mejor. Quiero estar casado contigo. Eres una joya preciosa, rara. Ahora te veo en todo tu esplendor. Veo el rostro de la niña, la bailarina, la mujer sensual. Me has hecho feliz, muy feliz.»

Alcanzamos juntos el orgasmo con desespero y frenesí. Yo estoy tan extasiada que lloro. Quiero estar soldada a él.

–No soy yo –dice–. Es algo que has creado a partir de tu propia maravillosa personalidad. –Lo obligo a admitir que es a él a quien amo, un Henry que conozco bien. Pero soy consciente del poder que tiene June sobre los dos.

–June tiene poder sobre mí, pero a quien amo es a ti. Es diferente, ¿no te das cuenta?

–Así es como te amo yo –responde–. Y tú también tienes poder, pero de otro tipo.

–Lo que temo es que June nos separe no sólo físicamente sino por completo.

–No cedas ante June –dice Henry–. Conserva tu magnífica mente. Sé fuerte.

–Podría decirte lo mismo, pero sé que tu intelecto no te servirá de nada.

–Esta vez será diferente.

La amenaza. Hemos hablado. Guardamos silencio. Entra Fred en la habitación. Estamos haciendo planes para que yo pase unos días con Henry antes de irme de vacaciones. Fred nos deja. Henry vuelve a besarme. Dios mío, qué besos. Cuando pienso en ellos no puedo dormir. Yacemos uno muy cerca del otro. Henry dice que me arrebujo contra él como un gato. Le beso la garganta. Cuando su garganta asoma por la camisa abierta me es imposible hablar, el deseo me turba. Le susurro con voz ronca al oído «te quiero», tres veces, en un tono que lo asusta. «Te quiero tanto que hasta quiero ofrecerte mujeres.»

Hoy no puedo trabajar porque las sensaciones de ayer están prestas a caer sobre mí desde la suavidad del jardín. Están en el aire, en los olores, en el sol, en mí misma, como la ropa que llevo. Amar de esta manera es excesivo.

Necesito tenerlo cerca en todo momento, más que cerca, dentro de mí. Odio a June, sin embargo tengo presente su belleza. June y yo fundidas, como debería ser. Henry debe tenernos a las dos. Yo también les quiero a los dos. ¿Y June? June lo quiere todo porque su belleza lo exige.

June, llévate todo lo que tengo, menos a Henry. Déjame a Henry. Tú no le necesitas. No le amas como yo le amo ahora. Tú puedes amar a muchos hombres. Yo sólo amaré a unos pocos. Para mí

Henry es inusual.

Le estoy proporcionando a Henry coraje para dominar y deslumbrar a June. Se está llenando de la fuerza que le transmite mi amor. Cada día digo que no puedo amarlo más, y cada día encuentro en mí más amor para él.

Heinrich, ha terminado otro hermoso día en tu compañía, siempre demasiado temprano. Y todavía no estoy vacía de amor. Ayer te amaba cuándo estabas sentado; sobre tu cabello rubio grisáceo se proyectaba la luz y tu piel nórdica transparentaba la sangre caliente. La boca abierta, sensual. La camisa abierta. Tenías en las gruesas manos la carta de tu padre. Pienso en tu infancia, transcurrida en la calle, en tu grave adolescencia –pero siempre sensual–, muchos libros. Sabes que los sastres se sientan como los árabes, inclinados sobre su trabajo. A los cinco años aprendiste a cortar un par de pantalones. Escribiste el primer libro durante unas vacaciones de dos semanas. Tocabas jazz al piano para que bailaran los adultos. A veces te mandaban a buscar a tu padre al bar. Eras tan pequeño que te metías por debajo de las puertas vaivén. Entonces le tirabas de la chaqueta. Bebías cerveza.

Aborreces besarle la mano a una mujer. Te burlas del gesto. Estás muy elegante vestido con tus trajes de segunda mano, con tu ropa vieja. Ahora conozco tu cuerpo. Sé de qué maldades eres capaz. Para mí eres algo que no he leído en tus escritos y de lo cual no me han hablado ni June ni tus amigos. Todo el mundo asocia contigo el ruido y la fuerza. Pero yo he oído y he percibido la suavidad. Al hablar de ti he de usar palabras de otras lenguas. En la mía me vienen a las mientes: *ardiente, salvaje, hombre*.

Quiero estar donde tú estés. A tu lado aunque estés dormido. Henry, bésame las pestañas, ponme los dedos en los párpados. Muérdeme la oreja. Retírame el cabello. He aprendido a desabrocharte de prisa. Todo, en la boca, chupando. Tus dedos. El calor. El frenesí. Nuestros gritos de satisfacción. Uno por cada impacto de tu cuerpo contra el mío. Cada golpe una punzada de alegría. En espiral. Hasta el centro. Las entrañas palpitan, se contraen y se dilatan, se abren y se cierran. Los labios temblorosos, las lenguas de serpiente vibrantes. Ah, la ruptura... una célula sanguínea explota de alegría. Disolución.

Estamos los tres sentados en el sofá, mirando un mapa de Europa. Henry me pregunta:

–¿Todavía te sigues engordando?

–Sí, continuamente.

–Ay, Anaïs, no te engordes –dice Fred–. A mí me gustas; como eres.

Henry sonríe.

–Pero a Henry le gustan los cuerpos a lo Renoir –digo yo.

–Es verdad –dice Henry.

–Sin embargo a mí me gusta la esbeltez. Me encantan los pechos virginales.

–A quien tendría que querer es a ti, Fred. Fue un error.

Henry no sonríe. Ahora conozco sus expresiones de celos, pero Fred y yo continuamos la broma.

–Fred, después de pasar dos días con Henry, pasaré dos días contigo, en un hotel, y así podré llevar a Henry después. Le encanta que lo lleve a hoteles donde yo ya he estado. Dos días.

–Desayunaremos en la cama. Perfume «Mitsouko». Un hotel *chic*, ¿verdad?

–Hacer bromas está bien –me dice Henry después–, pero, Anaïs, no me atormentes. Estoy celoso, muy celoso. –Yo siento ganas de reír porque ya se me habían olvidado los cuerpos a lo Renoir y los pechos virginales.

Cuando me telefonea Henry siento su voz en las venas. Quiero que hable en mi interior. Como Henry, respiro Henry, Henry está en el sol. Mi capa es su brazo alrededor de mi cintura.

«Café de la Place». Clichy. Medianoche. Le he pedido a Henry que escriba algo en el diario: «Me imagino que soy un personaje muy célebre y me han dado un ejemplar de un libro para que lo dedique. Así pues, escribo con mano rígida, con cierta pomposidad. *Bonjour, Papa!* No, Anaïs, ahora no puedo escribir en tu diario. Un día me lo dejaste con unas páginas en blanco hacia el final y escribiré un índice, un índice diabólico. Heinrich. Place Clichy. Este libro no tiene nada de sagrado excepto tú.»

–Este libro no tiene nada de sagrado –le había dicho para animarlo–, puedes escribir de lado o cabeza abajo.

Llevaba boina y aparentaba treinta años.

Anoche Hugo tuvo que ir a una reunión del Banco y cuando me di cuenta de que yo podía ir a ver a Henry me entraron ganas de gritar de alegría. En el taxi, sola, cantaba y arrullaba mi júbilo murmurando: «Henry, Henry.» Y no separé las piernas frente a la invasión de la sangre de él. Cuando llegué, Henry se percató de mi estado de ánimo. Fluía de mi cuerpo y de mi rostro. Sangre blanca y cálida. Henry follando. No hay otra palabra.

Sus besos son húmedos como la lluvia. Me he tragado su esperma. Ha besado mis labios mojados de esperma. He olido mi propia miel en su boca.

Voy a ver a Allendy en un estado de tremenda exaltación. Primero le hablo del artículo que estoy escribiendo para él, que me ha resultado difícilísimo. Me explica que hay una manera más sencilla de hacerlo. Luego le cuento un sueño que tuve en que le pedía que asistiera al concierto de piano de Joaquín porque necesitaba que estuviera allí. En el sueño lo veía de pie en el pasillo, mucho más alto que los demás asistentes. La lectura de sus libros ha hecho que mejore mucho el concepto que tengo de él. Lo invité a venir de verdad al concierto. Sé que está ocupadísimo. Sin embargo, aceptó.

Le conté mis sueños «húmedos» y el del baile del rey. Dijo que la humedad simbolizaba fecundación y que el amor del rey era la conquista de mi padre a través de otros hombres. Piensa que en este momento me encuentro en un punto culminante y que no lo necesito. Yo le dije que no creía que el psicoanálisis actuara tan de prisa. Alabé generosamente sus efectos. Su manera de tratarme también me produjo alegría. Observé de nuevo la belleza de sus ojos celtas. Luego hizo un análisis magistral de mi matrimonio basándose en fragmentos recogidos aquí y allí.

–Pero ahora viene la prueba de la absoluta madurez –dice Allendy–: la pasión. Ha moldeado a Hugo como una madre y es un hijo suyo. No puede despertar pasión en usted. La conoce tan íntimamente que es posible que su pasión se oriente también hacia otro. Han pasado por varias etapas juntos, pero ahora se van a separar. Usted ha experimentado la pasión con otra persona. La ternura, la comprensión y la pasión no suelen ir parejas. Pero la ternura y la

comprensión son también rarísimas.

–Pero son inmaduras. La pasión es mucho más poderosa.

Allendy sonrió, me pareció que con tristeza. Luego dije: –Me parece que este análisis también vale para los sentimientos de Eduardo.

–No. Eduardo la ama. Y usted le ama a él, creo yo.

Allendy se equivocaba. Cuando le dejé, todavía alegre y animosa, hablé con Eduardo.

–Escucha –le dije–, me parece que nos queremos de verdad, fraternalmente. No podemos pasar sin el otro porque nos entendemos muy bien. Si nos hubiéramos casado, hubiera sido un matrimonio como el de Hugo y yo. Hubieras trabajado, te hubieras desarrollado, hubieras sido feliz. Somos muy delicados y atentos el uno con el otro, pero también queremos que haya pasión. No obstante, yo no podré mirarte nunca como miro a otros hombres. Tú no puedes sentir por mí una pasión como la que sentirías por una mujer cuya alma desconocieras. Créeme, tengo razón. No te ofendas. Me siento muy unida a ti. Me necesitas. Nos necesitamos mutuamente. Encontraremos la pasión en otra parte.

Eduardo se da cuenta de que en parte tengo razón. Estamos sentados uno muy cerca de otro en un café. Andamos muy juntos. Estamos medio tristes y medio contentos. Hace calor. Percibe mi perfume. Yo miro su hermoso rostro. Nos deseamos. Pero es un espejismo. Sólo se debe a que somos jóvenes, estamos en verano y caminamos cuerpo contra cuerpo.

Hugo va a venir a buscarme, de modo que Eduardo y yo nos besamos y nada más.

En el concierto de Joaquín, Eduardo se sienta a mi lado, guapísimo. Henry, mi amante, está sentado en un lugar que no alcanzo a ver. Cuando, en el descanso, todos nos ponemos en pie, Allendy sale al pasillo. Nuestras miradas se cruzan. Hay tristeza, una seriedad que me conmueve. Mientras ando con movimientos felinos sé que estoy seduciendo a Allendy, a Eduardo, a Henry y a otros. Hay un violinista italiano fogoso y muy atractivo. Está mi padre, que se cambia de asiento para colocarse delante de mí. Hay un pintor español.

Una capa de confianza física, una capa de tímida seducción, una capa de desespero infantil porque mi madre ha hecho una escena al ver a mi padre llegar al concierto. Y el pobre Joaquín estaba disgustado y nervioso, pero ha tocado muy bien.

El público ha intimidado a Henry. Yo le apretaba la mano con fuerza. Parecía extraño y distante. Me he enfrentado a mi padre con una calma estatuésca. Sin embargo, sentía que la niña que hay en mí todavía estaba asustada. Allendy sobresalía de la multitud. Quería acercarme a él, como en el sueño, y colocarme a su lado. ¿Me daría fuerza? No. También él se siente a veces débil. Todo el mundo tiene momentos de timidez y de inseguridad. Llevo una pesada carga de sentimientos y sensaciones. El grueso traje lame sobre mi cuerpo desnudo. La caricia de la capa de terciopelo. El peso de las mangas. El hipnótico resplandor de las luces. Soy consciente de mis andares lánguidos, de las manos que estrechan la mía.

Eduardo está drogado. Con mis palabras, con mi perfume («Narcisse Noir»). Al encontrarse con Henry, se levantó, orgulloso, guapo. En el coche su pierna busca la mía. Joaquín me cubre con su capa. Cuando entro en el «Café du Rond Point» todo el mundo me mira. Veo que los he engañado. He conseguido

ocultar a mi yo pequeñito.

Hugo está paternal, protector. Paga el champán. Yo busco a Henry, que podría apartar todos los pesos que me abruman, abrir la ostra hipnotizada por su miedo del mundo.

—Has conocido la pasión —le digo a Henry—, pero no has conocido la intimidad con una mujer, la comprensión.

—Muy cierto. La mujer era para mí un enemigo, un ser destructor, alguien que iba a quitarme cosas, no alguien con quien iba a poder vivir íntimamente, ser feliz.

Empiezo a ver el gran valor de lo que Henry y yo sentimos el uno por el otro, de lo que me da a mí que no le ha dado a June.

Empiezo a comprender la pensativa sonrisa de Allendy cuando menosprecio el amor tierno, la amistad.

Lo que no sabe es que he de completar las partes pendientes de mi vida, que he de tener lo que hasta ahora no he tenido, completarme a mí y a mi historia.

Pero no soy capaz de disfrutar de la sexualidad por sí misma, independientemente de los sentimientos. Soy inherentemente fiel al hombre que me posee. Ahora le soy por completo fiel a Henry. Hoy he tratado de disfrutar de Hugo, de complacerle, pero no he podido. He tenido que fingir.

Si June no existiera, terminaría mi inquietud. Una mañana desperté llorando. Henry me había dicho: «Tu cuerpo no me produce placer. No es tu cuerpo lo que amo.» La congoja de ese momento regresa. Sin embargo, la última vez que habíamos estado juntos había hecho ampulosos comentarios sobre la belleza de mis piernas y sobre mi habilidad para las relaciones sexuales. ¡Pobre mujer!

Tanto a Hugo como a Henry les gusta contemplarme la cara mientras me hacen el amor. Pero ahora, para Hugo, mi rostro es una máscara.

Allendy le dijo a Hugo en el concierto que yo era una paciente muy interesante, que respondía de forma sensible y rápida, que estaba casi curada. Pero esa noche volví a tener la sensación de que quería deslumbrar a Allendy mientras ocultaba una parte secreta de mi yo real. Siempre ha de haber algo secreto. A Henry le oculto que raramente obtengo una satisfacción sexual suprema porque le gusta que tenga las piernas muy abiertas y yo necesito cerrarlas. No quiero disminuir su placer. Además, me produce una especie de placer disperso que, aun siendo menos agudo, dura más que un orgasmo.

Después del concierto, Henry me escribió una carta. Anoche me la coloqué debajo de la almohada. «Anais, tu belleza me deslumbró. Me sentí como un ser despreciable. He estado ciego, ciego, me dije. Tú estabas allí como una princesa. Eras la *infanta*. Me mirabas con expresión decepcionada. ¿Qué ocurría? ¿Estaba ridículo? Seguramente. Sentía deseos de arrodillarme y besarte el dobladillo del vestido. ¡Cuántas Anaíses me has enseñado! ¡Y ahora ésta! Como para demostrar tu multiplicidad proteica. ¿Sabes lo que me dijo Fraenkel? "No esperaba nunca ver una mujer tan hermosa como ella. ¿Cómo es posible que una mujer tan femenina y tan bella haya escrito un libro sobre D. H. Lawrence?" Ello me produjo un inmenso placer. El mechoncito de cabello por encima de la corona, los ojos radiantes, el espléndido contorno de los hombros, y esas mangas que tanto me gustan, regias, florentinas, diabólicas. No vi nada por debajo del pecho. Estaba demasiado emocionado para reti-

rarme a mirarte. Deseaba ardientemente llevarte conmigo para siempre. Huir con la infanta, oh dioses. Busqué con insistencia a tu padre. Creo que lo localicé. El cabello fue la clave. Extraño cabello, extraño rostro, extraña familia. Presentimiento de genio. Ah, sí, Anaïs, me lo tomo todo con tranquilidad porque perteneces a otro mundo. No veo nada en mí mismo que pueda despertar tu interés. ¿Tu *amor*? Ahora eso me parece fantástico. Una picardía divina, una broma cruel que me estás haciendo... *Te deseo.*»

–Hoy no me analice –le dije a Allendy–. Hablemos de usted. Me entusiasman sus libros. Hablemos de la muerte.

Allendy consintió. Luego hablamos del concierto de Joaquín. Dijo que mi padre parecía joven. Henry le recordó a un famoso pintor alemán, demasiado blando, tal vez un hombre de dos caras. ¿Un homosexual inconsciente? Me sorprende.

Mi artículo era bueno, dijo Allendy, pero ¿por qué no quiero que me analice? En cuanto empiezo a depender de él, deseo ganarme su confianza, analizarlo a él, buscarle una debilidad, conquistarlo un poco por haberme conquistado él a mí. Tiene razón.

–Sin embargo –protesto–, me parece que es un gesto de interés.

Dice que sí porque es como trato a todo el que amo. Aunque quiero ser conquistada, hago todo lo que puedo para conquistar, y cuando he conquistado despierta la ternura y muere la pasión. ¿Y Henry? Es demasiado pronto para decirlo.

Allendy afirma que si bien aparentemente buscaba dominación, crueldad y brutalidad en Henry (lo encontraba en sus escritos), el instinto me decía que había suavidad en él, y que aun cuando parece que me sorprende que Henry sea tan gentil, tan escrupuloso conmigo, ahora me alegro. He conquistado de nuevo.

He sido cruel con Hugo. Ayer no quería que viniera a casa. Sentía una terrible hostilidad. Y se notaba. Por la noche vinieron Henry y su amigo Fraenkel. Detuve a Hugo, que leía en voz alta una cosa larga y monótona, y cambié de tema tan bruscamente que Fraenkel lo notó. Pero a él Hugo le cae bien, lo tiene bien considerado. Una vez Hugo movió la silla después de poner unos libros y manuscritos en el suelo. Luego se sentó en ella y el manuscrito de Henry quedó justo debajo de una pata. Ello me puso nerviosa. Al final me levanté y lo recogí tiernamente.

Hubo un momento cómico cuando Fraenkel contó que Henry dormía muy profundamente y mucho tiempo. Yo miré con picardía a Henry y dije: «¿Ah sí? ¿De verdad?»

Mi Henry escuchaba como un oso grandote al pequeño y sinuoso Fraenkel, que explicaba ideas complejas y abstractas. Fraenkel, como dice Henry, es una idea. Hace un año, esas ideas me hubieran puesto muy contenta, pero Henry me ha hecho algo, el hombre Henry. Solamente puedo comparar lo que siento con los sentimientos de Lady Chatterley para con Mellors. Ni siquiera soy capaz de pensar en el trabajo de Henry, ni en el propio Henry, sin que se me estremezcan las entrañas. Hoy sólo hemos tenido tiempo para besarnos y ha sido suficiente para derretirme.

Hugo me dice que su instinto le asegura que no hay nada entre Henry y yo. Anoche, cuando introduje la carta de Henry debajo de la almohada, pensé que a lo mejor crujía el papel y Hugo lo oía, entonces leería la carta mientras yo dormía. Me estoy arriesgando mucho con mi exaltación. Quiero hacer

grandes sacrificios por mi amor. Mi esposo, Louveciennes, mi hermosa vida... por Henry.

–Entréguese plenamente a una persona –dice Allendy–. Dependá. Apóyese. Tenga confianza. No tema el dolor. Creo que lo he hecho, con Henry. Sin embargo, todavía me siento sola y dividida.

Anoche me dejó en la Gare Saint Lazare. Empecé a escribir en el tren a fin de estabilizar los saltos de la bota de siete leguas de mi vida con la actividad de hormiga de la pluma. Las palabras hormiga iban y venían transportando migas, unas migas muy pesadas, más grandes que las propias hormigas. «¿Tienes suficiente tinta?», me ha preguntado Henry. No debería usar tinta sino perfume, debería escribir con «Narcise Noir», con «Mitsouko», con jazmín, con madreSelva. Podría escribir palabras hermosas que exhalarían el potente olor de la miel de mujer y de la sangre blanca del hombre.

¡Louveciennes! Fin. Hugo me espera. Regresión. El pasado: el tren de Long Beach. Hugo en traje de golf. Sus piernas extendidas junto a mí me excitan. He comprado yodo porque tiene repentinos dolores de muelas. Llevo un vestido de organdí, rígido y fresco, y una pámela con cerezas colgando en el lado derecho, en una ondulación de la ancha ala. Los domingueros están encarnados, quemados por el sol, andrajosos, feos. Yo regreso cargada con mi primer beso de verdad.

De nuevo en el tren, esta vez para encontrarme con Henry. Cuando voy así, con la pluma y el diario, me siento extraordinariamente segura. Veo que tengo un agujero en el guante y un remiendo en la media. Todo porque Henry ha de comer. Y yo me alegro de poder darle a Henry seguridad y comida. En ciertos momentos, cuando le miro en sus ilegibles ojos azules, tengo una sensación tal de felicidad torrencial que me siento vacía.

Eduardo y yo íbamos a pasar la tarde juntos. Empezamos con un abundante almuerzo en la «Rotisserie Reine Pédaque», establecimiento que le abre a uno el apetito. Conversación maliciosa, psicoanalítica. Fresas frescas. Eduardo está cariñoso, tierno, deseoso. De modo que digo: «¿Por qué no vamos al cine? Sé de una película que deberíamos ver.»

Es obstinado. Pero yo no demuestro más compasión ni debilidad. Soy igual de obstinada. Eduardo con el «Hotel Anjou» en mente. Yo con la sangre de Henry en las venas. Durante toda la comida no he dejado de pensar cuánto me gustaría llevar a Henry allí. Servirle la comida de esos enormes platos de banquete de cuento de hadas. Eduardo está muy enfadado, frío. «Te llevo a la Gare Saint Lazare. Aún puedes coger el de las dos y veinticinco», me dice.

Pero yo he quedado con Henry a las seis. Paseamos un poco juntos y luego nos separamos, enfadados los dos, casi sin palabras. Lo veo andar sin destino, desolado. Cruzo la calle y entro en «Prin-temps». Me acerco al mostrador de collares, pulseras, y pendientes, que siempre me deslumbran. Me quedo allí plantada como un salvaje fascinado. Destellos. Amatista. Turquesa. Nácar rosado. Verde irlandés. Me gustaría estar desnuda y cubrirme de frías joyas de cristal. Joyas y perfume. Veo dos anchos brazaletes de acero. Me los pongo en seguida en las muñecas. Pago. Me compro carmín, polvos, laca de uñas. No pienso en Eduardo. Voy a la peluquería, donde puedo estar sentada, quieta, paralizada. Escribo con la muñeca rodeada de acero.

Luego, Henry me hace preguntas. Me niego a responder. Recorro a trucos femeninos. Guardo el secreto de mi fidelidad. Nos cogemos con fuerza del brazo mientras andamos por las calles de París. Una hora peligrosa. Hoy ya he experimentado el placer de herir a Eduardo. Ahora quiero quedarme con Henry y herir a Hugo. No soporto irme a casa sola mientras Henry se va a Clichy. Me atormenta el deseo que no hemos podido satisfacer. Ahora es él el que teme mi locura.

Hoy Allendy dirige las preguntas inexorablemente. No puedo escapar. Cuando intento cambiar de tema, me contesta pero regresa al que estoy eludiendo. Está confundido por lo que le digo de Eduardo, de mi deseo de ser cruel con Hugo el mismo día y de los brazaletes. Evidentemente, ahora es Henry el favorecido. Pero, como Allendy parte de la base de que quiero a Eduardo, por fuerza ha de andar desorientado, aunque ve con bastante claridad la lucha entre querer conquistar y querer ser conquistado.

En Henry busqué dominación, y me domina sexualmente, pero me engañó lo que escribía y su enorme experiencia.

Allendy no comprendió lo de los brazaletes. Compré dos, dije, contradiciendo la sensación de satisfacción por herir a Eduardo y a Hugo. En cuanto alcanzo la crueldad, quiero postrarme. Un brazaletes para Hugo y otro para Eduardo. No me creo nada de eso; escogí las dos pulseras con una sensación de absoluta sujeción a Henry y de liberación de la ternura que me une a Hugo y a Eduardo. Cuando se los enseñé a Henry, me hizo alargar los brazos, como se hace cuando se va esposado.

Allendy está sondeando el momento del concierto en que me pareció que estaba triste y preocupado. ¿Qué me imaginé exactamente? ¿Tenía problemas financieros, de trabajo, emocionales?

—Emocionales —dije rápidamente.

—¿Que le pareció mi esposa?

—Observé que no es guapa y ello me complació. También le he preguntado a la criada si es su esposa la que ha decorado su casa porque me gusta la decoración. Creo que la estaba comparando conmigo. Lamento haber dicho que su esposa no es guapa.

—Eso no es malo, si no pensó nada más.

—También pensé que la noche del concierto yo estaba guapa.

—Desde luego, estaba *en beauté (más guapa que nunca)*. ¿Nada más?

—No.

—Está repitiendo la experiencia de su infancia. Identifica a mi esposa, que tiene cuarenta años, con su madre y se plantea si podrá ganarle a su padre (o a mí). Mi esposa representa a su madre y por eso le desagrada. De niña debió de tener muchos celos de su madre.

Habla mucho de la necesidad de las mujeres de sentirse subyugadas, del placer que, según él, yo todavía no conozco de dejarse llevar enteramente. Primero en lo físico, porque Henry me ha excitado de forma profunda.

Empiezo a encontrar fallos en sus fórmulas, empieza a irritarme que clasifique tan de prisa mis sueños e ideas. Cuando guarda silencio, analizo mis propios actos y sentimientos. Naturalmente, podría decir que trato de encontrar sus imperfecciones, de verlo como un igual, porque me ha sacado la confesión sobre su esposa. En este momento, lo considero notablemente más fuerte que yo y quiero equilibrar la balanza haciendo un análisis propio de los brazaletes. Por lo tanto, soy medio sumisa, medio rebelde.

Allendy acentúa la ambivalencia de mis deseos, percibe que también se está

acercando a la clave sexual de mi neurosis, y me doy cuenta de que es, asimismo, un experto detective.

A fin de poner a Hugo a prueba, he hablado un par de veces de la idea de tener una noche «libre», quizás una vez a la semana, en que salgamos por separado. Está claro que a él no le produce ningún placer salir con Henry, a causa de unos oscuros celos.

Finalmente hemos acordado que yo podía ir al cine con Henry y Fred mientras él salía con Eduardo. En el último momento Eduardo no ha podido. Le he propuesto dejarlo para otro día, pero no ha querido de ninguna manera. Ha dicho que saldría de todos modos y que era bueno para los dos. Lo ha dicho en un tono de voz normal. No estoy segura de si secretamente se sentía dolido por mi solicitud de independencia. Mantenía que no. Tanto si le sabe mal como si no, era necesario. Considero que gradualmente aprovechará la libertad.

—¿Piensas que libertad quiere decir que nos estamos distanciando? —me preguntó con ansiedad. Lo negué.

Desde luego, me he apartado de él sexualmente, y, si hay celos en mí, no se deben a una pasión física por él sino a una pura ansia de posesión. Y puesto que no le entrego mi cuerpo en el sentido estricto, tiene pleno derecho a la libertad y más. Sería justo que encontrara en otro sitio las mismas alegrías que yo he encontrado con Henry. Si lo que dice Allendy es cierto, ambos hemos de encontrar la pasión fuera de nuestro amor. Naturalmente, esto me cuesta un esfuerzo. Podría quedarme a Hugo sólo para mí. La idea de la libertad no se le ha ocurrido a él. Soy yo quien la ha sugerido. Natasha diría que soy tonta.

¿Qué puedo hacer con mi felicidad? ¿Cómo puedo guardarla, ocultarla, enterrarla donde no la pierda nunca? Quiero arrodillarme mientras cae sobre mí como si fuera lluvia, envolverla con encajes y seda y oprimirla contra mí de nuevo.

Henry y yo estamos tumbados totalmente vestidos bajo la áspera manta de su cama. Habla de su propia felicidad. «Esta noche no te puedo dejar marchar, Anaïs, te quiero aquí toda la noche. Siento que me perteneces.» Pero luego, sentados muy juntos en el café, deja ver su falta de confianza, sus dudas. El diario rojo lo entristeció. Leyó que ejercía un poder sensual sobre mí. «¿Nada más? ¿Nada más?», pregunta. ¿No es nada más para mí? Entonces, pronto terminará, un enamoramiento pasajero. Deseo sexual. Quiere mi amor. Necesita la seguridad de mi amor. Le digo que le amo desde que pasé esos días con él en Clichy. «Al principio quizá sí era meramente sensual, pero ahora no.»

Tengo la impresión de que no puedo amarle más de lo que le amo. Le amo en la misma medida que le deseo, y mi deseo es inmenso. Cada hora que paso en sus brazos podría ser la última. Me entrego a él con frenesí. En cualquier momento, antes de volverle a ver, podría regresar June.

¿Cómo ama June a Henry? ¿Cuánto? ¿Le ama bien? Me lo pregunto atormentada.

Cuando la gente se sorprende al descubrir que es suave y tímido, me hace gracia. Yo también me dejé engañar por la brutalidad de sus escritos, pero mi Henry es vulnerable y sensible. Trata humildemente de hacer que Hugo lo aprecie, y está muy contento cuando es amable con él.

Anoche Hugo se fue al cine y disfrutó de la novedad de la experiencia, bailó

en una sala de fiestas con una chica de Martinica, sintió nostalgia de mí al oír la música, como si estuviéramos muy lejos, y regresó a casa ansiando poseerme.

Después de la suavidad y facilidad con que Henry se introduce en mi cuerpo, es terrible soportar a Hugo. En esos momentos tengo la sensación de que estoy a punto de volverme loca y descubrirlo todo.

Henry tiene una foto de Mona Paiva, la bailarina, clavada encima del lavabo, junto con dos fotos de June, una mía y varias acuarelas suyas. Le regalo una caja metálica para las cartas y manuscritos y pega en el interior de la tapa el programa del concierto de Joaquín. En la puerta tiene clavadas notas sobre España.

Separo la tapa de la polvera: *«N'aimez que Moi, Carón, Rué de la Paix»* (no ames a nadie más que a mí. Carón. Rué de la Paix). La lleva, junto con uno de mis pañuelos granates en el bolsillo del chaleco.

Anoche dijo: «Soy tan rico porque te tengo a ti. Creo que entre nosotros siempre, habrá muchas cosas, cambios y novedades.»

Casi dijo: «Estaremos conectados e interesados por el otro más allá de la relación del momento.» Y al pensarlo sentí una opresión en el corazón y la necesidad de tocarle el traje, el brazo, para comprobar que estaba allí, temporalmente, todo mío.»

Estoy flotando, complaciéndome en los recuerdos de Henry, en la expresión de su rostro en ciertos momentos, su boca traviesa, el sonido exacto de su voz, a veces ronca, la firme presión de su mano, cómo le quedaba el abrigo viejo de Hugo, su risa en el cine. No puede hacer un movimiento que no reverbera en mi cuerpo. No es más alto que yo. Nuestras bocas están al mismo nivel. Cuando está nervioso se frota las manos, repite palabras, sacude la cabeza como un oso. Cuando trabaja tiene una mirada seria y casta. Presiento su presencia entre la gente antes de verlo.

Hoy me he dado cuenta, con gran diversión, de la medida en que Henry ha hecho trizas mi gravedad de antes, con sus bromas literarias, sus absurdos manifiestos, sus contradicciones, sus cambios de estado de ánimo, su humor grotesco. Me veo como una persona ridícula haciendo un constante esfuerzo por comprender a los demás. Nos han dicho que Richard Osborn se ha vuelto loco: «¡Viva! –ha exclamado Henry–. Vayamos a verlo. Pero primero tomemos una copa. Es una cosa rara, soberbia; esto no pasa cada día. Espero que esté loco de verdad.» Al principio me he quedado un poco desconcertada, pero rápidamente he captado el sabor del humor y he pedido más. Henry me ha enseñado a jugar. Antes había jugado, a mi manera, con un humor de pies calzados con sandalias, pero éste es un humor vigoroso y he disfrutado con él hasta la histeria, como la mañana en que el amanecer nos cogió todavía hablando. Henry y yo nos tumbamos en su cama, agotados, pero él siguió hablando delirantemente sobre un colador que alguien echó por equivocación en el inodoro, de ropa interior negra de encaje y coral, etc., a partir de lo cual después creó la inimitable parodia de mi novela.

La otra noche hablamos del truco literario de eliminar lo que no es esencial, así se nos ofrece una dosis concentrada de vida.

–Es un engaño y causa muchas decepciones –dije yo casi con indignación–. Se leen libros y después se espera que la vida esté también llena de interés e

intensidad. Y, claro, no es así. Hay muchos momentos sosos en medio, y también son naturales. En tus escritos tú has puesto en práctica el mismo truco. Yo esperaba que todas nuestras charlas fueran enfebrecidas, portentosas. Esperaba que siempre estuvieras borracho, delirante. Y cuando vivimos juntos unos días caímos en un profundo y tranquilo ritmo natural.

—¿Estás desilusionada?

—Es muy diferente de lo que esperaba, sí, menos sensacional, pero estoy satisfecha.

He perdido el ritmo apacible, que recuerda al Sena de mi adolescencia. No obstante, cuando Henry y yo estamos juntos en el «Café de la Place Clichy», disfrutamos de las profundas corrientes tranquilas de nuestro amor.

Es June la que produce fiebre. Pero no es más que una fiebre superficial. La fiebre verdadera e indeleble reside en los escritos de Henry. Mientras leo su último libro casi me siento petrificada de admiración. Trato de pensar en ello, de decirle cómo me impresiona, pero no puedo. Es demasiado enorme, demasiado potente.

Entre Hugo y yo hay mucha dulzura. Una gran ternura y mucho engaño por mi parte sobre mis verdaderos sentimientos. Su comportamiento de la otra noche me conmovió y traté de compensarlo por ello proporcionándole mucho placer. Me aterra el modo en que pienso en Henry por lo obsesivo que es. He de intentar espaciar esos pensamientos.

Cuando Henry y yo hablamos de June, ahora sólo pienso en ella como un «personaje» que admiro. Como mujer, amenaza mi única gran posesión y ya no la amo. Si June muriera —muchas veces lo pienso— si muriera... O si dejara de amar a Henry... Pero eso no ocurrirá. El amor de Henry es el refugio al que ella regresa, siempre.

Cada vez que llego a casa de Henry y él se encuentra escribiéndole una carta a June, revisando un pasaje de su libro que trata de ella, o señalando lo que concuerda con ella en Proust o Gide (la encuentra en todas partes), siento un miedo insufrible: Henry le pertenece de nuevo a ella. Se ha dado cuenta de que no ama a nadie más que a ella. Y cada vez, con sorpresa, contemplo cómo deja el libro o la carta para dedicarse plenamente a mí, con amor, con deseo. La última prueba, el telegrama de June, me tranquilizó profundamente. Pero cada vez que hablamos de ella experimento la misma angustia terrible. Esto no puede durar. No me opondré al curso de los acontecimientos. En cuanto regrese June, renunciaré a Henry. Sin embargo, no es tan sencillo. No puedo renunciar viviendo tan próxima a Henry como en estas páginas, sólo por eludir el dolor.

Allendy ha sido hoy un superhombre. Nunca seré capaz de describir nuestra charla. La intuición y la emoción la han impregnado toda. Hasta la última frase ha estado muy humano, muy honrado.

Yo había llegado de un humor confidente, abierto, pensando: «No quiero que Allendy me admire a no ser que me conozca exactamente tal como soy.» Mi primer esfuerzo por ser totalmente sincera.

Antes que nada le he dicho que me avergonzaba de lo que le dije la última vez sobre su esposa. Se ha reído y ha dicho que ya lo había olvidado todo.

—¿Le preocupa alguna otra cosa? —me ha preguntado.

—Nada en particular, pero me gustaría preguntarle si mi intensa obsesión sensual es una reacción contra una excesiva introspección. He leído a Samuel Putnam, y dice que «el modo más rápido de abandonar la introspección

es mediante la adoración del cuerpo, lo cual conduce a la intensidad sexual». No recuerdo su respuesta exacta, pero relacionaba la palabra «obsesión» con una frenética búsqueda de la satisfacción. ¿Por qué el esfuerzo? ¿Por qué la insatisfacción?

Siento una imperativa necesidad de contarle mi mayor secreto: en el acto sexual, no siempre experimento el orgasmo.

Lo suponía desde el primer día. Yo hablaba del sexo con crudeza, valentía, provocación. No armonizaba con mi personalidad. Era artificial. Revelaba incertidumbre.

–Pero, ¿sabes lo qué es un orgasmo?

–Sí, muy bien, de la época en que lo experimentaba, y sobre todo de la masturbación.

–¿Cuándo se ha masturbado?

–Una vez, en verano, en San Juan de Luz. Estaba insatisfecha y sentía un fuerte deseo sexual. –Me ha dado vergüenza admitir que cuando estuve sola dos días me masturbaba cuatro o cinco veces al día, y también lo hacía a menudo en Suiza, durante las vacaciones, y en Niza.

–¿Por qué sólo una vez? Todas las mujeres lo hacen, y muy a menudo.

–No me parece correcto, moral y físicamente. Después estuve muy deprimida y avergonzada.

–Eso son tonterías. La masturbación no es perjudicial físicamente. Lo que nos oprime es tan sólo el sentimiento de culpa que traemos.

–Antes temía que disminuyera mi poder mental, mi salud, y que me deshiciera moralmente.

Añado otros detalles y él escucha en silencio, tratando de relacionarlos. Le digo cosas que no había admitido por completo ante mi misma y que no he escrito en el diario, cosas que quería olvidar.

Allendy reúne los fragmentos y me habla de una frigidez parcial, descubre que también considero que ello es signo de inferioridad y no que se debe a mi fragilidad física. Se ríe. Él lo atribuye a una causa psíquica, a un fuerte sentimiento de culpa. Sesenta de cada cien mujeres sienten lo mismo que yo y no lo admiten nunca, y, lo que es más importante, según Allendy, a los hombres les importa bien poco y son bien poco conscientes de ello. Siempre transforma lo que yo considero un signo de inferioridad en una cosa natural, o algo que puede ser fácilmente corregido. Inmediatamente siento un gran alivio y desaparece el miedo y la reserva.

Le hablo de June, de mi deseo de ser una *fenme fatale*, de mi crueldad para con Hugo y Eduardo y de la sorpresa que me produce que después me quieran igual o más. También tratamos de mi manera franca y valiente de hablar del sexo, de que oculto mi verdadero recato innato y despliego una obscenidad forzada. (Henry dice que le gusta que cuente historias verdes porque no va conmigo.) –Pero estoy llena de disonancias –digo, sintiendo la extraña angustia que crea Allendy –medio alivio, a causa de su exactitud, medio pena, por ningún motivo concreto– la sensación de haber sido descubierta.

–Sí, y hasta que sea capaz de actuar de forma perfectamente natural, de conformidad con su propia naturaleza, no será feliz. La *fenme fatale* despierta la pasión de los hombres, los exaspera, los atormenta, y desean poseerla, incluso matarla, pero no la aman profundamente. Usted ya ha descubierto que la aman profundamente, ahora también ha descubierto que la crueldad para con Eduardo y Hugo los ha excitado y la desean todavía más. Ello hace que quiera participar en un juego que no es natural en usted.

–Siempre he despreciado esos juegos. Nunca he podido ocultarle a un hombre que le amo.

–Sin embargo, me dice que los amores profundos no la satisfacen. Que anhela proporcionar y recibir sensaciones más fuertes. Lo comprendo, pero eso no es más que una fase. Puede practicar ese juego de vez en cuando para intensificar la pasión, pero los amores profundos son los adecuados para su verdadera personalidad, y sólo ellos la satisfarán. Cuanto más honestamente actúe, más cerca estará de la satisfacción de sus necesidades reales. Todavía tiene mucho miedo de que le hagan daño; su sadismo imaginario lo demuestra. Tiene tanto miedo de que le hagan daño que quiere tomar la iniciativa y ser la primera en herir. No desespere de reconciliarla con su propia imagen. Éstas son sus palabras, reproducidas crudamente y sin recordarlas con exactitud. Me encontraba embargada por la sensación de que aliviaba innumerables tensiones, de que me liberaba. Su voz era suave y compasiva. Antes de que hubiera terminado, empecé a sollozar. Mi gratitud era inmensa. Quería decirle que lo admiraba y finalmente se lo dije. Guardó silencio mientras yo sollozaba y luego me preguntó gentilmente:

–¿He dicho algo que la hiriera?

Me gustaría llenar las últimas páginas con las alegrías de ayer. Lluvia de besos de Henry. Las embestidas de su carne en la mía mientras yo arqueaba el cuerpo para amoldarme mejor al suyo. Si hoy tuviera que elegir entre June o yo, entregaría a June. Nos imaginaba casados y disfrutando de la vida, juntos.

–No –digo, medio en broma medio en serio–, June es la única. Yo te estoy haciendo más fuerte para June. –Una verdad a medias; no hay posibilidad de elegir.

–Eres demasiado modesta, Anaïs. Todavía no te das cuenta de lo que me has dado. June es una mujer que puede quedar eclipsada por otras mujeres. Lo que June me da lo puedo olvidar con otras mujeres. Pero tú eres otra cosa. Podría tener un millar de mujeres después de ti y no te eclipsarían.

Le escucho. Está entusiasmado y por lo tanto exagera, pero es precioso. Sí, reconozco durante un momento, la rareza de June y la mía. La balanza se decanta hacia mí de momento. Contemplo mi propia imagen en los ojos de Henry, y ¿qué veo? La muchacha de los diarios, que les cuenta cuentos a sus hermanos, que llora mucho sin razón, que escribe versos... la mujer con quien se puede hablar.

JUNIO 1932

Anoche Henry y yo fuimos al cine. Cuando el argumento se puso trágico, desgarrador, me cogió la mano y entrelazamos con fuerza los dedos. En cada opresión compartíamos su respuesta a la historia. Nos besamos en el taxi, mientras íbamos a encontrarnos con Hugo. No podía separarme de él. Perdí la cabeza. Me fui con él a Clichy. Me penetró tan completamente que cuando regresé a Louveciennes y me dormí en brazos de Hugo, todavía pensaba que era Henry. Toda la noche tuve a Henry a mi lado. En sueños acoplé mi cuerpo al de él. Esta mañana me he encontrado abrazada a Hugo y me ha costado un buen rato darme cuenta de que no era Henry. Hugo cree que anoche estaba muy cariñosa, pero a quien amaba era a Henry, a quien abrazaba era a Henry.

Desde que Allendy se ha ganado mi confianza he ido dispuesta a hablar francamente sobre mi frigidez. Le he confesado esto: que cuando la relación sexual con Henry me producía placer temía quedarme embarazada y pensaba que no debía existir orgasmo con demasiada frecuencia. Pero hace unos meses un médico ruso me dijo que no ocurriría con facilidad; de hecho, si deseaba tener un hijo, tendría que someterme a una operación. Entonces desapareció el miedo a quedar embarazada. Allendy dijo que el hecho de no haber tratado de ocuparme de este tema durante los siete años de vida sentimental demostraba que en realidad no le daba ninguna importancia, que lo había utilizado como una mera excusa para no abandonarme en el coito. Cuando el miedo se desvaneció, pude examinar más de cerca la verdadera naturaleza de mis sentimientos y expresé una inquietud por lo que yo llamaba la pasividad impuesta de las mujeres. Quizá dos veces de cada tres, todavía sigo siendo pasiva, espero la actividad del hombre, como si no quisiera ser responsable del placer que estoy experimentando. «Eso es para mitigar su sentimiento de culpa –dice Allendy–. Se niega a ser activa y se siente menos culpable si es el otro el activo.»

Tras la charla anterior con Allendy, había percibido un ligero cambio. Era más activa con Henry. Él lo notó y dijo: «Me encanta cómo me follas ahora.» Y ello me produjo un intenso placer.

Lo que más me asombra de June es lo que cuenta Henry de su agresividad, cómo lo hace suyo, lo busca a voluntad. Si yo experimento en alguna ocasión la agresividad, me produce una sensación de angustia, de vergüenza. Ahora experimento de vez en cuando una parálisis psíquica algo similar a la de Eduardo, aunque en un hombre es más grave.

Allendy me obligó a admitir que desde el último análisis tengo plena confianza en él y que le he tomado mucho aprecio. Está bien, si es necesario para el éxito del análisis. Al final de la sesión, podía usar la palabra «frigidez» sin ofenderme. Incluso me reía.

Una de las cosas que observó es que me visto de manera más sencilla. Ya no siento tanto la necesidad de ataviarme de forma original. Ahora casi puedo llevar ropa corriente. El vestido para mí ha sido una expresión externa de mi secreta falta de confianza. Puesto que estaba insegura de mi belleza, dijo Allendy, diseñaba ropas extravagantes que me distinguieran de las demás mujeres.

–Pero si me vuelvo alegre y banal –dije en tono de broma– el arte del vestir, que debe su existencia únicamente al sentimiento de inferioridad, quedará mortalmente afectado. –¡El fundamento patológico de la creación! ¿Qué será de la creadora si me vuelvo normal? ¿O es que simplemente ganaré en fuerza para vivir mis instintos con mayor plenitud? Probablemente me veré aquejada de enfermedades distintas y más interesantes. Allendy dijo que lo importante era estar a la altura de la vida.

Mi felicidad está en suspenso, lo que ocurre viene determinado por el próximo movimiento de June. Entre tanto, espero. Me embarga un temor supersticioso a empezar otro diario. Este está lleno de Henry. Si en la primera página del nuevo tuviera que escribir «ha llegado June», sabría que había perdido a mi Henry. Sólo me quedaría un librito de alegría encuadernado en violeta, escrito muy de prisa, vivido muy de prisa, nada más.

El amor reduce la complejidad de la vida. Me sorprende que cuando Henry

avanza hacia la mesa del café en que lo espero, o abre la verja de nuestra casa, sólo con verlo me siento alborozada. Ninguna carta de nadie, ni siquiera en alabanza de mi libro, me emociona tanto como una nota suya.

Cuando está borracho se vuelve sentimental de una manera humana y sencilla. Empieza a imaginarse nuestra vida en común, a mí como su esposa: «Jamás estarás tan guapa como cuando te vea remangarte antes de trabajar para mí. Seríamos muy felices. No te quedaría tiempo para escribir.»

Ay, el esposo alemán. Me río. Así que no tengo tiempo para escribir y me convierto en la esposa de un genio. Eso me apetecía, entre otras cosas, pero no hacer las faenas domésticas. No me casaría nunca con él. Ay, no. Sé que le encanta la libertad que le doy pero también que es extremadamente celoso y que no me dejaría actuar con la misma libertad.

Sin embargo, cuando le veo feliz como un niño con mi amor, no me decido a practicar el juego de preocuparle, engañarle, atormentarle. Ni siquiera deseo provocarle demasiados celos.

El papel inconsciente de Fred es envenenar mi felicidad. Me señala las debilidades del amor de Henry. No me merezco un amor a medias, dice. Merezco cosas extraordinarias. Y un cuerno; el amor a medias de Henry vale más para mí que el amor total de un millar de hombres.

Me he imaginado durante un momento un mundo sin Henry y he jurado que el día que pierda a Henry abandonaré mi vulnerabilidad, mi capacidad para el verdadero amor, mis sentimientos, por la más enloquecida entrega al placer. Después de Henry no quiero más amor. Sólo relaciones sexuales por un lado y soledad y trabajo por otro. No quiero más dolor.

Tras pasar cinco días sin ver a Henry por culpa de un millar de obligaciones, ya no podía más. Le pedí que nos viéramos una hora entre compromiso y compromiso. Hablamos un momento y luego nos fuimos a la habitación de hotel más próximo. ¡Qué profunda necesidad de él! Sólo cuando estoy en sus brazos todo me parece bien. Después de pasar una hora con él, me sentí con fuerzas para seguir adelante, hacer cosas que no quería hacer, ver a gente que no me interesaba.

Una habitación de hotel tiene para mí una connotación de voluptuosidad furtiva, efímera. Tal vez no ver a Henry ha acentuado mi apetito. Me masturbo con frecuencia, placentemente, sin remordimiento ni mal gusto de boca. Por primera vez sé lo que es comer. Me he engordado dos kilos. Me entra un hambre frenética y la comida me produce un placer prolongado. No había comido nunca de esta manera carnal y profunda. Ahora sólo deseo tres cosas: comer, dormir y follar. Los cabarets me excitan. Quiero escuchar música estridente, ver caras, pasar rozando cuerpos, beber «Benedictine» ferozmente. Las mujeres hermosas y los hombres guapos despiertan fieros deseos en mí. Quiero bailar. Quiero drogas. Quiero conocer a gente perversa, llegar a la intimidad de ellos. Nunca miro los rostros ingenuos. Quiero morder la vida y que me desgarre. Henry no me da todo esto. He despertado su amor. Maldito sea su amor. Me folla como nadie, pero quiero más. Me voy al infierno, al infierno, al infierno. Salvaje, salvaje, salvaje.

Hoy le he transmitido mi estado de ánimo a Henry, o lo que he retenido de él, pues me parecía que corría como la lava, y me ha entristecido verlo tan callado, serio, tierno, no lo suficientemente enloquecido. No, no tan enloquecido como lo que escribe. Es June la que hace arder a Henry con palabras. En sus

brazos me olvido de mi fiebre durante una hora. Si pudiéramos estar solos unos días. Quiere que vaya a España con él. ¿Se desprenderá allí de su ternura y recuperará la locura?

¿Será siempre igual? Nunca se encuentra quien coincida con el estado de ánimo, la fase, el humor de uno. Todos estamos sentados en balancines. Henry está cansado de lo que yo apetezco con un hambre nueva, fresca y vigorosa. No estoy de humor para darle lo que él quiere de mí. Nuestros ritmos son opuestos. Henry, mi amor, no quiero oír hablar más de ángeles, almas, amor ni nada profundo.

Una hora con Henry.

—Anais, me trastornas. Me produces las más extrañas sensaciones. La última vez, cuando te dejé, te adoraba —me dice. Estamos sentados en el borde de su cama. Apoyo la cabeza en su hombro. Me besa el cabello.

Al cabo de poco estamos tumbados uno junto a otro. Me ha penetrado pero de repente su pene ha dejado de moverse y se ha vuelto blando.

—Hoy no querías follar —digo sonriente.

—No es eso. Es que estos días he pensado mucho en que me hago viejo y un día...

—¡Estás loco, Henry! ¡Viejo a los cuarenta años! Y tú, que nunca piensas en esos momentos. Cuando tengas cien años seguirás follando.

—Es muy humillante —dice Henry, dolido, confuso.

En ese momento no pienso más que en su humillación, en sus temores.

—Es natural —digo—. También les sucede a las mujeres, pero en las mujeres no se nota. Lo pueden disimular. ¿No te había ocurrido nunca?

—Sólo cuando dejé de desear a mi primera amante, Pauline. Pero a ti te deseo desesperadamente. Tengo un miedo terrible a perderte. Ayer estaba preocupado como una mujer. ¿Cuánto tiempo me querrá? ¿Se cansará de mí?

Le beso.

—¿Ves? Ahora me besas como si fuera un niño.

Observo que se avergüenza de sí mismo. Digo y hago lo posible para que todo parezca natural. Se imagina que a partir de ahora será impotente. En tanto le consuelo, oculto el principio de mis propios temores y de mi propia desesperación.

—Quizá tienes la sensación de que has de follarme cada vez que vengo a verte para no decepcionarme —digo. Ésta le parece la explicación más acertada. La acepta. Yo misma soy contraria a nuestros poco naturales encuentros. No nos podemos ver cuando nos deseamos. Eso es malo. Yo le deseo más cuando no está. Le suplico que no se lo tome en serio. Lo convengo. Me promete salir esa noche, a la misma obra de teatro a la que yo voy a ir con una gente del Banco.

Pero en el taxi retornan mis propios temores desproporcionados. Henry me ama, pero no jodidamente, jodidamente.

Esa misma noche, vino al teatro y se sentó en la galería. Yo sentí su presencia. Levanté la vista hacia él, con ternura. Pero la pesadez de mi estado de ánimo me asfixiaba. Para mí todo había terminado. Las cosas mueren cuando muere la confianza. Y sin embargo...

Al volver a casa Henry me escribió una carta de amor. Al día siguiente le llamé por teléfono y le dije: «Si no tienes ganas de trabajar, ven a Louveciennes.» Vino inmediatamente. Estaba suave y me hizo suya. Ambos lo necesitábamos; pero no me hizo entrar en calor, no me resucitó. Me pareció que él

también me estaba follando para tranquilizarse a sí mismo. Menudo peso para mí, para mi cuerpo. Sólo pasamos una hora juntos. Le acompañé a la estación. Mientras regresaba a casa, releí su carta. Me pareció poco sincera. Literatura. Los hechos me dicen una cosa, el instinto otra. Pero, ¿es el instinto el mismo temor neurótico de antes?

Extraño, se me ha olvidado que hoy tenía cita con Allendy y no le he telefonado. Lo necesito muchísimo, y sin embargo, quiero luchar sola, enfrentarme a la vida. Henry me escribe una carta, viene a casa, parece que me ama, me habla. Vacío. Soy como un instrumento que ha dejado de tocar. No quiero verlo mañana. El otro día volví a preguntar: «¿Le mando dinero a June para que regrese en lugar de dártelo a ti para que vayas a España?» Dijo que no.

Empiezo a tener mejor concepto de June. La imagen que tenía de un Henry peligroso, sensual y dinámico ha desaparecido. Hago todo lo que puedo por recuperarlo. Le veo humilde, timorato, inseguro. Cuando el otro día dije en broma «no volverás a hacerme tuya», me contestó: «Me estás castigando.» Me doy cuenta de que su inseguridad es igual a la mía, mi pobre Henry. Tiene los mismos deseos de demostrarme que el amor es hermoso, de demostrar su potencia, que yo de saber que induzco a la potencia.

Sin embargo, hice alarde de valentía. Cuando tuvo lugar esa escena, tan semejante a la vivida con John, no demostré preocupación ni sorpresa. Permanecí en sus brazos, riendo y charlando tranquilamente. «El amor estropea el follar», dije, pero era más una baladronada que nada. Mis esfuerzos constituyen una verdadera revelación para mí misma.

Pese a todo esto, puse en peligro mi matrimonio y mi felicidad durmiendo con la carta de Henry debajo de la almohada, con una mano encima.

Voy a ver a Henry sin ganas. Tengo miedo del Henry suave con quien me voy a encontrar; se parece demasiado a mí. Recuerdo que desde el primer día esperaba que él tomara la iniciativa, en la conversación, en la acción, en todo.

He pensado amargamente en la magnífica determinación, iniciativa y tiranía de June. «No son las mujeres fuertes las que hacen débiles a los hombres, sino los hombres débiles los que hacen a las mujeres excesivamente fuertes.» Yo me presenté ante Henry con la sumisión de una mujer latina, dispuesta a dejarme arrollar. Y él ha dejado que lo arrolle yo. Siempre ha temido decepcionarme.

Ha exagerado mis expectativas. Se ha preocupado por cuánto y hasta cuándo lo amaría. Ha permitido que el pensamiento se interfiera en nuestra felicidad. Henry, amas a tus putitas porque eres superior a ellas. Te has negado a conocer a ninguna mujer que esté a tu altura. Te ha sorprendido en qué medida yo era capaz de amar sin juzgar, de adorarte como no te ha adorado ninguna puta. ¿Es que no te hace más feliz que te adore yo, no te hace infinitamente superior? ¿Se acobardan todos los hombres ante un amor difícil?

Para Henry todo sigue como antes. No percibió mi vacilación cuando propuso que fuéramos al «Hotel Cronstadt». Nuestra hora fue aparentemente tan platórica como siempre y él estuvo lleno de adoración. No obstante, yo tuve que hacer un esfuerzo para amarlo. Tal vez sea que me ha asustado. Esperaba que volviera a estar impotente. No tenía la misma exaltada seguridad. Ternura, sí. La maldita ternura. Recuperé la felicidad, pero era una felicidad fría. Me sentía distante. Nos emborrachamos y así fuimos felices. Pero yo pensaba en June.

Camino de casa después de mucho vino blanco: 4 de julio, fuegos artificiales lanzados desde las farolas de las calles. Me trago la carretera de asfalto con un rugido selvático, me trago las casas con los ojos cerrados y pestañas de geranios, me trago los postes del telégrafo y los *messages téléphoniques*, los gatos extraviados, los árboles, los montes, los puentes...

Le he mandado la obra surrealista a Henry y he añadido: «Cosas que se me olvidó decirte: que te quiero y que cuando me despierto por la mañana uso la inteligencia para descubrir más maneras de apreciarte; que cuando regrese June te amaré más porque yo te he amado. Hay hojas nuevas en la copa de tu ya sobrecargada cabeza.»

Siento necesidad de decirle que le amo porque no le creo. ¿Por qué se ha convertido Henry para mí en un Henry pequeñito, casi un niño? Comprendo que June lo dejara y dijera «quiero a Henry como a mi propio hijo». Henry, que antes era una amenaza gigante, un elemento aterrador. ¡No puede ser!

«Cabaret Rumba». Hugo y yo bailamos juntos. Es tan alto que mi rostro se cobija debajo de su barbilla, contra su pecho. Un español extraordinariamente guapo (un bailarín profesional) me ha estado mirando como un hipnotizador. Me sonrío por encima de la cabeza de su pareja. Yo le devuelvo la sonrisa, lo miro a los ojos. Capto su mensaje. Respondo con la misma mezcla de placer sensual y diversión. Su sonrisa apenas queda esbozada en el rostro. Yo experimento un agudo placer al comunicarme con ese hombre en tanto me cobijan los brazos de Hugo. Mientras le sonrío, pienso que volveré y bailaré con él. Siento una tremenda curiosidad. He mirado su interior, me lo he imaginado desnudo. Él también ha mirado mi interior, con unos ojos animales entrecerrados. La emoción de la duplicidad expele un veneno maligno.

Durante el camino de regreso a casa el veneno se extiende. Ahora comprendo cómo se juega durante un momento con esos sentimientos que antes consideraba demasiado sagrados. La semana que viene, en lugar de salir con mi apacible «esposo» Henry, iré a ver al español. Y mujeres, quiero mujeres.- Pero las lesbianas masculinas del cabaret «Le Fetiche» no me gustaron en absoluto.

Ahora comprendo también el clavel de la boca de Carmen. Olía una naranja falsa. Las flores blancas rozaron mis labios. Eran como la piel de una mujer. Mis labios las oprimieron, se abrieron y cerraron suavemente a su alrededor. Suaves besos de pétalos. Ligeramente hacia el interior de la flor blanca. Un bocado de carne perfumada, piel de seda. La boca llena de Carmen mordiendo el clavel; y yo, Carmen.

Lástima que Henry haya sido bueno conmigo, lástima que sea buena persona. Está tomando conciencia del sutil cambio que está teniendo lugar en mí. Sí, dice, quizás a primera vista parezco inmadura, pero cuando estoy desnuda y en la cama soy toda una mujer.

El otro día Joaquín descendió a la planta baja inesperadamente y entró al salón a preguntarme una tontería. Henry y yo acabábamos de besarnos. A Henry se le notaba en la cara y se sintió avergonzado. Yo no me inquieté ni avergoncé, me molestó la intrusión y le dije a Henry: «Le está bien por entrar cuando no debe.»

Si Henry se da cuenta de que me estoy volviendo desvergonzada, fuerte, segura de mis actos, y que me niego a dejarme impresionar por los demás, si se da cuenta de cuál es el verdadero curso de mi vida actual, ¿cambiará su actitud para conmigo? No. Tiene necesidades propias y necesita a la mujer dulce,

tímida, buena, incapaz de hacer daño, de salirse de madre que hay en mí. Pero yo cada día me acerco más a June. Empiezo a desearla, a conocerla mejor, a amarla más. Ahora me doy cuenta de que todas las cosas interesantes de su vida en común fueron iniciativa de June. Sin ella, Henry es un espectador callado, no un participante. Henry y yo somos buenos compañeros, pero no podríamos vivir juntos. Yo esperaba que los primeros días (o noches) que pasé en Clichy fueran sensacionales. Me sorprendió comprobar que caíamos en apacibles charlas profundas y hacíamos bien poca cosa. Esperaba escenas dostoiévskianas y me encontré con un caballero alemán que no soportaba que los platos se quedaran sin fregar. Encontré a un esposo, no a un amante difícil y temperamental.

Al principio, Henry estaba incluso incómodo porque no sabía cómo entretenerme. June lo hubiera sabido. Sin embargo, yo entonces estaba contenta y profundamente satisfecha porque le amaba. Hasta hace poco no he sentido mi vieja inquietud.

Le propuse a Henry que saliéramos, pero me desilusionó negándose a llevarme a sitios exóticos. Él se contentaba con ir al cine y luego sentarse en un café. Luego se negó a presentarme a sus amigos de mala vida (para protegerme y conservarme). Como él no tomaba ninguna iniciativa, empecé a sugerir que fuéramos aquí o allí.

Una noche, desde la Gare Saint *Lazare* habíamos ido al cine y luego a sentarnos en un café. En el taxi que me llevaba a donde había quedado de encontrarme con Hugo Henry empezó a besarme y yo me abracé a él. Nuestros besos fueron ganando frenesí y le dije: «Dile al taxista que nos lleve al Bois.» Estaba embriagada por el momento. Pero Henry tuvo miedo. Me recordó la hora que era y que Hugo me estaba esperando. ¡Con June hubiera sido diferente! Lo dejé entristecido. En realidad Henry no tiene nada de alocado más que sus enfebrecidos escritos.

Me esfuerzo por vivir externamente, ir a la peluquería, de compras, y me digo a mí misma: «No debo hundirme. He de luchar.» Necesito a Allendy y no lo veré hasta el miércoles.

También quiero ver a Henry, pero no cuento con su fuerza. El primer día, en el «Viking», dijo: «Soy un hombre débil.» Y yo no lo creí. Yo no amo a los hombres débiles. Siento ternura, eso sí. Pero Dios mío, en unos días ha destruido mi pasión. ¿Qué ha ocurrido? El momento en que dudó de su potencia no fue más que una chispa. ¿Se debe a que el poder sexual era su único poder? ¿Me retenía sólo de esa manera? ¿Fue por un cambio producido en mí? Al llegar, la noche empiezo a pensar que no es importante que me sienta decepcionada. Quiero ayudarlo. Me alegro de que su libro esté escrito y de haberle dado una sensación de seguridad y de bienestar. Lo amo de una manera diferente, pero le amo.

Henry es valiosísimo para mí, tal como es. Cuando veo su traje deshilachado me derrito. Se durmió mientras yo me vestía para una cena de etiqueta. Luego vino a mi dormitorio y observó cómo me daba los últimos toques. Admiró mi vestido verde oriental. Dijo que me movía como una princesa. Tenía la ventana del dormitorio abierta al exuberante jardín. Le hizo recordar el decorado de *Peleas y Mélisande*. Estaba tumbado en el sofá. Me senté junto a él un momento, le acaricié y dije «tienes que comprarte un traje» en tanto pensaba cómo podía conseguir el dinero. No soportaba ver las raídas mangas alrededor de sus muñecas.

Estamos sentados muy juntos en el tren.

—¿Sabes, Anaïs? Soy tan lento que no me doy cuenta de que voy a perderte cuando lleguemos a París. Me encontraré andando solo por las calles y quizá veinte minutos más tarde adquiriré conciencia repentinamente de que ya no te tengo y de que te echo de menos.

En una carta me había dicho: «Espero ansiosamente esos dos días [Hugo se marcha a Londres], pasarlos apaciblemente contigo, comprendiéndote, siendo tu esposo. Me encanta ser tu esposo. Siempre seré tu esposo, lo quieras o no.»

En la cena, mi felicidad me hizo sentirme natural. Mentalmente estaba tumbada en la hierba y tenía a Henry encima; resplandecía ante la pobre gente corriente que rodeaba la mesa. Todos percibieron algo, incluso las mujeres, que me preguntaban dónde compraba la ropa. Las mujeres siempre piensan que mis zapatos, vestidos, mi peinado y mi maquillaje tendrían el mismo efecto sobre ellas. No comprenden que hace falta un encantamiento. No saben que no soy guapa pero que en ciertos momentos lo parezco.

—España es el país más maravilloso del mundo —dijo mi compañero de mesa—; allí las mujeres son mujeres de verdad.

Yo pensaba: «Ojalá Henry pudiera probar este pescado y este vino.»

Pero Hugo también notó algo. Antes del banquete teníamos que encontrarnos en la Gare Saint Lazare. Sabía que Henry había venido a Louveciennes a ayudarme a elaborar la novela. Cuando Henry y yo llegamos juntos a la estación, Hugo se disgustó. Empezó a hablar de prisa y con severidad de Osborn, «el niño prodigio». Pobre Hugo. Y yo todavía olía la hierba del bosque.

Anduve con él sin hacerme notar. Y ¿dónde estaba Henry? ¿Me echaba ya de menos? El sensible Henry, que tiene miedo de no caer bien, miedo de que Hugo «lo sepa todo» o de que me avergüence de él delante de la gente. No comprendo por qué le amo. Le hago olvidar humillaciones y pesadillas. Sus finas rodillas, debajo del raído traje, despiertan mis instintos protectores. Está también el gran Henry, cuyos escritos son tempestuosos, obscenos, brutales, y que es apasionado con las mujeres; y el pequeño Henry, que me necesita. Por el pequeño Henry escatimo, ahorro cada céntimo que puedo. Ahora me parece increíble que antes me aterrara, me intimidara. Henry, el hombre experimentado, el aventurero. Le dan miedo nuestros perros, las serpientes del jardín, la gente que no es *le peuple*. Hay momentos en que veo a Lawrence en él, excepto que él está sano y es apasionado.

Anoche quería decirle a mi compañero de mesa: «¿Sabe? Henry es muy apasionado.»

No me presenté a mi última cita con Allendy. Empezaba a depender de él, a sentirme agradecida. ¿Por qué lo dejé una semana?, me pregunta. Para andar por mi propio pie de nuevo, para luchar sola, para recuperarme, para no depender de nadie. ¿Por qué? El miedo de que me hagan daño. El miedo de que se convierta en una necesidad y de que, cuando haya terminado mi cura, termine nuestra relación y lo pierda. Me recuerda que parte de la cura consiste en hacerme autosuficiente. Pero no confiando en él he demostrado que todavía estoy enferma. Lentamente me enseñará a pasarme sin él.

—Si me dejara ahora, sufriría como médico por no lograr curarla y sufriría personalmente porque usted es interesante. Así que ya ve, la necesito tanto como usted me necesita a mí. Podría hacerme daño si me dejara. Intente comprender que en todas las relaciones hay dependencia. No tenga miedo de la dependencia. Lo mismo ocurre con la cuestión de la dominación. No trate

de alterar la balanza. El hombre ha de ser el agresor en el acto sexual. Después puede parecer un niño y depender de la mujer y necesitarla como a una madre. Usted no es dominante intrínsecamente, pero en defensa propia – contra el dolor, contra el miedo al abandono, que nos lleva perpetuamente al abandono de su padre– trata de conquistar, de dominar. Veo que no usa su poder para hacer el mal o cruelmente, sino sólo para comprobar su efectividad. Ha conquistado a su esposo, a Eduardo y ahora a Henry. No quiere hombres débiles, pero no está satisfecha hasta que no se han vuelto débiles en sus manos. Tenga cuidado, abandone su actitud defensiva, abandone, sobre todo, sus miedos. Suéltese.

Henry me ha escrito una carta desconsiderada sobre la pequeña Paulette, de diecinueve años, que Fred ha llevado a vivir con él a Clichy. Henry está muy contento porque hace las faenas domésticas y anima a Fred a que se case con ella porque es adorable. Esta carta me ha desgarrado el corazón. Me he imaginado a Henry jugando con Paulette mientras Fred está trabajando. Ay, conozco a Henry. Me he replegado en mí misma como un caracol. No quería escribir en el diario, me he negado a pensar, pero necesito desahogarme. Si esto son celos, no debo volver a hacérselos pasar a Hugo, ni a nadie. Paulette en Clichy; Paulette libre para hacer cualquier cosa por Henry, comer con él, pasar las tardes con él mientras Fred trabaja.

Una noche de verano. Henry y yo cenamos en un pequeño restaurante abierto de par en par a la calle. Formamos parte de la calle. El vino que desciende por mi garganta desciende por muchas gargantas. El calor del día es como la mano de un hombre en un pecho. Envuelve tanto la calle como el restaurante. El vino nos suelda a todos, a Henry y a mí, a la calle, al restaurante y al mundo. Gritos y risas de los estudiantes que se preparan para el baile de Quartz Arts. Llevan trajes bárbaros, de piel roja, con plumas, y pasan en autobuses y coches abarrotados.

–Esta noche quiero hacértelo todo –dice Henry–. Quiero colocarte sobre esta mesa y follarte delante de todo el mundo. Estoy chiflado por ti, Anaïs. Estoy loco por ti. Después de cenar nos vamos al «Hotel Anjou». Te voy a enseñar cosas nuevas.

Y luego, inesperadamente, una repentina necesidad de confesión:

–El día que te dejé en Louveciennes, bastante bebido, no te lo creerás, una chica vino a sentarse a mi lado mientras cenaba. Era una prostituta cualquiera. En el mismo restaurante le metí la mano por debajo de la falda. Me fui a un hotel con ella, pensando todo el rato en ti, odiándome a mí mismo, y pensando en la tarde que habíamos pasado juntos. Me había satisfecho. Pensé tantas cosas que cuando llegó el momento de follar a la chica no pude. Ella adoptó una actitud despectiva. Pensó que era impotente. Le di veinte francos y recuerdo que me alegré de que no fueran más porque era dinero tuyo. ¿Lo entiendes, Anaïs?

Trato de mantener los ojos fijos, mecánicamente digo que lo comprendo, pero estoy anonadada, dolida hasta lo indecible. Y siente necesidad de continuar: «Sólo una cosa más. He de decirte una cosa más y ya está. Una noche que Osborn acababa de cobrar me llevó a un cabaret. Empezamos a bailar y luego nos llevamos a dos chicas a Clichy. Mientras estábamos sentados en la cocina, dijeron que teníamos que hablar de negocios. Nos pidieron un precio muy alto. Yo quería que se fueran pero Osborn les pagó lo que querían y se

quedaron. Una era bailarina acrobática y nos enseñó sus habilidades desnuda, sólo con zapatillas. Fred llegó a las tres de la mañana y se puso furioso al ver que había usado su cama, sacó las sábanas, me las enseñó y dijo: "Y luego dices que amas a tu Anaïs." Y te amo, Anaïs. Incluso creo que a lo mejor te hubiera producido un placer perverso el verme.»

Bajo la cabeza y se me inundan los ojos de lágrimas. Pero continúo diciendo que lo comprendo. Henry está borracho. Se da cuenta de que estoy ofendida. Pero procuro reponerme. Le miro. La tierra se balancea. Gritos y risas de los estudiantes que pasan por la calle.

En el «Hotel Anjou» nos acostamos como lesbianas, chupando. Una vez más horas y horas de voluptuosidad. Las luces rojas del letrero del hotel se proyectan en la habitación. El calor es penetrante.

—Anaïs —dice Henry—, tienes un culo precioso. —Manos, dedos, eyaculaciones. Aprendo de Henry a jugar con el cuerpo de un hombre, a excitarlo, a expresar mi propio deseo. Descansamos. Pasa un autobús de estudiantes. Doy un salto y corro a la ventana. Henry está dormido. Me gustaría estar en el baile para probarlo todo.

Se despierta. Le hace gracia verme desnuda en la ventana. Volvemos a jugar. Pienso que a lo mejor Hugo está en el baile. Sé que cuando le di la libertad pensaba ir. Hugo está en el baile con una mujer en los brazos, y yo estoy en la habitación de un hotel con Henry, con una luz roja que entra por la ventana, una noche de verano llena de gritos y risas de estudiantes. He corrido desnuda a la ventana dos veces.

Todo esto es ahora un sueño. Cuando ocurrió tenía en el cuerpo la sensación de que se avecinaba un aguacero. Mi cuerpo recuerda el calor y la fiebre de las caricias de Henry. Un cuento. He de escribirlo cien veces. Pero ahora me produce dolor. Para autoprotegerme, habré de distanciarme de Henry. Es insoportable. He de aguantar que Henry vaya despreocupadamente de mujer en mujer.

Hoy me he ablandado un momento. No importa. Que tenga todas las mujercitas que quiera si eso le hace feliz. El alivio de abrir la mano y soltarlo fue inmenso. Pero al poco volví a apretarla. Deseo de venganza, de una extraña venganza. Me entrego a Hugo con tales sentimientos en contra de Henry que experimento un gran placer físico. Mi primera infidelidad a Henry.

Qué fuerzas tan sutiles actúan en el ser sensual. Una pequeña ofensa, un momento de odio, y puedo disfrutar de Hugo completamente, con frenesí, en la misma medida en que he disfrutado del propio Henry. No soporto los celos. He de borrarlos mediante una compensación. Por cada una de las putas de Henry, me vengaré, pero de una manera más terrible. Ha dicho muchas veces que de nosotros dos soy yo la que en cierto sentido cometo los actos más profanos.

Detrás de mi embriaguez hay siempre una cierta consciencia, la suficiente para negarme a responder a las preguntas y dudas de Henry sobre mí. No trato de ponerle celoso; pero tampoco admito la tontería de la fidelidad. Es así como las mujeres se ven empujadas a la guerra con los hombres. No hay posibilidad de absoluta confianza. Confiar es ponerse en manos de otro y sufrir. Ay, mañana, cómo le voy a castigar.

Me alegro de haber dejado que Hugo me besara durante largo rato y me llevara en brazos a la parte de atrás del jardín, entre los falsos naranjos, a su re-

greso de Londres.

Mientras estaba fuera, me encontré con Henry, y me llevé el pijama, el peine y el cepillo de dientes, pero estaba lista para despegar. Le dejé hablar.

—Esta Paulette y Fred —dice—, hacen buena pareja. No sé cómo terminará. Ella es más joven de lo que había dicho. Al principio teníamos miedo de que sus padres le buscaran complicaciones a Fred. Me encarga que la cuide por las tardes. La he llevado al cine, pero la verdad es que me aburre. Es demasiado joven. No tenemos nada que decirnos. Está celosa de ti. Leyó lo que escribió Fred. «Hoy esperamos a la diosa.»

Me río y le digo lo que he pensado yo. Veo en su rostro que Paulette no le interesa, aunque admite que es la primera vez que se siente indiferente.

—Paulette no es nada —dice—. Escribí aquella carta con entusiasmo porque me gustaba el entusiasmo de ellos, me lo contagiaron.

Se convirtió en tema de bromas. Para mí fue una dura prueba ir a Clichy a conocer a Paulette. Le tenía miedo y quería llevarle un regalo, porque era una presencia extraña, una persona nueva en nuestra vida de Clichy, que vivía allí como a mí me gustaría vivir.

No era más que una niña, delgada y desgarbada, pero temporalmente atractiva porque Fred la había hecho mujer, y porque estaba enamorada. Henry y yo disfrutamos de sus infantiles arrullos durante un rato y luego nos cansamos; el resto de los días que pasé en Clichy huimos de ellos.

Una noche, cuando llegué, a Henry le dolía el estómago. Tuve que cuidarlo como cuido a Hugo: toallas calientes, masaje. Estaba en la cama mostrando un estómago blanquísimo. Se durmió un rato y despertó curado. Leímos juntos. Tuvimos una asombrosa fusión. Dormí en sus brazos. A la mañana siguiente me despertó con caricias murmurando no sé qué de mi expresión.

La otra cara de Henry, con la cual tal vez algún día repudie todo esto, es para mí, de momento, imposible de imaginar.

Justo antes de esto tuve una sesión con Allendy en la cual mostré claramente una regresión. Le devolví un *préventif* de goma que me había aconsejado que me pusiera. Interpretación: quería demostrarle que estaba dispuesta a arrepentirme de mi «vida disoluta». Y eso porque Joaquín tenía apendicitis y ello me producía un sentimiento de culpa.

Entonces confesé que ciertas prácticas del juego sexual no me atraen, como chupar el pene, cosa que hago para complacer a Henry. En relación con esto recordé que unos días antes de mi unión con Henry no podía tragar la comida. Tenía náuseas. Puesto que la sexualidad y la comida tienen relación, Allendy cree que ello se debía a una resistencia inconsciente a la sexualidad. La resistencia se vuelve a manifestar con más fuerza cuando algún incidente despierta de nuevo mi sentimiento de culpa.

Me di cuenta de que mi vida se había vuelto a detener. Lloré. Pero tal vez gracias a esta conversación con Allendy pude continuar, pude ir a ver a Henry, dominar mis celos de Paulette. Supongo que es una indicación de mi orgullo e independencia el decir que me resulta difícil atribuir totalmente al psicoanálisis mis diversas victorias, y estoy dispuesta a creer que se deben a la gran humanidad de Henry o a mi propio esfuerzo.

Eduardo me hizo ver con qué rapidez me olvido de la verdadera fuente de la recuperación de la confianza y que esa misma confianza (que me da Allendy) es lo que le hace a uno creer en su propio poder. En resumen, que todavía no sé lo suficiente de psicoanálisis para darme cuenta de que se lo debo todo a Allendy.

Me he resistido a mirarlo sentimentalmente. En realidad me alegro de no amarlo. Sí, lo necesito, y lo admiro, pero sin sensualidad. Tengo la sensación de que espero que se enfade conmigo. Me gusta cuando admite que lo intimidé el primer día que nos vimos, y cuando habla de mi encanto sensual. La conciencia de que la transferencia es una emoción estimulada artificialmente me inspira más desconfianza que nunca. Si dudo de las genuinas manifestaciones del amor, ¿cómo no he de dudar de este lazo creado mentalmente?

Allendy dice que he de encontrar mi ritmo verdadero. Sacó esta idea de un sueño muy visual que tuve. Por lo que él deducía de estudiarme, yo era fundamentalmente una exótica cubana, con encanto, sencillez y pureza. Todo lo demás era literario, intelectual. Interpretar papeles no tiene nada de malo siempre que no se tomen en serio. Pero yo me vuelvo sincera y voy hasta el final. Entonces me siento incómoda y desdichada. Allendy cree también que mi interés por las perversiones es fingido.

Mucho después de que dijera esto, recordé que donde más feliz he sido es en Suiza, donde viví ajena a cualquier papel externo. ¿Me considero interesante con una pamea, un vestido sencillo y poco maquillaje como iba en Suiza? No, pero me considero interesante con un sombrero ruso. Falta de fe en mis valores fundamentales.

Llegados a este punto, empiezo a tener reparos. Si el psicoanálisis va a aniquilar toda la nobleza de los motivos personales, así como del arte, descubriendo raíces neuróticas, ¿con qué los sustituirá? ¿Qué sería yo sin mis adornos, trajes y personalidad? ¿Sería una artista más vigorosa?

Allendy dice que he de vivir con mayor sinceridad y naturalidad. No debo rebasar los límites de mi naturaleza, crear disonancias, desviaciones, papeles (como ha hecho June), porque ello lleva a la desdicha.

Estoy escribiendo en la sala de Allendy. Oigo una voz de mujer en el despacho. Estoy celosa. Me molesta porque los oigo reír. Es la primera vez que no está dispuesto a la hora convenida. Y yo le traigo un sueño cariñoso, la primera vez que me he permitido pensar en él físicamente, amorosamente. Tal vez no debería contarle el sueño. Es darle demasiado, mientras que él...

Mi disgusto se desvanece cuando aparece. Le cuento el sueño. Considera que es un avance. Unos meses atrás me lo hubiera callado. Se alegra del cariño que está surgiendo en nuestra relación. Pero me demuestra que el sueño indica que mi felicidad deriva más del hecho de que deje de lado a otras personas para prestarme toda su atención que de la propia atención.

—Volvemos al punto sensible. Su inseguridad, su necesidad de ser amada exclusivamente. En todos sus sueños hay también una gran ansia de posesión. En el amor es malo ser absorbente y ello sólo se debe a la falta de confianza. Por lo tanto, cuando alguien la comprende y la quiere, usted se siente extraordinariamente agradecida.

Allendy siempre restaura la sinceridad. Considera que reprimo mis celos y mi ira y que yo sola he de cargar con ellos. Dice que debo expresarlos, liberarme de ellos. Practico una falsa bondad. En realidad no soy buena. Me obligo a ser generosa, indulgente.

—Durante un tiempo —dice—, actúe con toda la ira que quiera.

Tal sugerencia tiene resultados terribles. Salieron a la superficie un millar de causas de resentimiento contra Henry, su fácil aceptación de mis sacrificios, su irracional defensa de cualquier cosa que sea atacada, su gusto por las mujeres ordinarias, su miedo a las mujeres inteligentes, su vituperación de

June, el ser magnífico.

Desperté con la sensación de que Allendy iba a besarme durante la sesión. El día parecía propicio, un tiempo excelente, tropical. Me sentí lánguida y triste por tener que separarme de él.

Cuando llegué y le dije que no volvería, dejó el análisis y nos pusimos a hablar. Contemplé su nariz de mujik y pensé si un hombre como aquél sería sensual. Era consciente de que estaba adoptando mis poses usuales. Pero estaba aterrada. Al final de la charla me cogió las manos. Y lo esquivé un poco. Me puse el sombrero y la capa, pero cuando estaba a punto de marcharme, se acercó a mí y dijo: «*Embrassez moi*

Dos impresiones destacan con claridad: que deseaba que me hubiera abrazado y besado sin pedirme permiso y que el beso fue demasiado corto y demasiado casto. Después yo deseaba otro. Me parecía que había estado tímida, lo mismo que él, y que nos podíamos haber besado mejor. Ese día estaba especialmente guapo, brillante, soñador, interesante y muy firme. Un verdadero gigante.

Después del beso de Allendy estaba muy contenta. Sin embargo, sé que el beso menos preparado de Henry puede hacer temblar los cimientos de mi cuerpo. Hoy me he dado plena cuenta de ello cuando lo he visto después de cinco días de separación. Qué convergencia de cuerpos. Cuando nos encontramos es como un horno. No obstante, día a día me voy percatando más de que lo único afectado es el cuerpo. Los mejores momentos con Henry los paso en la cama.

JULIO 1932

Cuando Hugo se marchó a Londres el lunes, me fui corriendo a ver a Henry. Dos noches de éxtasis. Todavía tengo señales de sus mordiscos, y la última noche el frenesí fue tal que me hizo daño. Nuestros ratos de sexo alternaban con charlas profundas.

Está celoso. Me llevó a Montparnasse y un atractivo húngaro se sentó a mi lado y galanteó conmigo, descaradamente. Henry dijo después que le gustaría tenerme encerrada con llave, que estoy hecha para la intimidación. Cuando me vio en Montparnasse, pensó que era demasiado blanda y delicada para ese tipo de gente; quería protegerme, esconderme.

Se ha planteado si debe o no dejar a June. Conmigo se siente entero, y sabe que lo he amado mejor. De noche permanecemos despiertos en la cama hablando de esto, pero yo sé que no puede y no debe pensar en abandonar a June, su pasión. Yo, en su lugar, no la dejaría. June y yo no nos anulamos la una a la otra; nos complementamos. Henry nos necesita a las dos. June es el estimulante y yo el refugio. Con June conoce el desespero y conmigo la armonía. Todo esto se lo digo mientras lo abrazo firmemente.

Yo tengo a Hugo. No lo abandonaría por Henry. Lo que no le puedo decir a Henry es que él es fundamentalmente un hombre físico y que por eso June es esencial para él. Un hombre de tales características inspira amor sensual. Yo también le amo sensualmente. Y, a la postre, esta unión no puede durar. Está destinado a perderme. Lo que yo le doy sería tremendo para un hombre menos sensual. Pero no para un Henry.

De noche permanecemos despiertos, hablando, y aunque mis brazos le rodean con firmeza, mi mente renuncia ya a él. Me suplica que no me arriesgue

durante el verano; todavía me besa, después de las convulsiones del coito, que fue, según dijo él, como si se hubiera roto el termómetro.

He conquistado a un hombre menos conquistable. Pero también soy consciente de los límites de mi poder, y sé que para responder a las exigencias de los hombres hacemos falta June y yo juntas. Lo acepto con un júbilo triste.

Henry me ha amado; ay, soy su amor. He recibido todo lo que puedo recibir de él, las capas más secretas de su ser, palabras, sentimientos, miradas, caricias, todo ardiendo sólo para mí. Lo he sentido arrullado por mi suavidad, exultante en mi amor, apasionado, posesivo, celoso. Se ha acostumbrado a mí, no corpóreamente sino como una visión. ¿Qué será lo que recuerde él más vividamente de los momentos que hemos pasado juntos? La tarde en que él estaba tumbado en el sofá de mi dormitorio mientras yo terminaba de vestirme para una cena, con mi vestido oriental verde oscuro, perfumándome, y él embargado por una sensación de estar viviendo un cuento de hadas, con un velo entre él y yo, la princesa. Eso es lo que recuerda mientras me tiene en los cálidos brazos. Ilusiones y sueños. La sangre que vierte en mí con rugidos de alegría, los bocados de mi carne, mi olor en sus dedos, todo se desvanece ante la potencia del cuento de hadas.

—Eres una niña, sí —dice, medio asombrado, mientras que al mismo tiempo dice—: Desde luego, sabes follar. Dónde has aprendido?

Sin embargo, cuando me compara a Paulette, la niña dé verdad, observa lo seductor de mis gestos, la madurez de mi expresión, la mente que ama.

—Estamos compenetrados, Anaïs. Te necesito. No quiero que regrese June.

Cuando se conoce la brutalidad que existía entre Henry y June, es extraño ver lo atento que está a la más mínima muestra de aburrimiento o fatiga que dé yo. Ha nacido en él una nueva sensibilidad y una nueva afabilidad. En broma, cuando hablamos de mi falta de dureza, le dije que esperaba que eso me lo diera él, que esperaba chocar con él, enfrentarme al ridículo, a la brutalidad, aprender a pelear y a devolver los golpes, así como a gritar más que el otro, pero que no me había proporcionado en absoluto esa experiencia.

Había desarmado al Bubu que iba a hacer una mujer dura de mí. Ni siquiera me critica. Conmigo abandona rápidamente sus juicios impulsivos, como llamar adorable a Paulette. Con paciencia y dulzura consigo equilibrio en un hombre que es todo reacciones, oscilaciones, oposición. A veces, cuando se maravilla ante la habilidad de mis dedos, ya esté trinchanto pescado o arreglándole la corbata, pienso en Lawrence, tan irritable, amargado y aprensivo, y creo que estoy tocando un instrumento muy similar. Todavía siento sus besos en las palmas de las manos, y me resisto a bañarme porque estoy impregnada de olores maravillosos.

Hugo va a llegar dentro de unas horas y la vida continúa por sendas contradictorias. Me pregunto cuánto tiempo seguiré deseando al sensualista. Antes de dormirse, me dijo: «Oye, no estoy borracho y no soy un sentimental, pero quiero decirte que eres la mujer más maravillosa del mundo.»

Cuando digo que le amo sensualmente, no quiero decir eso al pie de la letra. Le amo de muchas maneras, cuando se ríe en el cine o habla en voz muy baja en la cocina; amo su humildad, su sensibilidad, su corazón de amargura y furia.

Iba a escribirle a June una carta brutal, llena de acusaciones, y en ese momento yo le entregué un documento que justifica todos sus actos. Fue como si hubiera levantado la mano para pegarle y yo hubiera tenido que detenerlo.

Ahora sé que June es una drogadicta. He encontrado unas descripciones en un libro que corroboran lo que yo había presentido vagamente.

Henry quedó perplejo. Es tan fácil engañarle. June hablaba constantemente de drogas, como el criminal que regresa a la escena del crimen. Necesitaba sacar el tema a colación mientras negaba violentamente haber tomado nunca drogas (con la excepción de una o dos veces, quizás). Henry empezó a unir los fragmentos. Cuando vi su desesperación, me asusté.

—Lo que digo no es absolutamente seguro. A veces sintetizo con demasiada rapidez. —Pero yo creía que estaba en lo cierto.

Entonces hizo el único juicio ético que le he oído hacer sobre la autodestrucción: que drogarse denota una deficiencia en la propia naturaleza. Por eso la relación no tenía esperanza.

Cuando empezó a cuestionarse cuánto le amaba June y a comparar su amor con el mío, sentí una gran pena hacia él. Yo la defendí diciendo que lo ama a su manera, que es inhumana y fantástica. Aunque es cierto que yo no le dejaría como le deja ella. Es cierto, como dice él, que su mayor amor es amor a sí misma. No obstante, es el amor por sí misma lo que la ha hecho un gran personaje.

A veces a Henry le asombra la admiración que le tengo a June. Anoche dijo:

—Al principio querías que June regresara. ¿Tengo razón al pensar que ahora no quieres?

—Sí. —Y también he admitido otras cosas, después de no responder nunca a su pregunta sobre si éramos amantes. Una vez, estando yo en sus brazos, me presionó con tanto sentimiento diciendo «dime que no me has engañado; me haría un daño terrible, dímelo», que le dije que no. Desvelé el misterio, sabiendo que no debía, aunque me sentía incapaz de hacer otra cosa.

Exasperar a un hombre puede ser un placer, pero yacer en brazos de Henry, entregarse completamente a él, me pareció un placer todavía mayor, sentir cómo se relajaba su cuerpo y ver cómo se dormía feliz. Al día siguiente siempre puedo recuperar mi escudo femenino, reanudar la guerra innecesaria y odiosa. A plena luz del día puedo devolverle un poco de angustia, de celos, de miedo, porque eso es lo que quiere, Henry, el Eterno Esposo. Le encantaba sufrir con June, aunque también le encanta que yo lo alivie del sufrimiento.

Tuvimos una charla divertida sobre nuestros comienzos. Henry quería besarme el primer día que nos quedamos solos, el día de nuestro paseo hasta el bosque, hablando de June.

—Pero confiesa que para ti era un juego, al principio —digo.

—Al principio de todo no. Luego en Dijon, sí, tuve ideas crueles y frías, intención de usarte. Pero el día que regresé a París y vi tus ojos... ay, Anaïs, tu mirada en el restaurante, cuando regresé, eso me conquistó. Pero tu vida, tu seriedad, tus antecedentes, me asustaban. Hubiera sido muy lento si tú no hubieras...

Ahora me río cuando lo pienso... lo que le leo del diario rojo, el sueño sobre sus escritos. Fui yo la que rompí el caparazón porque deseaba desesperadamente que me conociera. Y qué sorpresa constituí para él, según me dice. Seguí un impulso, osada, valientemente. ¿Fue porque tengo una visión más rápida y sabía que Henry y yo...? ¿O por ingenuidad?

Confesamos dudas preciosísimas acerca del otro. Me he imaginado a Henry diciéndole a June: «No, no amo a Anaïs. He actuado como lo haces tú por conseguir lo que podía darme.» Y él me ha imaginado hablando despectiva-

mente de él dentro de unos meses. Estamos sentados en la cocina intercambiando estas diabólicas excrecencias de unas mentes excesivamente fértiles, que una caricia disipará en un momento. Yo estoy en pijama. Henry me pasa la mano por el hombro y nos reímos preguntándonos cuál será la verdad.

El contraste entre la sensualidad de Hugo y la de Henry me atormenta. ¿Podría lograrse que Hugo se volviera más sensual? Con él dura tan poco... Se cree un fenómeno porque me poseyó seis noches seguidas, pero con movimientos rápidos y violentos. Incluso después del paroxismo, la ternura de Henry es más penetrante, más prolongada. Sus besitos suaves, como gotas de lluvia, permanecen en mi cuerpo casi tanto rato como sus caricias violentas.

—¿Estás seca alguna vez? —me pregunta de broma. Le confieso que Hugo tiene que usar vaselina. Entonces me doy cuenta del significado de esta confesión y me siento abrumada.

Anoche, mientras dormía, le toqué el pene a Hugo como he aprendido a tocárselo a Henry. Lo acaricié y lo oprimí con la mano. En mi ensueño pensé que era Henry. Hugo se excitó y comenzó el acto, lo cual me despertó del todo. Quedé profundamente decepcionada. El deseo se apagó.

Amo a Hugo sin pasión, pero la ternura es también un fuerte lazo. No lo abandonaré nunca mientras me quiera. Estoy convencida de que esta pasión por Henry se extinguirá.

Es para los hombres que no son fundamentalmente físicos para quienes soy la mujer esencial, hombres como Hugo, Eduardo e incluso Allendy. Henry puede pasarse sin mí. Sin embargo, es extraordinario comprobar cómo lo he cambiado, cómo se ha vuelto íntegro, cómo son raras ya las veces que ataca ahora molinos de viento y vitupera ilógicamente. Soy yo la que no puedo vivir del todo sin Henry. También yo he cambiado. Me encuentro inquieta, animada, con ansia de aventuras. Para hacer honor a la verdad, espero secretamente conocer a alguien, continuar viviendo como vivo, sensualmente. Tengo sueños eróticos. No deseo introspección, soledad, trabajo. Quiero placer.

Estos días me ocupo en frivolidades. Sirvo a la diosa de la belleza en la esperanza de que me conceda algún don. Me esfuerzo por conseguir una piel deslumbrante, un cabello vibrante, buena salud. Ciertamente, no tengo ropa nueva a causa de Henry, pero eso no importa. He teñido, reformado y arreglado la vieja. El lunes voy a correr el riesgo de someterme a una operación que borrará para siempre la graciosa desviación de mi nariz.

Después de pasar una noche juntos, Henry y yo no nos podíamos separar. Yo había prometido ir a casa el domingo y pasar la velada con Eduardo. Pero Henry dijo que vendría a Louveciennes conmigo, ocurriera lo que ocurriera. Nunca olvidaré este día y esa noche. Las criadas habían salido; teníamos la casa para nosotros solos. Henry la exploró y disfrutó al máximo de ella. Cuando se lanzó sobre nuestra enorme y mullida cama, su voluptuosidad le contagió. Yo le seguí y me penetró rápida y ansiosamente.

Hablamos, leímos juntos, bailamos, escuchamos grabaciones de guitarra. Leí fragmentos del diario violeta. Si él sentía la atmósfera de cuento de hadas de la casa, yo empecé a percibir asimismo una especie de embrujo en el cual Henry era un ser extraordinario, un santo, un fabuloso maestro de la pala-

bra, con una mente asombrosa. Su sensibilidad me deja perpleja. Lloró mientras contemplaba cómo yo escuchaba los discos, y se negó a seguir leyendo del diario, molesto por la excesiva intimidad de las revelaciones, Henry, para quien nada es sagrado.

Eduardo llegó a las cuatro y dejamos que llamara al timbre. Henry disfrutaba con ello pero yo no.

—Eres demasiado humana —dijo, y añadió—. Ahora sé lo que pensarás de mí cuando me pongas en la misma situación. —Henry y yo en la cama y Eduardo llamando al timbre, marchándose e intentándolo de nuevo media hora más tarde.

El lunes a la una y media Henry me dejó pensando que esa noche me iba de vacaciones. A las dos me encontraba en la clínica. Hasta a mí misma me resultaba sorprendente que fuera capaz de ir sola, para correr un gran riesgo relativo a mi rostro. Mientras yacía en la mesa de operaciones, era consciente de cada movimiento del cirujano. Estaba a la vez tranquila y asustada. No se lo había contado a nadie. La sensación de soledad era inmensa, e iba acompañada de una seguridad que me sobreviene en todos los grandes momentos. Gracias a ella lo soporté hasta el final. Incluso había pensado que si la operación era un fracaso y mi rostro quedaba desfigurado, desaparecería completamente y no volvería a ver a los seres queridos. Llegó el momento de verme la nariz en el espejo, ensangrentada y recta —¡Griega! Después vendajes, hinchazón, una noche de dolores y sueños. ¿Volverían alguna vez a temblarme las ventanas de la nariz?

A la mañana siguiente la enfermera me trajo papel de cartas con el membrete de la clínica. Ello me sugiere una idea. Le escribo a Eduardo, con mano vacilante, que me había ido al campo; había tomado cocaína y me habían llevado al hospital porque no me recuperaba. Juego con la idea y me río sola mientras escribo para hacer la vida más interesante, para imitar la literatura, que es un engaño.

Lo que se imagina se desea. ¿Cómo hubiera sido ese día y esa noche en Louveciennes sola con June, si hubiera habido cocaína?

Estoy en casa, obsesionada por el éxtasis de las horas pasadas con Henry y por un horror retardado a la clínica. Tengo la nariz resentida pero bonita.

No quiero ver a Allendy hasta que esté presentable. Me ha dicho que ha visto a Eduardo y que está muy disgustado. Allendy ha de creer también la historia de la cocaína.

El sol da en la cama pero no hay sensación de sacrilegio por que Henry haya dormido en ella. Me parece natural. La casa está ordenada. Tengo el baúl preparado en la entrada, dinero austriaco en el bolso y un billete para Innsbruck.

El día siguiente a nuestra conversación, que tenía que arreglarlo todo, Henry estaba desesperado. Decidimos que no debíamos huir juntos. «Me perderás pronto porque no me amas lo suficiente», le dije con tristeza. Pero todavía no. Al tiempo que acrecienta mi pasión, también acrecienta la ternura hacia Hugo. Cuanta más distancia creo entre nuestros dos cuerpos, más exótica me resulta su perfección, su bondad, mayor es mi gratitud, más consciente soy de que él, de entre todos nosotros, es el que mejor sabe amar. Cuando se encuentra de viaje y yo estoy sola, no me siento atada a él, no me imagino a su lado, no deseo que estuviera conmigo, sin embargo, me ha dado el más

precioso de los dones, y cuando pienso en él veo a un hombre desprendido y afectuoso que me ha apartado de la desdicha, el suicidio y la locura.

Locura. Me resultaría fácil, volver a encontrarme en el estado de ánimo en que me hallaba a bordo del buque que me conducía a Nueva York, cuando deseaba ahogarme. En la carta imaginaria que le escribo a Eduardo, digo: «Me alegro de haber escapado al infierno durante veinticuatro horas de sueños.» Soy sincera. La atracción que siento hacia las drogas se basa en un inmenso deseo de aniquilar la consciencia. Cuando me separé de Henry el otro día, sabía con tanta certeza que me estaba separando de él que podía haberle indicado al taxista que me llevara derecho al Sena.

Lo que inventé para Eduardo ocurrirá algún día. Cuánto tiempo seré capaz de soportar la consciencia de vivir depende de mi trabajo. El trabajo ha sido mi único estabilizador. El diario es producto de mi enfermedad, quizás una acentuación y exageración de la misma. Digo que escribir me alivia; tal vez, pero también es un grabado de dolor, un tatuaje de mí misma.

Henry piensa que el diario sólo es importante cuando lo que escribo es verdad, como los detalles de mis engaños.

A mí me parece que sólo sigo el hilo más accesible. Puede haber tres o cuatro hilos agitados al mismo tiempo, como cables telegráficos, y, si hubiera de interceptarlos todos, revelaría una mezcla de inocencia y duplicidad, generosidad y premeditación, miedo y valentía. No puedo contar toda la verdad simplemente porque tendría que escribir cuatro diarios a la vez. Con frecuencia tendría que repetir los episodios a causa del vicio de embellecer.

«Hotel Achenseehof», Tirol. Anoche, en la cama, alargué la mano desolada con el deseo de tocar al vital y sensual Henry. Me dio pena cuando confesó que me había escrito una carta apasionada desde Dijon y que luego la había destruido porque la mía contenía alusiones a su hipersensualidad, que yo no había concebido como un reproche, y él así las tomó.

Ay, dormir hasta haber recuperado la entereza, despertar libre y ligera. Pensar en las muchas cartas que he de escribir me desasosiega. Ni siquiera a Henry le he mandado más que una pequeña nota. Montes, gruesas nubes, neblinas, edredones, mantas y yo, quieta como un lirón. La nariz normal. Escondo el diario en la cocina, con las cenizas.

Por Henry me he despertado y he escrito una carta. Me he despertado para recordar lo que había soñado: June había regresado. Venía a verme a mí antes de ver a Henry; estaba otra vez hosca e indiferente, como en otros sueños. Yo estaba dormida. Me despertó con un beso pero inmediatamente empezó a decirme lo decepcionada que estaba, así como a criticar mi apariencia. Cuando dijo que tenía la nariz demasiado ancha, le explique lo de la operación. Pero me arrepentí inmediatamente porque me di cuenta de que se lo contaría a Henry. Le dije que era consciente de que ella era más guapa que yo. Me pidió que la masturbara. Lo hice con gran habilidad y experimenté la misma sensación que si me lo hiciera a mí misma. Ella me agradeció el placer y se marchó dándome las gracias. «Voy a ver a Henry», dijo.

Carta a Henry: «Anoche estuve pensando en cómo podría demostrarte, mediante lo que más me costara hacer, que te amo; y sólo se me ha ocurrido mandarte dinero para que te lo gastaras en una mujer. Pensé en *la Negra*. Me gusta porque al menos siento que mi propia dulzura se derrite en ella. Por favor, no vayas con una mujer demasiado barata, demasiado vulgar. Y luego

no me lo cuentes, porque estoy segura de que ya lo has hecho. Déjame creer que te lo he regalado.»

Y al mismo tiempo, con qué alegría recibo a Hugo. He encontrado un gran placer, e incluso frenesí, en su coito. Por algún motivo que me es desconocido, en un lugar como éste no puedo echar de menos a Henry, porque Henry no encaja entre montañas, lagos, salud, soledad y sueño. Aquí triunfa Hugo, con sus bonitas piernas enfundadas en pantalones tiroleses. Descanso aquí con él, y mi vida de París con Henry es como mis sueños nocturnos.

Hugo y yo recuperamos nuestra ternura y nuestros juegos. Estar una semana alejado de mí lo hace madurar. Me parece que no podemos madurar juntos. Juntos somos blandos, débiles, jóvenes. Dependemos demasiado del otro. Juntos vivimos en un mundo irreal. Y vivimos en el mundo exterior, como dice Hugo, gracias a que tenemos éste, el nuestro, al cual recurrir.

Mi nariz perfecta lo inquietó.

–Pero a mí me gustaba aquella inclinación tan graciosa. No me gusta verte cambiar. –Al final lo convencí del progreso estético. No sé qué dirá Henry.

En cierto modo, temo recibir una carta suya. Me traerá fiebre. Aquí me he apoyado en la seguridad de la devoción de Hugo. Descanso en su gran torso velludo. De vez en cuando me siento un poco aburrida e impaciente, pero no lo demuestro. Juntos somos felices por cosas pequeñas. Como siempre, la gente nos toma por recién casados. Lo que me pregunto es si permanezco en el mundo de Hugo porque me falta coraje para aventurarme a salir completamente de él, o si es que todavía no he amado a nadie lo suficiente como para desear renunciar a mi vida con Hugo. Si él muriera, no me iría con Henry, eso está claro.

Siento una gran alegría al recibir una carta larga de Henry. Me doy cuenta de que June y él han hecho que Dostoievski esté vivo para mí y me resulte terrible. En algunos momentos me deshago de agradecimiento por lo que Henry me ha dado, simplemente siendo lo que es; en otros me siento desesperada por los desenfrenados instintos que hacen de él tan mal amigo. Recuerdo que cuando el húngaro trató de meter la mano por debajo de mi vestido, aquella noche en el «Select», demostró más sentirse herido en su vanidad que amarme. «¿Qué se ha creído, que soy idiota?»

Cuando está borracho, es capaz de cualquier cosa. Ahora se ha rapado la cabeza como un preso en un intento de auto humillación. Su amor por June es una auto laceración. A fin de cuentas, lo único que sé es que me ha fecundado de múltiples maneras y que pocos amantes tendré tan interesantes como Henry.

Al comenzar de nuevo nuestro duelo de cartas –alocadas, alegres y libres– su ausencia me produce un dolor físico, lacerante. Hoy me parece que Henry va a formar parte de mi vida durante muchos años aunque sólo sea mi amante durante unos meses. Una foto de él, con la boca abierta, me emociona. Empiezo a pensar en una lámpara que sea mejor para sus ojos, a preocuparme por sus vacaciones. Me produce una gran felicidad que haya terminado de pulir su segundo libro en los últimos dos meses, que sea tan activo y productivo. Y ¿qué echo en falta? Su voz, sus manos, su cuerpo, su ternura, su rudeza, su bondad y su maldad. «June no ha sido capaz de descubrir si soy un santo o un demonio», dice él. Yo tampoco lo sé. Al mismo tiempo, dispongo de amor en abundancia para darle a Hugo. Ello me maravilla, cuando actuamos como amantes, maldecimos las camas individuales y dormimos in-

comodísimos en una cama demasiado pequeña, nos cogemos de la mano sobre la mesa y nos besamos en el barco. Amar es fácil, y hay tantas maneras de hacerlo.

Cuando le pregunto a Henry qué es lo que le impidió leer el resto del diario violeta, me dice: «Yo tampoco sé por qué dejé de leer al llegar a cierto punto. Puedes tener la seguridad de que lo lamento. Sólo puedo decir que fue una tristeza impersonal, las cosas salían mal no por culpa de la maldad o la malicia sino por una especie de fatalidad inherente. Incluso hacer las cosas más deseadas y sagradas parece ilusorio, inestable, transitorio. Si cambiaras *X* por cierto personaje, sería lo mismo. De hecho, quizá yo me sustituía a mí mismo.»

Nadie puede evitar llorar por la destrucción del «matrimonio ideal». Pero yo ya no lloro. Se me han agotado los escrúpulos. Hugo tiene el mejor carácter del mundo, y yo lo amo, pero también amo a otros hombres. Mientras escribo esto, está a un metro de mí y yo me siento inocente.

Vivo en su reino. Paz. Sencillez. Esta noche estábamos hablando del mal y me he dado cuenta que está totalmente seguro de mí. No puede siquiera llegar a imaginarse que... mientras que yo imagino con tanta facilidad. ¿Es él más inocente que yo? ¿O es que cuando uno es tan íntegro se confía más?

Cuanto más leo a Dostoievski, más pienso en June y Henry y me pregunto si son imitaciones. Reconozco las mismas frases, el mismo lenguaje altisonante, casi los mismos actos. ¿Serán fantasmas literarios? ¿Tendrán alma propia?

Recuerdo un momento en que caí en la tentación de sentir cierto resentimiento hacia Henry. Fue unos días después de que me contara que le gustaba estar con putas. Teníamos que encontrarnos en casa de Fraenkel para hablar de la posibilidad de ayudarlo a publicar su libro. Yo me sentía muy dura y cínica. No me gustaba que me miraran como a la esposa de un banquero que podía permitirse proteger a un escritor. Estaba resentido por la tremenda angustia que me embargaba, por las noches que pasaba en vela, pensando en maneras y medios de ayudar a Henry. De pronto me pareció un parásito, un egoísta tremendamente voraz. Antes de que llegara él, hablé con Fraenkel, le dije que era imposible y por qué. Fraenkel se sintió muy apenado por Henry; yo en lo más mínimo. Entonces apareció el propio Henry. Se había vestido pulcramente para mí, para enseñarme el traje, el sombrero y la camisa nuevos. Se había afeitado cuidadosamente. No sé por qué esto me puso furiosa. No le recibí con mucho efecto que digamos. Continué hablando del trabajo de Fraenkel. Henry se dio cuenta de que pasaba algo y preguntó: «¿He venido demasiado temprano?» Finalmente dijo algo de salir a cenar. Yo le dije que no podía ir. Hugo no se había marchado a Londres como pensaba. Tenía que coger el tren de las siete y media. Miré a Henry a la cara y tuve el placer de comprobar que estaba muy desilusionado. Me fui.

Pero inmediatamente me sentí muy disgustada. Regresó toda mi ternura. Temía haberle herido. Le escribí una nota. Al día siguiente, Hugo se marchó y yo fui a verlo de inmediato. Aquella noche fuimos tan felices juntos que, justo antes de dormirse, Henry dijo: «Esto es el paraíso.»

AGOSTO 1932

Cuando leo las ardientes cartas de amor de Henry, no me emociono, no me siento impaciente por volver a él. Sus defectos pasan a primer plano. Tal vez simplemente he regresado a Hugo. No lo sé. Soy consciente de que nos separa una tremenda distancia y me resulta difícil escribirle amorosamente. Me siento hipócrita. Eludo la cuestión. Escribo menos de lo que debería. Tengo que hacer un gran esfuerzo. ¿Qué ha ocurrido?

A Hugo le sorprende que esté tan inquieta. Fumo, me levanto, me muevo arriba y abajo. No soporto mi propia compañía. Todavía no he aprendido a sustituir la introspección pensando. Podría meditar sobre Spengler, por ejemplo, pero al cabo de diez minutos ya estaría devorándome de nuevo. Como dice Gide, la introspección lo falsifica todo. Quizá me aparta de Henry. Necesito su voz y sus caricias. Me ha escrito una hermosa carta sobre los últimos días que pasamos en Clichy, Henry deseándome, perdido sin mí.

No obstante, me es imposible desearlo en presencia de Hugo. La risa de Hugo, su devoción me paralizan. Por fin le escribo insinuándole todo esto. Pero en cuanto he mandado la carta, los sentimientos artificialmente contenidos me abruma. Le escribo una nota alocada.

A la mañana siguiente recibo una voluminosa carta suya. Sólo con tocarla me emociono. «Cuando vuelvas te voy a dar una sesión de sexo y literatura – eso quiere decir follar y hablar, hablar y follar–. Anaïs, te voy a abrir hasta la ingle. Que Dios me perdone si esta carta es abierta por equivocación. Te deseo. Te amo. Eres para mí toda la maldita maquinaria, como si dijéramos. Estar encima de ti es una cosa, pero estar cerca de ti es otra. Yo me siento cerca de ti, unido a ti; tú eres mía se reconozca o no. Cada día de espera es una tortura. Los cuento lenta, dolorosamente. Ven en cuanto puedas. Te necesito. Dios mío, quiero verte en Louveciennes, verte iluminada por la luz dorada de la ventana, con tu vestido verde del Nilo, el rostro pálido, una palidez helada como la de la noche del concierto. Te amo tal como eres. Amo tu espalda, la dorada palidez, la ladera de las nalgas, el calor de tus entrañas, tus jugos. Anaïs, te amo mucho. Se me está trabando la lengua. Estoy aquí sentado escribiéndote con una tremenda erección. Percibo tu blanda boca cerrándose sobre mí, tu pierna que me agarra con fuerza, te veo de nuevo en la cocina levantándote el vestido, sentándote encima de mí y a la silla cabalgando por todo el suelo de la cocina haciendo *cloc, che.*»

Respondo en el mismo tono, adjunto mi nota alocada y mando un telegrama. Ay, no hay manera de luchar contra la invasión de Henry.

Hugo está leyendo. Me inclino y lo baño en amor, un amor que es sobre todo arrepentido. «Juro que nadie me proporcionará nunca un placer comparable al que me das tú. Para mí lo eres todo», jadea Hugo.

Me he pasado la noche en vela, con un dolor agudísimo, pensando en las sabias palabras de June: «Deja que las cosas sigan su curso.» Al día siguiente hago lentamente el equipaje soñando con Henry. Para mí es la comida y la bebida. ¿Cómo he podido, aunque sea sólo unos días, apartarme de él? Si Hugo no se riera así, como un niño, si no extendiera sus manos cálidas y velludas constantemente hacia mí, si no se inclinara para darle chocolate a un terrier escocés negro, si no volviera el rostro finamente cincelado hacia mí diciendo: «Conejito cimbrenño, ¿me quieres?»

Entre tanto, es Henry quien salta en mi cuerpo, siento su arrebató, su impulso y su empuje. La noche del lunes está demasiado lejos.

La longitud de sus cartas, de veinte a treinta páginas, simboliza su grandeza. Su mente me azota. Deseo ser sólo una mujer. No escribir libros, enfrentarme

directamente al mundo, sino vivir mediante transfusiones de sangre literaria, estar detrás de Henry, alimentándolo, descansar de la autoafirmación y la creación.

Montañeros. Humo. Té. Cerveza. La radio. Mi cabeza se separa flotando de mi cuerpo, suspendida en el humo de las pipas tirolesas. Veo ojos de rana, cabello pajizo, bocas como billeteros abiertos, narices de cerdo, cabezas como bolas de billar, manos de mono con palmas de color de jamón. Empiezo a reírme como si estuviera borracha y digo palabras de Henry: «arrea», «follar». Hugo se enfada. Estoy callada y fría. Recupero la cabeza. Me echo a llorar. Hugo, que trataba de acompasarse a mi alegría, ahora observa mi rápida transición y está anonadado.

Experimento de forma creciente esta monstruosa deformación de la realidad. Antes de salir para Austria, pasé un día en París. Tomé una habitación en un hotel para descansar porque la noche anterior no había dormido, era una pequeña habitación de buhardilla con ventanas de gablete. Mientras estaba allí tuve la sensación de que se rompían todas las conexiones, de que me separaba de todos los seres que amaba, cuidadosa y completamente. Recordé la última mirada que me dirigió Hugo; desde el tren, el rostro pálido y el beso fraternal de Joaquín, el último beso húmedo de Henry, sus últimas palabras, «¿Va todo bien?», que dice cuando está turbado y quiere decir algo más profundo.

Me separé de todos ellos exactamente igual que me separé de mi abuela en Barcelona siendo niña. Podía haberme muerto en una pequeña habitación de hotel, desposeída de mis amores y mis pertenencias, sin constar en el libro de registro. Sin embargo, sabía que si me quedaba unos días en esa habitación, viviendo con el dinero que Hugo me había dado para el viaje, podía empezar una vida totalmente nueva. Fue el terror a esta nueva vida, más que el terror a la muerte, lo que me impulsó. Salté de la cama y huí de la habitación que crecía a mi alrededor como una tela de araña, apoderándose de mi imaginación, royéndome la memoria de modo que en cinco minutos se me olvidaría quién era y a quién amaba.

Era la habitación número treinta y cinco, y al día siguiente podía haber despertado en ella convertida en una puta, en una loca, o, lo que es peor, sin cambiar en nada.

Estoy satisfecha con el día de hoy, de modo que me entretengo imaginándome penas. ¿Qué sentiría si Henry muriera, y yo oyera, en alguna esquina de París, el acordeón que oía en Clichy? Pero yo he querido sufrir. No me separo de Henry por la misma razón que June.

¿Y Allendy? Necesito de nuevo su ayuda, seguro.

París. No necesitaba la ayuda de nadie. Sólo volver a ver a Henry en la estación, besarlo, comer con él, oírlo hablar, entre más besos.

Quería ponerlo celoso, pero soy demasiado fiel, de modo que revolví en el pasado y me inventé un cuento. Escribí una carta falsa de John Erskine, la rompí y volví a pegarla. Cuando Henry llegó a Louveciennes, el fuego devoraba el resto de las cartas de John. Aquella misma noche le enseñé a Henry el fragmento que había escapado a la destrucción por haberlo tenido guardado en el diario. Se puso tan celoso que en la segunda página de su nuevo libro ha tenido que echar una bomba sobre la obra de John. Juegos infantiles. Y entre tanto soy fiel como una esclava, de sentimientos, de pensamiento y de cuerpo. Mi carencia de pasado me parece ahora buena. Ha conservado mi

ardor. He llegado hasta Henry como una virgen, fresca, sin usar, crédula, ansiosa.

Henry y yo somos uno; yacemos soldados cuatro días. No con cuerpos sino con llamas. Dios mío,, permíteme darle las gracias a alguien. Ninguna droga podría ser más potente. Qué hombre. Ha succionado mi vida y yola de él. Ésta es la apoteosis de mi vida. Henry, Louveciennes, soledad, calor estival, olores estremecedores, brisas de cánticos, y, en nuestro interior, tornados y calmas exquisitas.

Primero me puse el traje de Maja: flores, joyas, maquillaje, dureza, brillantez. Estaba enfadada, llena de odio. Había llegado de Austria la noche anterior y habíamos dormido en un hotel. Pensaba que me había traicionado! Él jura que no. Da lo mismo. Lo odiaba porque lo amaba como no he amado nunca a nadie.

Lo aguardo en la puerta cuando llega, con las manos en las caderas. Miro desde un yo salvaje. Henry se aproxima, deslumbrado; no me reconoce hasta que está muy cerca y yo sonrío y le hablo. Le parece imposible. Cree que me he vuelto loca. Entonces, antes de que acabe de recobrase, lo conduzco a mi habitación. Allí, en la rejilla de la chimenea hay una fotografía grande de John y sus cartas. Se están quemando. Sonrío. Henry se sienta en el sofá.

–Me das miedo, Anaïs –dice–. Estás tan diferente, tan extraña. Tan dramática.

Yo me siento en el suelo, entre sus rodillas.

–Te odio, Henry. Ese cuento de [la novia de Osborn] Jeanne...

Me mentiste.

Me responde con tanta calma que le creo. Y, si no lo creo, no importa. No importa ninguna maldad del mundo. John está quemado. El presente es magnífico. Henry me pide que me desnude. Me lo quito todo menos la *mantilla* de encaje negro. Me pide que me la deje puesta y se tumba en la cama, observándome. Me coloco delante del espejo lanzando claveles, pendientes. Contempla mi cuerpo a través de la blonda.

Al día siguiente me dedico animosamente a cocinar. De repente me encanta cocinar, para Henry. Cocino platos succulentos, con infinita atención. Me gusta verlo comer, comer con él.

Nos sentamos en el jardín, en pijama, embriagados de aire, de las caricias de los árboles ondulantes, los cantos de los pájaros y los cariñosos perros que nos lamen las manos. El deseo de Henry no se apaga nunca. Yo estoy dispuesta, abierta.

Por la noche, libros, charla, pasión. Cuando vierte su pasión en mí, me siento hermosa. Le muestro un centenar de rostros. Él me, observa. Todo pasa como una procesión, hasta el climax de esta mañana, antes de dejarme, cuando ve un rostro quemado, grave, sensual, moruno.

Anoche hubo tormenta. Granizo del tamaño de una canica. Un enfurecido mar de árboles. Henry está sentado en un sillón y pregunta: «¿Leemos a Spengler?» Ronronea como un gato. Tiene el bostezo de un tigre, todos los gritos de satisfacción de la selva. Le vibra la voz en el estómago. He puesto la cabeza allí para escuchar, como contra un órgano. Estoy en la cama. Llevo un vestido de encaje, nada más, pues le gusta mirarme. «Ahora –dice– pareces un Ingres.» No soporto que estemos separados. Me siento en el suelo. Me acaricia el cabello. Me da besos alados en los ojos. Es todo ternura, solicitud. La sensualidad se agotó durante la tarde, pero baja los ojos y me muestra su deseo de nuevo prominente. Él mismo se sorprende: «Te quiero; ni siquiera

pensaba en follar. Pero sólo con que me toques...» Me siento en sus rodillas y nos hundimos en la embriaguez de la succión. Durante un largo, largo rato sólo lenguas, los ojos cerrados. Luego el pene y el derrumbamiento de los muros de carne, asir, abrir, morder. Nos revolcamos por el suelo hasta que yo quedo agotada y permanezco inmóvil diciendo que no. Pero cuando me ayuda a quitarme el vestido y me abraza desde atrás, me levanto de un salto encendida de nuevo. Y después dormir, perdida, sin sueños.

–En lo referente a sensualidad –dice Henry–, casi superas a June, porque puede que sea un espléndido animal cuando la abrazas, pero después nada. Es fría, dura, lisa. Tu sexo te impregna la mente, se te sube luego a la cabeza. Todo lo que piensas es cariñoso. Siempre estás cariñosa. Lo único es que tienes cuerpo de niña. Pero tienes un gran poder para mantener la ilusión. Sabes lo que sienten los hombres después de acostarse con una mujer. Quieren echarla de la cama. Contigo es tan emocionante antes como después. Nunca me sacio de ti. Quiero casarme contigo y que regresemos juntos a Nueva York.»

Hablamos de June. Me río de sus esfuerzos por romper con ella mentalmente. Somos dos contra ella, dos en armonía, enamorados, en profunda fusión, sin embargo ella es más fuerte. Yo lo sé mejor que él. Henry ha dicho muchas cosas en contra de ella y en favor mío, pero yo sonrío con una sabiduría fundamentada en la duda. No quiero nada más que lo que me ha sido concedido estos últimos días, horas tan fecundas que toda una vida de recuerdo no podría agotarlas, gestarlas.

–Éste no es un jardín cualquiera –dice Henry en Louveciennes–. Es misterioso, sugestivo. En un libro chino se habla de un jardín celestial, un reino suspendido entre el cielo y la tierra; es éste.

Todo esto está presidido por la feliz probabilidad de que se publique su libro *Trópico de Capricornio*. Cuando estoy sola lo oigo hablar. Como la serpiente de Lawrence, su pensamiento procede de las entrañas de la tierra. Alguien lo ha comparado con un pintor que era conocido como el «pintor de los coños».

Lo comprendo mucho mejor. Hacia ciertas mujeres, demuestra dureza e insensibilidad; hacia otras un romanticismo ingenuo. Al principio, June le pareció un ángel, salido de una sala de baile, y él le ofreció una fe de tonto (June afirma que en nueve años sólo ha tenido dos amantes, y hasta ahora él se lo ha creído). En este momento lo veo como un hombre que puede ser esclavizado mediante la magia, un hombre capaz de creer cualquier cosa de las mujeres. Lo veo escogido por las mujeres (así ha sucedido con todas las que ha amado seriamente). Son las mujeres las que toman la iniciativa en el contacto sexual. Fue June la que apoyó la cabeza en su hombro y lo invitó a besarla la noche en que se conocieron. Su dureza es sólo externa. Pero, como todas las personas blandas, es capaz de cometer los actos más viles en ciertos momentos, impulsado por su propia debilidad, lo cual lo convierte en un cobarde.

Abandonaría a una mujer de la más cruel de las maneras porque no es capaz de enfrentarse a la ruptura de la relación.

También su sensualidad es responsable de actos de la más perversa naturaleza. Sólo comprendiendo la violencia de sus instintos es posible creer que un hombre puede llegar a ser tan despiadado. Su vida fluye a un ritmo tan torrencial que, como él mismo dijo hablando -de June, sólo los ángeles o los demonios pueden captar su *tempo*.

Llevamos tres días separados. Esto no es natural. Habíamos adquirido pequeños hábitos: dormir juntos, despertar juntos, cantar en el cuarto de baño, ajustar nuestros gustos y aversiones para armonizarlos. Apetezco muchísimo las pequeñas intimidades; ¿y él?

Experimento una fuerte impresión de vida inimaginable para Hugo y Eduardo. Tengo los pechos hinchados. Abro las piernas al máximo cuando hago el amor en lugar de cerrarlas como antes. He disfrutado tanto succionando que casi he alcanzado el climax. Por fin he eliminado mi yo infantil.

Aparto a Hugo de mí, exacerbo sus deseos, su terror a perderme. Le hablo cínicamente, lo ridiculizo, le señalo a otras mujeres. En mí no hay lugar para la tristeza ni las lamentaciones. Los hombres me miran y yo los miro a ellos, sin trabas. No más velos. Quiero más amantes. Ahora soy insaciable. Cuando lloro, quiero quitarme la tristeza follando.

Henry viene a Louveciennes una calurosa tarde de verano y me cubre en la mesa y luego encima de la alfombra negra. Se sienta en el borde de mi cama y parece transfigurado. El hombre disperso, fácilmente arrastrado, se serena para hablar de su libro. En este momento es un gran hombre. Yo me maravillo de él. Un momento antes, enardecido por la bebida, prodigaba sus gracias. Es muy hermoso contemplar el momento en que cristaliza. Me costó adaptarme a su estado de ánimo. Hubiera podido pasarme la tarde follando. Pero también me encantaba nuestra transición hacia una charla trascendente. Nuestras conversaciones son maravillosas, recíprocas, no duelos sino rápidas iluminaciones mutuas. Yo hago que sus pensamientos provisionales tomen cuerpo, él agranda los míos. Yo le hago detonar, él me hace fluir. Siempre hay movimiento entre nosotros. Y él agarra. Se apodera de mí como de una presa.

Estamos tumbados, poniendo sus ideas en orden, decidiendo el lugar que han de ocupar los incidentes realistas de sus novelas. Su libro se hincha en mi interior como si fuera mío.

Me fascina la actividad que tiene lugar en su cabeza, las sorpresas, la curiosidad, el deleite, la amoralidad, la sensibilidad y las maldades. Me encantó la última carta que me ha escrito: «No esperes que vuelva a estar cuerdo. Olvidemos la cordura. En Louveciennes fuimos un matrimonio, no puedes discutirme. Me marché con un fragmento de ti pegado a mí; voy por el mundo nadando en un mar de sangre, de tu sangre andaluza, destilada y venenosa. Todo lo que hago, digo y pienso está relacionado con nuestro matrimonio. Te vi dueña y señora de tu hogar, una mora de rostro gravé, una negra de cuerpo blanco, ojos por toda la piel, mujer, mujer, mujer. Me parece imposible vivir lejos de ti; estos intervalos son la muerte. ¿Qué sentiste cuando regresó Hugo? ¿Estaba yo todavía allí? No te imagino moviéndote de aquí para allá con él como te habías movido conmigo. Las piernas, cerradas. Fragilidad. Dulce y traicionera aquiescencia. Docilidad de pajarito. Conmigo te hiciste mujer. Yo estaba casi aterrado. Tú no tienes sólo treinta años, tienes mil años.

«He vuelto a casa y todavía ardo de pasión, como el vino humeante. No es ya una pasión por la carne sino un apetito total de ti, un hambre devoradora. He leído los artículos sobre el suicidio y el asesinato y lo comprendo todo plenamente. Me siento asesino, suicida.

«Aún te oigo cantar en la cocina... una especie de lamento cubano inarmóni-

co y monótono. Sé que eres feliz en la cocina y la comida que estás preparando es la mejor que hemos comido juntos. Sé que te escaldarías y no te quejarías. Siento una paz y una alegría inmensas sentado en el comedor oyéndote trajinar, tu vestido, como la diosa Indra, tachonado de un millar de ojos. Anaïs, antes pensaba que te amaba, pero no era nada comparado con la certeza que tengo ahora. ¿Ha sido esto tan maravilloso porque ha sido breve y robado? ¿Actuamos por el otro para el otro? ¿Era yo menos yo o más yo, y tú menos tú o más tú? ¿Es una locura creer que esto podría continuar? Te estudio para descubrir los posibles defectos, los puntos débiles, las zonas peligrosas.. No encuentro ninguno, ninguno. Eso quiere decir que estoy enamorado, ciego, ciego, ciego. ¡Ojalá pudiera estar ciego siempre!

«Te imagino poniendo los discos una y otra vez, los discos de Hugo. *Parlez moi d'amour*. La doble vida, doble sabor, doble alegría y doble desdicha. Debes de sentirte agobiada. Lo sé pero no puedo hacer nada por evitarlo. Ojalá fuera yo el que tuviera que soportarlo. Ahora sé que tienes los ojos bien abiertos: Algunas cosas ya no las crearás, algunos gestos ya no los repetirás, algunas penas y temores ya no los experimentarás. Una especie de fervor criminal blanco en tu ternura y crueldad. Ni remordimiento ni venganza, ni pena ni culpa. Vivir sin nada que te salve del abismo más que una gran esperanza, una fe, una alegría que probaste, que puedes repetir cuando quieras.

«Mientras truena y relampaguea yo permanezco en la cama y tengo sueños salvajes. Estamos en Sevilla, luego en Fez, luego en Capri y luego en La Habana. Estamos de viaje, pero siempre hay una máquina y libros, tu cuerpo está siempre cerca de mí y tu mirada no cambia nunca. La gente dice que seremos desgraciados, que nos arrepentiremos, pero somos felices, siempre riendo, cantando. Hablamos español, francés, árabe y turco. Nos admiten en todas partes y siembran nuestro camino de flores. He dicho que es un sueño alocado pero es un sueño que quiero vivir. La vida y la literatura combinadas; el amor, la dinamo; tú, con tu alma de camaleón, me das un millar de amores, anclada siempre en cualquier tormenta, en casa, en cualquier sitio. Por la mañana, continuamos donde lo dejamos. Resurrección tras resurrección. Tú te afirmas y vives la vida rica y variada que deseabas; y cuanto más te afirmas, más me deseas, más me necesitas. Tu voz se hace más ronca, más grave, tus ojos más negros, tu sangre más densa, tu cuerpo más lleno. Un voluptuoso servilismo y una tiránica necesidad. Más cruel ahora que antes, consciente y voluntariamente cruel. El insaciable deleite de la experiencia...»

Resulta irónico que la experiencia más profunda de mi vida se me presente cuando lo que ansío no es profundidad sino placer. El sensualismo me consume. Miro con menos intensidad lo profundo y serio, pero es eso lo que fascina a Henry, las profundidades que todavía no ha alcanzado en el amor.

¿Es éste el momento culminante? Si regresara June en este instante para dejarnos a Henry y a mí con este sabor de climax, que no volveremos a alcanzar, que no puede ser destruido.

–Quiero dejar una cicatriz en el mundo –dijo Henry.

Le escribo lo que siento sobre su libro, y luego: «Nunca habrá oscuridad porque en ambos hay siempre movimiento, renovación, sorpresas. Nunca he conocido el estancamiento. Ni siquiera la introspección ha sido una experiencia inmóvil... Si esto es así, piensa en lo que encuentro en ti, que eres una mina de oro. Henry, te amó con una conciencia, un conocimiento de ti, que te abarca todo con la fuerza de mi mente y mi imaginación, además de la de mi

cuerpo. Te amo de tal manera que puede regresar June, destruirse nuestro, amor y nada dañará la fusión que hemos vivido... Pienso en lo que dijiste: "Quiero dejar una cicatriz en el mundo". Yo te ayudaré. Quiero dejar la cicatriz femenina.»

Hoy seguiría a Henry al fin del mundo. Lo que me detiene es que los dos estamos sin un céntimo.

Lucidez: en Henry hay una falta de sentimiento (no de pasión ni de emoción) que delata su énfasis en el sexo y la conversación. Cuando habla de otras mujeres, lo que recuerda de ellas son sus defectos, sus características sensuales o sus disputas. El resto está ausente o sobreentendido. Todavía no lo sé. Los sentimientos son trabas. No hay que adorar a Henry como ser humano sino como genio-monstruo. Puede ser blando de corazón, pero sólo indiscriminadamente. Movidio por la generosidad, le regaló a Paulette el par de medias que yo me había dejado en su cajón, el mejor par que tenía, mientras yo llevaba otras remendadas para poder ahorrar y comprarle regalos a él. El dinero que le mandé desde Austria para que se lo gastara en una mujer, se lo gastó en comprarme discos. Y robó quinientos francos del legado que le dejó Osborn a su novia cuando se marchó a América. Le da a mi perro la mitad del bistec y se guarda el cambio excesivo que le ha dado un taxista por equivocación. Estos repentinos actos de insensibilidad, que también aparecen en June, me dejan perpleja y supongo que también debo de ser víctima de ellos, aunque Henry jura que no podría actuar así conmigo. Y hasta ahora en su tratamiento no veo otra cosa que suprema delicadeza. No ha dudado en soltar verdades crueles (es perfectamente consciente de mis defectos), pero al mismo tiempo sucumbe al embrujo, a la blandura. ¿Por qué confío tanto en él, creo en él y no le tengo miedo? Quizás es el mismo error que cometió Hugo confiando en mí.

Anhelo a Henry, sólo a Henry. Quiero vivir con él, ser libre con él, sufrir con él. Algunas frases de sus cartas me obsesionan. Sin embargo, tengo dudas sobre nuestro amor. Temo mi impetuosidad. Todo está en peligro. Todo lo que he creado. Sigo a Henry el escritor con toda mi alma de escritora, entro en sus sentimientos mientras vaga por las calles, comparto sus curiosidades, sus deseos, sus putas, pienso sus pensamientos. Todo en nosotros está unido en matrimonio.

Henry, no me mientes; eres todo lo que creo que eres. No me engañes. Mi amor es demasiado nuevo, demasiado absoluto, demasiado profundo.

Esta noche, mientras Hugo y yo bajábamos desde la cima de la colina, he visto París envuelta en una neblina de calor. París. Henry. No he pensado en él como hombre sino como vida.

Perversamente, le he dicho a Hugo «Hace un calor terrible. ¿No podríamos invitar a Fred, Henry y Paulette a pasar la noche en casa?»

Ello se debía a que esta mañana he recibido las primeras páginas de su nuevo libro, unas páginas estupendas. Ahora es cuando está escribiendo mejor, enfebrecido pero coherente. Cada palabra, da en el clavo. Está entero y fuerte como nunca lo ha estado. Quiero respirar su presencia unas horas, darle de comer, refrescarle, llenarlo de esa emanación de tierra y árboles que enardece su sangre. Dios mío, es como vivir un orgasmo continuo, sólo interrumpido por pequeñas pausas entre arrebatos.

Quiero que Henry sepa esto: soy capaz de subordinar los celos de mujer a la

apasionada devoción por el escritor. Siento una orgullosa servidumbre. En sus escritos hay un esplendor que transfigura todo lo que toca. Anoche Henry y Hugo se defendieron mutuamente, se admiraron mutuamente. Floreció la generosidad de Hugo. Una vez en nuestro dormitorio le compensé por ello. Durante el desayuno, que tomamos en el jardín, leyó las últimas páginas de Henry. Su entusiasmo se inflamó. Yo aproveché la ocasión para proponer que le abriéramos nuestra casa, a él, el gran escritor. Mientras me cogía la mano, sopesando mis tranquilizadoras palabras —«Henry me interesa como escritor, nada más»— consintió en todo lo que yo quería. Salí a la verja a despedirlo. Es feliz sólo con sentirse amado, y yo estoy asombrada ante mis propias mentiras, mi fingimiento.

No salí indemne del infierno de la visita de Henry. El desarrollo, de esos dos días fue intrincado. Justo cuando yo empezaba a actuar como June, «capaz de adoración, devoción, y también de la mayor sensibilidad para obtener lo que quiere», como había dicho Henry, él se puso sentimental.

Fue después que Hugo se marchara a trabajar. «Es tan sensible que no deberíamos hacerle daño a un hombre así», dijo Henry. Ello levantó una tormenta en mí. Abandoné la mesa y me fui a mi dormitorio. Vino a verme llorar, con lo cual demostraba sensibilidad, y se alegró de ello. Pero yo me puse tensa, venenosa.

Cuando Hugo regresó aquella noche, Henry empezó de nuevo a escucharlo atentamente, a hablar en su lengua, gravemente, ponderadamente. Estábamos los tres en el jardín.

Al principio nuestra charla era inconexa, hasta que Henry comenzó a hacer preguntas sobre psicología. (En algún momento del día, seguramente llevada por los celos de June, había dicho algo que lo había puesto celoso de Allendy.) Todo lo que yo había leído el año anterior, todo lo que había hablado con Allendy y mis propias reflexiones sobre el tema, todo, brotó de mí con sorprendente energía y claridad.

De pronto, Henry me interrumpió y dijo:

—No me fío ni de las ideas de Allendy ni de lo que pienses tú, Anaïs. Sólo lo he visto una vez, pero es un bruto, un hombre sensual, letárgico, con un fondo de fanatismo en los ojos. Y tú... tú me explicas las cosas de una manera tan clara y tan bonita... tan transparente, que todo parece sencillo y cierto. Eres muy avispada, muy lista. No me fío de tu inteligencia. Haces que todo encaje maravillosamente, cada cosa en su sitio, resulta de una claridad convincente, demasiado convincente. Y entre tanto, ¿dónde estás? No te encuentras en la clara superficie de tus ideas, sino que ya te has sumergido a más profundidad, a regiones más oscuras, para que los demás piensen que les has dado todos tus pensamientos, imaginen que te has entregado en esa claridad. Pero hay capas y más capas... no tienes fondo, eres insondable. Tu claridad es engañosa. Eres el pensador que despierta más confusión en mí, más dudas, más inquietud.

Éste es el esquema de su ataque. Lo expuso con extraordinaria irritación y vehemencia. Y Hugo añadió con calma:

—Parece que te ofrece una estructura perfecta y que luego se escabulle y se ríe de ti.

—Exactamente —dijo Henry.

Me eché a reír. Me di cuenta de que la suma total de sus críticas era halagadora y me alegraba de haberlo irritado y confundido, pero entonces me invadió la amargura al pensar en la posibilidad de que, de pronto, se pusiera en

contra mía. Sí, la guerra era inevitable. Hugo y él continuaban hablando mientras yo trataba de rehacerme. Fue demasiado inesperado para mí. También la admiración de Henry hacia Hugo era sorprendente, después de todo lo que había dicho.

Recuerdo que pensé: «Ahora las dos mentes lentas, el pesado alemán y el discreto escocés, se han solidarizado contra mi agudeza.» Bueno, pues seré más aguda y más traicionera. Henry se identifica con Hugo, el marido, como yo me identifico con June. June y yo hubiéramos flagelado a los dos hombres con placer.

¡Menuda noche! ¿Cómo puede una dormirse emponzoñada, anegada de lágrimas, todavía humeante de rabia? Adelante, Henry, compadécete de Hugo porque voy a engañarlo un centenar de veces. Engañaría al hombre más grande y bueno de la tierra. El ideal de fidelidad es una broma. Recuerda lo que te he enseñado esta noche: la psicología pretende establecer las bases de la vida no en ideales sino en la sinceridad con uno mismo. Pega, pega todo lo que quieras. Yo devolveré los golpes.

Me dormí llena de odio y de amor por Henry. Luego Hugo me despertó con caricias tratando de hacerme el amor. Medio dormida, lo aparté de mí, sin sentimientos. Luego busqué excusas.

Al día siguiente me desperté pesada, irritable. Henry estaba sentado en el jardín. Se había quedado para hablar. Le preocupaba la noche anterior. Yo no hice más que escuchar. Me dijo que había actuado como siempre, diciendo cosas que no creía. «¿Que no creías?», repetí. Sí, se había dejado llevar por su intención de disimular el amor que siente por mí. No admiraba a Hugo tanto como había dicho, ni mucho menos. La verdad era que mi diatriba le había hecho perder la cabeza. Quería abrazarme. No me había visto nunca ir hasta el fondo de una cuestión de aquella manera. Para él la mayor parte de mis pensamientos eran taquigráficos. Había luchado contra la admiración, los celos de Allendy, así como contra un odio perverso hacia la persona capaz de decirle algo nuevo. Le había abierto nuevos mundos.

Se me ocurrió que podía estar fingiendo, una comedia tras otra, que ahora, no sé por qué motivo, estaba jugando conmigo. Se lo dije. Y él me contestó con calma;

–Pongo a Dios por testigo, Anaïs; no te he mentado nunca. No es culpa mía si no me crees.

Su explicación me pareció floja. ¿Qué necesidad tenía de disimular? Yo me ocupaba de la ceguera de Hugo. ¿No era más bien que le gustaban las dificultades, que nuestra última semana de interpenetración, armonía y confianza, ahora despertaba su usual ansia perversa de discordia?

–No, Anaïs, no quiero guerra, pero he perdido la confianza. Dijiste que Allendy... –Ay, Allendy. Así que lo había herido, lo había provocado. Los celos lo inspiraban.

–No te voy a privar del placer que encuentras en los celos respondiendo a tus preguntas –le dije.

Entonces dijo una cosa que me emocionó:

–Lo que quiere un hombre [¡lo que quiere un hombre!] es creer que una mujer es capaz de amarlo tanto que ningún otro hombre puede interesarle. Sé que es imposible. Sé que cada alegría lleva consigo su propia tragedia. –Entonces, ¿podríamos abrirnos de nuevo? ¿Si éramos sinceros?

–Oye –dije torpemente, lo que quiere un hombre es lo que te he dado yo hasta ahora, con un absolutismo que tú no eras siquiera capaz de imaginar.

—Es maravilloso —dijo, con mucha ternura, aturdido. Nuestro primer duelo había tocado a su fin.

En todo esto había una gran irracionalidad. Más en sus explicaciones que en sus acciones iniciales. ¿Era realmente una escena de celos o la primera expresión de su inestabilidad en las relaciones humanas, su irresponsabilidad? Por una vez, me hallo ante una naturaleza más complicada que la mía. Puede ser que nos hayamos vuelto más interesantes para el otro a costa de la confianza. Él se alegra de haberme visto emitir toda la gama de sonidos, como un instrumento. Humanamente, he perdido algo. Fe, quizás. En lugar de abrirme ciegamente a él, recurro al ingenio.

Luego se le saltan las lágrimas mientras me cuenta que su padre pasa hambre, pero a mí no me conmueve. Daría cualquier cosa por saber si le ha mandado a su padre algo del dinero que le he dado yo, pasando hambre para hacerlo. Lo único que necesito saber es: ¿Es capaz de mentirme? Yo le he amado y mentido a la vez. Me veo envuelta en mentiras que aparentemente no penetran en mi alma, como si fueran ajenas a mí. Son disfraces. Cuando amaba a Henry, como lo amé esos cuatro días, lo hacía con un cuerpo desnudo que se había deshecho de sus disfraces y olvidado de sus mentiras. Tal vez a Henry no le ocurra igual. Pero el amor, en todo esto, tiembla como una lanza en una duna. Mentir, naturalmente, es engendrar locura. En cuanto entro en la caverna de mis mentiras, caigo en la oscuridad.

No he tenido tiempo de anotar las mentiras. Quiero empezar. Supongo que no deseaba ni verlas. Si la unidad es imposible para el escritor, que es un «mar de protoplasma espiritual, capaz de fluir en todas direcciones, de engullir todo objeto que encuentre en su camino, de introducirse por todas las grietas, de llenar todos los moldes», como dijo Aldous Huxley en *Contrapunto*, al menos es posible la verdad, o la sinceridad sobre las insinceridades de uno. Es cierto, como dijo Allendy, que enriquezco con sentimientos reales lo que mi mente engendra ficticiamente, y, de buena fe, me dejo convencer por mis propias invenciones. Me llamó «le *plus sympathique*» de los insinceros. Sí, soy el más noble de los hipócritas. Mis motivos, según revela el psicoanálisis, poseen el menor grado posible de malevolencia. No permito que mi amante duerma en la cama de mi marido con intención de herir a nadie. Es porque carezco de sentido de lo sagrado. Si el propio Henry hubiera sido más valiente, le hubiera dado a Hugo una poción somnífica durante su visita para poder dormir con él. Sin embargo, fue demasiado tímido para robar un beso. Hasta que Hugo se hubo marchado no me tendió sobre las hojas de hiedra de la parte trasera del jardín.

Una vez pasé cuatro días con un apasionado amante humano. Ese día me folló un caníbal. Yo yacía exhalando sentimientos humanos, y en ese preciso momento supe que era inhumano. El escritor está revestido de su humanidad, pero no es más que un disfraz.

Lo que había dicho la noche anterior de la sinceridad, de la dependencia mutua, del flujo de confianza que es imposible de establecer hasta con el ser amado, había dado en el blanco.

Quizá mi deseo de preservar la magnificencia de esos cuatro días que pasé con Henry es un esfuerzo inútil. Tal vez, como Proust, soy incapaz de moverme. Elijo un punto del espacio y doy vueltas alrededor de él, como durante dos años di vueltas alrededor de John. El movimiento de Henry es un marti-

lleo constante para producir chispas, a despecho de las mutilaciones que acarrea.

Más tarde le pregunté:

—¿Cuando vuelven tus sentimientos por June, alteran, aunque sólo sea un momento, nuestra relación? ¿Se interrumpe nuestra conexión? ¿Regresan tus sentimientos a un amor fundamental, o fluyen en dos direcciones? Henry dijo que era un flujo doble, que llevaba en la cabeza una carta a June: «Quiero que regreses, pero has de saber que amo a Anaïs. Tienes que aceptarlo.»

La desavenencia entre el cuerpo de Hugo y el mío me va a volver loca. Sus constantes caricias me resultan intolerables. Hasta ahora podía impermeabilizarme, hallar un placer tierno en su proximidad. Pero hoy es como vivir con un extraño. No soporto que se siente cerca de mí, que me pase la mano por las piernas, que me toque el pecho. Esta mañana, cuando me ha tocado, me he apartado de un salto enfurecida. Él estaba muy desconcertado. No aguantó su deseo. Quiero huir. Mi cuerpo está muerto para él. ¿Qué va a ser de mi vida? ¿Cómo voy a seguir fingiendo? Mis excusas son fútiles, débiles: malestar, mal humor. Son mentiras transparentes. Le haré daño. ¡Cómo ansío la libertad!

Durante la siesta, Hugo ha tratado de poseerme de nuevo. He cerrado los ojos y lo he permitido, pero sin placer. Si bien es cierto que este año he alcanzado nuevas alturas de placer, también es verdad que nunca me había sumergido en profundidades tan negras. Esta noche tengo miedo de mí misma. Podría abandonar a Hugo en este preciso instante para convertirme en un desecho. Me vendería, me drogaria, moriría con voluptuoso placer.

—Dime algo de ti mismo que no sepa, dime algo nuevo —le dije a Hugo, que presumía de estar un poco borracho—. ¿No tienes nada que confesar? ¿Y no podrías inventarte algo?

No comprendió lo que quería decir. Y tampoco lo comprendió cuando me alejé de un salto de sus caricias. Bendita fe. Para que se rían de uno, lo utilicen a uno. ¿Por qué no eres más avisado, menos crédulo? ¿Por qué no me devuelves los golpes, por que no tienes aberraciones, pasiones; comedias que representar, crueldad?

Hoy, mientras, trabajaba, me he dado cuenta de que le he revelado a Henry muchas de mis ideas sobre June y ahora las está utilizando. Me siento despojada y él lo sabe, porque me escribe que se ve como un ladrón. ¿Qué podía hacer yo? Escribir como una mujer y sólo como una mujer. He trabajado toda la mañana y he seguido sintiéndome pletórica.

Lo que Henry me ha pedido es intolerable. No solamente tengo que contentarme con un amor a medias, sino que tengo que alimentar su concepción de June, así como su libro. A medida que me llega cada página, y le va haciendo cada vez más justicia, me convengo más de que se ha apoderado de mi visión. Desde luego, ninguna mujer ha pedido nunca tanto. Henry no se lo pediría a la primitiva June. Está poniendo a prueba mi coraje hasta el límite. ¿Cómo puedo salir de esta pesadilla?

Henry me ha observado esperando ver mi primera debilidad, el primer asomo de celos, y lo ha visto y se ha deleitado en él. Por ser una mujer que comprende, se me pide que lo comprenda todo, que lo acepte todo. Exigiré una compensación. Quiero un millón de días como los cuatro que pasé con Henry, y voy a conseguirlos aunque no sean con él. Devolveré a Henry y June uno a otro, me lavaré las manos de todos los papeles sobrehumanos.

No se aprende a sufrir menos sino a esquivar el dolor. Como medio de evasión, comencé a pensar en Allendy. Sus ideas han estado detrás de muchos de mis actos. Es él el que me ha enseñado que puede entenderme más de un hombre, que aferrarse a una persona es señal de debilidad, que sufrir es innecesario. Creo que mis sentimientos por él cristalizaron cuando Henry lo describió aquella noche en el jardín. Lo calificó de hombre sensual. Recuerdo con claridad el aspecto que tenía en la última sesión. Entonces yo estaba demasiado llena de Henry para darme cuenta. El otro día le escribí a Allendy una carta de agradecimiento y la terminé adjuntando una copia parcial de una carta de Henry. Encajaba perfectamente con lo que le decía yo y demostraba lo que, psicoanalíticamente, podía considerar un éxito. Pero lo cierto es que esperaba ponerlo celoso.

Lo que he encontrado en Henry es único, no puede repetirse. Pero hay otras experiencias que vivir. Sin embargo, esta noche estaba pensando cómo mejorar su último libro, cómo fortalecerlo, cómo darle seguridad.

Pero él también me ha fortalecido a mí; ahora tengo fuerza suficiente para pasarme sin él, si es necesario. No soy esclava de una maldición infantil. El mito que he buscado para volver a vivir la tragedia de mi infancia ha sido aniquilado. Quiero un amor completo e igualitario. Voy a huir de Henry tan activamente como pueda.

Vino ayer. Un Henry serio y fatigado. Tenía que venir, dijo. Llevaba varias noches sin dormir, enfrascado en el libro. Olvidé mis penas. Henry está cansado. Él y su libro han de ser alimentados.

—¿Qué quieres, Henry? Tumbate en el sofá. Toma un poco de vino. Sí, he estado trabajando en esta habitación. No me beses ahora. Comeremos en el jardín. Sí, tengo mucho que contarte, pero todo debe esperar. Estoy retrasándolo todo deliberadamente porque puede obstaculizar el desarrollo de tu libro. Todo puede esperar.

Entonces, Henry, pálido, intenso, los ojos muy azules, dijo:

—He venido a decirte que mientras trabajaba en el libro me he dado cuenta de que todo lo que había entre June y yo murió hace tres o cuatro años. Que lo que vivimos la última vez que estuvo aquí no fue más que una continuación automática, como una costumbre, como una prolongación de un impulso que no puede detenerse. Naturalmente, fue una experiencia tremenda, la mayor revuelta. Por eso escribo con tanto frenesí sobre ello. Pero lo que escribo es el canto del cisne. Has de diferenciar entre la evocación del pasado que hace el escritor y sus sentimientos actuales. Te amo, te lo aseguro. Quiero que vengas conmigo a España, con cualquier pretexto, unos meses. Sueño con poder trabajar juntos. Quiero que estés cerca de mí hasta que las cosas se arreglen de modo que pueda protegerte del todo. June me ha enseñado una amarga lección. June y tú no podéis medrar en la miseria, las penalidades. No es vuestro elemento. Ambas sois demasiado importantes. No te lo voy a pedir. —Yo estaba aturdida—. Desde luego —añadió—, yo he tenido que vivir todo eso, pero precisamente porque lo he vivido, he terminado y puedo experimentar un nuevo tipo de amor. Me siento más fuerte que June, pero si regresa podemos volver a empezar por una especie de fatal necesidad. Lo que quiero es que me salves de June. No quiero que vuelva a hundirme, a humillarme, a destruirme. Sé lo suficiente para saber que quiero romper con ella. Temo su regreso, la destrucción de mi obra. Reconozco que he absorbido tu tiempo y tu atención, te he preocupado, herido, incluso; que los problemas de otras personas también recaen sobre ti; que se te pide que resuelvas problemas,

que ayudes. Y al mismo tiempo está tu obra, más profunda y mejor que la de cualquiera, y a nadie le importa un comino, nadie te ayuda.

–Pero Henry, a ti sí qué te importa un comino –dije riendo–, y, además, puedo esperar. Eres tú el que está retrasado y necesita ponerse al día.

Le conté un poco de la tormenta por la que había pasado yo los últimos días. Me sentía como un condenado a muerte súbitamente amnistiado. Parecía que ya no importaba con qué frecuencia June recuperara a Henry. En aquel momento él y yo estábamos casados indisolublemente. La fusión de cuerpos que siguió fue casi accidental, por primera vez nada más que un símbolo, un gesto, una fusión tan sutil que daba la impresión de que se producía en el espacio, y que los movimientos del cuerpo tenían lugar a un ritmo más lento.

He escrito treinta páginas sobre June en un estilo intenso e imaginativo, lo mejor que he hecho hasta ahora. Es bueno ver que los experimentos de laboratorio culminan en una explosión lírica.

Anoche me divertí mucho en el «Grand Guignol»: las convulsiones de una mujer que yacía desnuda en un sofá de terciopelo negro tentaron mi pasión. Una mujer exuberante se quita el traje. Sentí una tremenda excitación sexual.

Hugo y yo fuimos también a otra casa donde las mujeres eran más feas que las del 32 de la rue Brondel. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de espejos. Las mujeres se movían como un rebaño de animales pasivos, de dos en dos, dando vueltas al son de la música del fonógrafo. Yo esperaba mucho de aquel sitio y me parecía imposible que las mujeres pudieran ser tan feas. En mi cabeza, la danza de las mujeres desnudas era todavía una orgía bella y voluptuosa. Al ver los pechos caídos con sus grandes ápices pardos y apergaminados, las piernas amoratadas, las prominentes barrigas, las sonrisas desdentadas, y la brutal masa de carne dando vueltas apáticamente, como los caballos de madera de un ti vivo, quedé profundamente abatida. No sentí siquiera lástima. Sólo fría observación. Volvemos a ver poses monótonas, y entre tanto, cuando resulta más artificial, las mujeres se besan desapasionadamente, asexualmente. Caderas, nalgas hundidas, la misteriosa oscuridad entre las piernas, todo expuesto de una manera tan carente de sentido que Hugo y yo tardamos dos días en superar la asociación de mi cuerpo, mis piernas y mis pechos de aquel tropel de animales dando vueltas. Lo que me gustaría es unirme a ellos una noche, entrar desnuda en la habitación con ellos, mirar a los hombres y mujeres allí sentados y ver su reacción cuando aparezco, yo y mi halo de ilusión.

Crueldad para con Eduardo. Después de haber elaborado un plan de dominación intelectual del dolor, me siento muy cerca de él en el sofá y le hago leer lo que ha escrito Henry, cosa que no soporta. Dice que estoy criando un pequeño gigante. Le veo mirar mis agresivos pechos. Le veo ponerse pálido y huir precipitadamente en un tren anterior al que pensaba coger.

Hoy casi me he vuelto loca de deseo de estar con Henry. No puedo estar tres días sin él. Esclavitud gozosa y terrible. ¡Quién fuera hombre para poder darse satisfacción con toda facilidad, de forma indiscriminada!

He regresado, por caminos tortuosos, a la sencilla máxima de Allendy que afirma que el amor excluye la pasión y la pasión el amor. La única vez que el amor de Hugo y mío se convirtió en pasión fue durante las desesperadas peleas que manteníamos después de nuestro regreso de Nueva York, y June le

ha dado a Henry la máxima pasión en circunstancias similares. Yo podría darle el máximo amor, pero me niego porque en este momento la pasión me parece más valiosa. Quizás esté ciega a valores superiores. En mi reconciliación con Henry del otro día había un peligro, el peligro de enamorarse. No sólo debería haber dejado que se pusiera celoso de Allendy sino haberlo engañado con Allendy. Ello hubiera elevado nuestro amor a pasión. Henry cambia hasta su vocabulario cuando me escribe a mí sobre mí; su tono es menos extravagante, más profundo. Y yo me opongo a este tratamiento porque estoy exaltada hasta el paroxismo. Únicamente la pasión me satisface. Sin embargo, no puedo actuar según mis anhelos. Allendy me ha hecho cogerles miedo a los actos premeditados. Mis instintos me llevan a amar una y otra vez.

Después de un fin de semana largo, Henry me ha llamado para decirme que no vendrá a verme hasta el miércoles. Yo llevaba todo el día esperándole. Le he dicho que no podría verlo hasta el jueves, que estoy trabajando para Allendy. Quería herirle. Y cuando menciono nuestro proyecto de ir a España, dice: «En estas circunstancias, es mejor no ir.»

Entonces he sabido que solamente me amaba para consolarse de la pérdida de June, para ayudarse a vivir, por la felicidad que podía proporcionarle. Incluso el viaje a España había sido proyectado para zafarse de June, no para estar conmigo. En cuanto regrese Allendy, me entregaré a él.

Hugo ha leído las treinta páginas que tratan de June y ha dicho admirado que eran buenas. Nuevamente me pregunto si es que sólo está medio vivo o si simplemente es incapaz de expresarse. Se lo pregunto y lo ofendo. Hace una declaración notable: «Si éste es tu verdadero yo, el que estás afirmando, entonces es un yo muy duro.»

Sí. Esta afirmación es el comienzo de June, de otro volcán. Llevo varios siglos dulcemente dormida y estoy haciendo erupción sin previo aviso. La dureza que hay en mí, en cantidades inagotables, se fue acumulando lentamente durante los esfuerzos que hice para dominar la voracidad de mi ego. Henry también sufrirá. Le he pedido que venga hoy.

Ha venido inmediatamente, en bicicleta, blando y ansioso. Le he dejado leer una larga carta que escribí con todas las cosas que le había contado al diario. No ha protestado, se ha reído con cierta tristeza. Luego se ha sentado en el sofá, completamente absorto por el terror a saber con qué facilidad podría desmoronarse todo. Esperé, extrañada de su reflexividad. Finalmente, despertó para decir: «Sólo soy lo que imaginas que soy.» No sé qué más dijimos. Me di cuenta de cuál era el alcance y cuáles los límites del amor de Henry, del hecho de que June lo posea contra su voluntad, igual que a mí, y de que amaba profundamente, igual que yo a él. Cuando, atormentado, me dijo «necesito saber lo que quieres», yo le dije: «Nada más que esta intimidad. Cuando entre nosotros hay armonía puedo soportar mi vida.»

—Me he dado cuenta de que unas vacaciones de unos meses en España no es solución —dijo—. Y sé que si las hiciéramos no regresarías nunca a Hugo. Yo no te dejaría regresar.

—No puedo concebir nada más allá de unas vacaciones a causa de Hugo. —Nos miramos uno a otro y supimos cuánto estábamos pagando cada uno por su debilidad: él por su esclavitud de la pasión, y yo por mi esclavitud de la misericordia.

Los días que siguieron fueron únicos, resplandecientes. Charlas y pasión,

trabajo y pasión. Lo que he de conservar, de apretar afectuosamente contra mi pecho, son las horas pasadas en esa habitación del último piso. Henry no podía dejarme. Se quedó dos días, que culminaron en tal explosión de frenesí sexual que mi ardor no se apagó hasta mucho tiempo después.

He dejado de preocuparme. Me relajo y me limito a amarle. Recibo tanto amor de él que justificaría toda mi existencia. Cuando lo nombro tartamudeo. Cada día es un hombre nuevo, con nuevas profundidades y sensibilidades.

Hoy he recibido una fotografía suya. Me ha producido una extraña sensación ver su boca carnosa, la nariz bestial, los ojos pálidos y fáusticos, esa mezcla de delicadeza y animalismo, de dureza y sensibilidad. Creo que he amado al hombre más notable de nuestra era.

Me he pasado la mayor parte de la vida enriqueciendo todo lo posible la larga espera de los grandes acontecimientos que ahora me llenan tan completamente que estoy agobiada. Ahora comprendo la aterradora inquietud, la trágica sensación de fracaso, la profunda insatisfacción. Esperaba. Ésta es la hora de la expansión, de vivir verdaderamente. El resto fue una preparación. Treinta años de vigilancia angustiada. Y ahora llegan los días para los que he vivido. Y ser consciente de ello, tan plenamente consciente, es lo que resulta casi insoportable. Los seres humanos no toleran el conocimiento del futuro. Para mí el conocimiento del presente resulta igualmente deslumbrante. ¡Ser tan rico, *y saberlo!*

Anoche Hugo apoyó la cabeza en mis rodillas. Al mirarlo tiernamente, me dije a mí misma: «¿Cómo puedo revelarle alguna vez que no lo amo?» Y, lo que es más, me doy cuenta de que no estoy totalmente absorbida por Henry; Allendy me preocupa; la otra noche me sentí sentimentalmente excitada por la presencia de Eduardo. Lo cierto es que soy caprichosa y tengo excitaciones sensuales en muchas direcciones. El jueves veré a Allendy. Espero ansiosamente este encuentro. En mi imaginación, he ido con él al restaurante ruso y él me ha venido a ver a Louveciennes. Henry tiene motivos para estar celoso de Allendy. El propio Allendy me ha liberado del sentimiento de culpa.

Las últimas páginas que he escrito han impresionado sobremanera a Henry. ¿Era algo más que brocado, ha preguntado, algo más que un hermoso lenguaje? A mí me disgustó que no lo comprendiera. Empecé a explicarlo y él dijo, lo mismo que todo el mundo: «Pues deberías dar una pista, aproximarte poco a poco; nos lanzas a lo extraño inesperadamente. Hay que leerlo cien veces.»

—¿Quién va a leerlo cien veces? —dije yo con tristeza, pero entonces pensé en *Ulises* y en los estudios que lo acompañan. Sin embargo, Henry, con su característica minuciosidad, no se detuvo ahí. Empezó a andar arriba y abajo y a decir apasionadamente que debo volverme humana y contar historias humanas. Aquí me enfrenté al problema de toda mi vida. Quería continuar por ese camino abstracto e intenso, pero ¿lo aguantaría alguien? Hugo lo comprendía no intelectualmente, como poesía; Eduardo como simbolismo. No obstante, para mí, esas frases de brocado tenían significado. Cuanto más hablaba de mis ideas, más se entusiasmaba Henry, hasta que empezó a gritar que debería continuar exactamente en el mismo tono, que estaba haciendo una cosa sin precedentes. La gente tendría que esforzarse por descifrar-me. Él siempre había sabido que yo haría algo único. Además, dijo, se lo de-

bía al mundo. Si no hacía algo bueno merecía la horca, después de nutrir esa obra con el diario de toda una vida, el exprimidor de naranjas, donde quedaban todas las simientes y toda la pulpa.

—¿Cómo voy a volver ahora a Clichy? —dijo de pie junto a la ventana—. Es como regresar a la cárcel. Aquí es donde uno crece, se expande, gana profundidad. Cómo me gusta esta soledad. Qué enriquecedora es.

Y yo me puse detrás de él, pegada, y le dije: —Quédate, quédate.

Cuando está aquí, Louveciennes es rico, vivo. Mi cuerpo y mi mente vibran continuamente. No sólo soy más mujer sino más escritor, más pensador, más lector, más todo. Mi amor por él crea una atmósfera en la que aparece resplandeciente. Está embrujado y no se puede marchar hasta que lo telefonea Fred para decirle que hay unas personas que preguntan por él y correo esperando.

Es extraordinario cómo nuestro pensamiento se desenvuelve en temas opuestos, contrastes y acuerdo fundamental. Desconfía de mi rapidez, me impone un ritmo más lento, y yo me zambullo en su creatividad como en una riqueza ilimitada. Nuestro trabajo está interrelacionado, es interdependiente, forma un maridaje. Mi obra es la esposa de su trabajo.

Muchas veces Henry se planta en mitad de mi dormitorio y dice:

—Tengo la impresión de que el marido soy yo. Hugo no es más que un jovencito encantador a quien tenemos mucho afecto.

Cada vez me doy más cuenta de que su vida con June fue una aventura peligrosa y destructiva. Comprendo que quiera que lo salve de June. Cuando empieza a hablar de alquilar una casa en Louveciennes y yo digo «cuando salga tu libro mandarás a buscar a June y harás esas cosas», él sonríe pesoso y dice que no es eso lo que quiere. Lo sé, o más bien sé que desearía que June y él pudieran llevar una vida como la mía y la de Hugo.

Anoche, dado que Henry estaba cansado y necesitaba un momento menos sensual, menos truculento, me embargó una ternura tal que casi me aproximé a él delante de Hugo y de mi madre para abrazarlo, para invitarlo a bajar a nuestra cama grande y mullida a descansar. Casi lloraba al hablar del amor entre mujeres de la película *Jeunes filies en uniforme*.

Luego, delante de mi madre, dijo:

—He de hablar contigo unos minutos. He corregido tu manuscrito. —Bajamos, nos sentamos en mi cama. Yo quedé muy conmovida por el trabajo que había hecho. Empezamos a besarnos. Lenguas, manos, humedad. Yo me mordía los dedos para no gritar. Subí, todavía estremecida, y me puse a hablar con mi madre. Henry me siguió, con aspecto de santo y voz cremosa. Yo percibía su presencia hasta en los dedos de los pies.

Hugo está tocando y cantando como lo hacía en Richmond Hill, torpe y vacilante. Sus dedos no son hábiles y le tiembla la voz. La tristeza que experimento al escucharlo demuestra en qué medida sus canciones y su dulzura han retrocedido para mí a un pasado unido al presente tan sólo por la continuidad de los recuerdos. Únicamente los recuerdos nos unen a Hugo y a mí; y mi diario los preserva. Ay, si pudiera dar un salto adelante sin esta tela de araña que me aprisiona.

SEPTIEMBRE 1932

Miro a Allendy a la cara con una fuerza renacida, veo cómo se derriten sus fanáticos ojos azul intenso y percibo la ansiedad de su voz cuando me pide que regrese pronto. Nos besamos más afectuosamente que la vez anterior. Henry todavía está entre mí y el pleno disfrute de Allendy, pero mi malicia es más fuerte. Repito nuestro beso en el espacio, levantando la cabeza hacia él, mientras ando por las calles con la boca abierta a la nueva bebida.

Sus ojos, su boca y la aspereza de su barba permanecen conmigo toda la noche.

Atormento a Eduardo y provocho sus celos despertando la admiración de un joven médico cubano cuyos ojos se entretienen en las líneas de mi cuerpo. Hemos ido a bailar, Hugo, Eduardo y yo. Eduardo quiere volverme a atraer para destruir mi exuberancia. Es frío, cerrado y malévolos. Durante nuestro baile lucha contra la sinuosidad de mi cuerpo, el roce de mi mejilla, la voz ronroneante al oído. Ahoga mi alegría con su furia de ojos verdes, pero luego se siente disgustado. Veo que se le hinchan las venas de las sienes. Termina la velada diciendo: «¡Mira lo que me hiciste hace unos meses!»

Allendy observa que me dejo llevar por la devoradora crueldad de la vida con Henry. El dolor se ha convertido en el sumo placer. Por cada grito de placer en brazos de Henry hay un latigazo de expiación: June y Hugo, Hugo y June. Qué fervientemente habla ahora Allendy en contra de Henry, pero sé que no es que sólo trate de mi plan de autodestrucción sino que también habla movido por sus propios celos. Al final del análisis me doy cuenta de que está profundamente alterado. Yo había exagerado a propósito. Henry es el hombre más blando y más amable que existe, incluso más blando que yo, aunque en apariencia seamos los dos terroristas y amorales. Pero me complace la preocupación de Allendy por mí. El poder que me ha infundido es peligroso, mucho más peligroso que mi antigua timidez. Ahora debe protegerme con la efectividad de su análisis y la fuerza de sus brazos y de su boca.

No creo que los hombres hayan tenido nunca en una sola mujer a la vez semejante enemigo potencial y semejante amigo real. Estoy llena de un amor inagotable hacia Hugo, Eduardo, Henry y Allendy. Los celos que sentía Eduardo anoche eran también celos míos, dolor mío. Lo acompañé la corta distancia que deseaba andar para despejarse, dijo. Yo tenía los ojos en blanco y las manos frías. Conozco tan profundamente el dolor que no puedo causararlo. Luego, en casa, Hugo casi se lanzó sobre mí y yo abrí las piernas pasivamente, como una prostituta, vacía de sentimientos. Sin embargo, sé que sólo él ama generosa y desinteresadamente.

Ayer le dije a Allendy que me encantaría llevar una vida peligrosa con Henry y entrar en un mundo más difícil y más precario; ser heroica y hacer grandes sacrificios como June, plenamente consciente de que, dada mi fragilidad, terminaría en un sanatorio.

—Amas a Henry llevada de una gratitud excesiva, porque te ha hecho mujer. Estás demasiado agradecida por el amor recibido. Es el precio que tienes que pagar.

Recuerdo las sacrílegas comuniones de mi infancia, en las cuales recibía a mi padre en lugar de a Dios, cerrando los ojos y tragando el pan blanco con arrobados temblores, abrazando a mi padre, comulgando con él, en una confusión de éxtasis religioso e incestuosa pasión. Lo hacía todo para él. Quería mandarle mi diario. Mi madre me disuadió porque podía perderse por el camino. Ay, la hipocresía de mis ojos bajos, las lagrimas ocultas por la noche, la voluptuosa obsesión secreta con él. Lo que mejor recuerdo de él en este

momento no es la protección o ternura paternal, sino una expresión de intensidad, un vigor animal que reconozco en mí misma, una afinidad de temperamentos que adiviné con una inocente intuición infantil. Una volcánica hambre de vida, eso es lo que recuerdo, y todavía participo de ella, admirando en secreto una potencia sensual que niega automáticamente los valores de mi madre.

He seguido siendo la mujer a quien le gusta el incesto. Todavía cometo los delitos más incestuosos con un sagrado fervor religioso.

Soy la más corrupta de todas las mujeres porque en mi incesto busco el refinamiento, el acompañamiento de hermosos cánticos, de música, para que todo el mundo crea en mi alma. Con rostro de virgen inmaculada, todavía trago a Dios y semen, y mi orgasmo se parece al climax místico. Hugo quiere a los hombres que amo yo, y les dejo actuar como hermanos.

Eduardo ha confesado su amor por Allendy. Allendy va a ser mi amante. Ahora mando a Hugo a Allendy a fin de que le enseñe a depender menos de mí para ser feliz.

Cuando inmolé mi infancia a mi madre, cuando doy todo lo que tengo, cuando ayudo, comprendo, sirvo, estoy expiando delitos tremendos –alegrías extrañas e insidiosas, como mi amor por Eduardo, sangre de mi sangre; por el padre espiritual de Hugo, John; por June, una mujer; por el esposo de June; por el padre espiritual de Eduardo, Allendy, que es ahora el guía de Hugo. Sólo me queda acercarme a mi propio padre y disfrutar plenamente de la experiencia de nuestra identidad sensual, oír de sus labios las obscenidades, el lenguaje brutal que yo nunca he formulado, pero que me encanta en Henry.

¿Estoy hipnotizada, fascinada por el mal porque carezco de él? ¿O reside en mí una tremenda maldad secreta?

Mi análisis terminó de verdad cuando Allendy me besó la última vez y yo sentí el nacimiento de una relación personal. Su beso me produjo un gran placer; una hora después me encontraba en brazos de Henry. Henry está ahora dormido en mi estudio y yo escribo a unos metros de distancia sobre el beso de Allendy. Me encantó la grandeza de Allendy, su boca y su mano en mi garganta. Henry me esperaba luego en la estación. Sé que lo amo y que lo de Allendy es coquetería, un juego agradable que estoy aprendiendo.

Allendy dice que si le diera a Hugo varios golpes, como el de mi deseo de John, lo despertaría de su letargo, pero no puedo hacerlo, prefiero ponerlo en manos de Allendy. Despertarlo por medio del dolor... ahí reside mi limitación, mi fracaso. Y, secretamente, temo sondear sus limitaciones. Temo encontrar un caudal de sentimientos profundos y nada más. ¿Cuánta mente, cuánta imaginación, cuánta sensualidad hay en él? ¿Puede ser resucitado o habré de seguir esta carrera de hombre en hombre? Ahora que me muevo, tengo miedo.

¿A dónde voy?

Veo lo que no me gusta de Allendy: un cierto convencionalismo, un conservadurismo disimulado. Es una persona de peso ligero, cuando lo que a mí me gustan son los hombres trágicos, de anchas espaldas, del mismo modo que Henry dijo que le gustaban las mujeres románticas.

Hoy Allendy ha tratado de no reconocer que estoy curada. Quiere que lo necesite. Su análisis ha sido menos perfecto en la medida en que ahora hay un elemento personal en él. He visto cómo se desmoronaba su objetividad. Me maravilla que este hombre, que está al corriente de lo peor que hay en mí, se

sienta tan fuertemente atraído. Soy una creación suya.

Henry ha leído el diario de Hugo y le ha parecido el de un lisiado. Empieza a sospechar que yo también era una lisiada cuando me casé con él.

Cuando lo ha dicho, he ido a buscar el diario de este período, de los diecinueve años, y se lo he leído. Ha quedado asombrado y contento. Quería leer más y le he leído la novela que escribí a los veintiún años.

Hugo se había ido de viaje de negocios, y Henry y yo hemos vivido aquí juntos cinco días, sin ir a París, trabajando, leyendo, paseando. Una tarde le pedí a Eduardo que viniera. Hablaron de astrología, pero secretamente se enfrentaban uno a otro. Henry le dijo a Eduardo que estaba muerto, que era una estrella fija, mientras que él era un planeta que no paraba de dar vueltas, de moverse. Eduardo no perdió la compostura y mantuvo la superioridad gracias a su frialdad, habilidad y cortesía. Henry se ofuscó y no supo salir airoso. Eduardo estaba a la vez faunesco e inspirado. Henry lento y germánico. Me ofreció una sonrisa infinitamente conmovedora.

Me alegré de que fuera Henry el que se quedara en Louveciennes, afectuoso, gentil y humano. Estaba de un humor sumiso y desvalido. Nos sentamos en el jardín. Dijo que le gustaría que lo enterraran allí, que no lo mandaran a ninguna parte, metamorfosearse en un oso que entrara por la ventana de mi habitación cuando alguien me hiciera el amor. Se transformó en un niño pequeño arrullado por mi ternura. Nunca lo había visto tan pequeño y frágil. Hay un tremendo contraste entre el Henry borracho, exaltado, combativo, destructivo, sensual, todo instinto, un hombre cuya vitalidad animal seduce y subyuga a las mujeres, y el Henry sobrio, capaz de sentarse ante una mujer y leerle libros, hablarle en un tono casi religioso, volverse melancólico, pálido y venerable. Es una asombrosa transformación. Es capaz de sentarse en el jardín como un gentil Eduardo de hace quince años y unas horas después morder ferozmente y pronunciar las palabras más obscenas mientras nos hallamos convulsos de placer.

Sin embargo, siento una gran ternura cuando regresa Hugo. Quiero darle alegría, me esfuerzo, y empiezo a responder sinceramente a su pasión. Recuerdo que una noche en que Henry y yo estábamos tumbados en el sofá de mi estudio se rompió una cuerda de la guitarra de Hugo, la más grave, resonante como su voz. Me aterró; era el presagio de un fin que no deseo.

El lunes fui a ver a Allendy y me negué a ser analizada porque había empezado a mentirle, y así se lo dije. Así pues, nos sentamos a charlar y él captó mi hostilidad. Al entrar había eludido su beso. Sentía que estaba destruyendo mi relación con Henry; estaba provocando fisuras en ella. Estaba resentida por la gran influencia que tenía sobre mí, por su dominación. El respondió con sensatez. De repente sentí nuevos deseos de obedecerle. Le dije que estaba dispuesta a ser analizada, que no volvería a mentir, que había exagerado los peligros de mi vuelo con Henry para ver en qué medida le preocupaba mi vida. Sus extraños ojos azules me fascinaban. Me levanté y me puse a andar por la habitación como hago siempre con los brazos por detrás de la cabeza. Él alargó los suyos.

Tiene un cuerpo grande y arrollador, como el de John. Me abraza con tal fuerza que casi me ahogo. Su boca no es tan voluptuosa como la de Henry y no nos comprendemos, pero permanezco en sus brazos. «Te voy a enseñar a jugar –dice–, a no tomarte el amor tan trágicamente, a no pagar un precio tan

alto por él. Lo has convertido en una cosa demasiado dramática e intensa. Ahora será agradable. Siento un fuerte deseo de ti.» Detestable sensatez. Lo odio. Mientras habla, bajo la cabeza y sonrío. Me sacude y me pregunta qué estoy pensando. Lo que quiero es llorar. Aspiraba a este tipo de relación y ahora la tengo. Allendy es equilibrado, poderoso, pero lo he disgustado. Primero he hecho que me ame para luego traicionar su amor. Si esto es felicidad, no la quiero. Se da cuenta de mi reacción. «¿Te parece insípido?» Sólo su cuerpo me fascina.

Allendy es lo desconocido.

Eduardo, a -quien le he contado todo esto, se alegra de que me está acercando a Allendy. Ambos odian a Henry.

Con todo, esta noche deseo a Henry, mi amor, mi esposo, a quien pronto voy a traicionar con tanta pena como sentí cuando traicioné a Hugo. Ansío amar con una entrega total, ser fiel. Me encanta el surco por el que ha corrido mi amor por Henry, sin embargo, unas fuerzas diabólicas me apartan de todo surco.

Allendy está ayudando y dando mucha fuerza a Hugo. Está empezando a quererle porque hay en él cierto elemento de homosexualidad.

Allendy es ahora un dios demonio que dirige todas nuestras vidas. Anoche, mientras hablaba Hugo, observé la hábil influencia de Allendy. Me reí estrechamente cuando dijo que Allendy le había dicho que yo necesitaba ser dominada. Hugo respondió: «Sí, pero eso es sencillo. Anaïs es latina y por lo tanto dócil.» Allendy debió de sonreír. Luego Hugo llega a casa y se lanza sobre mí con una nueva furia, y yo disfruto, sí, disfruto. Siento que en este momento tengo la fortuna de contar con tres hombres maravillosos y de ser capaz de amarlos a los tres.

Supongo que es únicamente un escrúpulo lo que me impide disfrutar de ellos. Ojalá Allendy fuera más enérgico. Se somete a las mujeres. Le gusta la agresividad que demuestro en nuestros juegos sexuales. Su primera experiencia sexual fue pasiva y tuvo lugar a los dieciséis años; una mujer mayor le hizo el amor.

He ido a verlo con gran impaciencia, temblando unas veces de frío y otras de fiebre. Hemos abandonado el análisis. Hemos hablado de Eduardo, de Hugo y de astrología. Lo he invitado a venir a verme, pero cree que todavía no puede debido al análisis de Hugo. Nos hemos reído de la dominación. Me gusta cómo me acaricia. No hace ninguno de los gestos obscenos de Henry, sin embargo, percibo al hombre cuyo signo planetario es el toro. Me gusta cuando nos besamos de pie y yo me siento pequeña en sus brazos. Él me conoce a mí mejor que yo a él. Su carácter enigmático me desconcierta. Le dije que confiaba en él ciegamente, que deberíamos dejar que las cosas siguieran su curso. Me negué a analizar. Lo comprendió.

Al salir de su casa me fui al café de la esquina, donde había quedado de encontrarme con Henry. Antes de ver a Allendy había hablado con Eduardo. Y con Hugo había quedado a las ocho y media. Cuando vi a Henry, me pareció un extraño. Detestaba mis propios caprichos.

Ahora he de tener secretos con Henry y ya no puedo confiárselo todo a Allendy porque somos un hombre y una mujer entre los cuales crece una pasión. ¡He perdido un padre! No puedo decirle que todavía quiero a Henry. ¿Debo intentar ser completamente sincera con Henry?

Esta noche Hugo está tocando la guitarra mientras yo escribo y me atrae hacia él con una nueva violencia, provocada por el análisis. Ha escrito profusamente en el diario y habla de manera efusiva e interesante, por fin.

Eduardo no cree las confidencias que le hago sobre Allendy. Piensa que nos hemos confabulado para salvarlo poniéndolo celoso, mi querido niño enfermo, Eduardo, a quién amaré en cierto modo toda la vida. Los únicos momentos en que somos felices juntos es cuando retrocedemos a una esfera mágica de belleza. Él ha borrado nuestras horas sexuales de su memoria, pero no mi ofensa. Sueña que un día me presentaré ante él de rodillas para que pueda hacerme sufrir por pavonearme de Henry delante de él.

Lucha contra mí a ciegas, con furia, reprochándome la noche que fuimos a bailar y que traté de obligarlo a estar vivo. Al mismo tiempo, sus celos son evidentes y le ha enseñado a Allendy una nota en que le digo que lo amo y siempre lo amaré de una manera extraña y mística.

Corro a Allendy en búsqueda de ayuda porque mi aparente deseo de Eduardo solamente tenía por objetivo borrar la ofensa que le resulta tan intolerable. Quería que fuera él el que dijera la última palabra, que pensara que me había rechazado, porque necesita percibir su fuerza. Pero cuando Allendy me demuestra el amor más tierno y protector posible, me rebelo contra él. Quiere posponer la intimidad personal por el bien del análisis pues piensa que aún lo necesito. Luchando contra el análisis, demuestro exactamente lo que sospecha: que busco demostraciones extravagantes y apasionadas de amor, no ternura ni protección. Ha intuido que quiero su amor como un trofeo, no por sí mismo. Sin embargo, en cuanto escribo estas palabras, sé que no son ciertas del todo.

Lo dejo completamente destrozado. Y hoy recibo a mi verdadero amor, Henry, con gran alegría y ardiente unión. Cómo fulguramos. Luego me doy cuenta de que sólo soy capaz de amar plenamente cuando tengo confianza. Estoy segura del amor de Henry, por eso me abandono.

Más tarde Henry me dice, porque está celoso y preocupado, que ha leído que hay unas mujeres histéricas capaces de amar profundamente a dos o tres hombres a la vez. ¿Es eso lo que soy?

Lo único que consigue el psicoanálisis es hacerle a uno más consciente de las desgracias de uno. Yo he adquirido un conocimiento claro y aterrador de los peligros que me acechan. No me ha enseñado a reír. Hoy estoy tan triste como cuando era pequeña. Sólo Henry, el más vital de todos los hombres, tiene capacidad para hacerme dichosa.

Ha sucedido una escena estupenda con Allendy. Le he llevado dos páginas de «explicaciones» que al principio lo han dejado perplejo. He resaltado dos momentos que me apartaron de él: uno es cuando dijo «Y ¿qué será del pobre Hugo si yo actúo impulsivamente? Si descubre que lo he traicionado, su cura sería imposible.» Escripulos, como los escripulos de John. Yo no los soporto porque a mí me han perjudicado demasiado, por eso me gusta la falta de escripulos de Henry. Y la de June. Crean un equilibrio que me relaja. Pero, como afirma Allendy, el equilibrio no hay que buscarlo en asociación con otros; ha de existir en uno mismo. Debería estar lo suficientemente libre de escripulos para no necesitar que me obnuble la falta de escripulos de otros.

Segunda queja: la gran ternura de Allendy, nacida al leer mi diario de infan-

cia. Odio todo lo que se parezca a la ternura porque me recuerda cómo me tratan Eduardo y Hugo, lo cual casi me ha destrozado. Aquí Allendy se ha enfadado porque ha interpretado mal mis palabras. ¿Lo comparaba con Hugo y Eduardo? He tenido la suficiente presencia de ánimo, aunque estaba llorando, para decir que era consciente de que mi reacción deformaba el verdadero sentido de la ternura, que en él no había debilidad, sino una anormal ansia de agresividad y de seguridad en mí. Entonces me ha hablado suavemente para explicarme que una separación de lo erótico y lo sentimental no era solución, que si bien mis experiencias amorosas anteriores a Henry habían sido un fracaso, una relación meramente erótica no me haría feliz.

Al principio se ha perdido en el laberinto de ramificaciones que yo había creado. Quería confundirlo, eludir la verdad exacta. Para mi sorpresa, de repente ha descartado todo lo que yo había dicho y ha declarado: «La última vez, como yo hablaba con calma de Hugo y de mi trabajo, te fuiste con la impresión de que te amaba menos. E inmediatamente te apartaste de mí para no sufrir. Te endureciste. Es la repetición de la tragedia de tu infancia. Si cuando eras pequeña te hubieran hecho ver que tu padre tenía que vivir su propia vida, que se veía obligado a abandonarte, que pese a ello te quería, no habrías sufrido tanto. Y siempre ocurre lo mismo. Si Hugo tiene mucho trabajo en el Banco, piensas que te está dejando de lado. Si yo hablo del trabajo, te sientes ofendida. Créeme, estás muy equivocada. Te quiero de un modo mucho más profundo y sincero de lo que deseas. Me he dado cuenta de que todavía necesitas un analista, de que no estás curada. Estaba decidido a no permitir que la atracción que siento hacia ti interfiriera en tu tratamiento. Si sólo estuviera impaciente por poseerte, pronto te darías cuenta de que no te estaba haciendo ningún favor. Aspiro a más. Quiero poner fin a este conflicto que te causa tanto dolor.

—Ya no puedes hacer nada más por mí —dije—. Desde que he empezado a depender de ti me siento más débil que nunca. Te he decepcionado actuando neuróticamente justo en el momento en que debería haber demostrado que he asimilado tus enseñanzas. No quiero volver. Considero que debo irme, trabajar, vivir y olvidarme de todo esto.

—Ésa no es la solución. Esta vez tienes que enfrentarte a todo conmigo. Yo te ayudaré. De momento he de dejar de lado todo deseo personal y tú has de olvidar esas dudas. No te dejan ser feliz. Si esta vez puedes aceptar lo que te digo, que te quiero, que debemos esperar, que debes darte cuenta de lo ligado que estoy a Hugo y a Eduardo, que en primer lugar he de terminar mi cometido como médico, antes de complacerme en nuestra relación personal, tal vez podamos conquistar tu reacción de una vez para siempre.

Hablaba fervientemente, con justicia. Yo estaba apoyada en el respaldo de la silla, llorando en silencio, consciente de que tenía razón, destrozada, no sólo por la lucha que había llevado a cabo para ganarlo sino también a causa de la amargura acumulada en todas mis relaciones desgraciadas.

Cuando me fui me sentía aturdida. Casi me dormí en el tren.

A Henry: «¿Te acuerdas de cuando te dije que no soportaba ni a Allendy ni al análisis? Me había hecho llegar a un punto en el que, mediante un gran esfuerzo de lógica por su parte, había resuelto mi caos, establecido una estructura. Me puse furiosa de pensar que podían hacerme encajar en una de esas pocas estructuras fundamentales.»

«Para mí, se convirtió en una cuestión de alterar la estructura, y me propuse

hacerlo con las mentiras más ingeniosas, la representación más elaborada que he llevado a cabo en mi vida. Usé todo mi talento para el análisis y la lógica, que él había admitido que tenía en gran medida, mi propia facilidad para dar explicaciones. Como te insinué, no dudé en jugar con sus propios sentimientos personales, usé cada pizca del poder de que disponía para crear una ficción, para eludir su teoría, para complicar y tender velos. Mentí y mentí más cuidadosamente, de una manera más calculada que June, con toda la fuerza de mi mente. Ojalá pudiera decirte cómo y por qué... Lo hice todo sin arriesgar nuestro amor, fue una batalla de ingenio en la que disfruté mucho. Y ¿sabes qué? Allendy nos ha ganado, ha descubierto la verdad, lo ha analizado todo correctamente, ha detectado las mentiras, ha navegado (no diré alegremente) por toda mi tortuosidad, y finalmente hoy ha demostrado de nuevo la validez de esas malditas "estructuras fundamentales" que explican el comportamiento de todos los seres humanos. Mira lo que te digo: yo no permitiría jamás que June fuera a verlo, porque simplemente dejaría de existir, porque June es toda ramificaciones de neurosis. Sería un crimen buscarle una explicación... Y mañana voy a ver a Allendy y empezamos otro drama, o yo empiezo otro drama, con una mentira o una frase, un drama de otro tipo, la lucha por explicar, que en sí misma ya es suficientemente dramática (¿acaso nuestras charlas sobre June no son a veces igual de dramáticas que el suceso que estamos comentando?). No sé qué creer, no he decidido todavía si el análisis simplifica y desdramatiza nuestra existencia o si es la manera más sutil, más insidiosa, más magnífica de hacer los dramas más terribles, más enloquecedores... Lo único que sé es que el drama no está en absoluto muerto en el llamado laboratorio. Es un juego tan apasionado como para ti lo ha sido vivir con June. Y cuando ves al propio analista atrapado en las corrientes, estás dispuesto a creer que en todas partes hay drama...»

En mi carta a Henry desvelo las mentiras que le he contado, mentiras necesarias, la mayoría destinadas a reforzar mi confianza.

OCTUBRE 1932

He pasado una noche con mi amado. Sólo le pido que no regrese a América con June, lo cual demuestra cuánto me importa. Y él me hace jurar que, pase lo que pase cuando venga June, no dudaré de él ni de su amor. Es tarea difícil para mí, pero Allendy me ha enseñado a creer, así que se lo prometo. Luego Henry me ha preguntado:

—Si hoy tuviera medios y te pidiera que vinieras conmigo para siempre, ¿venirías?

—No podría, por Hugo y por June. Pero si Hugo y June no existieran, me iría contigo aunque no tuviéramos medios.

Se sorprende: «A veces me he preguntado si no será un juego para ti.» Pero me ve la cara y se calla. Una noche de conversación clara y apacible; la sensualidad es casi superflua.

Allendy vigila mi vida. Me ha hipnotizado hasta hacerme caer en una confiada somnolencia. Quiere que me sienta arrullada por mi felicidad, que descanse en su amor. Pensando en Hugo (que tiene celos de él), decidimos que no debo ir a verlo en diez o doce días. También es como una prueba de mi confianza. De pronto mi enfebrecido deseo de él se relaja y acepto su nobleza,

su seriedad, su abnegación, su preocupación por mi felicidad, y me siento humilde. Lo que me hace humilde es que cree que lo amo y me doy cuenta de que le estoy mintiendo. Me revuelve ser capaz de mentirle a un hombre tan grande y tan sincero. No sé si sabrá mejor que yo a quién quiero o si le estoy engañando, como los he engañado a todos.

En 1921, cuando todavía me escribía con Eduardo, ya estaba enamorada de Hugo. Si Hugo supiera que en La Habana, mientras intercambiábamos cartas de amor, me gustaba Ramiro Collazo. Si Henry supiera que me encantan los besos de Allendy, y si Allendy supiera cómo deseo vivir con Henry...

Allendy cree que mi vida con Henry, la vida inferior, no es sincera, real ni duradera, mientras que yo sé que encajo perfectamente. «Has atravesado experiencias sombrías, pero estoy convencido de que te has mantenido pura – dice–. Son curiosidades temporales, un ansia de experiencia.» De cualquier experiencia en que participe, salgo siempre incólume. Todo el mundo cree en mi sinceridad y en mi pureza, incluso Henry.

Allendy quiere que considere mi amor por Henry como una excursión literaria o dramática y mi amor por él como una expresión de mi verdadero yo, mientras que yo creo que es exactamente lo contrario. Pertenezco a Henry, en cuerpo y alma; Allendy es mi «experiencia».

Constantemente suena la música en nuestra nueva radio. Hugo la escucha mientras contempla beatíficamente los beneficios de la ayuda de Allendy. El locutor habla en una lengua extraña desde Budapest. Pienso en las mentiras que le he contado a Allendy y me pregunto por qué miento. Por ejemplo, me preocupan desmesuradamente los problemas que tiene Henry con la vista. Si se volviera ciego como Joyce, ¿qué sería de él? «Debería entregarle todo, irme a vivir con él y cuidarlo», me digo a mí misma. Cuando le cuento a Allendy mi temor, exagero el peligro que corre Henry.

Una tarde con Henry. Empieza diciéndome que nuestra conversación de la otra noche fue la más profunda e íntima que hemos tenido, que lo ha cambiado, le ha dado fuerza.

–Ahora veo que huir de June no es solución. Siempre he huido de las mujeres. Hoy creo que quiero enfrentarme a June y al problema que representa. Quiero poner a prueba mi propia fortaleza. Anaïs, me has acostumbrado mal y ahora no me satisface un matrimonio basado sólo en la pasión. Nunca me había imaginado que fuera posible encontrar en una mujer lo que tú me has dado, el modo en que hablamos y trabajamos juntos, el modo en que te adaptas, el modo en que encajamos como una mano y un guante. Contigo me he encontrado a mí mismo. Antes vivía con Fred y lo escuchaba, pero nada de lo que decía me llegaba, hasta que viví contigo esos pocos días en que Hugo estaba de viaje. Me doy cuenta de que me has afectado insidiosamente. Apenas lo había percibido y de repente adquiero conciencia de tu influencia. Tú has hecho que todo salga bien.

–Aceptaré a June como un tornado devastador mientras nuestro amor permanezca bien arraigado.

–¡Estupendo! ¿Sabes que lo que más me angustiaba era que empezaras a luchar contra June, que yo me encontrara atrapado entre vosotras, sin saber qué hacer, porque June me paraliza con su salvajismo? Si lo comprendieras y esperaras... Puede que sea un tornado, pero yo me pronunciaré de una vez para siempre contra lo que June representa. Necesito librar esta batalla. Es el gran acontecimiento de toda mi vida.

–Lo comprenderé y no te lo haré más terrible.

Y así estamos, Henry y yo, hablando de manera tal que el final de la tarde nos sorprende enriquecidos, con ganas de escribir, de vivir. Cuando nos acostamos, siento tal frenesí que ansío nuestra unión.

Luego nos sentamos a la tenue luz del acuario iridiscente, presos de una gran agitación. Henry se levanta y empieza a andar por la habitación.

–No puedo marcharme, Anaïs. Debería estar aquí. Soy tu esposo. –Yo quiero abrazarme a él, sujetarlo, encarcelarlo–. Si me quedo un minuto más –prosigue–, haré una locura.

–Vete de prisa –le digo yo–. Esto es insoportable. –Mientras bajamos las escaleras huele la cena. Me acerco sus manos al rostro–. Quédate, Henry, quédate.

–Lo que deseas –dice Allendy– tiene menos valor que lo que has encontrado. Gracias a él, esta noche incluso comprendo que John me amaba a su manera. Creo en el amor de Henry. Creo que, aunque gane June, Henry me amará siempre. Lo que más me tienta es enfrentar a June y a Henry, dejar que nos torture a los dos, amarla, ganarme su amor y el de Henry. Pienso emplear la valentía que me da Allendy en mayores planes de auto tortura y autodestrucción.

No me extraña que Henry y yo sacudamos la cabeza ante nuestras similitudes: los dos odiamos la felicidad.

Hugo me habla de su sesión con Allendy. Le ha dicho que para él el amor es ahora como un apetito, que siente deseos de comerme, de mordirme (¡por fin!), y que lo ha hecho. Allendy se ha echado a reír estrepitosamente y le ha preguntado:

–¿Le ha gustado a ella?

–Es extraño –ha dicho Hugo–, pero parecía que sí.

Al oírlo, Allendy se ha echado a reír todavía más fuerte. No sé por qué esto ha despertado los celos de Hugo. Le ha dado la impresión de que a Allendy le complacía aquella charla y que le hubiera gustado mordirme él mismo. Ahora soy yo la que me río estrepitosamente. Hugo continúa, serio:

–Esto del psicoanálisis es tremendo, pero debe de ser todavía más espantoso cuando hay sentimientos de por medio. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, Allendy se interesara por ti? –Me eché a reír con una risa tan histérica que Hugo casi se enfadó–. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia de todo esto?

–Tu agudeza –digo yo–. Desde luego, el psicoanálisis te mete ideas nuevas y graciosas en la cabeza.

Soy consciente de que con Allendy no hay más que coquetería, coquetería y algo de sentimiento. Es un hombre a quien quiero hacer sufrir, quiero hacerle desvariar, que viva una aventura. Descendiente de navegantes, este hombre sano y corpulento está preso en su cueva de paredes cubiertas de libros. Me gusta verlo de pie en la puerta de su casa, con los ojos luminosos como el mar de Mallorca.

«Proceder desde el sueño hacia afuera...» Cuando oí estas palabras de Jung por primera vez, me entusiasmaron. Utilicé la idea en las páginas que escribí sobre June.. Hoy, cuando, se las he repetido a Henry, le han impresionado mucho. Lleva un tiempo anotando sus sueños para que los lea yo, acompañados de antecedentes y asociaciones.

Menuda tarde. Tenía tanto frío en casa de Henry que nos hemos metido en la cama para calentarnos. Luego, charla, montañas de manuscritos, torres de

libros y ríos de vino. (Mientras escribía esto se me ha acercado Hugo... sé ha inclinado y me ha besado. Apenas he tenido tiempo de volver la página.) Estoy enfebrecida; tiro frenéticamente de los barrotes de mi prisión. Henry sonrió con tristeza a la hora de marcharme, las ocho y media. Ahora se da cuenta de que desconocer que es un hombre de gran valía casi lo ha llevado a la autodestrucción. ¿Dispondré de tiempo para colocarlo en el tronó? «¿Estás segura de que ya no tienes frío?», me pregunta arropándome con el abrigo.

La otra noche tropezaba con todo tipo de obstáculos, pues los faros de los automóviles cegaban sus débiles ojos. Peligro.

Y a la vez empujo a Hugo hacia Allendy, quien no sólo lo salva humanamente sino que despierta en él el entusiasmo por la psicología, lo cual lo hace interesante.

Cuando contemplo cómo habla Henry me doy cuenta de que es su sensualidad lo que amo. Quiero penetrar más en ella, quiero revolcarme en ella, probarla tan profundamente como él, como June. Esto lo siento con una especie de desesperación, un secreto resentimiento, como si Hugo, Allendy e incluso el propio Henry quisieran evitarlo, mientras que sé que soy yo la que lo impido. Estoy muy enamorada de Henry, de modo que ¿por qué no disminuye la inquietud, la fiebre, la curiosidad? Estoy rebosante de energía, de deseos de emprender largos, viajes (quiero ir a Bali), y anoche, durante el concierto, me sentí como la Mary Rose de la obra de Barrie, que oye música mientras visita una isla, echa a andar y desaparece durante veinte años. Tenía la impresión de que podía salir de casa como una sonámbula, olvidar completamente, como en aquella habitación de hotel, todos mis vínculos con el mundo, y penetrar en una nueva vida. Cada día hay más exigencias que me privan de la libertad que necesito, las crecientes demandas de mi cuerpo por parte de Hugo, las exigencias de Allendy de lo más noble que hay en mí, el amor de Henry, que me convierte en una esposa sumisa y fiel, todo esto frente a la aventura a que he de renunciar y sublimar constantemente. Cuando estoy más profundamente arraigada, siento el más ardiente deseo de desarraigarme.

Después de leer los libros de Allendy, Hugo se ha convencido de que ni yo amo a Allendy ni él me ama a mí. Es simplemente una atracción mutua nacida del análisis, la intimidad y ciertas corrientes fuertes de simpatía.

He pasado una hora en un café con Henry, que ha leído el diario de 1920, cuando tenía diecisiete años, y le ha hecho llorar. Ha leído el período en que Eduardo no me escribía porque estaba viviendo una experiencia homosexual. Henry ha dicho que quería escribirme una carta por cada día de decepción, hacer realidad todos mis deseos, compensarme por cada don que se me había negado antes. Le he dicho qué eso era exactamente lo que había hecho. Luego ha escrito lo siguiente sobre mi amor de los diecisiete años: «Y ella exclama: "Todo mi corazón se regocija con mi ansia de amor." Está enamorada del amor, pero no como una mera adolescente, no como una muchacha de diecisiete años, sino como la artista en embrión que es, la artista que fecundará el mundo con su amor, la que causará sufrimientos y rivalidades porque ama demasiado...

»En manos de un individuo corriente, el diario puede ser considerado un mero refugio, un medio de huir de la realidad, el estanque de otro Narciso, pero Anais no permite que caiga en este molde...»

El hombre que ha comprendido esto, que ha escrito estas líneas, de un sólo

golpe acepta el reto de mí amor y descarta la idea del narcisismo. Estoy tumbada en el sofá relejendo muchas veces la carta de Henry, con agudo placer, como si él estuviera sobre mí, poseyéndome. Ya no he de temer amar demasiado.

Anoche, después de beber una botella de «Anjou», Henry habló de su dificultad en pasar de tratar gentilmente a una mujer a cortejarla. O bien conversa con ellas, o bien se lanza sobre ellas y ataca ciegamente. La primera experiencia sexual la tuvo a los dieciséis años en un burdel y cogió una enfermedad. Luego vino la mujer mayor con quien no se atrevía a tener relaciones. Cuando ocurrió quedó sorprendido y se prometió a sí mismo no volver a hacerlo. Pero ocurrió y él continuó temiendo que no fuera correcto. Anotó el número de veces, con fechas, como un registro de conquistas. Tremenda exuberancia física, juegos, trucos, peleas.

Me contó que la otra noche había hablado con una puta. Estaba en un café leyendo a Keyserling. La mujer se le acercó y, como no era atractiva, al principio él la rechazó, pero luego le permitió sentarse a su lado y hablarle: «Me cuesta mucho atraer a los hombres, pero cuando me conocen se dan cuenta de que soy mejor que la mayoría de las putas porque me gusta estar con un hombre. Ahora lo que me apetece es meterte la mano por los pantalones, sacártela y chupártela.»

Aquella manera tan directa de hablar lo impresionó mucho; dejó en él la imagen, pero huyó de ella. No comprendía por qué había estado tan susceptible, cuando un momento antes se encontraba en otro mundo y ni siquiera le gustaba aquella mujer. Prefiere la agresividad. ¿Era aquello debilidad?, ha preguntado. Yo no lo sabía, pero tengo que aprender a ser agresiva para complacerlo.

Después de hablar así, encendido, exultante, bailando ante mí, ilustrando sus desvaríos y cómo se muerde el culo de una mujer, de repente se quedó callado, pensativo y su rostro cambió profundamente. «Ya soy demasiado mayor para todo esto», dijo. Y yo, que estaba aplaudiendo el espectáculo, estuve tentada de decir: «Pues yo no soy demasiado mayor. Todavía he de sentirme presa de una locura arrasadora.»

Contemplo el rostro atormentado de Hugo (un período de tormento y de celos en su análisis) y experimento grandes efusiones de ternura. Henry dice: «Cuando nos casemos, nos llevaremos a Emilia.» Mientras subo las escaleras camino de mi «cueva», me mete las manos entre las piernas.

Me estoy precipitando de nuevo en el caos de June. Lo que busco es a June, no la sensatez de Allendy, ni tampoco el amor a la agresividad de Henry. Quiero erotismo, quiero esos sueños húmedos que tengo por las noches, cuatro días más como los cuatro días de verano que pasé con Henry en que me tumbaba constantemente en la cama, en la alfombra o en la hierba. Quiero revolcarme en la sexualidad hasta que se me pase la edad o hasta que esté tan saciada como Henry.

He llegado a Clichy para cenar, bebida y enfebrecida. Henry ha escrito cosas sobre cosas que había escrito yo. La última página aún está en la máquina de escribir. He leído estas extraordinarias líneas: «Fue una presunción por mi parte querer alterar su lenguaje. Si no es inglés, sí es un lenguaje y cuanto más se convive con él más vital y necesario parece. Es una violación del len-

guaje que corresponde a la violación del pensamiento y del sentimiento. No era posible escribirlo en un inglés que podría emplear cualquier escritor capacitado ...Ante todo es el lenguaje de la modernidad, el lenguaje de los nervios, de las represiones, de los pensamientos larvarios, de los procesos inconscientes, de las imágenes que no están totalmente divorciada de su contenido onírico; es el lenguaje del neurótico, del perverso, "jaspeado y veteado de verdín", como dijo Gautier refiriéndose al estilo de la decadencia...

«Cuando intento pensar en a quién le debes este estilo, me frustró; no se me ocurre nadie a quien te parezcas lo más mínimo. Sólo me recuerdas a ti misma...»

Me produjo una gran alegría porque me pareció que Henry había escrito el paralelo masculino de mi obra. Me senté con él ante la mesa de la cocina, ebria, balbuceado: «¡Es maravilloso esto que has escrito!» Nos emborrachamos aún más y follamos hasta el delirio. Luego, en el taxi, me ha cogido la mano como si sólo hiciera unos días que somos amantes. He llegado a casa con dos frases tuyas grabadas en la cabeza: «sobrecargada de vida» y «saturada de sexo».

Le daré acertijos mayores y más espantosos que resolver que las mentiras de June. En nuestra relación hay humanidad y monstruosidad. Nuestro trabajo, nuestra imaginación literaria, es monstruoso. Nuestro amor es humano. Me doy cuenta cuándo tiene frío, me preocupa su vista. Le compro gafas, una lámpara especial, mantas. Pero cuando hablamos y escribimos, ocurre una maravillosa deformación mediante la cual nos fortalecemos, exageramos, coloreamos, distendemos. Son los placeres satánicos sólo conocidos por los escritores. Su estilo muscular y el mío esmaltado se revuelcan y copulan independientemente; pero cuando lo toco se realiza el milagro humano. Por él fregaría suelos, por él haría las cosas más humildes y más magníficas. Él piensa en nuestra boda, que a mí me parece, que nunca se realizará, pero él es el único hombre con quien me casaría. Juntos somos más grandes. Después de Henry no volverá a existir esta polaridad. Un futuro sin él es oscuro. No soy siquiera capaz de imaginármelo.

Allendy ha admitido ante Hugo que mis amistades literarias entrañan peligro porque juego con la experiencia como un niño y me tomo los juegos en serio, que mis aventuras literarias me llevan a entornos a los que no pertenezco. El grande y compasivo Allendy y el fiel y celoso Hugo angustiados por la niña que tiene una necesidad tan peligrosa de amor.

Allendy no se ha tomado en serio mi lado literario-creativo y me sabe mal que haya simplificado mi naturaleza dejándola en la de pura mujer. Se ha negado a enturbiar su visión considerando mi imaginación.

La sinceridad absoluta de hombres como Allendy y Hugo es bonita pero carece de interés para mí. No me fascina tanto como las insinceridades de Henry, su dramatismo, escapadas literarias, experimentos y vilezas. Cuando Henry y yo nos encontramos en los brazos del otro, cesan todos los juegos, y en ese momento encontramos nuestra integridad básica. Cuando reanudamos el trabajo, instilamos la imaginación en nuestras vidas. Creemos en vivir no como meros seres humanos sino como creadores, aventureros.

Ese aspecto mío que Allendy desdeña, el lado perturbado, peligroso y erótico, es precisamente el que toma Henry, al cual responde y el que colma y expande.

Allendy tiene razón en lo relativo a mi necesidad de amor. No puedo vivir sin

amor. El amor es la raíz de mi ser.

Habla para aliviar los ardientes celos de Hugo, quizá para aliviar sus propias dudas. Su pasión es protectora, compasiva, de modo que subraya mi fragilidad, mi ingenuidad; mientras que yo, con un instinto más profundo, elijo a un hombre que me pide fuerza, que me hace objeto de enormes exigencias, que no duda de mi valentía ni de mi resistencia, que no me considera ingenua ni inocente, que tiene el valor de tratarme como a una mujer.

JUNE LLEGO ANOCHE.

Fred me telefoneó para darme la noticia. Me quedé anonadada, aunque me había imaginado muchas veces la escena. He tenido presente todo el día que June está en Clichy. No puedo trabajar ni comer recordando las súplicas de Henry: que espere. Sin embargo, la espera se me hace insoportable. Trago grandes dosis de somníferos. Salto cada vez que suena el teléfono. Llamo a Allendy. Es como si me estuviera ahogando.

Henry me llamó ayer y otra vez hoy, grave, agobiado. «June ha venido de un humor decente. Sumisa y razonable.» Está desarmado. ¿Durará? ¿Cuánto tiempo se quedará June? ¿Qué debo hacer yo? No puedo seguir esperando aquí, en esta habitación, frente a frente con el trabajo.

Me duermo con un tremendo dolor. Cuando me despierto a la mañana siguiente lo noto en la parte de atrás de la cabeza como una piedra. El amor de Hugo en este momento es tremendo, sobrehumano. También el de Allendy. Se están peleando por mí. De pequeña casi fallecí por el amor de mi padre, y me dejé morir psíquicamente por la misma razón, para atormentar y tiranizar a los que amo, para conseguir sus atenciones. Al darme cuenta de ello me he sobresaltado. Ahora estoy luchando por superarme.

No debería renunciar a Henry simplemente porque June es razonable. Sin embargo, he de renunciar a él temporalmente, y para ello he de llenar el inmenso vacío que su ausencia crea en mi vida.

Me telefoneó June y al oír su voz no sentí ni dolor ni dicha, ninguna de las emociones que esperaba sentir. Vendrá a Louveciennes mañana por la noche.

Hugo me llevó a casa de Allendy en coche. Pensaba ir a Londres, donde conocería gente nueva y encontraría la salvación. Cuando vi a Allendy ya me había hecho con el control de mí misma. Él estaba muy contento de haberme salvado del masoquismo. Preveía el fin de mi sujeción a Henry y June. Mientras me besaba las manos continuamente, hablaba con elocuencia y humanidad. El celoso Allendy contra Henry. Es muy hábil. Se me ocurrió decir que la gran necesidad que tiene Henry de mujeres se debe a que es muy hombre, hombre al cien por cien; gloria a los dioses paganos por que no haya femineidad en él. Pero Allendy dijo que es precisamente el hombre sexualmente maduro el que posee cualidades tiernas e intuitivas. El verdadero macho tiene fuertes instintos protectores, y Henry carece de ellos.

Allendy es un sabio en todo menos en lo que concierne a Henry. El gran analista está tan celoso que ha llegado a hacer la absurda declaración de que a lo mejor Henry es un espía alemán.

Quiere que me libere de la necesidad de amor para que lo ame por propia voluntad. No quiere que la necesidad de amor me empuje a sus brazos. No quiere usar su influencia sobre mí para poseerme, cosa que podría hacer. Prime-

ro quiere que ande por mi propio pie.

Dijo que a Henry le gusta el poder de un amor como el que le doy yo, que no volvería a tener un don semejante en toda su vida, que esto ha ocurrido porque yo no tenía idea de mi propio valor. Esperaba por mi bien que todo hubiera terminado.

Yo acepté todo esto racionalmente. Confío en Allendy y me siento atraída hacia él. (Sobre todo hoy que he visto la sensual modulación de su boca, la posibilidad de salvajismo.) Pero en el fondo sentía, como todas las mujeres, un fuerte amor protector hacia Henry; cuanto más imperfecto más necesita ser amado.

Cada vez me siento más fuerte. He telefoneado a Eduardo para ayudarle, para apoyarle. He decidido no ir a Londres. No lo necesito. Puedo enfrentarme a Henry y June. Se ha deshecho el sofocante nudo de dolor. No me hace falta apoyarme en cambios externos, en amigos nuevos.

Todo esto no es más que una fiera defensa contra la pérdida del amante que nunca olvidaré. ¿Qué será de su trabajo, de su felicidad? ¿Qué hará June de él? Mi amor, Henry, a quien di fuerzas y enseñé a conocerse a sí mismo; hijo mío, creación mía, suave y sumiso en las manos de una mujer. Allendy dice que no volverá a tener un amor como el mío, pero yo sé que siempre estaré a su disposición, que el día que June le haga daño yo estaré dispuesta a amarlo de nuevo.

Media noche. June. June y la locura. June y yo en la estación besándonos mientras el tren pasa a toda velocidad junto a nosotras. He ido a despedirla. Le he pasado el brazo por la cintura. Está temblando. «Anaïs, soy feliz contigo.» Es ella la que me ofrece la boca.

Durante la velada que pasamos juntas me habló de Henry, de su libro y de ella misma. Era sincera, o yo soy la mayor idiota que ha existido jamás. No puedo evitar creer en nuestro éxtasis. No quiero saber nada, sólo quiero amarla. Únicamente temo una cosa, que Henry le enseñe la carta que le mandé y la hiera, la mate.

Me comparó con la maestra de *Jeunes filies en uniforme*, y a ella con la alumna que la venera, Manuela. La maestra tenía unos ojos preciosos, compasivos, pero era fuerte. ¿Por qué quiere June pensar que soy fuerte y que ella es una niña apasionada querida por la maestra?

Quiere protección, un refugio del dolor, de una vida demasiado terrible para ella. Se mira en mí buscando una imagen intacta de sí misma. Me cuenta la historia completa de sus relaciones con Henry, la otra cara de la historia. Amó y confió en Henry hasta que él la traicionó. No sólo la traicionó con mujeres sino que deformó su personalidad. Creó una persona cruel, antes inexistente, hiriendo su yo más tierno y débil. Ella sintió una ausencia de confianza, una gigantesca necesidad de amor, de fidelidad, y se refugió en Jean, en la lealtad de Jean, en su fe y comprensión. Y ahora ha levantado una barrera de mentiras protectoras. Quiere protegerme contra Henry, crear un nuevo yo inaccesible para él, invulnerable. Mi fe y mi amor le dan fuerza.

–Henry no tiene suficiente imaginación –dice–. Es falso. Tampoco es suficientemente sencillo. Es él el que me ha hecho complicada, el que me ha desvitalizado, me ha matado. Ha creado un personaje ficticio que le haga sufrir tormentos, a quien odiar; para producir ha de cargarse de odio. No creo en él como escritor. Tiene momentos humanos, naturalmente, pero es un embaucador. Él es todo lo que dice que soy yo. El mentiroso, falso, bufonesco y ac-

tor es él. Es él el que busca dramas y crea monstruosidades. Detesta la simplicidad. Es un intelectual. Busca la simplicidad y luego empieza a distorsionarla, a inventar monstruos. Todo es falso, falso.

Estoy perpleja. Percibo una nueva verdad. No vacilo entre Henry y June, entre sus versiones contradictorias de sí mismos, sino entre dos verdades que veo con claridad. Creo en la humanidad de Henry, aunque soy plenamente consciente de la existencia del monstruo literario. Creo en June, aunque soy consciente de su inocente poder destructivo y de sus comedias.

Al principio quería luchar contra mí. Temía que creyera la versión de ella que daba Henry. Quería llegar a Londres en lugar de a París y pedirme que me encontrara allí con ella. Al verme los ojos, volvió a confiar en mí.

Anoche habló de una manera hermosa y coherente. Aireó cruelmente las debilidades de Henry. Despedazó su sinceridad, su integridad. Despedazó mi protección hacia él. Según ella, no había logrado nada. «Henry sólo finge comprender para poder luego dar media vuelta y atacar, destruir.»

Sólo alcanzaré la verdad a través de mi propia experiencia con cada uno de ellos. ¿No ha sido Henry más humano conmigo y June más sincera? Yo, que formo parte de la naturaleza de los dos, ¿seré incapaz de destruir sus poses, de captar su verdadera esencia?

Allendy me ha privado de mi opio; me he vuelto lúcida y cuerda, y sufro tremendamente por la pérdida de mi vida imaginaria.

También June se ha vuelto cuerda. Ya no está histérica ni confusa. Cuando hoy me he dado cuenta de este cambio, me he sentido consternada. Su cordura, su humanidad, eso es lo que quería Henry, y eso es lo que le ofrece. Ahora ya pueden comunicarse. Yo lo he cambiado, lo he ablandado y ahora la entiende mejor.

Luego ella y yo nos sentamos juntas, con las rodillas pegadas, y nos miramos. La única locura es la fiebre que existe entre nosotras. «Seamos cuerdas con Henry, pero entre nosotras seamos insensatas.» Nos decimos.

Entro en el caos de June y de Henry y descubro que se están volviendo más claros consigo mismos y entre sí. ¿Y yo? Sufro por la insensatez que están abandonando, porque hago míos sus enredos, sus insinceridades, sus complejidades. Los alivio en mi imaginación. June puede volver a privar a Henry de la fe en sí mismo, a confundirlo. Está destruyendo su libro. A través de su amor por mí, pretende eliminar la influencia que ejerzo sobre Henry, apartarme de él, volver a dominarlo, para después dejarlo desposeído y reducido. Para lograrlo, llegará incluso a amarme. Le aconseja con determinación que no publique su libro por la vía que le he abierto yo. Le duele que él haya perdido fe en su capacidad para ayudarlo. Me doy cuenta de que está usando mis medios –la razón, la calma– para conseguir la misma destrucción.

Estoy en sus brazos en un taxi. Me aprieta con fuerza contra sí y dice: «Me estás dando la vida. Me estás dando lo que Henry me ha quitado.» Y yo me oigo responder con palabras enfebrecidas. Esta escena del taxi –las rodillas pegadas, las manos entrelazadas, las mejillas juntas– sucede aun siendo conscientes de nuestra enemistad fundamental. Estamos enfrentadas. Sin embargo, no puedo hacer nada por Henry. Cuando ella está presente, es demasiado débil, igual que es débil en mis manos. Mientras le digo que la amo pienso en cómo puedo salvar a Henry, el niño, ya no el amante, porque su

debilidad lo ha convertido en un niño. Mi cuerpo recuerda a un hombre que ha muerto.

¡Qué juego más soberbio estamos jugando los tres! ¿Quién es el demonio? ¿Quién el mentiroso? ¿Quién el ser humano? ¿Quién el más listo? ¿Quién el más fuerte? ¿Quién el que más ama? ¿Somos tres enormes egos luchando por la dominación o por el amor, o están mezcladas estas cosas? Siento deseos de proteger tanto a Henry como a June. Les doy de comer, trabajo para ellos, me sacrifico por ellos. También he de darles vida porque se destruyen mutuamente. Henry se angustia porque vuelva a casa andando desde la estación a media noche después de ir a despedir a June, y June dice: «Me da miedo tu perfección, tu agudeza», y se cobija en mis brazos para empequeñecerse.

Luego recibo una hermosa carta de Henry, la más sincera, debido a su simplicidad: «Anaïs, gracias a ti esta vez no me está aplastando... No pierdas la fe en mí, te lo suplico. Te amo más que nunca, de veras, de veras. Me da rabia tener que poner por escrito lo que me gustaría contarte de las dos primeras noches que he pasado con June, pero cuando te vea y te lo diga, te darás cuenta de la absoluta sinceridad de mis palabras. Y al mismo tiempo, por extraño que parezca, no me peleo con June. Es como si tuviera más paciencia, más comprensión y compasión que antes... Te he echado mucho de menos y he pensado en ti en momentos en que, Dios me ayude, un hombre cuerdo y normal no debería... Y, por favor, querida Anaïs, no me digas cosas crueles como me dijiste por teléfono, que eres feliz por mí; ¿qué quiere decir eso? Ni soy feliz ni muy infeliz; tengo una sensación de tristeza y melancolía que no puedo explicar del todo. Te quiero. Si me abandonas ahora, estaré perdido. Has de creer en mí por muy difícil que te resulte algunas veces. ¿Me preguntas si me gustaría ir a Inglaterra? Anaïs, ¿qué voy a decir? Que claro que me gustaría ir contigo, me gustaría estar siempre contigo. Y te digo esto ahora que June ha venido con la mejor actitud, ahora que tendría que haber más esperanza que nunca, si yo quisiera que hubiera esperanza. Pero como tú en relación a Hugo, me parece que es demasiado tarde. Yo ya lo he superado. Y ahora, sin duda, he de vivir una mentira triste y hermosa con ella durante un tiempo que a ti te causa angustia y a mi un dolor terrible.

»Y tal vez verás en June más cosas que nunca, y estás en tu derecho, y quizá me odiarás o me despreciarás, pero ¿qué puedo hacer yo? Acepta a June tal como es; puede significar mucho para ti, pero no permitas que se interponga entre nosotros. Lo que vosotras dos tengáis que ofreceréis mutuamente no es cosa mía. Te amo, recuérdalo. Y, por favor, no me castigues evitándome.»

Anoche lloré. Lloré porque el proceso a través del cual me he hecho mujer ha sido doloroso. Lloré porque he dejado de ser una niña con una fe ciega de niña. Lloré porque he abierto los ojos a la realidad, al egoísmo de Henry, al ansia de poder de June, a mi insaciable creatividad, que ha de mezclarse con otros y no se basta a sí misma. Lloré porque ya no puedo creer y me encanta creer. Todavía soy capaz de amar apasionadamente, pero sin creer. Eso quiere decir que amo humanamente. Lloré porque de ahora en adelante lloraré menos. Lloré porque ha desaparecido el dolor y todavía no estoy acostumbrada a su ausencia.

Henry va a venir esta tarde y mañana salgo con June.

FIN